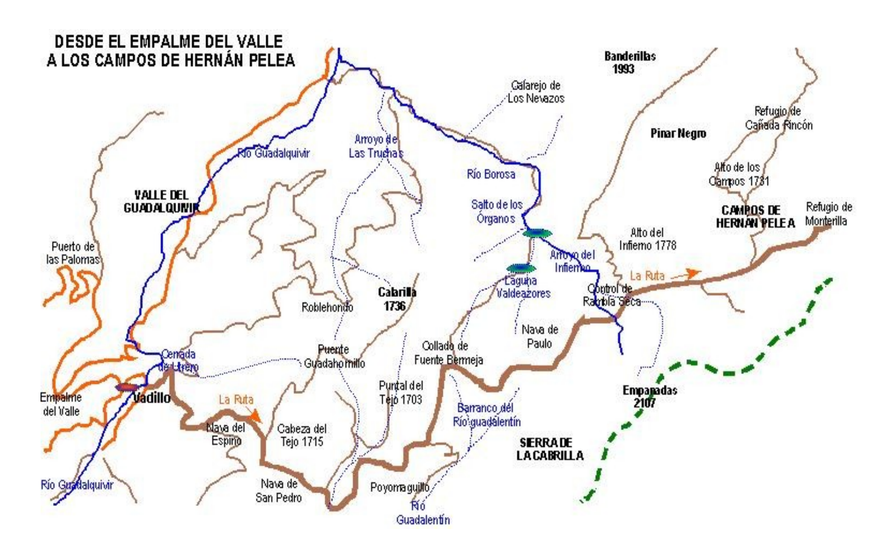
EL ÚLTIMO EDÉN

ALGUNAS DE LAS RUTAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Grandes rutas por la sierra profunda: los Campos de Hernán Pelea

23- GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA. Los Campos
Empalme del Valle, altiplano de los
Campos de Hernán Pelea. 18-7-98.
Carretera y carril. Andando, en bicicleta o en coche.



Mi respeto y cariño para las personas buenas de las aldeas y cortijos en Santiago de la Espada. De ellas he aprendido grandes cosas y lo mejor: que Dios las abraza y premia con su amor. Cuantas veces estuve a su lado, me hicieron mejor y sentí el deseo de dar gracias al cielo por su belleza y los paisajes que le arropan y sostienen. Mi abrazo para todos con este librico que me nace desde lo más hondo del alma.

OPINIÓN

Escribiendo este librico, he descubierto una realidad que ya intuía desde hace mucho: y es que la visión certera de la sierra y vivencias de sus gentes, es la que viene de los serranos más sencillos. La descripción y opinión que los serranos hacen y dan de su tierra y vivencias, en nada se puede comparar con la que sale del escritor de fuera, por muy bueno que sea o se crea.

Por esta realidad, hoy en mí clara, ahora me digo que si tuviera que elegir entre aquellos de lujo y de títulos honorables y estos de manos callosas y caras tostadas por el sol, los fríos y los vientos, me quedo con los serranos pastores. Sus opiniones y descripciones de la tierra, la gente, caminos, nombres y otras hermosísimas realidades, están cimentadas en la exposición de las cosas con la claridad y elegancia de la verdad más limpias y sin complejos ni prepotencias. Con el lenguaje más escaso pero manando de la experiencia más rotunda.

Y claro que ahora me alegro haber creído, desde el principio, más en ellos que en los otros. Se mueven más por el deseo de agradar y respetar que por las otras sofisticadas pasiones ocultas e interesadas. No hay quién supere al más sencillo pastor en amor por la tierra ni nadie podrá nunca

hablar de ella con más fuerza, nitidez y cariño. La otra verdad, la científica y culta, a ellos les viene muy ancha. No encaja en sus vidas y por eso ni la comprenden.

Nota del autor: este libro está escrito a tres niveles o pretende tres tipo de narraciones complementarias. Cada una, es redonda en sí misma y se puede leer y tiene sentido prescindiendo de los otros niveles. El primer nivel es el que recorre todo el escrito como hilo conductor y soporte fundamental, describiendo la gran ruta anunciada. Lleva este mismo tipo de letra y es una narración completa en sí misma. **El segundo nivel son los párrafos en negrita que siendo fragmentos más íntimos, literarios y poéticos, intentan complementar a la narración principal profundizando en la región del alma, poesía y mística. El que un día tuvo que abandonar las tierras vuelve y, al encuentro con ellas, su mundo interno se le termina de romper porque lo que fue ya no es y lo que soñó, tampoco es ni puede encajar en el presente real.** *El tercer nivel va en cursiva y pretende complementar el argumento central, trayendo a primer plano otras escenas y vivencias para dar una visión de la ruta que se describe no sólo desde los paisajes sino desde la historia, cultura y vida de las personas que han poblado estas tierras. Son las palpitaciones de ellos engarzadas al hilo y luchas de*

sus vidas. Para mí, lo más real de cuantas semillas se puedan cosechar de estas sierras.

FICHA TÉCNICA

El altiplano de los Campos, se encuentra recogido en el Catálogo de Montes con el nombre de CAMPOS DE HERNÁN PELEA Y CALAR DE LAS PALOMAS J-1039. Su extensión pasa algo de las 5.559 Ha. Se sitúa al sur y levante y en las sierras que conforman el **Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas**. Provincia de Jaén, que por aquí limita con Granada, Murcia y Albacete. Pertenecen a la Sierra de Segura y caen dentro del término de Santiago de la Espada. Se recogen casi en el centro de tres grande cumbres: las Empanadas, con 2.107 m, las Banderillas, con 1.993 m y las Palomas, con 1.964 m. La altura de esta llanura montañosa, se encuentra entre los mil trescientos metros hasta los mil ochocientos y algo más.

En el año 1.953, se hicieron las primeras operaciones del deslinde de este gran monte y también en el de las Palomas. EL 23 noviembre 1.959 O.M. por la que se aprueba el deslinde del gran monte “Campos de Hernán Pelea y Calar de las Palomas”. Desde estas fechas, son montes del Estado, a excepción de algunos trozos particulares. Son terrenos

fundamentalmente usados para el pastoreo de ovejas, cabras y algunas vacas.

El clima de este hermosísimo rincón, es muy extremo y duro, con grandes nevadas en invierno, muchos días de nieblas densas y vientos fuerte y en verano, con largos días de sol tórrido y aires muy secos.

La principal vegetación de estas tierras de alta montaña, son los piornos, majuelos, espinos, zamarrilla, enebros rastreros y las retamas amargas. Los escasos pinos son de la especie nigra, laricios, encinas y arces. Las plantas herbáceas, se dan en gran variedad y son ricas para el alimento de las ovejas, las verdaderas protagonistas de estos Campos. Todavía se siembran buenos trozos de terreno con trigo, cebada y centeno.

El paisaje es por completo de alta montaña con llanuras muy extensas donde se abren preciosas dolinas, sorbiores, hoyos o torcos, agrias cuerdas rocosas que por ser de origen calizo, presentan gran cantidad de cobijos o covachas, grietas profundas y largas y simas. Dentro de este paisaje, se esconde una enorme variedad de rocas modeladas por los hielos, las nieves y las lluvias. Son abundantes los veneros de aguas que los pastores aprovechan para que sus rebaños

beban y la presencia de viejos cortijos, tinadas y refugios más modernos, hacen más llevadera la lucha con el ganado en estas tierras.

Esta altiplanicie está bien surcada por pistas de tierra, caminos de herraduras que todavía los pastores conocen y recorren y también por una rica red de veredas de trashumancia. Son las vías que ellos usan para entrar y salir con sus rebaños desde estas llanuras hacia los lugares de invernada. Preciosas rutas naturales y sin apenas impacto en los paisajes, que pasan y llevan a los rincones más apartados y bellos.

Los pastores de Santiago de la Espada, son los verdaderos protagonistas de estas preciosas tierras, duras y extrañas cuando se le ven desde la distancia y las primeras veces pero profundamente grandiosas y cercanas al hombre cuando uno se funde con ellas y, desde su más honda realidad, las ama. Digo que para mí no hay en todo el Parque Natural, paisajes más bonitos y con más carga de grandeza. Encierran ellas, todos los matices y sensaciones que apetece y sueña el alma humana. Obra grandiosa y escultórica que Dios permitió, modelaran los elementos naturales para asombro y regocijo nuestro y para exaltación de su poder. Y, desde tiempos lejanísimos, poblaron y pueblan los pastores.

Empalme del Valle, altiplano de los Campos de Hernán Pelea

Empalme del Valle, Nava de San Pedro, Nava Noguera, Rambla Seca, Campos de Hernán Pelea, Corazón de los Campos, cortijo de Camarillas, Juanfría, Pino Galapán, Don Domingo, la Matea, Santiago de la Espada, Cañá Hermosa, Poyotello, aldea de Pontón Alto y Bajo, Gran cumbre del pico Aroca, aldea de la Hoya del Cambrón, aldea de Cabeza Gorda, Arroyo de la Garganta, Hornos de Segura.

Un recorrido literario, relajado, detallado y hondamente sentido por y desde los paisajes más profundos y bellos de las sierras de este parque natural. Encuentro con pastores, sus refugios, cortijos, aldeas, nombres de los sitios que pisan, luchas, costumbres, historias, refranes, tradiciones, temores y sueños.

Los puntos más importantes que se describen y por donde pasa esta ruta son: Empalme del Valle, Nava de San Pedro, Nava Noguera, Rambla Seca, Campos de Hernán Pelea, corazón de los Campos, cortijo de Camarillas, Barranco de la Juanfría, Pino Galapán, aldeas de don Domingo, el Cerezo, los Teatinos, la Matea, Santiago de la Espada, Cañá Hermosa, aldea de Poyotello, pueblos de Pontón Alto y Bajo, Fuente Segura y nacimiento del río Segura, los Centenares, las Espumaredas, el Ortuñío, la Ballestera, Gran cumbre del pico Aroca, Hoya del Cambrón, aldea de Cabeza Gorda, Arroyo y aldea de la Garganta y Hornos de Segura. En total 118,7 kilómetros de ruta y un día completo para recorrerla.

Nota: no se recomienda hacer esta ruta en invierno o, en todo caso, pedir información e ir preparado para el frío y los problemas que puedan presentar las grandes nevadas que por aquí se dan. En los meses más crudos del invierno estos campos no están poblados por los pastores. Así que la soledad

es mucho más que en ninguna otra época del año. En caso de necesitar ayuda humana por cualquier circunstancia es alto difícil encontrarla. En las fechas que escribo estas páginas los teléfonos móviles casi no sirven para nada en muchos puntos de esta altiplanicie.

Las distancias

Comenzando la cuenta desde el Cruce del Valle, Cazorla, Nacimiento del Guadalquivir, Embalse del Tranco, y finalizando justo en el cruce de la carretera del Embalse del Tranco a Hornos, Cortijos Nuevos, en total son 118,7 kilómetros.

Las distancias parciales son las siguientes:

Empalme del Valle, Guadalquivir:	3,6	Km.	
Vadillo, arroyo de San Pedro:	15,7	Km.	
Empalme del Valle, Collado Bermejo:	24,8	Km.	
Control de Rambla Seca:	32,2	D. Domingo	20
Refugio de Monterilla:	39,3	Km.	
Cortijo de la Juanfría:	47,2	La Matea	15,4
Arroyo de Juanfría, pino Galapán:	49,5	Km.	
Don Domingo, cruce a Cañá la Cruz:	52,6	Rambla Seca	20
Fuente del Berral, la Matea:	62,6	Km.	
Santiago de la Espada:	68,8	P. Galapán	20
Cañada Hermosa:	75	Km.	
Desviación a Poyotello:	76,5	Poyotello	5
Cruce al nacimiento del río Segura:	83,4	Nacimiento	5
Pontones:	83,7	Km.	
Cruce al río Madera en la Cumbre:	101	Pontones	17,5
Hornos de Segura:	114	Km.	
Cruce al Embalse, Cortijos Nuevos	118,7	S. Espada	50

El tiempo

Para gozar a fondo los insospechados encantos que ofrece la grandiosa ruta que tenemos entre manos, es necesario emplear un día completo y de los que, a lo largo del año, tienen más horas de sol. Y es necesario parar en muchos puntos de singular belleza, para saborearlos de cerca y captar sus grandiosos matices. No sobra mucho tiempo para una visita detenida a tantas aldeas, cortijos, arroyos, majadas de pastores u otros rincones que nos cojan algo retirado de la ruta. En verano es la mejor época para realizar la gran ruta de los Campos de Hernán Pelea. Sin embargo en la primavera, casi un mes más tarde que en otros sitios, es cuando se puede gozar el mejor espectáculo. En los meses de invierno los Campos son espectaculares aunque mucho más complicado recorrerlos por la cantidad de nieve que sobre estos paisajes se acumula y el mal estado de los caminos. Mejor no aventurarse si no se conoce a fondo el terreno.

El camino

Desde el Empalme del Valle hasta la casa forestal de los Collados, es carretera asfaltada. Desde este punto y ya hasta don Domingo, es pista de tierra. El tramo que va desde la casa forestal de los Collados hasta la Nava de San Pedro, tiene muchos baches pero para un buen coche, no hay problema. Desde la trinchera de Poyo Maguillo hasta collado Bermejo, sí

está muy rota y con muchas piedras sueltas por el paso continuo de tantos coches grandes.

Desde este último punto hasta el control de Rambla Seca, también tiene trozos bastante regular pero a partir del control, mejora mucho. En la fecha que hice este recorrido, estaba recién arreglada y daba gusto rodar por ella. A partir del refugio de Monterilla y hasta don Domingo, se estropea un poco y luego mejora al entrar ya en el asfalto. Desde Santiago hacia Pontones, tiene trozos arreglados no hace mucho y lo mismo por la cumbre.

La variante que dentro de los Campos pasa por Camarillas también es un buen camino. Carril de tierra pero en muy buen estado al menos en el verano de mi presencia por estos bellísimos rincones. Desde los llanos de Camarillas para abajo hasta que se junta con el carril que pasa cerca del Pino Galapán es un trozo muy complicado. Discurre por el mismo cauce del arroyo y por eso las piedras y los hoyos son muchos.

El camino

El mismo cruce del Valle se encuentra centrado en la espesura de grandes bosques de pinos y mientras la carretera recorre la ladera hasta el encuentro con el río Grande, esta

densidad sigue acompañando sin menguar nada. Toma el relevo la largísima ladera que sostiene a la Cuesta del Bazar hasta el puerto de la Nava del Espino pero ya sobre estas cumbres, la presencia les corresponde los robustos pinos laricios o blancos, según los serranos.

Una vistas grandiosas son las que van apareciendo mientras coronamos esta cuesta, sobre la profundidad del largo valle del Guadalquivir y por la derecha, casi al alcance de la mano, la robusta figura de la Mesa. Se nos alegra el alma al coronar por la presencia de la fresca llanura de Nava del Espino y al frente, la majestad del pico Cabeza del Tejo.

Por la garganta del arroyo que más adelante se llamara de San Pedro, nos acoge la estrechura de la cerrada pétrea, con su fresca fuente por la izquierda y luego la visión de la nava por excelencia. Nos resultará agradable atravesar las tierras de esta llanura y el arroyo que le entra por la izquierda así como también la muralla rocosa que nos mira desde el lado del levante y presentan los Poyos de Maguillo. Los pinos laricios clavados en la pura roca, son de lo más impresionante.

La llanura que corona al cortijo del Vado de las Carretas, donde estuvo el cortijo de Poyo Maguillo y la cresta del Caballo de Acero entre nosotros y la Sierra de la Cabrilla, nos recibe

silenciosa desde sus blancas rocas calizas y la espesura de las mil carrascas. Es muy duro todo este paisaje pero al mismo tiempo, insólito y por ello, misterioso y dolorosamente bello.

En cuanto cruzamos el Estrecho de Perales, nos recibe la frescura de una recogida nava que viene como del lado de la casa Fuente Acero y mientras vamos remontando, la Sierra de la Cabrilla, nos mira solemne desde su pedestal elevadísimo. Al coronar y quedar por la derecha la cabecera del Barranco del Guadalentín, la pista traza su rodeo para buscar el mejor terreno y nosotros quedamos pasmados por la presencia de tantas rocas, tantas carrascas, pinos laricios y la profundidad del barranco que viene cayendo desde el collado de la Zarca.

El Collado Bermejo y ya, hasta su gemelo antes de la Nava de Paulo, se nos presenta como gritando asombro y en cuanto terminamos de meternos por la misteriosa Cañada Pajarera, el corazón se nos emborracha por la dulzura de llanura tan recogida y el verde de los mil majuelos, mezclados con los pinos laricios y rosales silvestres.

Nava Noguera es como el descanso de la grandiosa cumbre de las Empanadas y el oscuro Barranco del Infierno pero para nosotros, como la calma entre praderas de hierba y gigantes pinos blancos. Como un suspiro de consuelo para dar

paso enseguida a Rambla Seca, puerta de los asombrosos Campos de Hernán Pelea.

Porque la travesía de estos campos, con sus mil dolinas hundiéndose en la tierra, sus puntiagudas rocas calizas alzándose desde la desnuda tierra plana, la figura casi fantasma de algún pino en su mar de soledad, la hierba apretada hasta en el más pequeño puñado de tierra, el azul del cielo desde horizontes que gritan infinitos, el aire siempre fresco y el sol quemando en estos días de verano, son como un apartado especial en el latido de nuestro corazón y en el torpe discurrir de nuestra vida.

En cuanto se entra a la vertiente de la Juanfría, todo el paisaje se viste de vegetación viva como para decir que la presencia de la vida no se termina aunque la travesía de los Campos eso parece habernos dicho y a lo lejos, la fantástica extensión del valle por donde van apareciendo las aldeas. El recorrido del arroyo donde se refugia el pino Galapán, la altura alegre de la cuerda por donde descansa el cortijo de Prao Flores y luego el profundo y ancho surco de los arroyos con su puente para dar paso a las otras soledades, nos van como preparando para otro encuentro sin igual.

A partir de la primera aldea, remontada en la última llanura camino de los Campos que hemos dejado atrás, los paisajes nos van recreando con mil álamos en los surcos de los arroyos, mil huertecillos allí donde hay un puñado de tierra fértil, mil sendas de ovejas que arrancan desde las tinadas y suben buscando los pastos de las cumbres, mil sementeras de trigo, maíz, centeno, cebada y siempre las alegres casas de las hermosas aldeas.

Casi todas estas aldeas nos van saludando por el lado izquierdo que es por donde se alzan los picos de las Palomas, el Galayo y el Almorchón. Y se les ve como aplastadas frente al primer sol de la mañana y descendiendo de las cumbres hasta que, más cerca de Santiago de la Espada, las tierras llanas se ensanchan y por ellas, otro puñado de aldeas algo mayores, saludan.

Los Teatinos por la izquierda, los Atascaderos y la primera por la derecha que es como la hermana mayor de todas ellas, la Matea. Desde este punto para delante, la tierra sigue meciéndose sobre la llanura de la fértil vega y algunas aldeas más tanto por un lado como por otro y todas arrulladas por las sementeras verdes aún, las ampulosas nogueras y la figura noble de los siempre temblorosos álamos.

Al terminar de cruzar la llanura, la carretera se divide para irse, por la derecha, en un ramal que busca las tierras de la hermana provincia de Granada y unas curvas más y ya nos tropezamos con el blanco pueblo de Santiago de la Espada. Recogido en su ladera agreste y mirando al sol de la mañana, siempre saluda mudo como si tuviera miedo de presentarse e invitar a detener la marcha para echar una mirada por la vega que hemos terminado de recorrer.

Desde este punto, por la cuenca y ladera derecha del río Zumeta, la carretera asciende arropada por la espesura de los pinares y besada calurosamente por el sol de la tarde. En cuanto termina de coronar, descansa por las últimas tierras llanas de Cañada Hermosa y al cruzar el arroyo, da un giro para el sol de la tarde y se enfrenta recta con la hermosísima llanura. Por la izquierda nos dan compañía las hileras de álamos y al fondo también por este lado, saluda majestuoso la robusta figura del Almorchón.

Por la derecha, se nos aparta la pista de tierra que lleva a otra bonita aldea recogida al borde mismo del río Segura cuando esté se estrella buscando a su hermano el Madera. Esta aldea tiene por nombre Poyotello y se nos queda un poco detrás de las cumbres que por este lado nos superan. Preciosa es ella como pocas aldeas yo conozco en las sierras de este

parque natural y como es chiquita y, todavía lo moderno no la ha manchado, sólo meditarla desde la distancia, transmite sensaciones únicas que remiten a lo noble y puro.

Así es como yo la tengo registrada en mi dulce experiencia de aquellas tardes porque así es como me la presentaron las personas que ahí conocí y al instante me dieron su cariño. Y como los paisajes y el cielo que la arropan, tan singularmente la engalanan, pues quema su hermosura donde el alma se hace vida y no se puede olvidar.

Despoblada por completo de vegetación se encuentra toda la gran Cañá Hermosa hasta que, al volcar hacia la vertiente del Segura, nos saludan otra vez los bosques de pinos.

Giramos un poco hacia el norte y por entre columnas de cuerdas largas, nos metemos para el cañón del transparente río. Al dar vista al surco que le presta camino, se nos encoge el alma tanto por la aridez de las laderas que rodean a los dulces pueblos llamados Pontones como por la dureza blanca de sus rocas y los paisajes casi desnudos.

Levemente la carretera roza las casas del primer pueblo, el mayor de los dos, asciende por el surco del río, levemente también roza el segundo pueblo, para mí más bonito y

enseguida remonta a una llanura que se derrama desde la cuerda del Pedernalero y Tolaillo. Enfila ahora por la raspa de esta largísima cumbre, desde donde, para ambas vertiente, la del Segura y Guadalquivir, rebosan arroyos, bosques espesos de pinares y cientos de barrancos. Por ellos y, junto a sus manantiales, se recogen puñados de aldeas, algunas ya sin vida y otras con un poco de ella pero todas acicaladas con la mejor luz de las praderas y el más puro reflejo de los bosques vírgenes.

¡Qué ensueño, Dios mío, y cuánto derroche de la mejor belleza sólo por puro capricho tuyo para con los más humildes que son los que en tu corazón, Tú distingues con lo exquisito! ¡Cuánta envidia siento y cuánta gracia tengo que darte!

Mientras vamos recorriendo esta casi interminable extensión montañosa, los paisajes se nos renuevan con la belleza de la monotonía policroma y diferente a cada metro hasta que alcanzamos lo que por aquí llaman Puerto de la Cumbre. Gira la carretera y al meterse por entre los bosques de pinares laricios y barranco de la Garganta abajo, se nos estrechan los horizontes para concentrarse en las escarpadas y bellísimas laderas del Yelmo Grande y Chico y las piedras que coronan a la aldea de la Capellanía.

Un poco más adelante, ya volcamos para el lado del pueblo de Hornos y a estas alturas, lo que más nos sobrecoge es la visión de las azules aguas del Embalse del Tranco. Remansado en lo que fueron las vegas más fértiles, quizá de toda la sierra, se nos presenta silencioso y como extendido a los pies de tan blanco y bonito pueblo clavado en la pura roca.

Esto es, muy resumido, la gran ruta que en este trabajo se presenta con el nombre de Campos de Hernán Pelea. Más a lo menudo y con pinceladas y matices con nombres propios y únicos, se desgrana en las páginas que siguen.

Lo que hay ahora

Son las diez y veinticinco del día dieciocho de julio de mil novecientos noventa y ocho. Voy a recorrer la ruta desde el Empalme del Valle hasta los Campos de Hernán Pelea y Santiago de la Espada. Al comienzo, pinos carrascos, espesos a un lado y otro de la carretera, enseguida una curva a la derecha y luego para la izquierda y aparece mucha vegetación que clava sus raíces en aquellos huertos serranos que rodeaban a los cortijos que voy dejando a un lado y otro.

A la derecha me queda el cortijo de un buen amigo mío de Cazorla que casi siempre me lo encuentro aquí labrando sus tierras. Siembra él todavía sus tomates, patatas, habichuelas y

otras hortalizas y desde el pueblo, todos los días sube a cuidarlas. Como otros muchos buenos serranos, no se le muere en el corazón el amor por las tierras que pisó de pequeño. Y yo que conozco el rincón, doy testimonio y digo que es bonito de verdad a pesar de lo comido que ya está por las zarzas, los majuelos, rosales silvestres y los pinos.

Fuente Fresca es el nombre del manantial que por la hondonada brota y digo que se lo pusieron bien puesto porque el rincón es claramente eso: una pura fuente y fresca por estar refugiada en la umbría del Caballo del Oso. Justo por la curva de nivel que va por los mil cien metros discurre la carretera buscando el poblado del Vadillo.

Hoy hará mucho calor porque ya están cantando las cigarras con la virulencia de la rabia y el cielo se presenta casi blanco de tanto vapor de agua como se concentra en la atmósfera y para más desconsuelo de mi gusto por los días frescos e invernales, hoy ni se mueve el viento. Por esta zona todavía la hierba aparece verde. A setecientos metros, por la derecha se presenta un cortijo compañero del de mi amigo. Hace muchos años conocía yo a la familia que vivía en este cortijo y luego dejé de saber de ellos. Ahora me entristece aunque hay dulzura en el recuerdo. Se fueron de estas sierras

y hoy mal viven donde no tienen raíces sin que los recuerdos dejen de tirar de ellos para acá.

Creo que por este punto discurre una vereda de trashumancia y al pasar por aquí recibe el nombre de Roblellano. Al frente y por la derecha, me acompaña largamente la cuerda del Caballo del Oso que al final termina con la Morra Severo y el Lanchón, ya justo donde el Guadalquivir ha clavado su lengua y ha esculpido la preciosa Cerrada de Utrero. Al otro lado queda Peña Gallinera y el paredón rocoso por donde cae el arroyo de Linarejos y tantos conocen sólo por la cola de caballo. Cascada de la Cerrada de Utrero o cascada del arroyo de Linarejos.

A un kilómetro doscientos, grandes pinos y abajo y por la izquierda se ve el castellón por aquí conocido como los Castellones del Valle. Contra la pared de rocas que ahí sobresalen en forma de castillo al comienzo del gran valle, todavía se recoge un viejo cortijo que conozco bien. Y por eso digo que ese rincón es de lo más bonito en todo este conjunto del arroyo del Valle, Caballo del Oso y río Guadalquivir. Por lo menos ocho o diez cortijos se concentraban en las tierras que desde aquí caen hacia el río. Algunos todavía siguen en pie, otros desaparecieron como tantos en estas sierras.

Las zarzas se presentan muy verdes por entre los pinos y ya muchas con sus ramilletes de florecillas blancas abiertas. A mediado de agosto y por septiembre es cuando las moras maduran y bien que lo sé yo por los grandes puñados que todos los años me como de estas sierras. Los pinos y los álamos también se presentan reventando de verde. Es un buen año este para la vegetación por lo mucho que el invierno pasado ha llovido.

A un kilómetro novecientos, la carretera roza parte del castellón y baja buscando el rincón por donde se refugia Vadillo. Si miro para la izquierda, se me presenta amplio, todo el conjunto del arroyo del Valle. Más en lo hondo y en profundidad, se adivina el gran río atravesando la tierra llana.

A dos kilómetros trescientos, una curva cerrada para la derecha y es aquí justo donde corta el lomo que desde el Caballo del Oso cae hacia el río. Por eso la pared rocosa escolta elegante por el lado de este cerro. La tuvieron que tallar para que la carretera pasara. Dos setecientos y por la derecha se desvía un ramal de carretera asfaltada. Es la que sube al Parador Nacional. Cinco kilómetros desde este punto.

Una curva a la izquierda y los pinos que tanto me asombraron la primera vez que los vi y cada vez que me

encuentro con ellos. Son de los que los serranos llaman negros y por esto me asombran tanto. Se muestran grueso, viejos, largos y con sus troncos y ramas tan retorcidos que siempre me digo que están como gritando al igual que mi alma. Pero me gustan estos pinos porque son muy bellos y se presentan en un bosque espeso un poco antes del poblado blanco.

Una hondonada y ahora giro a la derecha. Aparece el letrero que indica la presencia del poblado y también por la derecha, se desvía un ramal de carretera que lleva justo a su corazón. A tres kilómetros trescientos del cruce del Valle, dos paneles de madera de los muchos que hace unos años repartieron por estas sierras donde se indica lo siguiente: “Sendero de Cerrada de Utrero. Datos básicos: longitud, un kilómetro, tiempo aproximado, veinte minutos, dificultad media y tipo de trazado, lineal”. En el otro puedo leer lo siguiente: “Sendero de la Cerrada de Utrero. Datos básicos: longitud, dos kilómetros, tiempo aproximado, treinta minutos, dificultad baja, tipo de trazado, circular”.

Aunque me entretengo en leerlo despacio, no me aclaro mucho, como ya me ha pasado otras veces y me digo que debe ser por lo que yo ya conozco de estas sierras o por mis pocas luces. Unos metros más adelante, por la izquierda me saluda un establecimiento donde podría desayunar pero sigo.

Algunos coches parados junto a la carretera y personas tomando algo.

El puente que da paso al río Guadalquivir, se me presenta a tres kilómetros seiscientos. Sé que desde aquí y por la izquierda, sale un sendero que lleva a la cerrada que atrás hemos leído. Lo tengo recorrido de aquellos primeros tiempos que era cuando realmente resultaba emocionante por su soledad y lo poco pisado que estaban estos paisajes. Una vieja tabla que desde aquellos tiempos, todavía informa: “Sendero a la Cerrada de Utrero: cuatrocientos treinta metros, al empalme, mil setecientos treinta”.

Nada más cruzar, la carretera, una desviación por la derecha que es la que lleva al Puente de las Herrerías y al nacimiento de este río. Sigo la que va al frente y ya empiezo a remontar. Me saludan grandes pinos negros, mucha hierba fresca tapizando la tierra y el aromático espliego. Por esta zona se concentra y se da con la mejor calidad de casi toda la sierra. Me asombró también aquella primera vez, al final de agosto que es cuando está florecido, por tanto, como aquí hay y su perfume intenso.

Remonta la carretera todavía por aquí asfaltada y por la derecha voy viendo Vadillo recogido en la ribera del río y entre

la espesura de pinos y álamos. Cuatro kilómetros doscientos y una cerrada curva para la izquierda. Ahora caigo en la cuenta que por la derecha, en unos metros más, me voy a tropezar con la llanura que se recoge entre la Cerrada de Utrero y el camino que recorro. En aquellos primeros tiempos por aquí me tropecé muchas veces con cabras monteses pastando al amanecer y aquello me impactó. Guardo la imagen como una vivencia pura en lo más hondo de mi espíritu.

Me asombra ahora que, a pesar del calor que está haciendo estos días, todo se muestre intensamente verde. Ya rozo la llanura por el lado de arriba y hoy no encuentro cabras pastando sino soledad, una higuera repelada por las ramas bajas y clavada en el mismo centro de la llanura y eso sí: mucha hierba alguna ya casi pasto y las mil cien plantas de espliego ya con sus tallos largos y a punto de florecer.

A cinco kilómetros doscientos metros, desviación por la izquierda, al arroyo de Linarejos, rincón que también conozco bien y guardo entre mis recuerdos más amados. Miro para atrás y descubro que me encuentro casi a la misma altura de la cumbre del Lanchón. Aunque sé que estoy algo más elevado porque mi punto roza los mil cien metros y el cerro que me asombra, se queda entre los mil metros poco más o menos.

Se presenta con toda su grandiosidad sobresaliendo la dura pared rocosa que desde la cumbre cae al surco del río y el tremendo lapiaz que abre sus grietas por toda la superficie del cerro. Pero la abundante vegetación y hoy verde esmeralda, lo suaviza vistiéndolo de una belleza sin igual. ¡Cuántas pinceladas rotundas y maestras, de belleza hiriente, contienen estas sierras!

Una curva cerrada para la derecha y ya aparecen los pinos laricios. En menos de un kilómetro de los mil cien a casi los mil doscientos metros y por eso remonta la carretera bruscamente. Ahora recuerdo que en aquellos tiempos, a toda esta ladera que comienzo a recorrer, se le llamaba Cuesta del Bazar. Y también se le conocía como antiguo camino a Castril de la Peña. Castril es el pequeño pero bellísimo pueblo que en la vertiente sur de este grandioso macizo montañoso, se recoge justo al lado del transparente río también con el mismo nombre. Es ya provincia de Granada.

Es indudable que esta carretera que ahora recorro, no va por el mismo trazado que aquel desaparecido camino. Y esto lo digo porque la vereda de trashumancia que por aquí sube buscando el barranco del Guadalentín, tampoco sigue los mismos pasos que la carretera. Pero existieron aquellos caminos y existe esta vereda.

Seis kilómetros quinientos metros y al dar la curva para la izquierda, por entre la copa de los pinos, veo la construcción de la casa forestal que rozaré dentro de unos minutos. Se llama de los Collados y se encuentra sobre el lomo de un cerro que roza los mil trescientos metros. Otra curva para la derecha y ahora, por encima de la construcción ya mencionada, veo la gran plataforma rocosa llamada Poyos de la Mesa.

Desde la moderna casa de grandes cristaleras transparentes y balcones frente a la amada tierra, al caer la tarde miro y mientras el alma se me llena de tristeza, en silencio y la melancolía, me digo:

"Dios mío, por detrás de aquel cerro largo y de monte espeso, corre mi río y por la grandiosa ladera que desde el collado cae, va la vereda que amo y dentro llevo y, donde se juntan los arroyos claros que bajan de las cumbres de los cierzos, se remansan los charcos de las aguas inmaculadas y un poco más adelante, es donde tengo el gran misterio que desde aquellos tiempos, me tiene el corazón partío".

Y desde la moderna casa de escaleras de mármol y el ascensor nuevo, angustiado y ya más que muerto en mi

cuerpo, sigo y mientras mudo la desolación respiro, desde la fría cárcel, amargo me digo:

“Dios mío ¿por qué este destierro de Ti y del rincón que me regalaste en aquellos días bonitos, si sólo amo y de tanto amar, ya muerto estoy aunque siga vivo?”

A siete kilómetros, por la derecha se aparta una pista de tierra. Siguiéndola se vuelve al Guadalquivir, carretera asfaltada al nacimiento, cerca de la Fuente del Perdi. Y ahora caigo en la cuenta que esta umbría que voy recorriendo se llama Loma de la Sarga y supera los mil trescientos metros de altura. Por la izquierda, trescientos metros más adelante, una fuente sin agua con dos caños. Es de las que en aquellos tiempos construyeron por toda esta sierra.

Se ven por aquí todavía las ruinas de un cortijo de aquellos tiempos y la tierra sin apenas bosque, proclama que fue arada y sembrada de trigo y otras cosechas. Recuerdo yo ahora que en lo alto de la ridícula higuera que todavía por el lugar sigue viviendo, al pasar, en más de una ocasión he visto a un viejo macho montes repelando tallos y hojas.

Y recuerdo que al verlo, casi siempre el corazón me ha dado un vuelco porque no he podido evitar, traer a mi

presencia los que ya no están y quizá ni existan y fueron, del rincón, legítimos dueños. La soledad y la aridez de la tierra comida de pasto y seca y las ruinas podridas, clavan ahora en mi espíritu y, hasta con más fuerza, el amargor del vacío viejo.

Sigue remontando la carretera al tiempo que se mete en una ancha hondonada. Es este el arroyo que divide la altura de los Collados y la de la Loma de la Sarga. Gira enseguida para la izquierda y remonta con energía para encajarse en los Collados. Los mil trescientos metros va rozando ya por aquí. Sigue trazando curvas por entre un espeso bosque de pinos laricios y el suelo tapizado de hierba.

A ocho kilómetros doscientos metros, por la izquierda se aparta el ramal que lleva a la casa forestal que he dicho. Queda elevada, cercada con mallas metálicas, blanca y hasta grandiosa, en su rellano en la altura y entre el bosque de pinos. No sé más de esta construcción que lo que ahora mismo ven mis ojos. Desde este punto mismo el camino comienza a ser pista forestal de tierra.

Ocho kilómetros seiscientos y por la derecha se aparta otra pista forestal. Esta sí es la que lleva al pino, según dicen, Abuelo. Grandes y hermosísimos recuerdos tengo de este pino así como de las tierras rojas que le rodean y de los espléndidos

níscalos que, por entra las hojas secas del bosque, he cogido. Dulces recuerdos son estos y más porque se entrelazan con brasas de carrascas, gotas de aceite de oliva, pan tostado y sobre las rebanadas, los níscalos humeando.

Pero también se me agrían estos hermosos momentos cuando se topan con tardes repletas de niebla y por la pista, algo que no quiero nombrar. Sin embargo el gigantesco pino, qué hermoso era sobresaliendo de entre todos los otros y con su majestad clavado en la misma tierra de lo más alto del cerrillo. Lo abracé y hasta lo besé en muchas ocasiones en compañía de aquellos amigos buenos y ahora ya, como tanto en estas sierras, también se ha ido.

Y lo digo porque el pino Abuelo, no pudo resistir la sequía de los últimos años y se murió para siempre. Al pasar por aquí ahora, miro y todavía lo puedo ver sobresaliendo pero sus ramas están sin hojas, color plomo los troncos más gruesos y hasta retorcidas como lanzando el último grito, que se le ahoga en la podredumbre que por el tronco ya le corre.

No muy lejos de donde aún sigue recta la figura noble de este pino, sé que se deshacen las ruinas de otro cortijo. Del Bazar creo que se llama y también al recordarlas ahora, se me atraganta la saliva. Se fueron sus habitantes y ya ni siquiera el

viento o las agrestes paredes de los Poyos de la Mesa que lo miran, se acuerdan de ellos ni de los pasos que por aquí dejaron eternizados. ¡Cuántos monumentos, Dios mío y tan profundo el silencio arropándolos!

Por este lado, se abre el profundo barranco que recoge el agua de las lluvias y nieves, hacia el arroyo de la Mesa. Los pinos, la gran masa de pinos laricios, carrascas, arces y otra vegetación, suavizan la aridez de los cascajales que desde el cerro de la Mesa chorrean y la tremenda ausencia. La pista se va metiendo para el barranco por la franja de los mil trescientos metros, para buscar el mejor paso y remontar la cumbre que pretende.

Si desde aquí, seguimos el camino que por la derecha se ha apartado y pasa por el pino del Abuelo, iríamos a caer justo al Puente de las Herrerías. Es, por lo tanto, este pequeño recorrido, una preciosa ruta bordeando la quebrada ladera de la Mesa, siempre por la curva de los mil cien metros y venir a juntarse con la que ahora recorro en sentido inverso.

Un nuevo hito con el kilómetro dieciocho, que no sé desde dónde viene marcando y justo unos metros antes de tomar la cerrada curva para la izquierda, por la derecha se me abre una impresionante vista frente a la Mesa, el cascajal que desde ella

se derrama y el amplísimo barranco que lo recibe. La pista está muy mal. Aunque su firme, en otros tiempos, estaba empedrado, estas piedras son las que ahora complican el paso. Se han levantado del rodar de tantos grandes coches y se han formado muchos barrancos y ahora es una tortura venir por aquí.

Estoy solo sentado en la ladera, frente a la tierra y lloro. Tengo mi alma triste y es porque me quema la soledad de su ausencia y a pesar de que busco y medito, me siento dejado de todos y desterrado. El paisaje me quema y por eso busco y me consuelo en ella. Pero de la otra totalidad, estoy ignorado y, siento, que hasta proscrito porque no estoy con ellos.

Y mientras medito y lloro, me crece el deseo de irme ya y así perder de vista lo que no puedo soportar y me quema con la acidez de lo incompatible. Tengo agrio por dentro el corazón y el aire me besa dándome el consuelo que el mundo me niega. Y como frente a mí tengo la tierra, la miro melancólico y a mi derecha, veo lo que es juego en el mundo donde muero.

El cachorro del perro y el lechón negro, que retozan por el agua del arroyo y beben de la esencia que le regala

la tierra. Y como muero y lloro porque me noto solo, me digo que ellos son mi única clave, referencia y sostén, frente a la sequedad de la tierra que me quema. Pero en el corazón siento el desprecio y la condena de los que son de mi especie y por esto, triste, lloro.

Nueve ochocientos y a la derecha un gran pino laricio acompañado de dos más casi del mismo porte. Cerrado giro para la izquierda y se da un poco antes de tocar la curva de los mil cuatrocientos metros. Diez cien y sigue remontando porque ahora tiene que superar casi los mil quinientos metros. Un espigón por la izquierda y es justo desde donde se observa una amplísima panorámica del valle del río y las dos laderas que lo acarician. Los Miradores es el nombre que al punto le han dado aunque seguro que tiene alguno más, puesto por aquellos viejos serranos.

Un precioso bosque de pinos laricios luciendo la blancura en sus troncos y por el suelo, el tapiz de hierba verde. Corona el collado y gira para la derecha. Es esto ahora vertiente del arroyo de Valdeinfierno que desemboca en el de Linarejos un poco antes de que este se derrame al Guadalquivir. Frente se ve la cuerda de Piedra Gallinera y la que desde ahí remonta para Guadahornillos.

Por una ladera que es casi umbría, sigue remontando hasta atravesar la curva de los mil cuatrocientos metros. Kilómetro veinte de hito y once cien de mi coche y una curva para la izquierda, una corta trinchera y vuelca ahora para el comienzo del arroyo de Collado Verde. Se allana un poco, un pino laricio enano pero de unos tres metros y muy bonito por la derecha y tierra propia de alta montañas. Grandes bosques de pinos laricios alfombrados de hierba que siempre que paso por aquí, me la encuentro verde.

Quizá por esto, muchas veces he visto animales silvestres pastando al caer las tardes del verano, las del otoño e incluso las del invierno, que ya más bien están cubiertas de nieve. Casi en los mil quinientos se extienden estas llanuras. Kilómetro once novecientos. Acabo de atravesar la primera nava, bajo un poco y aparecen las tierras de la segunda nava, la del Espino.

Por la izquierda me sale una pista, con su cadena y al verla recuerdo que este camino por aquí lleva hasta el Cerro del Piornar. Justo este punto lleva por nombre Collado Verde y ahora caigo en la cuenta que le cuadra bien. Pero, además, existe otro nombre que lo abarca todo y es el de Navahondona, que corresponde al monte ordenado según el catálogo de montes.

Baja cómodamente en una recta larga, kilómetro doce doscientos, se ve al frente el puntal de Cabeza del Tejo, grandioso y en su silencio eterno y a un lado y otro, espeso bosque de pinos repoblados. Algunos álamos y las siempre presentes acacias en casi todas las pistas que por aquellos tiempos trazaron y en el kilómetro doce quinientos, por la derecha se aparta otro ramal de pista.

También lo recuerdo y porque lo conozco de aquellas primeras veces que la recorrimos hasta lo más alto de los Poyos de la Mesa y hasta los limpios charcos del arroyo de los Tornillos por donde mana la fuente del Borbotón. Es una ruta muy hermosa que muchos hacen hasta las llanuras de la Mesa, la caseta de vigilantes de incendios o el arroyo de los Tornillos. La recomiendo porque la experiencia que guardo, es de las más dulces y redondas.

Y ahora recuerdo que por entre la sombra densa de estos pinares, mil cien veces, pastando he sorprendido a ciervos, gamos, cabras monteses, jabalíes y zorros. Es este un rincón que lo toman ellos bien y más cuando en verano escasean los pastos por las cumbres. Junto a la pista que por la derecha lleva al arroyo de los Tornillos, todavía se alza blanca y poco rota, aquella vieja casa que comparte nombre con la nava. Miro

sin más interés que volverla a ver de nuevo y veo a un caballo refugiado en uno de sus rincones.

Sigue la pista bajando escoltada, a la derecha, por seis grandes álamos y más retirado, pinos, mucha hierba y la soledad de la mañana con el sol que ya quema fuerte. Doce ochocientos y atravieso un pequeños puente que da paso al arroyuelo que viene desde el cerro Galán. En unos metros, por la izquierda sale una pista de tierra que está cortada con cadena.

También la conozco porque la tengo muy andada y por eso sé que lleva al Puente de Guadahornillos, Nava de las Correhuelas y al pico Calarilla. Es un paseo muy bonito y lleno de gran paz el recorrido que esta pista ofrece así como los paisajes del barranco y la parte alta de la montaña. Al amanecer y atardecer, pastan los animales en las ricas praderas de las hondonadas y cumbres. Los muflones, se esconden más por los voladeros del Guadahornillos, Calarilla, Barranco de las Iglesias y el asombroso Roblehondo.

El camino que voy recorriendo, ya se pega al incipiente arroyo de la Garganta que no tiene nada que ver con el que luego, al final de esta ruta, recorreré bajando desde el Puerto de la Cumbre del Yelmo, hacia el pueblo de Hornos, que

también se llama de la Garganta. No tiene agua por este primer tramo porque se la recogieron para llevársela a los tres caños de la fuente que algo más abajo construyeron.

Se pega la pista aquí por el lado derecho que es justo por donde se alza una robusta pared rocosa que tuvieron que cortar para que siguiera. Recuerdo yo ahora que en aquellos tiempos que, aunque lejos, me siguen perteneciendo, por las noches y al cruzar los serranos por este cañón o cerrada, se les presentaban los lobos y ellos pasaban miedo. Tenían sus razones. En aquellos tiempos, para ir desde cualquiera de los cortijillos que algo más abajo se alzaba hasta el pueblo de Cazorla y regresar, necesitaban el día entero y casi siempre tenían que añadir un buen trozo al comienzo y al final. Por eso era de noche cuando por aquí pasaban.

Trece cuatrocientos y por la derecha la gran pared de roca alzándose casi en vertical desde el borde de la pista y por la izquierda, la fuente con sus mesas de piedra, sus asientos también de piedra, los viejos y largos álamos que se mecen como ajenos a mi presencia y los tres cristalinos chorros de agua brotando de la fresca fuente.

Siempre que paso por el lugar me paro a beber y en el fondo es un poco impulsado por la añoranza que siento. ¡Me

resultó tan bonita y mágica la primera vez que vi esta fuente! Era por la tarde y también como hoy hacía mucho calor y estaba solitaria. Y aunque fue como tantos otros momentos vividos por mí en estas sierras, sencillo y sin preparar, se me clavó en lo más hondo. Pero es que, además, esta fuente y el rincón donde se recoge, rezuma un no sé qué, que al saborearlo uno se relame de gusto. Por eso esta mañana también me paro.

La fuente tiene tres caños de piedra que ahora mismo salen repletos de agua y las zarzas que le dan compañía por el lado del arroyo, ya están empezando a florecer. En las mesas no ha nadie esta mañana y la sombra limpia que proyectan los álamos, sabe como a primavera al tiempo que contagian tristeza. Recuerdo aquel día, la noche del ciervo, la mañana de la niebla y la tarde mágica que con tanta dulzura me florece en el alma.

Según ahora va llegando el día, siento dentro la tristeza porque de la tierra vieja, vengo desde mi sueño y, en la libertad preciosa que me regala la sombra de la noche y el Dios que es mi Padre Bueno, llego herido y humillado.

Vengo del arroyo largo que por entre los gamonitos, la tierra llana, las encinas viejas y aquel sincero silencio,

corre como si no corriera pero corre y lleva aguas tan limpias que parecen viento y al pasar, talla sus charcos, abre sus cascadas y canta sus melodías sólo para la soledad de los barrancos y, un poco más, para las ruinas de aquella hermosa casa mía, que un día también desmoronaron, decían, para ennoblecer a la tierra y darle, el equilibrio adecuado.

Y por esa buena llanura que, además, es gran palacio de serranos añejos y cansados, he visto que los de los nuevos tiempos, de espaldas a lo que fuimos nosotros y sin respeto a nuestro pasado, han llegado y han montando un mundo completo de casas, sendas con asfalto, rellanos para que aparquen los coches y antenas y cables y negros tubos de plástico y al preguntarles, me han dicho:
- Los que por aquí ahora vienen, son personas de mucho dinero y estos son los que a nosotros hoy nos están salvando.
Y por decir algo he dicho:
- Pero en estas tierras calladas y llenas de hierbas frescas, al borde del arroyo cristalino, nosotros estuvimos en aquellos tiempos y sembrábamos tomates, patatas y pimientos y guardábamos ovejas y por las noches, junto al fuego del cortijo nuestro, acurrucados, dormíamos.

Y ellos me han respondido:
- ¿Bueno y qué?
Y he dicho sin querer decirlo:
- Pues que por pertenecer al pasado y aquella gente tan buena, es sagrado y ya que nosotros fuimos por aquí tan machacados y sufrimos tanto labrando la tierra para sacar de ella el pan con nuestro sudor y trabajo, ahora debería ser sólo para que el silencio duerma y para que sigan corriendo limpias las aguas de los arroyos y, si lo quiere, Dios por ellas caminando.

Y me han respondido que yo estoy chalado y que ni siquiera sé lo que me digo o pienso y, además, me han dicho que las huellas del aquel pasado, sin nosotros, son el filón más grande, el tesoro más valorado y el anzuelo más apetitoso para atraer a los turistas y sacarles dinero y de paso, ofrecerles la cultura nuestra, para así irlos cultivando.

Una chicharra revolotea por el aire y se me acerca como si quisiera encontrar en mi un punto donde pararse. No hay nadie hoy por esta parte de la sierra. Por lo menos, en el trayecto que llevo recorrido no me he tropezado con ningún coche. Me gusta la soledad cuando ando por estas sierras pero hay soledades que duelen y la de hoy es una de ellas.

Un par de álamos gruesos justo por donde la pista atraviesa el arroyo. El puente es de piedra y da paso a la ladera del Cabeza del Tejo. Rozando los mil cuatrocientos metros, discurre. Remonta ahora levemente y los pinos laricios empiezan a ser los protagonistas. Caen grandiosos desde las partes altas del cerro y algunos son tan grandes que pasman por su corpulencia y su belleza.

Kilómetro catorce justo y remonta por un puntal rocoso que sale por la izquierda. Lo corta tajando una firme pared y de inmediato comienza a bajar. Ya va buscando las llanuras de las Navas de San Pedro. Por la derecha y para que la pista no se cayera por la pronunciada ladera, le tuvieron que construir un muro de piedra.

Al fondo y en primer plano veo la llanura de la Nava de San Pedro, más cerca, me queda el puntal rocoso que cae desde Cabeza del Tejo, al fondo descubro los Poyos de Maguillo y más lejos, el Caballo de Fuente Acero y la Sierra de la Cabrilla. Pero como conozco bien todos estos rincones, sé que entre un pico y otro, se tajan profundo barrancos y hondonadas repletas de vegetación con mil fuente claras y otros tantas ruinas de cortijos y chozas de pastores.

Una curva para la derecha y aparece un robusto espigón que viene cayendo por el lado izquierdo. Presenta columnas de rocas calizas con tonos rojizos tan originales y gruesas que hasta asombran. Por aquí se esconden varias cuevas y algunas simas y también preciosas dolinas. Es este un barranco muy bonito lleno de pinos laricios mezclados con encinas y lentiscos.

Me cruzo con el primer coche en sentido contrario al que llevo y es de los guías. Catorce novecientos, sigo bajando y al frente me queda una de las columnas que decía atrás. Quizá sea esta la más grande de todas al tiempo que también la más bonita. A simple vista le calculo cincuenta metros aunque no sé y advierto que casi siempre me suelo equivocar.

Se me presenta como vestido, por el lado que da a la cumbre, por varios pinos laricios que se agarran en las hendiduras de las rocas. Las placas rocosas van subiendo en forma de repisas hasta coronar las partes más altas. Por la derecha un pino laricio muy grande y ya, también por este lado, la casa Forestal de la Nava de San Pedro. Sé que en este centro están criando un ave que hace años desapareció de estas sierras y ahora quieren que vuelve. También sé que estas casas arrancan de cuando por aquellos tiempos querían construir por aquí un poblado que luego se concretó en Vadillo.

Al quebrantahuesos, desaparecido ahora en las sierras de este parque natural, desde las cumbres de Puerto Pinillo y el barranco de Gualay, yo lo he visto muchas veces surcando los cielos de estos parajes. Era majestuoso y cuando cada año iban quedando menos, no recuerdo yo que se hiciera algo para ayudar a que no se extinguiera. Ahora quieren que vuelva a volar por las cumbres de estas montañas y muchos millones se han gastado ya en el proyecto.

Por la izquierda me queda un antiguo cortijo donde hasta hace poco, vivía un pastor amigo mío y ya no. Se ha tenido que mudar a otro cortijo más abajo y retirado de la pista. El último día que estuve con él, casi llorando, me decía que no quería abandonar la casa donde había vivido toda su vida pero tuvo que irse. Ha sido una lucha del grande contra el pequeño y con juicios por medio.

De este rincón guardo en mis secretos, recuerdos muy bellos y entre ellos se encuentran este amigo mío y sus sartenes de migas calenticas entre las brasas de carrasca, apetitosos níscalos humeando en la lumbre con su chorrillo de aceite y sal y muchas patatas, de las criadas en las buenas tierras de la nava, asadas en el rescoldo de la lumbre ¡Cómo son las cosas en esta vida!

En la misma puerta me encuentro con un par de montañeros que esperan algo. Los saludo y continuo. Unos meses más tarde me enteraría, en Úbeda, que estos jóvenes trazaron una ruta desde el Embalse de la Bolera y fueron a salir al Nacimiento del río Segura, pasando por Coto Ríos, el río Borosa, las Lagunas de Valdeazores y los Campos de Hernán Pelea, por Pinar Negro y los Campos del Espino. Al verme ellos, me conocieron y por eso me saludaron.

La pista desciende buscando el arroyo de la Rambla y por aquí, todo su firme está descarnado. Quince setecientos y va la pista cayendo, escoltada por acacias álamos por el lado derecho y se prepara, como yo, para cruzar el arroyo de la Rambla. Ahora caigo en la cuenta que el otoño, por este rincón de la gran nava, es algo grandioso por sus tonos únicos. Lo tengo registrado en mis experiencias más limpias.

Gira un poco a la derecha quedando a la izquierda una pista cortada con cadena y también conozco los paisajes que recorre. Sube por el arroyo que ahora voy a cruzar y se divide en dos. La de la derecha remonta por el arroyo de Valdetrillo hasta casi las llanuras de Calarilla y la de la izquierda, se va por el cauce del arroyo de Valdecuevas para morir un poco antes de alcanzar el Puente de Guadahornillos. Muy bonitos

son los rincones que se esconden por estos dos arroyos y, además, cargados de entrañables recuerdos para mí. Rutas de verdad, grandiosas y con el encanto de la soledad más densa.

Entre ellos, aquella mañana de invierno que coronamos hasta las bellísimas llanuras del Calarilla. Todavía no se había derretido la nieve en las partes altas de las montañas y por eso, por las noches, el frío era intenso. Antes de coronar nosotros a las llanuras del Calarilla, nos sorprendió el bosque casi transformado en puro hielo. En las ramas de los árboles se había cuajado el rocío de la noche y, el verde de las hojas con el gris de los tallos, se convertía en puro cristal transparente. Al darle el primer sol de la mañana, qué espectáculo más extrañamente bello presentaba el bosque.

Atraviesa el puente y lo que enseguida se me presenta es tierra muy llana a un lado y otro y un espeso bosque de fresnos junto a las aguas claras de este arroyo. La pista sigue recta y los álamos escoltando por los dos lados. Proyectan su sombra fresca que apetece, por el calor que el día derrama. Junto al cauce de este arroyo, por el lado izquierdo y pegado al lomo rocoso de los Poyos de Maguillo, ya están casi por completo desmoronados, el puñado de cortijos serranos que ellos construyeron. Los conozco a todos y ahora me digo que para qué sirve ni siquiera escribir su nombre.

Anoche soñé que por fin volvía al terreno y al llegar al cortijo, casa y nido de los míos en aquellos tiempos, lo primero que vi fueron las ruinas de sus paredes, sus tejas rotas y esparcidas por el suelo, sus vigas podridas y, donde estuvo la estancia que fue mi cuna en las crudas noches de aquellos inviernos, creciendo las zarzas y los lentiscos y las cornicabras y entre las gigantes nogueras, creciendo los pinos y, la fuente que daba aguas tan limpias, sólo charcos de puro cieno.

Pero en mi corazón, yo anoche estaba contento porque lo que tanto de siempre he querido, en el fondo lo estaba viviendo y era volver otra vez a pisar la tierra que tan mía y sangre, llevo dentro y por esto, recorrí la senda, pisé la tierra del collado y junto al otro limpio venero de la vieja encina, me senté y mudo miré al cerro y en mi alma me dije: "¡Dios mío, qué bien, que por fin he vuelto!".

Y al instante desperté y como tantas veces, descubrí que era sueño lo que ante mis ojos y mi alma, tenía y entonces me dije: "Dios mío, todavía sigo preso y lo que creí era por fin la libertad, una vez más descubro que es puro sueño".

Anoche soñé
que era otra vez libre y dueño
del rincón donde nací
y jugué mis dulces juegos,
pero cuando desperté,
aun seguía, en mi cárcel preso.

Se viene la pista en la dirección que corre el arroyo buscando el punto más flaco de los Poyos de Maguillo para atravesarlos por lo que llaman Trinchera. En las llanuras que a los lados me van quedando, se apiñan los pinos sin derecho porque estas tierras buenas y amadas, pertenecían a los trigales de aquellos tiempos, a los huertos y a las praderas donde pastaban sus rebaños de ovejas.

Miro como distraído y sin querer, por el lado izquierdo que es por donde me van quedando las paredes rocosas de la alargada loma, descubro la cavidad de algunas cuevas. Están cercadas por casi desmoronadas paredes de piedra y esto me indica, para que no me olvide, que estos rincones les sirvieron a ellos para encerrar a sus animales. Los serranos sabían dar utilidad a casi todo rompiendo casi nada.

Las zarzas se apiñan contra las fisuras de estas robustas rocas y me las voy encontrando, algunas florecidas y otras con

las moras redonditas. Los frutos de los majuelos también están bastante desarrollados. En el kilómetro dieciséis seiscientos y atraviesa el estrecho de los Poyos de Maguillo. Una trinchera que tuvieron que abrir en la pura roca para que la pista pasara. Lo hicieron bien y por eso yo ahora voy por aquí, porque de lo contrario... pero a pesar de ello, duele.

Nada más rebasar este corte, por la derecha sale una senda, muy rota ya y poco visible, que conozco en toda su longitud y por eso sé que baja hasta el Vado de las Carretas donde se hace pista y luego recorre todo el barranco hasta el mismo Embalse de la Bolera. Impresionante es tanto el surco por donde se desangra el río Guadalentín como este primer barranco antes de llegar a la casa del pastor conocido, por el cortijo del Vado de las Carretas. Es esta otra ruta más entre las muchas por estas profundas sierras. Hay que recorrerla andando pero gratifica generosamente.

Otro amigo mío con el que he compartido días enteros recorriendo caminos y rescatando recuerdos de aquellos tiempos. Muchos nombres me ha dicho él, de cortijos, barrancos, cañadas, veredas, cuevas y fuentes. Y también me ha contado historias de los “maquis” por estas sierras, el miedo que infundían a las personas de los cortijos, los bailes por las noches entre los vecinos de los cortijos serranos, las bodas y

mil realidades bellas y llenas de sudor, en aquellos tiempos que nunca debieron acabar como acabaron. Es lo que dicen ellos, aunque lo sufrieran tanto.

Desde este punto, recién pasado la Trinchera, al frente, se me presenta la loma del Caballo de Poyo Maguillo y en el centro, se abre el collado con su Fraile y su Monja. Son como dos columnas rocosas clavadas en la tierra de la montaña que se alzan orgullosas, siempre mudas y eternas, una más grande que la otra y por eso ellos las llamas como ya he dicho.

Por la izquierda ahora me va quedando una baja solana bien tupida de rocas calizas abiertas en mil grietas y covachas y arropada por el verde bosque de encinas no muy grandes. Por la derecha, después de rebasar una leva torrentera, aparece la llanura donde ellos, los de este cortijo de Maguillo que también por aquí se me presenta destruido por completo, sembraban sus cosechas de cereales, hortalizas, nogales y otros árboles frutales. Todo cayó sin clemencia y hasta bárbaramente.

Llovió sin parar toda la noche y como a lo largo de los tres últimos días, tampoco había parado la lluvia, cuando amaneció aquella mañana, la tierra tenía tanta agua, que sudaba a chorros por cualquier rincón.

Y por esto, cuando el padre se levantó, buscó leña, prendió fuego a las piñas y ramas secas, cogió la silla pequeña y frente a la lumbre, se sentó. Puso las trébedes encima de las ascuas y la sartén en lo alto y paciente, comenzó a dorar las migas buenas.

Y como afuera, por el barranco inmenso de las encinas viejas y las laderas de los romeros, la lluvia seguía cayendo, a la mañana que llegaba, se le veía cuajada de niebla densa y oscura un poco en su centro. Y al cortijo humilde, aunque bello y recogido en sí, parado en el corazón de la profunda sierra y dentro, ellos acurrucados alrededor del fuego y en la eterna espera.

Se está nublando y el sol aprieta ahora ya con fuerza. Han anunciado altas presiones y, además, el aire viene del levante. En el kilómetro dieciséis novecientos, un espeso bosque de encinas, algunas hasta con cinco pies y sé que entre ellas y las rocas del paisaje donde clavan sus raíces, hay varias cuevas buenas y bonitas. Las conozco y las tengo recorridas pero no diré más.

La mejorana aprovecha la poca tierra que las rocas retienen entre sus grietas y crece espesa. Muy áspero se

presenta este terreno y más lo saborea mi espíritu por la soledad o ausencia de aquellos a quienes, con todos los derechos y honores del mundo, les pertenecía. Hito veintiséis y justo a la derecha, una gran encina con dos pies. En esta curva y antes de un giro más cerrado para la izquierda, el gran barranco del río Guadalentín con su amplísima ladera del pico Cabañas, mirando al sur y al fondo, el Picón de Hernández.

Remonta el comienzo de esta bonita cañada repleta de hierba, fresnos y álamos. Diecisiete setecientos y por la izquierda, el rodal de tierra donde estuvo construido el cortijo de Poyo Maguillo. Muchas piedras desparramadas por la tierra indican que las paredes fueron demolidas y cuatro gruesas nogueras, verde vivo, dan testimonio de aquella presencia humana en el lugar. No retirado de estas ruinas y por la izquierda se abre Cueva Secreta, una sima un tanto extraña pero profunda y bella. Mucha hierba hoy casi pasto y zarzas, también indican que la tierra está abandonada o más bien, dejada en las manos de Dios. Por la derecha me queda la tierra negra que ellos sembraron en forma de huertas y también en trigales o maizales. Más remontado y sobre el collado que parte a la cumbre que se me presenta por la derecha, el fraile y la monja, como llaman los serranos a las rocas que en figura de obelisco se elevan en el centro de los paisajes.

Esta tierra negra que ellos sembraron, como es fértil, se muestra poblada de una espesa sementera de hierba seca. Los pinos, no muy grandes, dan testimonio del cambio de los tiempos y dueños de la tierra. Por entre este denso bosquete una tarde me encontré con el manantial que surtía al rincón y con la alberca donde ellos retenían el agua para regar la huerta en los momentos necesarios. Me sentí muy triste y aunque hice algunas preguntas al aire de la tarde, no obtuve respuesta y es lo mismo que me pasa esta mañana.

La pista que voy recorriendo a cada recodo se me presenta peor. Por completo descarnada y como las piedras están sueltas, saltan y rebotan con las chapas del coche. Los que más la rompen ahora son los coches todo terreno. Kilómetro dieciocho doscientos y ya casi he terminado de remontar este largo collado de tierra fértil. Siguen por aquí todavía los álamos escoltando, ahora por la izquierda y también por este lado me queda una hondonada menor de tierra buena sin ninguna vegetación. Sólo espesa hierba en la fase de pasto y por el otro lado, la rodea una pared natural y enana de rocas calizas.

Unos álamos más a la izquierda, gira un poco siempre para este lado, enseguida un puñado de encinas no muy grandes, kilómetro veintinueve, gira brevemente para la derecha y ya

termina de remontar y se mete para lo que es el Estrecho de Perales. Discurre justo por la curva de nivel de los mil cuatrocientos metros y mejora mucho el firme.

Ahora que de nuevo otra vez me encuentro respirando por el rincón, caigo en la cuenta que este es uno de los paisajes que más me gustan en toda la sierra. Podría ser una pequeña altiplanicie, muy singular desde luego, por las rocas blancas que presenta, siempre calizas y vestida con muchas zarzas, majoletos y encinas. Por entre esta llanura fuera de su sitio, más de una vez me he tropezado con dolinas casi de juguete.

La raspa rocosa que la parte por el centro en la dirección de este camino y del arroyo de la Rambla, se corona de grandiosos pinos laricios, con troncos rectos y blancos. Es este un paisaje que me gusta mucho y por eso siempre que lo veo me entran ganas de quedarme sin ni siquiera tener claro hasta cuando ni cómo. Sólo me apetece quedarme y eso me indica que, como nos suceden con aquellas cosas que nos gustan, no me quiera ir porque me llena.

Muchas cagarrutas de ovejas, un buen pino laricio por la izquierda y ahora ya baja un poco. Busca un paso, lo más pegado posible al arroyo, para franquear la loma del Caballo de Poyo Manquillo, por la derecha y la Lancha de las Huesas,

por la izquierda. Este paso, ya lo he dicho, se llama Estrecho de Perales. Queda a la izquierda el profundo surco del arroyo de Valdetrillo que se abre camino con gran dificultad, justo donde se rompen los tres grandes puntales: Loma del Caballo de Poyo Manquillo, Lancha de las Huesas y Poyo de los Cepos.

Un complicadísimo laberinto de rocas en forma de losa, redondas o alargadas, se concentra por aquí y en una pared fría, por el lado de la Lancha de las Huesas, un agujero o grieta y de ella manando, un buen borbotón de agua limpísima. No está cerca del camino que recorro sino casi hundida en el surco del arroyo pero yo lo conozco porque en más de una ocasión he bebido agua ahí y hasta me he preparado mi desayuno con leche en polvo. ¡Aquellos tiempos!

Mucho majoletos, muchas zarzas y el sol de la mañana que prende fuego al paisaje. Diecinueve cien y es aquí donde aparece el laberinto rocoso antes mencionado. No se ve el cauce del arroyo, gira levemente para la derecha y ya puedo decir que este punto es exactamente el Estrecho de Perales. Dos pinos laricios de porte señorial me saludan por la izquierda y enseguida el surco de un arroyuelo que baja desde la nava chica que me voy a encontrar dentro de unos segundos. No

trae agua porque es un cauce corto que nace justo en el collado de la Peguera.

Dos pinos laricios un poco más adelante y la pista que ahora se torna llana porque pisa la llanura por el borde de la peana de la gran cuerda que me escolta por la derecha. Remonta enseguida dejando a la derecha al tiempo que la rodea, la tierra de la dulce Nava Ciazo, que es como se llama. Busca altura para salir al collado de Fuente Acero, vertiente directa al Barranco del Guadalentín. La tierra llana de esta llanura se muestra toda vestida color oro viejo porque la hierba se ha secado pero por los bordes, muy verde todavía. Se encuentra salpicada de álamos y algunos pinos. Es una llanura muy hermosa dentro de su pequeñez y escoltada por las cumbres.

Iba ya cayendo el día y grandioso y mudo, avanza el gran camino viejo que cruza la tierra amada primero, de la llanura menor y luego, de la hondonada, el arroyo, la espesura cuajada de encinas y las piedras blancas.

Y con el gran día que ya se apaga, voy yo pisando la tierra, mudo y hasta con mi carga de la manta vieja, el colchón de pobre lana, la pelliza y la barja y, mientras camino hacia la meta y me pierdo en la hondonada, para mí

me voy diciendo: "Dios mío, que en cuanto llegue, encuentre trabajo y si no tengo casa, regálame una cueva entre la hierba verde y si pan no dan, déjame que duerma junto al agua que mana del gran venero de la cañada".

Y voy en mi paso lento, con mi carga, mi dolor por dentro y la soledad de la tierra y avanzo con mi amargo pensamiento endulzado sólo con lo que sueño, cuando ya cae la noche y la senda no se acaba ni me encuentro con los amigos ni tengo trabajo ni cueva ni casa.

Y mientras paro al borde del camino y miro a las estrellas, me digo: "Dios mío, otra vez solo y sin comida ni trabajo, ni casa ni tierra ni los míos". Y oigo que me respondes: "Todavía tienes una manta vieja, un colchón de lana, tu soledad y el amor con que a la tierra amas y yo a tu lado dándote la fuerza". Y te digo:

"Pero Dios mío,
tan desnudo frente al camino
y esta espera larga,
qué duro y con la noche
y tanta ausencia amarga".

Diecinueve novecientos y gira otra vez para la izquierda buscando el rellano de la vieja casa forestal. Por la derecha me queda la ladera agria y desolada del Caballo de Acero. Muchos pinos laricios casi enanos clavados en las rocas y donde aflora algún puñado de tierra, la hierba verde por completo. ¡Qué bonita la ladera que voy dejando por la derecha! Es alta montaña, entre los mil cuatrocientos y los mil quinientos y ahora recuerdo, que arriba total, se extiende otra leve llanura donde en otros tiempos construyeron un cortijo.

A la izquierda ya lo que me queda es la hondonada de la nava y el curso, no muy claro ni profundo, de un desagüe natural que viene cayendo desde el punto de la casa forestal de Fuente Acero. Lo cruzo en el hito veintinueve y kilómetro veinte de mi coche. Traza una curva para la derecha metida por aquí en la franja que recoge los mil cuatrocientos cincuenta metros. El paisaje me duele cada vez más por la cantidad de rocas calizas que lo forman y lo desaladamente rudo que se presenta aunque no está yelmo.

Kilómetro veintiuno y la pista sigue tan rota que hasta da miedo recorrerla. Aprovecha el surco que las dos cumbres al soldarse han dejado en el centro y todo sigue mostrándose como el más puro lapiaz. Sobresalen las rocas puntiagudas recubiertas algunas de cambrones o enebros y al remontar, por

la derecha, me saluda la vieja construcción de la casa forestal de Fuente Acero.

Dos edificios separados en la llanura de este collado donde ahora ya no vive nadie. Al verlas y saludarlas, se me viene al recuerdo aquellas noches de estrellas brillantes y el aplastante concierto de grillos llenando el ancho campo. ¡Qué momentos aquellos y ahora estos tan llenos de las bellezas que tanto me prohiben!

Veintiuno cuatrocientos y justo aquí se allana la pista. Por la derecha se alzan las casas. Por este mismo lado, unos metros más adelante, para el Barranco del Guadalentín, cae una pista forestal de tierra que conozco a fondo. La tengo muy recorrida y lo que más, en mi alma, resalta de ella, son las horas de aquellas tardes y las mañanas de primavera. ¡Con cuanta fuerza se me clavó aquella vivencia! Cuando esta pista llega al río, lo recorre en la misma dirección que la corriente hasta el mismo Vado de las Carretas.

Se me presenta un tramo de pista bastante mejor. Le han echado tierra en los hoyos y, como han podido, la han arreglado un poco. Avanza ahora por la mitad de la ladera, entre el surco del río y la cumbre, metida por la franja de los mil cuatrocientos metros y los mil quinientos. La cumbre por la

izquierda alcanza los mil setecientos y el surco del río se abre por los mil trescientos. Por la derecha me sobresale el impresionante macizo rocoso de los Poyos de la Carilarga. Ahora recuerdo que hay otra Carilarga justo donde el Guadalquivir tiene su nacimiento.

Veintidós ochocientos y por aquí ya me muevo en la franja de los mil quinientos metros. En lo hondo y a la derecha, me queda el surco de un arroyo que nace justo en el Collado Bermejo. Es uno de los ramales de cabecera del río Guadalentín. Metida por esta hondonada se encuentra otra vieja casa forestal que lleva por nombre Majal de la Carrasca. Recuerdo que a este rincón se le conoce con el nombre de Los Arenales. El mismo nombre se encuentra justo en la cumbre del Puerto de las Palomas. La ladera que recorro es muy quebrada y como mira al sol de la mañana, es solana conocida precisamente con este nombre: Solana de Fuente Arroyo.

En el surco del recién nacido río Guadalentín, aquella mañana, nos encontramos la primera “Cagarria” que yo he visto en estas sierras. Una pequeña seta algo cónica, de color marrón oscuro y que presenta como cerditas de panales en todo su conjunto. Después las he visto muchas veces por el barranco del Collado Bermejo, por el arroyo de los Ubios, por el de la Garganta y otros puntos de estas sierras. Ahora sé que

esta original seta, es comestible y hasta exquisita. Su nombre científico es Morchella y también se le conoce por colmenilla, por aquello de parecerse algo a los panales de las abejas. Nace en primavera y en los sitios frescos.

Kilómetro veintitrés cuatrocientos y por la derecha, se aparta una pista de tierra. Baja hasta el rincón de la Majal de la Carrasca. Un buen paseo tiene este recorrido y también muy bello por los espesos pinares que atraviesa y lo quebrado de los barrancos. A la izquierda y arriba, me queda el collado del Pocico, ondulación de la loma entre el Puntal del Tejo y la Cuerda de los Alcañetes y por donde existe un buen paso hacia el surco del arroyo de Valdetrillo.

Hito treinta y dos. Un gran pino laricio por la izquierda y justo en este punto y por el mismo lado, se dibuja una senda que remonta. Ya no aparece señalada en ningún mapa pero existe desde aquellos tiempos y engancha con otra que viene arroyo de Valdetrillos arriba para irse luego hacia la Nava de la Correhuela.

Creo, como el otro día, que hoy hay poca gente por la sierra. Y lo digo porque en todo el rato y hasta estos parajes, sólo me he encontrado un coche de guías. Por lo que me estoy encontrando, por una pista en tan malas condiciones

como esta, las personas que lo sepan, no vienen. Y es casi seguro que el que la recorre una vez, no vuelve más y, además, así se lo aconsejará a los que conozca.

Al dar una leve curva, se me cruzan tres coches de los guías. Vienen de llevar gente a las Lagunas de Valdeazores. Veinticuatro ochocientos y justo aquí, por la izquierda, el Collado Bermejo. Son las once y media de la mañana. Calienta el sol y el cielo se muestra nublado. Puede haber tormenta esta tarde. Collado Bermejo, es importante como centro y punto de referencia en toda la gran sierra que por aquí se abre. Lo conocen muchas personas y entre ellas, los que ahora la visitan ansiosos. Pero a este collado, quizá pronto, sea alto difícil llegar.

En este Collado Bermejo, es de donde arranca una pista que baja hasta las lagunas de Valdeazores. A muchos de los turistas, ahora los traen por aquí en coche pero otros muchos, se aventuran por su cuenta y recorren los cuatro o cinco kilómetros que hay hasta las aguas azules de esas lagunas, y lo gozan más a su gusto. Por el río Borosa arriba, suben muchos más y después de recorrerse los rincones de Aguas Negras, el Embalse de la Feda y la Laguna de Valdeazores, regresan por la misma ruta. Son más de veinte kilómetros pero unos y otros se dicen que merece la pena. Y yo digo, que de

todas las maneras, la excursión a estos recogidos barrancos, es altamente gratificante.

Creo que desde este collado, la pista mejora. Las señales que voy viendo eso es lo que indican. Unas curvas poco pronunciadas por donde el camino corta la tierra en trincheras y al atravesarlas, se me viene al recuerdo lo de aquella noche de invierno que llovía sin parar. Por aquí fue donde tuvimos algunos problemas y luego, sobre las doce y media, nos pusimos en camino y fuimos a parar al refugio de la Laguna de Valdeazores. ¡Aquellos tiempos y tantas cosas buenas que ya no existen!

Una pequeña fuente por la izquierda sin agua y la pista, de tierra pero arreglada no hace mucho. Seis troncos de pinos apiñados todos y naciendo de la misma raíz, laricios y muy bonito, por la izquierda. Veinticinco seiscientos y ya intuyo, no muy lejos, el collado de la Zarca, metida por entre la franja de los mil seiscientos a mil setecientos. Va dándole la vuelta al recodo donde se fraguan los primeros arroyos del río Guadalentín, dejando por la izquierda, el Puntal de las Palomas con sus mil ochocientos metros y busca las llanuras de las Navas de Paulo.

Muchas rocas y clavadas en la agreste ladera por la que avanza la pista. Por el lado de la izquierda que es por donde la ladera queda más inclinada, se han desmoronado mucho. Han rodado y algunas de ellas medio han cortado el paso. El recorrido de este trozo hasta la Nava de Paulo, es realmente de ensueño por el profundo barranco que se abre a la derecha, la alta cumbre que nos sobrepasa por la izquierda y la belleza de la Sierra de la Cabrilla, en los Poyos de la Carilarga, por el lado del medio día y más lejos.

Veintiséis seiscientos y una gran piedra casi en el centro de la pista. La han apartado un poco para que se pueda pasar y es lo que ya decía: este terreno se encaja ya en paisajes de alta montaña y claro que tiene su peligro. Una fuente con su pilar de agua y su caño de hierro pero sin agua. Sé cómo se llama y hasta la recuerdo de las muchas veces que en ella me he parado a beber y a descansar de vuelta de la gran sierra que me queda por la derecha. Y a continuación, una roca casi del volumen de un camión en la misma pista. Pero menos mal que se ha quedado al borde.

Da una curva muy quebrada, un enorme pino laricio por la izquierda y justo por este lado, adivino las ruinas de la vieja casa de Nava de Paulo. Una pequeña llanura, casi en todo tiempo tapizada de verde, es el terreno que da forma a esta

nava, que por otro lado, no es tan pequeña. Justo este punto es el que lleva el nombre de Collado de la Zarza. Por la izquierda se aparta un ramal de pista forestal, en mala condiciones que lleva hasta la casa de Paulo. Junto a sus ruinas brota un manantial donde han puesto unos tornajos para que beban las ovejas y crecen unos buenos ejemplares de pinos laricios.

Kilómetro veintisiete ochocientos y por aquí se empieza a allanar. Al coronar el Collado de la Zarca, dejo atrás las tierras que vierten hacia el Barranco del Guadalentín y entro en las que derraman sus aguas para el Arroyo del Infierno, que más abajo serán Valdeazores y río Borosa. Rambla Pajarera es el nombre que recibe el lugar y a fe que al comienzo, tierra llana por donde un leve arroyo va tomando forma, es muy hermoso este rincón. Cada vez que por aquí pasé, el alma se me llenó de asombro por lo misterioso, húmedo y verde que siempre me encontré el paisaje.

Y ahora recuerdo la vereda de trashumancia que, desde el Puerto de las Palomas, viene atravesando la sierra y por aquí se mete hacia el corazón de los Campos. Desde Arroyo Frío sube al Portillo de la Caída, las Navillas, arroyo de los Ubios, Roble Gordo, que es el nombre que los serranos le dan a Roble Hondo. Sigue la vereda y sube hasta el Puente

“Guarnillo”, Guadahornillos, nava de las Correhuelas, Piedras de los Alcañetes, cuerda de Fuente Bermejo, Risca de los “Arrimaizos”, una risca donde antes paraban los rebaños y que también se le conoce con el nombre de Piedra de los Arrimaicos.

Desde este punto, vienen los hatos de ovejas a colar por el mismo Collado de Fuente Bermejo. Se agarran un kilómetro poco más o menos por el carril y salen al morro de la Nava Pablo y van a caer al Collado de la Zarca. Desde aquí se van por la Nava de Pablo, antes el paso iba por Nava Noguera, más para el lado de la Laguna de Valdeazores. Ahora sigue toda la pista de tierra abajo y sale a Nava Noguera y desde aquí ya viene al refugio de Rambla Seca. Se llama el Pilarillo y este punto es un descansadero.

Veintiocho seiscientos y va recorriendo lo que son propiamente tierras de la cañada. El surco por donde corre el agua, queda a la derecha y se le ve cubierto por la espesura de muchos majuelos. Los arbustos se muestran reventando de verde mientras que el pasto aparece seco por completo. Se nota que este rincón está muy tomado por las ovejas.

Al frente ya aparecen las figuras que se alzan por los Campos de Hernán Pelea. Me nace de dentro darle gracias a

Dios porque hoy termine esta ruta sin tener ningún percance. Y lo digo por lo mala que se encuentra la pista. Se allana algo después de haber recorrido Cañada Pajarera, muchos majoletos, el firme de la pista forestal, algo mejor, mucho pasto con briznas de hierba todavía verde y silencio total fundiéndose con la belleza del paisaje.

Por la izquierda me van quedando unos morros que rozan casi los mil ochocientos metros y como los tengo recorridos, sé bien la belleza que por entre sus dolinas, laderas rocosas, bosques de pinos y pequeñas navas, hay. La senda que en otros tiempos usaban los serranos para salir desde la profundidad de estas sierras hacia los pueblos de Cazorla o Santiago de la Espada, iba y todavía va aunque muy borrada, por esta izquierda mía y salía por la Nava del “Cañico”, a Nava de Paulo y al Collado de la Zarca.

Son hermosísimos los paisajes por donde pasa. Pero cuando trazaron la pista de tierra que ahora recorro, en este trozo, lo hicieron prescindiendo de la vieja y bellísima senda. Mejor así, anque ya quede casi olvidada y perdida para muchas personas. Entre las hondonadas, picachos y navas que por esta extensa altiplanicie existen, abundan los animales silvestres. Gamos sobre todo. También jabalíes, muchos

muflones, alguna cabras montes, cerros y muchas águilas. Se les ven muy bien al caer las tardes y al amanecer.

Kilómetro veintinueve novecientos. Traza una curva por entre la espesura, ahora ya, de pinos laricios, muchos majuelos, enebros y las extrañas rocas blancas que salpican el terreno. Como esto corresponde a zonas de alta montaña, el paisaje es agreste, mana de él al mismo tiempo, una belleza que sorprende. Es un paisaje muy duro ahora en verano y mucho más en invierno. Podría decir, y lo digo sin sentirlo, que sólo en la primavera se da por aquí un paisaje bello sin que esta realidad sea así de cierta.

Lo conozco a fondo y más por la derecha y la cuerda que me supera y entre tantos momentos, especialmente recuerdo el de aquel amanecer de la manada de ciervos, gamos y muflones pastando juntos en la hondonada de una de estas pequeñas navas. Remontábamos emocionados la ladera hacia las cumbres de las Empanadas, en primavera ya pero todavía las cimas cubiertas de nieve, y al volvernos para atrás, en una de las paradas para respirar, se nos arrancaron no demasiado bruscamente. ¡Qué bonito fue aquel amanecer por los tonos tan extraños y suaves que presentaban los paisajes! No lo olvido.

En el kilómetro treinta justo, una gran llanura por donde discurre la pista, varios pinos laricios grandes a los lados y luego, por la izquierda, aunque también son pinos laricios no los veo con el mismo gusto porque son repoblados. De nuevo veo señales de haber sido arreglada, no hace mucho, la pista que recorro. Han metido una máquina, han echado tierra y algo han nivelado los barrancos.

Por la izquierda me ha quedado el kilómetro treinta y uno doscientos y una pista de tierra que se aparta y se hunde para el barranco del arroyo que voy buscando. Es el del Infierno pero ya bastante avanzado del control de Rambla Seca. Pronto me voy a encontrar con esta barrera ahora no vigilada. Y de pronto, qué bien se presenta el firme de la pista. Quiero aclarar que la pista que se me aparta por la izquierda, propiamente no va al barranco del Infierno. La conozco bien y la recuerdo como más cariño por aquella noche que dormir junto a ella.

Era en el mes de julio. Llegué por aquí al caer la tarde, dejé el coche nada más entrar y me puse en ruta siguiendo toda esta pista. Algo más de un kilómetro y la corta una cadena. Hay un rellano donde los coches de los guías que le enseñan la sierra a los turistas, dan la vuelta. Antes de este rellano, existe una nava y repartido por ella, crecen unos ejemplares de pinos laricios muy hermosos. No demasiado gruesos pero sí recto y

alto. Merece la pena el paseo aunque sólo fuera para contemplar estos bellísimos pinos.

Pues aquella tarde, seguí la ruta y pude comprobar que la pista, al poco, se deja caer por una rambla, que casi nunca tiene agua y es el arroyo de mayor entidad que por esta zona recibe el barranco del Infierno. Después de un largo recorrido, la pista deja a la rambla por el lado izquierdo, remonta, cruza un par de morras no muy grandes y sale a lo que se conoce como la Morra del Pinar. Un puntal donde termina esta altiplanicie de la Nava Noguera y ya el terreno queda cortado por el cañón del barranco. Sobre esta morra, que son varias y dan vista al Picón del Haza y al Embalse de la Feda, hay otro buen batallón de magníficos ejemplares de pinos laricios.

Aquella tarde, por aquí me quedé un buen rato recreándome en la preciosa vista sobre la cumbre de las Banderillas y el barranco del río Borosa. Hice varias fotos y luego tuve que regresar aprisa porque sobre los Campos se cernía una oscura tormenta que no dejaba de lanzar truenos y lluvia. Pero aquella noche, cuando ya regresaba hacia el coche, puede gozar de uno de los mejores espectáculos que he visto en estas sierras. En cada hondonada o pequeña nava, me fui encontrando una muflona, oveja silvestres, con su borrego. Luego me tropecé con varios jabalíes grandes con sus

rayones que los protegían bajo unos majoletos. Se me hizo de noche entes de alcanzar el coche y como al otro día tenía pensado hacer un minucioso recorrido por los Campos, en el mismo coche dormir. Al amanecer fue una verdadera fiesta para mí. Pude ver animales por todos sitios y sobre todo, aves.

El nombre que reciben las tierras que ahora recorro es el de Nava Noguera y la cuerda que me sobresale por el lado izquierdo, se llama Lastonera por aquello del lastón, una planta herbácea algo parecida al esparto y que por entre las rocas de estos paisajes, es abundante. El ganado la toma muy bien. La Majá del tío Perico, me queda por este lado izquierdo. De la cumbre de esta cuerda, caen varios cauces menores que vierten sus aguas hacia la Laguna de Valdeazores y para el Arroyo del Infierno.

Los que se derraman para el Barranco del Infierno, son seis o siete arroyos cortos de los que es difícil saber algo. Se encuentran en un lugar quebrado y retirado de los caminos pero sí sé que por este barranco está la Cerrá de las Mangas, la Morra del Pinar y el Puntal de los Robles. Por este Puntal de los Robles es por donde van discurriendo los vallejos. Todo esto me queda al lado izquierdo del barranco si me voy siguiendo la misma dirección de la corriente. Por el lado derecho, no cae ningún vallejo pero sí se encuentra por ahí,

siguiendo la pista que lleva a los Charcones, el Pozo de los Brígidos, la Manga y la Cuerda de la Manga. Desde la pista que lleva a Pinar Negro, cae una ladera muy agreste y pronunciada. El arroyo corre por el centro y con razón le pusieron barranco del Infierno.

En el Barranco del Infierno, por debajo del Pozo de los Brígidos, fue donde aquella nevada grande, se llevó por delante a uno de los pastores de estos Campos. Lo estuvieron buscando pero hasta los tres o cuatro día no lo vieron. Estaba como sentado con su capote puesto pero helado.

Al caer la tarde, bajo por la senda y conforme voy acercándome al río, el asombro nubla mi alma. Los álamos del cauce, la corriente por el centro, los charcos remansados y el rumor de las cascadas, Dios mío, cómo se me clavan doliendo.

Y como puedo pero triste en mi corazón por tanta ausencia y tan amargo ahora el recuerdo, termino de recorrer la senda y ya estoy al borde mismo de las aguas claras y arropado por la sombra de las adelfas y los fresnos y, por los lados, coronado de las cumbres y laderas de luz y misterio.

Y al querer seguir por la vereda, al frente y saliendo sus raíces de las aguas limpias y de la tierra negra, la gran noguera del tronco blanco y viejo y de ramas inmensas. Y como por debajo de ella avanza la senda, todo mi yo inmortal y, en la nube de la sombra espesa, se me queda hecho silencio.

Y respiro porque deseo seguir viviendo pero es tanto, Dios del cielo, lo que por aquí tengo y en compañía de los míos, ahora ya desvanecidos en el tiempo, que se me ahoga la respiración y se me marchita el corazón, del dolor que siento.

En cauce que venía acompañándome desde el Collado de la Zarca y que ya dije se llama Cañada Pajarera, lo cruzo ahora mismo porque mi ruta sigue buscando la llanura de los Campos y el surco de este arroyo de ensueño, se acomoda a la inclinación de terreno que cae hacia el Arroyo del Infierno.

Un pino laricio con su tronco clavado en la tierra y enseguida se abre en seis o siete ramas curvadas. A la llanura se le ve ahora repleta de pasto y esto me indica que son tierras fértiles. Otro pino por la izquierda y este aun más gigante. En el kilómetro treinta novecientos, remonta un lomete por donde sobresalen las rocas, ahora lo recuerdo pero como lo han

arreglado, no presenta el peligro que antes tenía. Los coches pequeños siempre rozaban en las partes bajas.

Una enorme llanura en el kilómetro treinta y uno justo. Son estas las tierras de Nava Noguera. Rebosan por la izquierda y por la derecha y luego al final, antes de hacerse ladera de montaña, aparecen los pinos. ¡Qué bonito es esto! Sé que por aquí existen algunos rebaños de ovejas a cuyos pastores, no a todos, conozco. Algunos pajarillos que levantan vuelo a mi paso y también cuervos y grajas. ¡Ojalá me encuentre con pastores hoy por aquí! Me ayudarán mucho, como siempre lo hicieron, en la comprensión y amor por las tierras que recorro.

Sé que todos estos rincones están poblados de nombres. Casi un nombre por metro cuadrado y además de laderas, hondanadas y puntales, existen muchos picos casi todos por encima de los mil ochocientos metros, y de muy pocos de ellos me sé los nombres. Una pena porque cada nombre me acerca a los que la habitaron desde los más lejanos tiempos y eso me gusta. Me agrada sentirme fundido, lo más posible, a las tierras de estos montes. Pero esta mañana, todavía siento muchas carencias y ello me entristece algo.

Treinta y uno setecientos y unos tornajos por la izquierda. Tienen agua y esto indica que hay rebaños de ovejas. Un

majoleto con una bolsa de plástico azul entre sus ramas. Treinta y dos justo y una cañada amplia y un pino laricio con cuatro o cinto troncos por la derecha. Al frente otro puñado de pinos laricios cubriendo casi toda la pista con sus ramas y la sombra. Y ya aparece la casa del Control de Rambla Seca. Kilómetro treinta y dos doscientos, desde el empalme del Valle. Creo que está cerrada. Me paro por el lado de la derecha y voy a echar una ojeada al entorno.

Es en este punto mismo y por la izquierda, donde arranca o se aparta de la que llevo, la pista forestal de tierra que se va hacia los Charcones y después de atravesar la largísima y bella cañada de Pinar Negro, avanza hacia las cumbres de las Banderillas y roza la casa de Pinar Negro. Sigue luego y algunos kilómetros más adelante, se encuentra con Cañá Cruz y luego cae hacia el nacimiento del río Segura, las aldeas de Fuente Segura y los pueblos de Pontones. ¡Qué bonito también es este recorrido y con cuanto gusto lo haría ahora mismo pero por aquí las distancias son muy largas y una sola jornada, no da para recorrerlo todo.

La pista que va por los Charcones, queda separa de esta que voy a recorrer hacia los Campos de Hernán Pelea, por una alta cuerda rocosa cuyo nombre es Cuerda de la Nieve. El Alto de Infierno, el Risco y los Chiclanos, quedan en este centro,

acompañados de otros muchos nombres preciosos y que dan personalidad a encantadoras hondonadas, laderas o crestas rocosas. ¡Qué paisaje más grandioso, la naturaleza y la mano de Dios, han modelado por estos rincones! Pero si lo miramos desde otro punto, el de las personas que lo tienen que recorrer a lo largo de muchos años detrás de sus rebaños de ovejas o cabras, qué terrenos más duros e inhóspitos.

En la casa no hay nadie. Es muy bonita, construida de piedra con su pequeño porche y tejas de las buenas. Recuerdo ahora cuando aquella noche de lluvia, mucho antes de la declaración de Parque Natural en estas sierras, llegamos a esta casa buscando refugio. También estaba cerrada y como era tanta la lluvia y el frío, nos volvimos y fuimos a pernoctar al viejo y desaparecido refugio de la Laguna de Valdeazores. ¡Qué aventuras aquellas y qué momentos tan repletos de emociones limpias!

Me ladran un par de perros que parecen los únicos guardianes pero al acercarme, se van. En la puerta hay una vieja hamaca y una alambrada por la derecha la protege. Hay un cercado para encerrar a las ovejas. Un tubo de plástico se acerca desde el arroyo enganchado a la alambrada y enseguida descubro que es para que el agua llegue hasta este habitáculo.

El chorrillo de agua que por él sale, cae a un barreño de zinc donde lavan ropa. Está lleno de camisas muy usadas y de pantalones vaqueros. Son de los pastores que ahora ocupan estas tierras y casa. La alambrada quedaría cerrada por una puerta de barrote de hierro, ahora abierta de par en par, unos raíles de vías de tren pintados en blanco y negro y un letrero que dice: “Salidas alternativas: Rambla Seca, Nava de San Pedro, Vadillo, Carretera al Tranco, salida a Cazorla”.

Doy un par de vueltas por la tierra que rodea a la casa con la intención de encontrar alguna presencia humana. Llamo y nadie me contesta. Me contrarío porque pierdo una gran oportunidad. Sé que los pastores podrían darme mucha información del montón de cosas que todavía desconozco por estos rincones.

Arranco y son las doce en punto de la mañana. Quizá más adelante tenga otra suerte y me tropiece con pastores. Pienso ahora que como la pista se me viene presentando realmente buena, podría seguir hasta atravesar los Campos y salir a la Matea. Cruzo el cauce del arroyo del Infierno. Me entra por el lado de la derecha y al mirarlo y verlo seco recuerdo que su nacimiento se encuentra bajo el tronco de un gran pino laricio o blanco por encima de la casa forestal y de piedra de la Cabrilla.

A unos tres kilómetros del punto en que me encuentro. Recorrer a pie este cauce hasta ese manantial, en primavera, es un paseo delicioso. Lo digo por experiencia. Casi no existe desnivel.

Antes de que la pista que traigo termine de cruzar la rambla, por la izquierda, se aparta otra, poco usada. Si la siguiera iría a salir a los Charcones, a Pinar Negro, a los Campos del Espino y al nacimiento del Segura. Hoy no me voy a ir por esta pista pero recuerdo aquel día, cuando al amanecer, la recorrí. Dejé el coche bajo la sombra de varios pinos grandes que clavan sus raíces en los primeros metros de la pista y me fui andando. Salvé las tres o cuatro curva que traza al comienzo y luego comencé a remontar dirección a las Banderillas. La impresionante vista que se me iba abriendo hacia las cumbres de la sierra de la Cabrilla, Nava Noguera y el barranco del Infierno, me iban recreando deliciosamente.

Antes de coronar, me llegaron los balidos de una cabra. Miré y unos metros más adelante me la encontré remontada sobre unas rocas, de entre los millones que por aquí existen porque los paisajes son todos calares y repletos de dolinas. La llamé, biri, biri, biri, que es como los pastores de estas sierras llaman a las cabras y el animal, al verme parece que se alegró. Me miraba confiada sin dejar de balar. Pasé junto a ella y seguí

llamándola. Al poco de remontar se vino detrás de mí sin dejar de balar y como esperando que yo la salvara. Cuando terminamos de remontar a lo más alto, después de unas preciosas dolinas donde en el centro de la última, crecía un gran pino laricio, se nos abrió, con toda su belleza y profundidad, el barranco del Infierno. Subiendo por él, venía una manada de cabras blancas. Y el animal, nada más asomar a la cumbre, sintió el cencerro del hato de cabra, se apartó de la pista, dejó de seguirme y puesta sobre una roca, se quedó mirando para el barranco y balando.

- Ahora ya, vete con ellas.

Fue lo que le dije y parece que el animal me entendió. Lentamente y como si me lo agradeciera comenzó a saltar por las rocas de la enorme ladera y mientras me dejaba atrás, de vez en cuando se paraba, volvía su cabeza, balaba y seguía bajando hacia la manada. En este mismo punto, me quedé largo rato observando el comportamiento de esta cabra extraviada de la manada y también asombrándome ante el esplendor de la panorámica que desde aquí se domina. Hice algunas fotos y luego me volví por el mismo camino. Cuando una hora más tarde estaba con el pastor del refugio de Rambla Seca y le contaba lo de la cabra, éste me dijo:

- Seguro que el animal había vuelto en busca del chivo que lo tendría escondido en algún barranco de esos. También puede

que, si le había picado la mosca, huyendo desesperada, se haya perdido por esas cumbres. Pero te digo una cosa: aunque tú te creas que esa cabra estaba perdida, no lo estaba. Los animales no se pierden. Ella hubiera seguido buscando hasta dar con la manada.

Por lo demás, terminar de contar que la pista que recorrí y es la que lleva a Pinar Negro, pasa por paisajes preciosos y de asombro pero para hacerla en coche, no está. No es una vía importante para los pastores que todavía pueblan los paisajes de estos campos y por eso se encuentra muy mal de firme. Afloran las rocas por todo el recorrido y son tantas y tan gordas que hasta con coches grandes es muy duro ir por aquí.

Remonta un poco y aquí ya se mete por lo que es Rambla Seca. Por la izquierda, veo unas cabras sobre las rocas. Aquí mismo hay otro refugio tipo iglú. Lo conozco de otras veces y sé que en él se guarecen los pastores que suben desde las aldeas de Santiago de la Espada. Refugio de Rambla Seca, se llama. Algunos refugios más como este los construyeron unos años atrás como forma de prestarle un poco de apoyo a las personas que dan pastos a sus rebaños por estas insólitas tierras. Está por aquí la fuente de Rambla Seca y no es que mane en este punto sino que, en tubos de plástico, recogen el

agua del arroyo que viene de las cumbres de las Empanada y descansa en unos tornajos para que beban los rebaños.

Pero tengo que decir que en este refugio de Rambla Seca, cuando llega el otoño y las sierras se llenan de cazadores con rifles, rehalas de perros y trajes guerreros, se concentran tanto al caer las tardes como por las mañanas. En este punto dejan ellos sus coches, miran con lo prismáticos por si asoma algún animal silvestre por las cumbres que rodean, comen, charlan, planean y se les inquieta el corazón ante la ilusión de la pieza cobrada. Tantos son los coches que junto a este refugio y por los tornajos de la fuente se concentran que si se acercan los rebaños de ovejas a beber, les es imposible. Los perros de los cazares las corren, los coches no le dejan espacio junto a los tornajos de la fuente y las personas las espantan en todas las direcciones. Esto de la caza mayor en los mese de otoño es otra historia, con punto y aparte, que va por caminos distintos a los que yo recorro.

¡Ojalá aquí si hubiera alguien para pararme a charlar! Veo algunos coches y esto me anima. Paro y llamo pero tampoco tengo suerte. Arranco y unos metros más adelante, por la izquierda aparece una manada de cabras, algunas durmiendo por entre las rocas y otras buscándose la vida por la tierra. Llamo por si el que las guarda me está viendo y nadie me

contesta. Miro despacio y a lo lejos y entre las cabras, veo a un muchacho joven.

Lo sigo llamando y me acerco. Al notar mi intención, se viene a mi encuentro. Nos saludamos y enseguida le pregunto por las condiciones de la pista que recorro.
Me aclara que se encuentra bien porque la han arreglado este mismo verano y a continuación me dice que su nombre es José Mendoza y es de la aldea de la Matea.
- ¿Y los nombres de algunos de los lugares que nos rodean?
Y enseguida se pone a explicarme:

- Pues por esta sierra que nos queda al frente y por el lado de la izquierda tenemos la Manga, la Raja, este más cerca es el Morro de la Manga, un poco más allá, conforme sube el carril, en to lo alto, hay un hoyo grande que le dicen el Hoyo de la Mata Negra, bajando hay unas curvas y enseguida aparecen los Charcones, aquí a la derecha nos queda el Llano de los Serranos, que es una finca particular, el morro de más allá le dicen el Caballo del Renacuajo, siguiendo al caballo se encuentra el Morro de la Sima, más a la derecha nos queda el Morro de Enmedio y se llama así porque lo tenemos en el centro del llano, está el Renacuajo que es toa la canal esa que se ve, el otro morro de la derecha se llama Majal Alto de los

Rastrillos de Majá Labrá, porque es así como le dicen a todo eso

Y si nos venimos para acá a esto le llaman los Gollimicos, que es una finca también particular de don Juan, el Morro del Hornico, que es el primero a la derecha y claro que cada morro de estos tiene su nombre pero yo ya no me los sé. Donde estamos ahora mismo le llaman los Tornajos de Rambla Seca, un aguadero o descansadero porque la verea de trashumancia pasa por aquí mismo, que también le llaman a esto el Pilarico de Rambla Seca. Y siguiendo para delante el carril este arriba hasta la Cabrilla, el Caballo de la Cabrilla, el cerro de las Empanás, que nos estorba aquí el morro este que es lo que más levanta y si nos pasamos a ese lado, por donde usted ha venido, como los límites de los términos suben por el mismo cauce del arroyo del Infierno, aquel lado pertenece a Cazorla que yo me lo conozco menos.

- ¿Y siguiendo el carril para Monterilla?

- Pues tenemos la Rambla del Puerto, la Trinchera, los Llanos del Niño, el Cerro del Niño, la Cañá la Raja, a continuación está el Morro Cambroná, el Aguaero Nuevo, que le dicen y Cerrico Vaquero, el Caballo de Juan Perrera, los Llanos de Juan Perrera, el Pozo de Juan Perrera, el de Arriba y el de Abajo, que hay dos, el Morro de la Sima, el cortijillo de las

Marianas, que era una finca particular, el Poyo de las Víboras y ya, a la caseta de Monterilla.

A José le pregunto qué significa ahijada y me dice que:
- Eso es cuando a una cabra u oveja se le arrima un choto o un borrego que no ha parido para que lo críe.
- Y la torva ¿qué es?
- La especie de tornajos donde le echamos de comer a los animales.
- Y con los zorros ¿qué pasa?
- Pues que como no los podemos matar porque está prohibido por las cosas del Coto Nacional y el Parque Natural, hay tantos que nos quitan los chivos pequeños en cuanto nos descuidamos. Las cabras están comiendo monte o hierba y detrás de una piedra o mata se dejan acostado a la cría. Ellas saben dónde lo han dejado y se alejan para volver luego al mismo sitio pero en cuanto se retiran, los zorros, hasta en pleno día, se abalanza contra el chivo y se lo llevan corriendo. Nos los quitan hasta delante de nuestros ojos.
- ¿Y no se puede hacer algo?
- ¿Qué vamos a hacer? Ya te he dicho que matarlos no podemos y si lo denunciamos ellos siempre dicen que cómo tienen garantías de que es verdad que se han comido cincuenta chotos. Y lo que más rabia te da es que te pasas todo el verano tirado en estos solitarios campos para criar cien

chivos y en cuanto los zorros te quitan treinta o cuarenta, a siete u ocho mil pesetas cada animal, fíjate qué negocio ¿A ver qué ganas?

Y a José le pregunto y entonces me dice que él tiene su cortijo y sus cabras por una finca que le llaman de las perdices y que como es de la Matea, conoce a Josefina, la hija del pastor amigo mío en Fuente Segura de Abajo y a la otra hija menor que estudia en Úbeda. Y también me dice que conoce a Pascual, marido de la hermana Josefina, la que se casó este verano pasado.

Y al recordarme tantas cosas caigo en la cuenta que mi amigo, pastor de Fuente Segura de Abajo, este invierno último lo ha pasado muy mal porque no encontró fincas, para las ovejas, por Sierra Morena y tuvo que quedarse todo el invierno, no en Pinar Negro donde la nieve era tanta que ni se podía andar sino en Pontones. Y como la nieve se convirtió en hielo por todas las cumbres y laderas, todo el día tenía las ovejas metidas en la tinada y gastando cebada para que comieran y no se murieran de hambre pero a pesar de tanto sacrificio, los borregos se le murieron y él se gastó el dinero que no tenía. Y además, le creció tanto la artrosis de la pierna que hasta se le hinchó y de tanto dolor como le corría por el

cuerpo y el alma, ni dormía de noche ni podía andar durante el día.
- El hombre no podía vivir pero haber ¿qué hacía?

Y luego recuerdo que su hija Josefina, la que se casó el verano pasado, ya ha tenido su primera niña y ella sí pudo irse con su marido, a la finca que le arrendaron por el pueblo de Canena. Y recuerdo que a su hija le puso el nombre de Cristina y recuerdo que en la matanza, que todos los años hacen en la casa donde nace el río Segura, estuve yo haciéndole fotos y recuerdo que asaron chorizos en las ascuas y comimos pechugas de poyo de corral, junto a la abuela y la hermana Josefina.

Y durante un rato más escucho a José mientras me cuenta estas y otras aventuras y luchas luego lo despido pero antes de retirarme me aclara:
- Estos campos son bonitos para el que como usted viene por aquí un día de paseo pero cuando por necesidad hay que andar por ellos un mes detrás de otro bregando con los animales, ya no es lo mismo.
Le digo que tiene mucha razón, porque de verdad que no es lo mismo y lo despido.

Kilómetro treinta y tres justo y comienzo a remontar desde Rambla Seca. Es la una y media de la tarde. Me ha dicho que este camino hasta la misma Matea está pero que muy bien. El arroyo que por la izquierda me queda y, es el que recorre la mágica extensión de tierra llana que lleva por nombre Rambla Seca, también se le conoce con el nombre de Rambla de Puerto Lézar.

Un surco ahora mismo seco que baja desde las cumbres de la cuerda de las Empanadas y que por este punto los pastores lo tienen bautizado con el nombre de Puerto Lézar. Justo en ese punto, hacia el levante, nace y corre el río Castril que por las partes altas, al ser muchos los arroyo que lo empiezan a conformar, también son muchos los nombres y los barrancos. Pero el nombre de Lézar, es curioso la de veces que aparece en toda esa vertiente que recorre el río Castril.

Y por este rincón bonito que me vengo dejando a la derecha, gustosamente me voy quedando. En la mitad entre la cumbre y la pista que recorro, se encuentran los tornajos del Puerto. Por aquí es donde el pastor, Nicomedes Ojeda y de la Matea, tiene sus ovejas. Un rebaño de casi mil y por estas tierras pastan desde el mes de marzo hasta diciembre que se las lleva a Sierra Morena, cerca del pueblo de Arquillos. Su hijo

estudia en la Safa y además de amigo mío, buenos ratos hemos compartido charlando de las cosas de estas sierras.

“Pues la fuente esa, no sé qué tendrá pero dicen las personas y es verdad, que da sarna. Sobre todo, si bebes agua en ella después de las primeras lluvias del otoño, te entran unos picores por el cuerpo que es como la sarna. Y mana por la zona esa del Puerto hacia los Campos”.

Y ahora que rozo el lugar, me sale de entro decir que un día tengo que venir por aquí con la intención de que este pastor de Puerto Lézar, me empape de lo que tan bien él conoce y tanto yo apetezco. Es este un precioso rincón alejado, tanto de las aldeas de Santiago de la Espada como de las que hay por este lado de Cazorla. Pero no por esto o precisamente por ello, tiene su belleza singular y su identidad propia. Para este pastor del puerto más bonito de la sierra y del rincón más apartado de los pueblos y el parque natural, en este momento, mi saludo y respeto.

La madre decía: “En la vida de las personas, a veces, hay experiencias y sensaciones que resultan más dulces y reales en sueños que despiertos”. Y la madre, como en tantas cosas, tenía razón y ahora que ha pasado el tiempo, lo descubro y, con nostalgia, recuerdo.

Por la curva que traza la senda donde cruza el arroyuelo, iba yo aquella mañana con la hermana de la mano. Caía el sol, estaba quieto el viento y de la hierba verde y el bosque de los romeros, manaba un perfume tan fino que se hacía camino hacia el azul del limpio cielo.

E íbamos los dos charlando de cosas intrascendentes pero hondamente inmersos en nuestro juego, cuando al coronar el morrete que cae desde el peñasco negro, se nos aparecen las cabras. La manada que viene del barranco de los huertos y al encontrarnos frente, ellas y nosotros, se quedan y nos quedamos quietos y todos mirando a ver qué pasaba o qué se hacía en ese momento.

Y al instante, sentimos como se paró un poco el sol, se puso más en calma el viento, se llenó de curiosidad la corriente del río, las ramas de los fresnos dejaron de moverse y la hierba en la ladera, exhaló como un bostezo y ellas y nosotros, allí sobre la tierra y con la mañana por centro.

Y recuerdo yo ahora que este cuadro tan sencillo y bello, fue como lo que nos decía la madre buena: "Que hay experiencias en la vida que aun siendo sueño, son tan

intensas y dejan tan sutil acento, que superan a la realidad más exacta de cualquier otro momento".

El camino que ahora ya sí he decidido recorrer, es de una belleza encantadora pero al mismo tiempo desoladora. Estos sí son ya paisajes de los Campos de Hernán Pelea. A la derecha me va quedando la llanura de Rambla Seca con muchos cambrones y majoletos y las asombrosas laderas que bajan desde las Empanadas.

Ya al final, la pista cruza el arroyuelo, ciertamente una rambla por la poca inclinación que el terreno tiene por aquí aunque la altitud sea casi los mil setecientos metros. Por eso a estos lugares se le conoce como la altiplanicie de los Campos. Siguiendo el curso de este arroyuelo hacia la cumbre del Puerto, sube una pista forestal en muy precarias condiciones y antes de coronar, hay unas tinadas para el ganado. La pista sigue en buen estado. Por la izquierda se va terminando la llanura y a mi paso alzan vuelo algunos cuervos. Aparece otra llanura con muchas piedras y un letrero donde leo: "coto privado de caza".

- Entrando desde ese lado de la sierra, tenemos el Control, los llanos de la Rambla, la Trinchera y aquí tomamos a la derecha pa meternos rambla arriba al Puerto de Lézar, que

nosotros le decimos sólo el Puerto. Está también la Hoya del Alcaide, la nave de la Tiná del Puerto, luego tenemos, la Cañá Prao Largo que es donde está el cortijillo Cabañas. A la izquierda subiendo tenemos el Cerro del Niño y a la derecha, el Poyo de las Víboras.

Desde la Cañá Prao Largo, tenemos el Capaero, el Morro del Puerto, la Rinconada, las Buitreras que son unas ricas donde los buitres tienen sus nidos y ya vamos a los Tornajos del Puerto. De la tiná del puerto a la derecha, seguimos para arriba y tenemos la Solana, los Piazos de la Solana, los Tornajos de Enmedio que se quedan a la izquierda, los Vallejos de Cabañas, el Morro las Plantas a donde nace el agua de la Solana. Y ya llegamos al Collao Salistre que hace lindero con Castril.

- ¿Pero de la tiná para arriba creo que hay un punto que le llaman la Manga del Hornillo?
- La Manga es lo que ya hemos dicho con el nombre de la Solana. Los de castril son los que le llaman la Manga pero ellos le aplican este nombre a todo el terreno desde la tiná para arriba. Aquí en Santiago, su nombre no es la Manga. Aquello es el Puerto y su nombre es lo que ya hemos dicho. El Caballo está en lo alto de la tiná. Y coronando, están los Tres Mojones.

A la izquierda, tenemos las Buitreras y el Cerro de la Osa, que es la mojonera con Castril.

Entre la Buitrera y el Cerro de la Osa, nacen los Tornajos del Puerto. Esto es aquí en Santiago. La rambla donde está en la Cueva del Puerto que ya es de Castril y el arroyo del Puerto, que es como se llama, que también es de Castril. Para Santiago tenemos, los Tornajos del Puerto y a continuación los Tornajos de Enmedio y el Portacho, donde también nace agua. Esto está todo en la umbría.

Y luego enfrente, en la solana, es donde tenemos los Vallejos de Cabañas, que los tenemos a continuación del Portacho y enfrente, que es donde nace el agua, los tornajos de la Solana y el Caballo. Los arroyos que van naciendo por allí son: los Vallejos, los tornajos de Enmedio, el vallejo que baja de Collao Salistre, el que viene de los tornajos del Puerto y con el de las Buitreras, tenemos cinco arroyos que antes de la tiná se juntan para quedar en uno que ya conocemos por el nombre de la Rambla. Toda esta es la gran zona del Puerto.

En estos arroyos nacen algunas fuentes que son: los Tornajos del Puerto, los de Enmedio, que su nombre son las Pegueras, el Portacho y la Solana. Todas estas son fuentes de

verdad, porque luego puede haber alguna fuentezucha cuando llueve como la del Collado Salistre pero na.

Luego, por el otro lado del Caballo hacia la Cabrilla o los Llanos de la Rambla, tenemos la Hoya del Alcaide, la Majá del Alcaide que se encuentra en la punta de arriba que es un corral, más para arriba tenemos la Torquilla y ya a la mojonera de la Cabrilla, el Chuscarrón. También a ese punto se le llama el Barranco del Boticario. Es una finca particular.

- Pero si nos vamos por el arroyo de la Cabrilla para arriba, a un lado y otro, tenemos dos laderas grandes.
- Sí. La que sube por la derecha, es de Nava Noguera. Por encima de la casa, está la fuente de donde venía el agua al cortijo. La que nace en el tronco del pino que tú dices, es la de la Fuente de la Raja. Y más arriba hay otra que son los tornajos del Collao la Rambla. Es una tornajera.

- Estando en la casa de la Cabrilla, a la izquierda nos queda una umbría muy grande.
- No es exactamente la Cuerda de las Empanás. Es que en esa cuerda tenemos los Tres Mojones, las Empanaillas y la Vaga del cerro y el Cerro. Esto es del cerro para acá. Luego del cerro para allá, siguen otros nombres. Pero que la umbría esa la conocemos por la Umbría del cortijo. Ahí está el Barranco de

la Paja, que encima del cortijo hay unos covachos que le dicen el Covacho la Paja y el Chuscarrón, que es lo que hay en la mojonera de Santiago y la Cabrilla.

Yo por donde más ando es por el Puerto y desde la Rambla, el barranco de la Cabrilla arriba, toda la umbría esa del Boticario, que es una finca particular, los Gollimicos y todo eso. Del cortijillo Cabañas para Majá las Calles, que es como se llama, lo que hay allí, es la Raja, el cortijillo de Majá las Calles, los Tornajos de Majá las Calles, el Aguaero Nuevo de la Solana que está allí también, en Cerrico Vaquero y la Majá del Toril, que se encuentra algo más hondo, en la orilla del carril. Esto se encuentra más cerca de la Cañá Prao Largo que de Monterilla pero bueno, es tirando ya para Monterilla. La tiná que hay por debajo de Majá las Calles, es la de Isaac, que es particular.

- ¿De qué te acuerdas del cortijo de Cabañas?
- Es que lo hizo un hombre que tiene labor allí. Tiene una finca no muy grande y entonces, hizo una navecilla. Que al hombre lo conocía yo. A la hija y al hijo, que tiene dos. Y este hombre hizo pues una navecilla a tejavana. Como a él le decían Valentín Cabañas, que no sé si habrá muerto, pues al cortijillo, se le ha dicho de siempre cortijo Cabañas.
- ¿Quién vive ahora en él?

- Si eso ya está en el suelo. Cuando nosotros lo dejamos, es que estaba muy mal pero como ya hicieron la tiná, no lo arreglamos.

Fuimos al alcalde y nos daba los albañiles y la arena. Teníamos que poner los palos pero entonces el Icona, se comprometió a hacernos la caseta. Y la hizo que es la tiná del Puerto, que ya lo hemos dicho. Tendrá como unos cuarenta metros cuadrados y una habitación. También hemos dicho que por ahí no hay más tinadas Luego tenemos la de Majá las Calles, Cañá Rincón y la de Cueva Paría.

- ¿Y lo de la huelga?

- Antes había un camino que desde la Trinchera cruzaba por el Morro del Hornico y venía a la Huelga del Triunfo. Es que en la Rambla hay una huelga que era de los Triunfos. Es una finca particular. Dicen que en tiempos de Primo Rivera fue el dueño a verlo para pedirle que no se lo quitaran. Y de hecho, mientras que algún hijo o nieto ha estado, la huelga ha sido de ellos. Esto se encuentra por debajo de la caseta de la Cabrilla.

- ¿Cómo es la Cueva?

- La Cueva del Puerto es un riscal grande que mira un poco al sur. Hace campana y hay un escalón muy grande. Se mete como una cañá pa dentro y queda en el término de Castril. De

Santiago nos queda como a unos doscientos metros. La Cueva del Salistre, también queda en tierras de Castril. Se abre en la misma mojonera. A la entrada de la Cueva del Puerto, se suele hacer un charquete cuando llueve pero dentro, no hay agua.

Pero lo que sí dicen es que en el Puerto hay un tesoro. Mi padre dice que lo ha ensoñado mucho. Siempre me decía que tenía que ponerme y buscarlo. Pero claro, es que yo le preguntaba y no me decía el punto exacto. La historia era que tenía que ensoñarlo tres noches seguida y no contarlo a nadie. Pero él decía que lo había ensoñado más de tres veces.

- ¿Y los árboles?

- Pues en el mismo puerto hay una acacia. ¿Por qué irían a sembrar a ese lugar una acacia? Pusieron varias y no ha quedado nada más que una. Hay espino majoleto, espino granillar, retama, pinos, cambrones, algún arce también hay. Encinas, sólo en el Caballo crecen una mata o dos pero na. Lo que sí hay es enebriza, que es la que crece en el suelo. En la Cabrilla hay todavía algunos restos de pegueras. Por lo menos cuatro. Yo las he visto cuando las armaban.

- ¿Cuál fue la nube más mala?

- Pues me cogió en la caseta de la Rambla. Había allí unos chiquillos y yo me iba porque tenía que dedicarme a las ovejas

y ellos me pidieron que me quedara. Estaban asustaicos. Crujió la nube, descargó y al poco, por la Rambla, bajaban hasta álamos enteros. Y de la Rambla al Puerto que tiene muy poca avenida, pues aquello era tremendo. Además, a los cuatro o cinco días todavía quedaban montones de granizos. Aquello fue el día catorce de septiembre. Por los Campos, las nubes sí caen con fuerza.

- Pero en otros tiempos, era peor aún ¿no?

- Claro porque como entonces no había pagas para las personas mayores, yo me acuerdo ver a los viejos cuidando a las ovejas por estos Campos y otros, al cuidado de los garbanzales. Como las personas mayores ya no valían para mucho, se empleaban en estas cosas. Allí había por todos sitios, entonces. Cuando subieron las pagas, se acabaron los viejos por esas tierras.

En el día de hoy, hace mucho calor aunque el viento que corre casi es frío. Como una ráfaga que ilumina, quema y deja una débil herida que sangra y duele en cosquillas, se me presentan los pastores que dan pastos a las ovejas por estas tierras. Ellos sí que pasan frío recorriendo los infinitos de llanuras tan preñadas y extensas. Ellos sí que pasan calor y sienten la soledad en sus corazones y el peso de la monotonía diaria. Como una ráfaga me cruza por la mente sus presencias

temblorosas y aunque sea sólo en espíritu y breve segundos, me duele el sabor que deja por dentro.

Pero sí: hoy hace mucho calor, los cambrones están casi secos, la hierba es puro pasto que cruje al pisarlo y la llanura que parece no terminar nunca. Atravieso otra rambla, pequeñas cañadas muy llanas y tapizadas de alfombras de pasto. Me rebosa la tierra plana por la derecha y por la izquierda y quizá por esto me digo que los parajes que voy atravesando tienen que ser muy bueno de hierba en la primavera. No conozco a estos lugares cuando los días mágicos de la primavera retozan por aquí ni tampoco los conozco bajo las blancas nevadas de los inviernos. Sólo tengo referencias por lo que me han dicho o he leído. Pero me gustaría tener en mí registradas las experiencias que no conozco.

La pista remonta desde una leve cañada hacia el lomete de una cuerdecilla. Parece como si mejorara más y más según avanzo. Asomo y al frente una vista preciosa. Cae casi en picado en unos metros pero no hay problemas por lo bien que se encuentra la pista. Sigue la llanura ahora salpicada de piedras blancas y calizas. Por la izquierda me van quedando los montículos pelados por completo y tapizados de mil rocas blancas. Sólo varios árboles, unas encinas y dos majoletos.

Qué extraños, agrestes y al mismo tiempo bellos son los paisajes de estos Campos de Hernán Pelea.

Revolotean algunos pajarillos que se arrancan de entre las matas de los cambrones que van escoltando la pista. Y por lo demás, el sol cayendo, la monotonía de este profundo día de verano y la soledad aplastando en estas tierras grises y ásperas.

Kilómetro treinta y cinco cien. Un majuelo por la izquierda, algunos más por la derecha, remonto una elevación del terreno y las calizas, pues como si el suelo lo hubieran empedrado todo por parejo y a conciencia. Más a lo lejos, nada más que montañas por completo también desnudas de vegetación. Baja la pista hacia una dolina por donde se amontona la tierra fértil y muchos cambrones.

Los contrastes y matices que los ojos humanos captan al recorrer los campos de la soledad, sólo pueden entenderse un poco en los encontrados sentimientos que en lo hondo del alma, bullen o más bien, despiertan asombrados por la variedad que muestra la tierra agreste vestida sólo por sus cuatro hebras de pasto miel, los cinco cambrones aplastados al borde de las rocas blancas y los seis majuelos de la escasez donde todo es claridad.

Porque los campos de la luz y el infinito, además de mostrarse horizontales como si pretendieran ser puerta hacia la región de la eternidad, se alzan como gigantes que defienden el rincón que les pertenecen porque creen que a nadie más les corresponde esta propiedad y por eso braman desde su silencio pétreo y con violencia abrazan a los que por aquí se atreven a pasar y, a los pastores y sólo a los pastores, les abren sus secretos y corazón porque los últimos sí forman con los primeros una misma realidad.

Un ramal de pista que se va por la derecha y ahora que lo veo, caigo en la cuenta que este sale por aquí, no al Campo del Espino como pudiera parecer, sino al Alto de los Campos, Pozo Nuevo, Sima de Cerrico Llavero y más adelante al refugio de Cañada Rincón. Quizá por esas cumbres que llevan por nombre Cuerda de la Nieve y que alcanza los mil ochocientos metros, este ramal de pista se escape y continúe hasta juntarse con la que recorre los Charcones y Pinar Negro. No conozco esos lugares y bien que me gustaría empaparme de ellos.

Los nombre por el Campo del Espino, algunos, sí me los sé: Llanos del Campo del Espino, El Chopo, Majá Teresa, La Majá del Covacho, el Hornico, Collado del Poste, Espino de la Bofetá, Morra Cagasebo, El Prao de las Hoyas, Hoya de

Benito, Hoya Hundía, Solana de los Rastillos, Las Asperillas, Pelao del Cerezuelo, Los Perdigones, Corral del Campo del Espino, Covacho de los Gañanes, Hoyas del Cojo.

En Pinar Negro: Mojón Alto, Los Pinos Merguizos, Morro de la Zorra, Collado del Robraillo, Pozo Seco, Los Agriales, Cueva del Agua, El Portillo, Las Horquillas, Solana de la Maniselva, Corral de los Toros, Hoya de los Cardos, Cañá Rincón, Umbría de la Cueva del Agua, Pino de la Centella, El Mesoncillo, Corral de los Calletanos, El Sestero Grande, Fuente del Pozo Rabillo, Hoya Miguelete, Sima de Hoya Miguelete, El Covacho de las Cambras, Covacho Marañón, Cueva del Razul.

Un poco más adelante me sale otro ramal de pista forestal y este creo que muere unos kilómetros más arriba justo en una tinada para las ovejas. Qué tremendos son estos campos y cuanto yo daría para recorrerlos a fin de conocerlos a fondo. En la vaguada muchos montones de rocas blancas vestidas por los majuelos y los espinos.

Remonta ahora un poco y como la pista está muy bien, hasta llevo una marcha rápida. Y me digo que debería ir más despacio para medio enterarme de los paisajes que recorro. Una preciosa dolina que en esta ocasión es rodeada por la

pista que me lleva. Me imagino cómo la nieve del invierno, cubrirá hasta rellenar y dejar lisas todas estas hondonadas. Otra dolina más y esta me saluda por la izquierda. Esta además de ser bordeada por la pista, enseguida remonta y mientras lo hago me digo que es más que curioso todo lo que por aquí me voy encontrando hoy.

Una nueva dolina por la izquierda y esta me deja mucho más asombrado. Es preciosa, profunda y muy amplia. Redonda casi por completo y en el centro su puñado de tierra fértil. Claro que ahora entiendo un poco más por qué las nieves y los hielos han esculpido en estos paisajes lo que mis ojos están viendo. Todo es llano y como ni siquiera hay arroyos pequeños, las aguas tienen que buscar escapes para irse hacia los mares. Las dolinas son algunas de las huellas que estas nieves e hielos tallan por aquí.

Sé que a las dolinas, que es un nombre arrancado de la ciencia llamada geología, los pastores le llaman “sobiores”. Embudos naturales que se abren en la tierra por donde se van escapando las aguas. Remonta un poco el puntalillo y por aquí otras dolinas pero estás más anchas y muy abiertas. Baja casi en picado hacia el centro de la dolina y luego la remonta por el otro lado. Estas son de grandes casi como un campo de fútbol. Dos nuevas dolinas y por el centro se mete la pista.

Y de pronto se me ocurre que este tramo de camino, por ser tan variado dentro de su monotonía, podría yo decir que es donde se encuentra el juego de las dolinas. Son preciosas y creo que lo bonito total será verlas en primavera o en invierno cuando ya se está derritiendo la nieve y se pueda pasar por aquí.

Remonta y vuelve a aparecer otra gran dolina y esta por la derecha. Toda esta llanura es el campo de las dolinas. La pista aquí gira bruscamente buscando avanzar por el borde de las dolinas. Dos más por la izquierda, redondas con un pequeño prado de hierba verde en el centro y las rocas como si acaso hecho las hubieran puesto formando una pared. Remonto de nuevo, un majoleto, más dolinas y la pista sorteándolas como puede. La dificultad de este terreno llano, precisamente se encuentra en la gran cantidad de sorbiores o embudos que lo pueblan.

Por la derecha se me va acercando la cuerda que desde las Empanadas viene cayendo como si quisiera cerrar el paso a estos grandiosos campos. Y aquí mismo, por la derecha, se me abre una extensísima llanura. Se ve como si estuviera arada y no me extraña que así sea. En otros tiempos y puede que

ahora también, en estos campos los serranos sembraban mucho centeno.

Por la izquierda se me ha quedado ya muy lejos, las elevaciones rocosas que separan Pinar Negro de estos Campos. Kilómetro treinta y siete seiscientos y voy atravesando otra llanura que está arada y unos o dos trozos que no lo están, se visten de cardos silvestres. Es una tierra fértil y con pintas de ser muy buena. La han arado con un tractor. En aquellos tiempos lejanos la araban con mulos y arados de madera.

Kilómetro treinta y ocho y baja un poco para la llanura esta que muestra como una vaguada y por la izquierda se me presentan unas casas construidas de piedra y cubiertas con tejas rojas. Son dos y como forman un rectángulo pienso que pueden ser naves para el ganado y creo que su nombre es Tinás de los Benignos. Ha remontado ahora, un majoleto por la izquierda y por el otro lado, vuelven las dolinas. Y una loma muy alargada y suavizada. Se ve que es una loma buena para la hierba.

Lo que ahora mismo voy atravesando es una pura losa de rocas calizas. Tiene mucho pasto para los animales y al frente aparece el kilómetro treinta y ocho setecientos. Y ya se ve la

figura de un refugio. Uno de los pocos que por aquí construyeron. Baja otra hondonada, arada a un lado y otro y por el centro, por completo llana. Es precioso esto que hoy tengo la suerte de recorrer.

Voy subiendo la pista desde la hondonada y justo al dar la curva airosa, se me presenta el refugio por la izquierda. Como hace un rato, me digo ahora también que ojalá aquí hubiera algún pastor. Lo necesito de verdad. Remonto algo más y ya al frente y por la izquierda, el refugio. Me voy a parar. Kilómetro treinta y nueve trescientos.

Lo primero que me saluda es la figura de un perro carea. Llamo y nadie contesta. Me acerco a la puerta que está abierta y sigo llamando al tiempo que entro. Y de pronto, me quedo parado. En la pequeña estancia del refugio, una chimenea, una ventana y una cama vieja. Sobre un colchón humilde y con unas sábanas de tejidos modernos, duerme y se arropa un pastor. A mi llamada se despierta y medio adormilado, me saluda. Le pido disculpas y al instante le digo que necesito alguna información. Se levanta y en este momento salgo para fuera para dejarlo que se vista. En unos minutos está conmigo y charla.

Me dice que esta construcción se llama Casica de Monterilla. En la pared descubro algunos rótulos escritos con estilos modernos.
- ¿Quién fue el autor?
- Pues ni siquiera sé quién lo ha hecho. Lo que pasa es que por aquí circulan personas que aprovechan el refugio para guarecerse. Habrán sido ellos los autores de estos letreros en la pared. Lo que pasa es que no respetan mucho.

Salimos a la puerta y al frente me dice que se encuentra Cueva Humosa. Le pregunto por dónde y me dice:
- Mírela usted.
Y señala a unas rocas que no quedan lejos y sobresalen del terreno. También por ese punto el mismo nombre habla de Hoya Humosa. Claro que enseguida se entiende que viene de humo. Ellos siempre han usado cuevas para refugiarse en estos campos. Las lumbres desprenden humo y las paredes de las cuevas se ennegrecen. Humosa es una de estas cuevas y ello la ennoblece.

Se me detiene y descansa el recuerdo en la conocida cueva que las rocas modelaron y en el hueco frío y paredes negras del humo de las lumbres, nos va arropando la noche mientras en la tierra la madre, el padre y el hermano

bueno, extienden sus pieles de ovejas y se van acurrucando al calor del apetecido sueño.

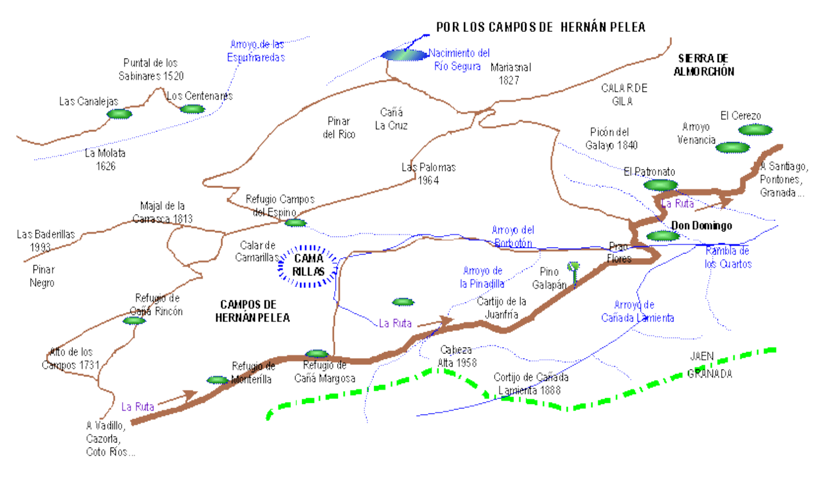
Fuera, tierra llana y áspera por donde crece la hierba, se amontonan las ovejas, ladra el perro y por entre los espacios del viento, brillan las estrellas, compañeras del padre que antes de dormir dice desde su sueño:
- En cuanto amanezca, nos ponemos en camino a ver si al caer la noche ya estamos en aquellas tierras y a ver si este año tenemos suerte y vendemos bien los borregos.

Y acurrucados los tres en la estrecha cueva, nos vamos durmiendo en el consuelo de lo que padre sueña y por eso quizá ahora, a pasar frente al agujero que aquella noche y otras nos protegió de la mejor manera, se me detiene y descansa el recuerdo como si todavía fuera presente el momento exacto de aquel sueño con su amable espera.

- Ese puntal de los riscales se llama Cerro de la Losilla. Cerca se encuentra el pozo de la Losilla.
Y me digo que por algo ellos lo habrán bautizado así.
- Aquel pico que vemos lejos ¿son las Banderillas?
- Sí señor. ¿No ve usted la caseta en todo lo alto?

Y Sí que la veo y con toda claridad. Me queda hacia el norte pero casi en línea recta, que son unos seis kilómetros y medio.

- El Campo del Espino queda más a la derecha, al otro lado del pino aquel que se mece en todo lo alto. Más allá quedan las Palomas



.

Recuerdo ahora que, por las tierras del Campo del Espino, los dos hijos del Pastor, dan pasto a su gran rebaño de ovejas. Y en las noches de verano, yo lo sé porque me lo han contado, como los animales no paran de andar porque el fresco les espabila, ellos las siguen para que no se les metan en las tierras que no deben o se junten con los otros rebaños. Y cuando ya a media noche, se acuestan en la majada sobre el cerro y bajo las estrellas, ellos buscan el pino apropiado y, bajo sus ramas y en el suelo, tienden las mantas y se ponen a dormir.

Y claro que en el silencio profundo de la fría noche, sueñan acompañados del canto de los grillos, el balido de los borregos, el ulular de algún cárabo o lechuza y todo, como pintado por los reflejos de la luna y el brillo de las estrellas. Así que por eso decía antes que estos campos, si pudieran hablar y contar lo que han visto, oído y saben ¿qué no dirían ellos, Dios mío? ¿Qué no hay trabado por entre las rocas blancas, los pinos viejos, las matas de espinos y los caminos pequeños?

- ¿Y la cuerda que nos queda enmedio?
- A eso le dicen el Calar de Camarillas. Que también hay un cortijo ahí que se llama lo mismo.
- ¿Y los dos cortijos que nos han quedado atrás?
- Esos son la tiná de Juan Perrera. To esto es Juan Perrera y eso es el Caballo de Juan Perrera. Mírelo usted que digno alza.

Y sí que lo miro más que asombrado.
- ¿Y la cañada esa de qué la siembra?
- Pues de trigo y centeno. Lo siembra un tractorista que hay por aquí.
- Y de allí para acá, ¿qué nombres tenemos?
- Eso es el Morro de la Sima ¿sabe usted? Y esto es el Morro Redondo y ese es el Morro Pablo y ya ahí pa abajo, pues la Pinailla, que hay un cortijo también que se llama igual.

- Pero el Cerro de las Empanadas ¿por dónde nos queda?
- Pues por aquí detrás tenemos el Puerto Lézar y el Cerro de las Empanadas que mírelo usted por donde está. A todo esto le dicen los Torcales por donde va una verea de trashumancia y ahí hay otra tiná que le dicen la de los Enamoraos.

Este amigo mío pastor aunque sólo lo conozca de unos minutos charlando con él, me dice su nombre y luego me indica que es mejor que lo recuerde por su apodo: "Cascabel", solamente y que no se me pase que él nació en el barranco de las Hazaillas, más arriba de los Teatinos. Pero a continuación me aclara que ahora y, quizá ya para siempre, vive en los Teatinos. En esta bonita aldea tengo personas conocidas que aprecio mucho y para siempre llevaré conmigo en lo más limpio y profundo.

Lo despido, arranco y continúo mi ruta. Ahora medito y repito lo que me ha dicho: "Cuando las ovejas se amontona porque el sol del verano calienta, meten la cabeza entre las patas de las compañeras y así permanecen hasta que el sol pierde su potencia al caer la tarde. A esto modo de comportarse los animales se le llama "acarradas" y cuando se separan unas de otras y se van por la tierra buscando el alimento, se le dice "desacarradas".

Y medito recordando que, por los rincones cercanos a los del Espino, ya rozando Pinar Negro, el serrano viejo que nació en la Cueva del Torno y toda su vida vivió por el barranco de Aguasmulas, el Mulón, la Fresnedilla, las cumbres de las Banderillas y las altas tierras de los campos, tiene muchos trozos de su vida desparramados.

Con una piara de marranos que engordaba para la matanza, se venía por los paisajes del Campo del Espino y Pinar Negro y aquí se quedaba días y noches al cuidado de ellos. Ni la soledad ni las nieves ni las lluvias le echaban de estas tierras porque su interés y cariño, se centraba en darle careo a los marranos y que engordaran. Comían una planta que le dicen "landrera" y que se cría bajo los pinos.

Hay vivencias que se agarran al alma con tal fuerza que aunque pase el tiempo, no sólo no se marchitan sino que resurgen cada día con el vigor y belleza de lo eterno.

Y lo digo, porque aquel día, al poco de salir el sol, con la hermana que en mi sangre es princesa, fuimos y a la tinada abrimos la puerta y al instante los marranos se esturrearon por la gran ladera, se perdieron por el barranco y unas horas más tarde, siguiendo la senda, transpusieron

por el cerro y se quedó el campo en la placidez de una gran espera.

Pero cuando caía la tarde, con la hermana bella, subí por el repecho de las encinas viejas y mientras íbamos jugando, cómo se me clavó en el alma la dulce escena y al coronar y ver el barranco y por el río a nuestros marranos, cómo se me hizo esencia aquel cuadro inmenso de los charcos y los fresnos y el río con sus curvas y por allí, los marranos y la hierba y sobre el cerro donde se juntan y dividen las veredas, yo con la hermana frente al infinito y la inmensa sierra.

Por eso decía que en la vida hay vivencias que se hacen fuentes en el alma y ahí manan ellas dulces y amorosas en chorros de eternidad y aunque pase el tiempo, no se secan nunca sino que se avivan y renuevan y cada día y, en las noches de vigilia, palpitan con más fuerza.

Kilómetro treinta y nueve setecientos y baja a una hondonada que es una gran dolina. La tierra está sembrada y ahora sé, porque me lo ha dicho mi amigo el pastor que dormía en el refugio de Monterilla, es una siembra muy buena. Remonta un poco hacia el macizo de la Sagra, punto de

referencia muy lejano pero que se ve allá a lo lejos y majestuoso. Son las dos y diez de la tarde y hace un calor aplastante.

Kilómetro cuarenta y voy por la cabecera de unas cañadas que se presentan sembradas de centeno. Justo aquí mismo hay un cruce. Yo me voy por la derecha porque por la pista de la izquierda mi amigo me ha dicho que está muy mal. Sube un poco hacia la cuerda de Camarillas, pasa por la Fuente del Borbotón y desde ahí cae hacia el poblado o aldea de don Domingo. Este camino discurre, en parte, por donde va la vereda de trashumancia para el ganado que entra o sale de estos campos. Ellos saben cuales son las distancias más cortas y también saben cuales se encuentran en mejores condiciones para ir con los coches, como yo hoy.

Pero tengo que decir que este camino, al pasar por el precioso valle que se extiende a los pies del cortijo de Camarillas, queda enmarcado por las bonitas y benditas tierras de esta llanura, cabecera del barranco del Borbotón y por las crestas, a ambos lados, del Calar de Camarillas y la Loma de la Paja. De una belleza sin par son estas llanuras empezando justo al comienzo de la vertiente del arroyo ya mencionado. Un poco más adelante voy a describir en profundidad el hermoso valle del rincón donde estuvieron los cortijos de Camarilla. No

hay belleza en toda la tierra más delicada y hondamente fina a la vez que salvaje. Y sobre todo, en dos momentos a lo largo del año: en la época de las nieves, casi imposible ascender a este rincón y en la primavera que por ser alta montaña, llega es casi en el mes de julio.

Por este camino de la izquierda, si lo siguiera, llegaría a una cañada donde mana una fuente o venero que se llama Tornajos de don Fernando. Es justo donde tiene un punto de nacimiento el arroyo del Barranco del Borbotón o la Rambla de los Cuartos, que con esto dos nombres es conocido este arroyo por aquí. Quizá sea este venero el primero de todos por nacer muy alto aunque creo que el del arroyo de la Pinadilla, fluye todavía más arriba. Entre varios picachos y en las laderas de Cabeza Alta.

Donde manan las aguas de los Tornajos de don Fernando, se abre una cañada muy bonita. Queda recogida a la izquierda, por el Morro y loma de Cagasebo 1784 m y a la derecha por otros dos morros que a su vez forman la Cuerda de Cañá Margosa. En el centro se recoge a la Cañá Huéscar. Es en esta cañada donde se encuentran tres chozos que son conocidos por estos lugares como los Chozos de la Cañá Huéscar.

Breve descripción del valle de Camarillas

Con especial emoción recuerdo yo la tarde de aquel verano cuando ellos, arropándome con su cariño y amistad, me trajeron a las tierras de este valle de Camarillas para que las viera y las gozara. Eran los primeros días del verano y por eso todavía la primavera estaba fresca por los paisajes de estas sierras. Caía la tarde y desde el otro valle, el grandioso, ancho, verde, repleto de huertas y surcado por arroyo y caminos que se aplastan a los pies del Almorchón por el lado que mira al sol de la tarde, subimos hacia las tierras altas de los Campos. Entramos por el barranco de la Juanfría, remontamos hasta donde nace este arroyo: justo una preciosa llanura donde en el centro y, entre majuelos, rosales silvestres, retamas y juncos, mana el fresquito venero. Ojo Macha se llama este punto y una cañaica que desde aquí sube hacia las partes altas, tiene por nombre la Cañá los Guardas. ¡Qué bien sabían ellos ponerles nombres a los sitios!

En este punto, de belleza singular y más en su compañía y la bonita tarde de verano, nos paramos unos minutos. Tenían ellos necesidad de enseñarme la resplandeciente hermosura que por el rincón se concentra, duerme en la cuna del silencio más real y al mismo tiempo, hierve y vive. Tengo que decir que las praderas de hierba reluciente y verde, son de lo más gratificante por su limpieza y transpiración de tonos vivos. Al

acercarnos a venero, las ranas saltaron desde la orilla donde tomaban el sol y el charco, por unos momentos, se enturbió. Pero como desde el fondo manaba en forma de borbotones fríos, enseguida se aclaro y yo no pude resistir la tentación de mojarme las manos, jugar brevemente y luego beber. Su sabor era el de la nieve y su perfume el de los rosales florecidos que le rodeaban.

Desde este punto seguimos ascendiendo por la misma pista y en sentido inverso a como hoy la recorro y en poco rato, coronamos la cuerda que separa este primer barranco o arroyo de la Juanfría del segundo que se llama de la Pinadilla. Justo el puerto que da paso a una cuenca y la otra, tiene por nombre los Areneros de la Pinadilla. Todo este terreno ya se llama de la Pinadilla. Un poco más adelante están los tornajos que también se le conocen con el mismo nombre, la tiná y las tierras que por aquí cultivan. Todos estos puntos y algunos más llevan el nombre de la Pinadilla. Antes de que este arroyo se junte con el que baja de los cortijos de Camarillas, coge el nombre de las Pegueras. Es decir, por esta parte alta se llama arroyo de la Pinadilla y al final cambien por el arroyo de las Pegueras.

Los tornajos están justo por encima de la pista, en una preciosa ladera alfombrada de hierba. Son los tornajos de la Pinadilla. Pues en ellos nos paramos y bebimos agua. Hicimos

algunas fotos, nos sentamos en el borde de estos viejos tornajos tallados en troncos de pinos laricios, añejos ahora por el paso del tiempo pero con destellos y tonos plata como les corresponden a los que son venerables, jugaron ellas un rato con su perro de raza y después de beber otra vez y lavarnos las manos para así empaparnos un poco más de esta fresca y buena agua, nos volvimos pisando la espesa alfombra de hierba verde y blanca. A este punto se le conoce con el nombre de la Hoya Grande, aunque no es muy grande pero por estos alrededores, es la más grande. Mientras buscábamos la pista, al pisar la exultante hierba virgen, vimos matas de manrubio, cardos cucos, los que dan buenas setas en los otoños lluviosos, muchos agujeros en la tierra horadados por los topillos, acariciamos con los dedos las frescas flores de los rosales silvestres, dimos gracias al cielo por el sol tan bonito que en la tarde nos regalaba y llenando a fondo los pulmones del aire limpio, reemprendimos la subida hacia el cortijo de Camarillas.

Fuimos gozando con el juego de curvas que la pista traza según remonta hacia el collado Arenoso. Al llegar a todo lo alto, a un lado y otro de la pista, se abre unas bonitas dolinas. Las bautizaron ellos con el nombre de los Hoyos del Cojo. Las tierras que le siguen son llanas y muy bonitas y por eso le pusieron el nombre de la Cañá Huéscar. Se ve enseguida el

refugio de Cañá Margosa y por la izquierda según vamos subiendo hacia Camarillas, se ve una caseta. La hicieron unos de Los Centenares que le decían Los Silvestres. Tenían ellos por aquí tierrecillas y cuando fueron a construir su cortijillo tuvieron problemas porque los que en aquellas fechas mandaban en estos montes, se lo prohibieron.

Un poco más adelante ya vemos la Hoya de Cueva Humosa, la Cañá de los Andreses, el Morro de Cagasebo y al otro lado, hay unos chozos que le dicen los Chozos de Pablo. En este lugar, un hombre crió cinco o seis hijos y penó lo suyo con animales, las tierras y el clima para sacar a flote estos hijos. Casi de continuo vivía este hombre en estos chozos. Vamos entusiasmados con la belleza del gran paisaje que en la deliciosa tarde se nos abre plácido cuando por la derecha se nos aparta la pista que entra para el valle de Camarillas. Y digo valle plenamente consciente de lo que esto significa. Porque ahora quiero aclarar que Camarillas, las tierras que rodeaban o más bien se extendían por delante de los cortijos plateados, por encima de todo, son un precioso valle. El más bello, plácido, verde y misterioso que he visto en todas las sierras de este parque natural. No son hoyas como siempre le llaman los serranos a las llanuras recogida entre montañas, aunque sí lo son. Pero el título de valle, para mí es lo que mejor le cuadra.

Como a un kilómetro poco más o menos y desde la desviación, están los tornajos de don Fernando. Pero antes de llegar a ellos, recuerdo ahora con especial emoción, que me sorprendió la amplísima y verde llanura que se abre a los pies del Calar de Camarillas. Desde la desviación, remonta la pista levemente y enseguida se deja caer con la también leve inclinación del terreno que ya confluye hacia la cuenca del arroyo del Borbotón. Es justo por aquí donde este arroyo comienza a nacer pero tan suavemente que ni se le nota. Por eso, en cuanto la pista se asoma, lo primero que asombra es la amplísima llanura, un poco en lo hondo pero sin ser demasiado y exquisitamente recogida entre montañas peladas.

En esta primera altura, deliciosamente suave pero exactamente balcón tamizado frente al valle, nos paramos. Se fueron ellos andando hacia los tornajos de don Fernando, un poco más abajo y por la izquierda y me quedé solo. Asombrado y con los ojos bien abiertos como si necesitara comerme el mar de sementeras y tierras doradas que ante mí se extendía. Desde la distancia, les hice una foto según bajaban hacia los tornajos y desde el lado de la tarde. Dejé que ellos se acercaran a este manantial cristalino y mientras, todavía unos minutos más, estuve buscando con mis ojos la figura de los cortijos de Camarillas. Era la primera vez que en mi vida los había visto y como me los encontré un poco remontados sobre

la ladera que cae desde el Calar de Camarillas, me pareció que aquel panorama había sido puesto allí por el capricho de un hada y en una noche de sueño y juego. Y digo esto porque la belleza que desprendían tanto las ruinas del cortijo de Camarillas como las tierras que desde allí caían para el valle y las delicadas llanuras que en lo hondo se abrían, no me dejaban respirar.

En unos segundos, por mi alma pasaron tantos ríos de luz, tantos amaneceres rosados y tantas primaveras gloriosas, que me costaba hacerme a la idea que aquello fuera real y no sueño. Cuando pasó un rato, me dejé ir por la suavidad de la pista que cae hacia el valle y enseguida estuve con ellos. En el chorrillo limpio que desde la tierra mana y cae a los tornajos, estuvimos bebiendo. Más por el puro gozo de jugar con agua a diamantina que por la necesidad de beber. Estuvimos mojando las manos en el agua que se duerme en las pilas de estos tornajos, estuvimos haciendo algunas fotos más, anduvimos por aquí y por allá, como si necesitáramos penetrar un poco más en el verde de la hierba allí presente o en las grietas de la tierra reseca para saciarnos de algo que ni siquiera sabíamos qué era.

Luego miramos varias veces más hacia la profundidad del valle para meternos un poco más dentro de nosotros o al revés

y como la sementera nos gritaba verde a partir de estos tornajos de don Fernando hasta lo más alejado de la llanura, nos volvimos a la pista y seguimos avanzando hacia los cortijos. La pista de tierra que recorre o más bien juega con las ondulaciones de estas mágicas llanuras, es un puro gozo irse por ella. No presenta problemas ninguno y como zigzaguea para no herir a la tierra y besar las sementeras también sin herirlas, se aproxima a los cortijos de Camarillas en forma de arrullo amoroso. Por entre las relucientes espigas de cebada, se mecían las amapolas rojas y eran muchas. A las codornices se les oía cantar y sus trinos en forma de gotas de agua limpia, me remitían a nidos construidos en la misma tierra, fabricados con pasto, raíces secas y en el centro de cada uno de ellos, un puñado de huevecillos deliciosos.

Por el lado izquierdo sale una nueva pista de tierra. Con un buen firme, traza varias curva suaves y remonta un morrete. Se abre una llanura de tierra buena y por entre ella, salvando algunas dolinas, sigue remontando. Se vuelve a dividir en dos y otra vez la de la izquierda, ahora ya en peores condiciones, se va dirección a sol cuando se pone por la tarde. Es esta pista la que lleva a la Tiná de los Enamoraos y un poco más adelante del refugio de Monterilla, vuelve a juntarse con la que va o viene de Rambla Seca. Es como si le diera una vuelta completa al grandioso cerro o morro de Cagasebo. Pero cerca

de la histórica tiná, se hunden muchas dolinas. Torcos que es como ellos siempre le llamaron por aquí y también hoyas u hoyos.

La pista que íbamos siguiendo dividida de la que pasa por delante de los cortijos de Camarillas, remonta más aún. Hasta otra llanura muy recogida contra unas pronunciadas ladera del gran calar. Recogida entre dos de estas laderas, nace y se abre la preciosa llanura y por el lado de arriba, la pista la bordea. Sube otra ladera aun más pronunciada y agreste y descansa otra vez en una nueva nava. La sigue rodeando y cuando llega a todo lo alto, de nuevo se divide en dos. La de la izquierda lleva al refugio de Cañá Rincón, casi en el centro del calar de Cañá rincón y por el lado norte del cerro de las Peleas y no de las Pereas, como aparecen en algunos mapas. Este refugio y llanuras se encuentran a una altura de más de mil seiscientos metros. Profundísimo rincón este, enormemente bello y asombrosamente extraño por la sensación de soledad, la lejanía o proximidad al cielo y el corazón de estos campos.

Nuestra pista se va ahora para la derecha y después de remonta más aun corona el calar, a la derecha calar de Camarillas y la izquierda calar de Cañá Rincón. A una altura de mil setecientos metros se extienden preciosas llanuras de tierra buena y en una de ellas, por la izquierda, se abre un círculo de

tierra negra. Es un sorbior o dolina y en su centro aparece la grieta de una sima. Uno de los fenómenos más bellos de estos campos. Se asoma uno a este agujero y enseguida intuye que la profundidad puede ser de varios cientos de metros en picado. Por ahí se filtran las aguas que dejan las nieves al derretirse porque en estas navas cerradas y en todo lo alto del calar no tiene otra salida natural que la de filtrarse y desaparecer en las entrañas de la tierra.

Un poco más adelante la pista corona otro collado y ya da vista a los preciosos Campos del Espino, Pinar Negro, la cuerda de las Banderillas y para el levante una extensísima panorámica que lleva hasta el nacimiento del Segura, el pico Mariasnal y el Calar de los Peones. Desde este punto se puede continuar y salir por la pista de tierra que avanza hasta Cañá la Cruz y Fuente Segura. El firme de la pista se encuentra en muy buenas condiciones porque lo arreglan casi todos los años. Es un detalle que los pueblos tienen para con los pastores que llenan las vastísimas tierras de esta altiplanicie.

Y continuando con el recorrido que aquel día nos llevó hasta los cortijos de Camarilla, digo que cuando parecía que la pista se salía de la llanura y, por el lado izquierdo, pretendía irse para las laderas del cortijo de Camarillas, gira una vez más y se mete por el centro de la segunda llanura de este gran

valle. Este rincón es justo lo que ellos siempre llamaron la Hoya de Camarillas. Los explico, según descubrí aquella tarde que ya dije al principio, recuerdo con especial emoción.

los cortijos de Camarillas, todavía permanecen en pie justo a media ladera entre el calar con el mismo nombre de los cortijos y la llanura que se abre en las partes bajas. Y esta llanura, ciertamente es una hoya aunque muy amplia que se ve y hasta se toca con el aliento al respirar desde las mismas puertas de estos cortijos. Eran estas las tierras que ellos cultivaron a lo largo de todos aquellos años que por aquí vivieron. Eran de su propiedad y como se encontraban tan pegadas a las paredes del cortijo, pues le decían la Hoya de Camarillas. El hermoso segundo valle después de los Tornajos de don Fernando y siguiendo la dirección natural que llevan las aguas cuando corren por las cañadas que van dando forma al arroyo del Borbotón.

Pues aquella tarde, cuando ya estábamos casi frente a los cortijos de Camarillas, puras ruinas como luego diré más adelante, por nuestra izquierda se apartaba una pista de tierra. Poco cosa. Sólo para coches todoterreno y cuando no hay nieves. Me dijeron ellos que siguiendo esta pista, se llega a la era grande, la del álamo solitario, y desde aquí al cortijo, sólo tres pasos. Eso me dijeron ellos porque la conocen bien y por

ella han subido muchas veces pero al llegar a esta pista, el padre pidió que siguiéramos y, mientras recorríamos unos metros más hasta llegar a otra más perfecta llanura por donde a la izquierda, también se aparta una pista muy borrada, me contaron lo siguiente.

Unos años atrás, cuando todavía ellos sembraban garbanzos por aquí y las hijas no estaban demasiado grandes, la madre dijo a una de las hijas.

- Vete al camino y cuando veas pasar al vecino con su coche, dile que suba al cortijo para cargar los garbanzos.

Ya los habían ellos arrancados, los habían trillado en la era con aquellos trillos de madera, los habían aventado y los tenían, limpios y bien dorados, metidos en costales para transportarlos. Se los tenían que llevar a la casa de la aldea blanca donde, a lo largo del año, se los irían comiendo. Esto es lo que ellos habían hecho desde tiempos lejanísimos.

Pues la hija princesa, se vino al cruce primero de la pista que antes dije y cuando pasó por ahí un coche, el primero que bajaba desde los campos hacia las aldeas de la vega grande, lo paró y al que lo conducía, le dijo:

- Que dice mi madre que se llega a por los garbanzos.

El hombre se quedó extrañado porque él no tenía ninguna noticia de aquellos garbanzos y menos que debiera recogerlos.

Pero como aquí en estas sierras, las personas son tan buenas unos para con los otros, le dijo a la niña:
- Pues bueno, voy a por los garbanzos.
Y a continuación, se salió de la pista principal, puso el coche dirección a los cortijos de Camarillas y antes de comenzar a remontar por esta secundaria pista, le dijo a la niña:
- Sube en el coche y te llevo hasta los cortijos.
Y cual no fue su sorpresa cuando oyó que la niña le respondió:
- ¡No, si yo voy andando!
Y el hombre contestó:
- Pues como quieras.

Cuando unos minutos después la hija llega a los cortijos le contó a la madre lo que había pasado y ésta, recordó que un día, siendo ellas todavía pequeñas, a la aldea blanca llegó un hombre con un coche preguntando por uno de los vecinos. La muchacha le informó donde vivía y a continuación le dijo:
- Me subo con usted en el coche y le llevo a la casa.
Cuando luego se lo contó a la madre, ésta le dijo que nunca más se subiera en coches de personas que no conociera. Y claro, aunque desde aquel día de la aldea hasta este de los garbanzos habían pasado ya varios meses, la hija recordó el consejo que la madre le dio y por eso no quiso subirse en el coche del hombre que iba a recoger los garbanzos de los cortijos de Camarillas.

Sigo ahora con el relato de aquella tarde y digo que rozamos el cruce de esta sencilla pista de tierra que por la izquierda se aparta para los cortijos. El padre me informa para que no pare. Avanzamos unos metros más y en la segunda llanura, la que sí es propiamente la hoya de Camarillas, por la izquierda y en un rellano de tierra, dejamos el coche. Aquí mismo crecen las sementeras de la cebada cervecera y un poco más abajo y apartado de la pista principal, se ve el Pocillo del tío León. Algo más hacia el calar de Camarillas se ven varios rebaños de ovejas y sobre las piedras que corona un morrete, los pastores están sentados. Por las tierras que rodean al pocillo la hierba todavía se muestra verde y en el centro resaltan los tornajos.

Dejamos el coche, nos venimos para el lado izquierdo y desde lo hondo de la hoya, comenzamos a remontar hacia la figura de los cortijos que resaltan en la blanca ladera de piedras calizas y bien alzado del valle. Mientras avanzamos el padre explica que por aquí, justo por la tierra que vamos pisando, venía el caminillo que ellos usaban para bajar desde los cortijos al pozo a por las cargas de agua.

- Desde que empezábamos aparejando la burra hasta que volvíamos con la carga de agua, se tardaba justo una hora. Ya lo teníamos nosotros bien calculado.

Lo proceso en mi mente y para mí me digo que en aquellos tiempos ellos se apañaban con pocas cosas. Hasta el agua era escasa porque la tenían que traer desde el pocillo y tardaban una hora para acarrear sólo cuatro cántaros que era lo que le cabían a las aguaderas. Sólo tenían agua en los cántaros y nada más. Cuando se fundían las nieves, claro que sí tenían más abundancia de agua pero esto era sólo durante una temporada corta. El resto del año, todo el año, con sólo algunos cántaros de agua se apañaban en los cortijos y no como ahora que en cada casa hay varios grifos, lavabos, duchas y hasta piscina y todavía aspiramos a más.

- Pero por la Tiná de los Enamoraos hay muchos puntos con nombres que sólo conocéis unos pocos ¿porque no me los cuentas?

- Pues allí está el Torco Blanco, porque al hombre se le conocía por el Blanco y a otro, el Sestero Gurullo. Era un hombre que tenía este apodo y ya se quedó el punto aquel con su nombre para siempre. Una manera de perpetuar el recuerdo de las personas. A otro sitio le dicen el Covacho Purgas, Cuerda de las Ratoneras, el Torco de los Becerros que está de los Enamoraos pa salir pa Monterilla, a otro de aquellos torcos le decimos el de Ciriaco.

- Y un torco ¿qué es?

- Hay un hoyo y se hace un corral y ahí se encierran las ovejas. Allí le decimos torco que tú ya habrías visto que hay muchos. Tenemos también el Majal del Cerecino, la Losilla, que es un manantial y un cerro que se encuentra enfrentico del Cerro de las Peleas. Enfrentico pa onde sale el sol. Entre un cerro y otro, es donde hay un pocete que se le saca agua, que ya hemos dicho se llama la Losilla. Hay otro pozo que le dicen Cañá Rincón. Ahí han hecho una tiná también. Enfrentico al Morro de las Peleas tenemos otro que se llama La Torca. El Sestero Risica está cerca de la Losilla. A la par de los Enamoraos hay otros cerricos que le dicen las Lomicas de Enrique. La cuerda de las Ratoneras se alarga paralela al camino.

- ¿Pero es lo mismo un torco que un majal?

- Los último ya lo hemos explicao antes y el majal es donde duermen las ovejas por las noches. Por ejemplo yo digo: "¿Ande las has echaos esta noche?" y el otro me dice: "Esta noche las he echao al Majal del Acho". Lo que te digo es que donde encerramos las ovejas, le decimos torco pero los majales es donde se echan de noche pa que duerman, que ya está escampao. No hay ni corral ni na. Donde se echan pa verano así que han segado y to. ¡Eso!

Al lado de los Enamoraos hay dos simas. Sabes que ha ido gente y to a verlas. A una le cedimos la cima del Rastillo. Echas una china y da chin y al rato sientes otras ves el regolaero. Yo que sé los metros que tendrá aquello. La otra se llama Sima de los Hoyos del tío Chato. Por allí también hay un sitio que le decimos el Piazo Largo y los Corrales del Brujo.

- ¿Desde cuándo estás tú en los Enamoraos?
- Ende que nací. Me acuerdo que cuando ya sabía andar, cuidaba unos marranetes y luego, pues con ovejas. ¡Vaya!. Es que la tiná era de mi abuelo, del padre de mi madre y con unos primos míos, porque mi madre no tenía nada más que una hermana, hemos estao allí toa la vida. Mi bisabuelo tenía una tiná y así que murió y fueron de los hijos, pues mi abuelo hizo una nueva. Juan Francisco, que es como se llamaba. De mi padre, me acuerdo poco porque escasamente sería yo como un grillo, cuando él se murió.

En la Cañá aquella de Cueva Humosa, sembrábamos y así en la primavera, mis hermanas, pues iba a escardar el trigo para quitar la hierba, porque entonces no había los venenos que sí hay hoy. Cuando ya se secaba la sementera, pues a segar. En la tiná sólo había el corral y una cocinilla. Entonces lo que más había es que esollabas una oveja, juntabas dos

pellejos y le decían a eso un camero. Echabas esto y ya tenías la cama para dormir.

Ende esta tiná de los Enamoraos a los Tornajos de don Fernando, yo he venido muchas veces a por agua. Con un ramal se ataba el cántaro así y a las espaldas se llevaba como un zurrón y cargaba con él lleno de agua hasta la tiná. En la boca del cántaro le poníamos un cambrón para que no entrara ningún bicho y a tirar pa lante. Más de veinte minutos se gasta en ir y otro tanto el volver. Ahora ya porque hay coches y las cosas han cambiado pero antes ¡odo qué duras eran las cosas!

- ¿Qué bichos podrían meterse en el cántaro?

- Allí hay muchas víboras. Por los Campos se crían muchos bichujos. Yo no agarro una lagartija. Yo he sentido que a las víboras, se las comen las chicas. Cuando nacen, las crías que comen a la madre. Eso lo he sentido yo. Una vez, vi yo a los chiquitillos allí y a la grande, muerta.

¿Tú sabes lo que es un cardo cuco? Donde crecen estos cardos, salen muchas setas. Cuando alguna oveja ha sido picada por víbora, se coge un cardo cuco y se le da así en el hocico y así se cura algo. Porque casi siempre es en el hocico donde les pican. Se ve que con esos pinchos del cardo, se le

va el veneno y eso es bueno. Algunas, se mueren sin remedio porque les pica en la lengua y eso y ya no tienen remedio.

Entonces sembrábamos garbanzos en todos aquellos Campos. Cuando se cogen, se van haciendo manos y se hacen lo que nosotros decimos gavillas. Para luego ponerlas en las amugas de las bestias y llevarlos hasta la era donde se trillaban. Ahora como hay coches, pues es de otra forma pero antes eran bestias. Y llovió mucho y como ya los garbanzos estaban arrancados y por la tierra en forma de gavilla, se les daba vueltas para que se enjugaran. Un día, una prima mía, mató dieciocho víboras.

Como los cuervos se comen los garbanzos cuando ya están grandes, recuerdo que un sobrino mío, estuvo un año guardando la sementera para que estos pajarracos no se la comieran. Se entretuvo y mataron, yo qué sé y luego las colgó en los espinos y aquello parecía un colgante. Como hay tantas, cuando por la noche vas con el ganado por los piazos, antes de acostarte, echas la linterna o una cerilla para ver si hay alguna. Hay que tener mucho cuidado. La víbora es casi como las culebras pero son más cortas y llevan una cadeneta por lo alto del lomo. Y chata. Es conocía. Los que más veneno tienen son los jaspes. Son más cortos pero mucho más malos.

- ¿Es verdad que las víboras cantan?

- Claro que cantan. Su canto es como un suave soplido pronunciado. Hacen así una cosa que se conoce enseguida. Era yo muchacho y llevaba a las ovejas al sembrado y a la par del refugio de Montería, hay un picacho que le decimos el Picacho de los Molinas y había dos víboras peleándose. De punta, así como la alcayata. Y entonces peleaban. Otra vez vi pelearse una víbora y un lagarto. Aquello era curioso porque vi que cada vez que la víbora le picaba al lagarto, salía corriendo, iba a un cardo cuco y se revolcaba en los pinchos. Esto es que lo he visto yo. Se ve que se pinchaba, se quitaba el veneno y otra vez volvía y se liaba a pelear.

Allí en los Enamoraos, yo no sé como no hemos tenido ya algún percance. Este verano mismo, salí a la puerta y veo a la perra que pega un salto tremendo. Y es que había una y le había picao. A la perra. Se le hinchó un poquillo y no le pasó nada pero muchacho qué bichujo más malo. Cuando llegan el invierno y caen las nieves, se ponen entre las piedras y no se mueren. Cuando llegan la primavera, como tienen el veneno que no lo han ejercitao, hay que temerles más que nunca. Por allí, creo que no hay ningún animal que se las coma. Jabalises hay muchos por allí y aunque he oído decir que estos cerdos sí se las comen, yo no lo he visto nunca.

Me acuerdo que antes dormíamos en las eras. Teníamos la cocinilla de la Tiná de los Enamoraos pero como no hacía mucho frío, nos íbamos a la era. Dormíamos en lo alto del bálago. Una noche, verás. Había un zagal que lo teníamos ayudándonos. Siento que por los calzoncillos se me metió un ratón y como yo le tengo mucho miedo a estos animales, empecé a dar saltos y gritando. Me acuerdo que el zagal se reía sin parar. Daba yo unos altos allí y él unas risas que pa qué. No me ha mentado muchas veces el ratón el zagal. Yo es que le temo mucho a los bichujos. No soy capaz de agarrar una lagartija. De esto también se crían mucho por allí. Otros bichos que cantan mucho por las noches son los grilletes negros. Cuando hace buen tiempo se lían a cantar y no paran en toda la noche.

Antes se sembraba por allí mucho panizo. A los marranos de las matanzas, se les engordaba con esto. Ahora no se siembra tanto y es mejor porque si se sembrara, se lo comerían los jabalises. Y los cuervos. Se montan en la manta, con el pico le van quitando la farfolla y se comen la mazorca entera. Estos pájaros son muy malos para los sembrados de panizo. Abubillas también hay muchas por allí. A los mochuelos se les oyen cantar por las noches y anda que no chillan fuerte.

Estábamos una noche en la era y otro zagal, tuvo un buen percance. Verás: por aquellos tiempos iban por allí hombres vendiendo vino, aguardiente y otras cosas. Ahora la vida es de otra manera. Entonces había muchas eras y la gente le compraban. Había allí un hombre que era el guarda y tenía una escopeta. Dijo el zagal:

- ¿Vamos a ver si están los tejones comiéndose el panizo?

Digo yo:

- Venga, vamos a ver si están.

Tiro delante mientras él cogió la escopeta. Fue a cargarla y al hacer así saltó el tiro. Pasaron los plomos silbando por mis narices. Sí. ¡Leche que susto llevamos! Ya dijimos:

- Anda que le den porsaco al escopetajo que has tenido la muerte en las narices. Aquello fue así de real.

Desde los Enamoraos hasta la Matea yo he venido muchas veces con las bestias cargadas de grano y paja. Dormíamos en las eras y en cuanto veías que las cabrillas asomaban, las estrellas esas que siempre van juntas, te levantabas y a preparar el viaje. La paja se cargaba en una cosa que le dicen los garpiles, que puede hacer las funciones de un serón pero es mucho más grande. Es como una red que se llenaba de paja porque ahí cabía mucha más. Los serones se usaban para transportar el estiércol. Ya se están perdiendo también. Entonces ni había reloj ni nada que se le pareciera. Las

estrellas del cielo eran las que nos indicaban las horas. Por los astros nos hemos guiado siempre.

Madrugábamos y cuando amanecía ya veníamos por don Domingo o por ahí. Con tres fanegas o dos y media y todo el día andando. Machacabas a la bestia a ti. Eso estaba calculado para que no te apretara mucho el sol. Cuando llegabas a la Matea, así que descargabas, te acostabas en la casa y a las tres o por ahí, ale, para los campos otra vez. Un sólo viaje era lo que dábamos en el día porque no había tiempo para más. Para bajar hasta la aldea toda la paja y todo el grano a lo mejor tardábamos un mes y medio o más. El año que volví del servicio, el día tres de septiembre, todavía no había trillado. Estaba la sementera segada y apilada en acina y la hierba ya nacida. Luego vino un otoño seco y pudimos trillar sin problemas.

- Y un salón ¿qué es?

- Ahora mismo se mata el animal. Se le quita la piel y todos los huesos a la carne. Le echas aceite, buenas especias y mucha sal y se cuelga al sol. Así que se seca, se fríe o se asa y está buenísimo. Lo puedes guardar todo el tiempo que quieres porque dura mucho. No se echa a perder. Siempre se hacía de las ovejas primalas, las modorras.

- ¿Y eso de Catalina?

- Pues una malagueña que dice así:

Catalina Molina
peinate el moño
que mañana a la noche
te sale un novio.

- ¿Y la nevada que me decías?

- Aquello fue el día seis de enero, el día de los reyes. Estábamos yo y un primo mío y otros dos hombres en la Tiná de los Enamoraos. Cayó un nevazo que yo no he visto más nieve en mi vida. Mi primo y yo juntamos las ovejillas y por las lomillas que te digo de Enrique, él iba delante y yo detrás y le decía: "Que no veo, Jesús". Volvió la cabeza y llevaba los pálpados arreguillao, juntos que se me habían helao. Pudimos bajar a un sitio que le dicen el Borbotón, casi a seis kilómetros de los Enamoraos pero a la misma altura. La tiná se encuentra a unos mil setecientos metros de altura y el Borbotón un poco menos, en el arroyo pero a los lados, lo mismo o más.

Fuimos a otro sitio algo más arriba que le dicen Serenas y nos fuimos a dormir a la Loma de la Paja. Entonces había allí dos cortijeros. Me quedé allí y porque mi padre, subió a por mí y pude bajar a la Matea a los quince días. ¡Madre mía qué

nevascazo cayo, huuuuy! Aquello fue un nevazo de los que no se han conocido en muchos años.

Es que aquel otoño había sido bueno. Entonces se sembraba mucho. Más que ahora porque ahora sólo siembran las cañás o así pero antes, donde había un hoyo, se sembraba. Había unas siembras buenas y teníamos las ovejas allí. El día seis de enero fue que no se me olvidará nunca. Aun hermano de un cuñao mío que estaba en el hospital en Córdoba, le dijo una monja: "¿Quiere ver usted nevar?" Se ve que nevaba en Córdoba y por este detalles te puedes hacer una idea de la nieve que cayó en la Tiná de los Enamoraos de los Campos de Hernán Pelea.

- Pues llegaría la nieve a la cintura.

- Y más arriba. Cuando cae mucha nieve, si sopla el aire, en el sitio que da, no hay mucha pero donde vuelca, no puedes pasar. Hasta cuatro o cinco metros alcanzó aquella nevada.

Pa ir de Pontones a Santiago hay una cuerda que le dicen la Cuerda de la Cañá. Al lao hay una tiná, pues más allá, se hacía un ventisquero que le decían el abuelo. Allí murió uno que le decían el Bombita. Murió porque como había arrieros, iba con sus borricos cargados de cosas y se le atascaron los animales. El no pudo salir de allí y se heló. Los dos burros que

llevaba y él. No quedó nada más que una perrucha. Es en el ventisquero que le dicen del Abuelo.

Pero en aquellos tiempos las personas tenían otra armonía. A otro día del nevazo que te cuento, de la Matea subieron más de treinta personas a socorrer a todos los que estábamos por aquellos campos. Se ponía uno delante y los otros lo seguían, se hacía trocha por la nieve, llamabas a las ovejas y por donde se metía una, la demás seguían detrás. La que se salía, no podía andar pero por la trocha, era la salvación.

El otoño se hizo presente y al poco, las negras nubes cubrieron el cielo, las finas lluvias regaron los campos y antes de que llegaran los fríos del invierno, limpia y densa brotó la hierba y en los rodales de tierra buena, el trigo, la cebada y el centeno y así fue como las tierras llanas de la gran llanura, de verde y vida otra vez se vistieron.

Y estaba ya el invierno un poco avanzado cuando se hicieron presentes los fríos y con ellos, los vientos y las nieves blancas y por las noches, en los charcos de las fuentes y las cañadas, crujieron los hielos y luego brilló la luna de los primeros días del mes de enero y cuando se

intuía pero no del todo se esperaba, volvieron a cubrirse de nubes los azules cielos.

Aquella noche se durmió en calma y cuando todo estaba en su más hondo silencio, los copos blancos revolotearon y ayudados por el viento, mudos y fríos iban cubriendo los caminos, las fuentes, los calares y las cañadas y al amanecer de aquel día, los campos estaban tan blancos, que no se veían ni sementeras ni enebros ni retamas ni tinadas ni ovejas.

Y el otoño que había llegado tan generoso, de pronto se hundió en el seno de la más grande de las nevadas y en el más crudo de los inviernos y hoy, desde la distancia y la triste pérdida, refugiado en la luz que llega, lo gusto, desconsolado y amargo, en mi recuerdo.

Nota del autor: antes de continuar con el relato que va dando cuerpo a este libro quiero decir lo siguiente: el 19 de mayo del año 2000, casi un año después de haber escrito el grueso de este libro y vivir la experiencia, en Úbeda y en la mañana del día que he dejado escrito, me encontré con el hijo de un pastor por estos campos. Al preguntarle:

- ¿Cómo están este años los campos de pasto?

Me dijo:

- Mal está aquello.
- ¿Con la buena primavera que ha venido?
- Pero es que han sembrado pinos por todas aquellas tierras del Pocillo del tío León.

No me creo lo que oigo y por eso pregunto otra vez:
- ¿Han sembrado pinos por las tierras llanas que rodean al pocillo?
- Allí mismo. Toda esa hoya la han arado con un tractor y luego han sembrado pinos. ¡Es que como dan subvención!

Y cuando ahora termino de escribir este trocico, ya 25 de junio, con un día muy caluroso y con mis maletas preparadas porque me tengo que ir de estas tierras, todavía me digo que en cuanto pueda, si es que puedo antes de irme del todo, voy a venir por estos campos. Quiero ver con mis propios ojos la realidad que me ha descrito el hijo del pastor. Seguro que no me gustará nada pero quiero verla con mis propios ojos antes de irme para siempre de estas tierras. Sé, porque así lo presiento en mi corazón, que ya nunca más voy a volver por aquí y no será porque en el fondo no lo quiera. Pero presiento que en cuanto llegue por fin el momento de mi marcha y me vaya a donde deba, ya nunca más volveré por aquí.

Kilómetro cuarenta y uno doscientos y por la izquierda se me presenta otro refugio. Cañada Margosa, creo que se llama

y aunque me gustaría parar, no lo hago porque me queda algo fuera del camino que recorro. Por la derecha una preciosa sementera de centeno y al lado del refugio, sobre unas rocas, pues unas tinadas para los animales.

Ahora recuerdo que mi amigo Antonio, de los nombres que tienen los rincones de por aquí, un día me enterró. Son todos bonitos y entrañables y por eso pongo algunos en este relato para enriquecerlo y para mi propio gozo.

Zona de la Cabrilla de Arriba, al pie de las Empanadas y los Campos A. Sánchez // Hoya de los Encomendaores, Llano de los Pepinos, La Raja, Collado Salistre, Fuente del Salistre, Las Buitreras, Puerto Lézar, Puerto de las Perdices = Desde este puerto se vuelca uno a Castril, Tornajos del Puerto, Fuente de los Tornajos del Puerto, Cueva del Puerto, Majá las calles, Juan Perrera, Caballo de Juan Perrera, Poyo de las Víboras, La boquera del Pozo, Morro de la Sima, Majal del Gallo, La Cañá Huéscar, El Pozo de Prao Gonzalo, Las Ratoneras, Llano de la Rambla, Cerricovaquero, Majalabrá, El Toril de Oreja, Los Rastillos, El Renacuajo, Caballo del Renacuajo, Caballo del Lobo, Fuente del Lobo, La Secreta el Risco, Cerro de la Manga, Torca de las Acederas, Sestero del Caballista, Llaná de Papachín, Sestero del Agujas, Cuevaparía, Majá del Poyico, El Pozo Nuevo, Cerro de la Losilla, Llano de la

Zamarrilla, La Secreta de Juan Perrera, Los Torcales, Cerrico Llavero, Sima de Cerricollavero, El Sestero de Cesar, Hoya de las Acederas, Pozo Nuevo, Majal del Pino, Cueva Rincón.

Majal del Cerecino, El Sestero del Risicas, Los Corrales del Brujo, Morro de las Peleas = lugar de las últimas peleas de los cristianos con los moros. Pozo de la Losilla, Don Fernando, Morro Cagasebo, Cañá de los Andreses, Cuerda de don Fernando, cortijo de los Silvestres, Prao Juan Ramos, Las Casicas, el Torco del Relámpago, Cueva Alta, Majal del Platero, Majal del Real, Camarillas, Los Hoyos del tío Paco, Hoya del Polvo, Los Tornajos del Rincón, La Torca, Los Losares, El Morro Blanco, El Toril, Los Tabacares, Barranco del Buje, Hoya del Buje, El covacho del Buje, Majá del Cuervo, Hoyo del Calar, Los Collaos, El Hoyo Colás, Corral de los Palos, Corral del Canalizo, El Picacho Centellao, se le dice así porque cuando se forman las nubes, siempre descargan sobre él sus rayos.

La Mata las Chaparras El Cucón, La Majá del Toril, Morro de los Cojos = lugar donde se dieron las últimas peleas de los cristianos con los moros. Las Lomicas de Enrique, Los Calzones, La Era del Ruso, Hoya Puvicas, Hoya Honda, Llano del Estudiante, El Piazo de las Riscas, El Pino del tío Martín, Hoya del tío Chato, cortijo de Camarilla (junto al mismo camino

y casi en la mitad que sube desde la vega de las aldeas y atraviesa los Campos) Calar de Camarillas, Hoya de los Pozos, Los Rompizos, Majá de los Culeros, El Caballo, Piazo de las Alegas, el Pocico del tío León, Hoya del tío Marcial, Las Lagunas, Las Lagunillas, Las Pajareras, Pino del Colgado, Solana de los Cuchillos, Serenas, Loma de la Paja, El Curtio, Majá de la Perdiz, La Charca, Corral de las Vacas, Prao Juan Ramos, Prao las Quimeras, Majá de las Paratas, la Pinadilla, Cabeza Alta, Covacho de la Manga, Covacho de los Ladrones, Covacho del Horno, Las Fuentecillas, Tiná de las Fuentecillas, Loma Larga, Hoya del Pocico, Prao Flores = Cerca de don Domingo, La Juanfría, Collado de la Paja.

Término de Santiago de la Espada, Calar de Gila y Poyos de la Toba = nombre de monte ordenado número J- 1.073: Hoya del Buitre, Coto de la Petaca, Pío Oveja, Majal del Romero, Cañá Hermosa = Cañá y Cerrada, Calar de Poyotello, Cerro del jabalí, Hoya del Cerezo, Tinada de Cerezo, Cueva del Agua = nacimiento de la Cueva del Agua en el río Segura, Collado del Almorchón, Almorchón = Pico con 1.919 metros y Sierra. Desde los Teatinos, mirando para arriba a la izquierda, hay una horquilla que lleva ese nombre y tiene una fuente allí que le decimos la Fuente de la Horquilla. Al pie de eso, siguiendo a la izquierda, es el Almorchón Chico.

El Artuñido = aldea en la vertiente del Guadalquivir, Las Mesillas, cortijo de las Mesillas, Las Covachas o cortijo de las Covachas = Cueva en la umbría del pico Almorchón, El Frontón = monte en la solana del Almorchón, el Aguaero = en la solana del Almorchón, La Solana del Almorchón = dos Cuevas: Cueva de Bota, Cueva de la Pez, Hoya de Almorchón, Almorchón Chico = Cerro pequeño, Fuente de la Orquilla, Piedra del Nido, Fuente de las Mesillas, La Huerta, Fuente del Simental, La Jordana, Lomica de la Riocha = Donde duerme el ganado, Majal de las Mesillas, Tinada de las Angustias, Barranco de las Canales, Castellón, Collado de la Arena, Majal de Juana, Tinada de Perico, Solana del Garbanzal, El Morro del Cura, Los Cambronales, Loma del Pino Seco, Risca del Ramal, Cuerda del Polvo, Hoya Espinosilla, El Aguilón del Perro, Barranco de los Aguilones, Tornajo del Molatón, La Piedra del Cuervo, Hoya Maranaza, Cañá la Cruz, Tiná del Mensoncillo, Calar de las Palomas, Los Tornajos del Buitre, Tornajo del Cascajo, La Hoya Jarai, La Chaparra, Las Eras del Borbotón, Las Pajareras, Calar de los Tejos, El Pedroche, Campos del Espino, Majada de la Risca, Sestero de Juan de la Cruz, Collado de los Culeros, Majal del Cuervo, La Torquilla, La Torca, Pozo de Rabillo, Cuerda de las Banderillas, Cagasebo, cortijo del Campo del Espino, Hoya de los Jordineros, Tornajillos del Rincón.

Zona del Cerezo: Castellón Grande, Castellón Chico, Las Hoyicas, la Erica, La Molata, Nacimiento del Fueterrón, Los Picachos, El Corralón, La Mesilla del Cerezo, Majal Alto, Majal de la Risca, Collado Bartolo, Loma de Bartolo, Los Horcajos, La Umbría del Aguila, Fuente del Aguila, Fuente de la Cerrá, Charco de la Cerrá, El Hornico, La Solana, Las Mesilla del Royo, Los Arenales, Tiná de los Arenales, El Recó de los Arenales, Cueva del Tamaral, Collao de los Arenales, La Torca del Picón, El Picón del Galayo =(Es nombre que sólo se usa por aquí y en algunas regiones de Murcia. Hace referencia a roca alargada en una llanura. En las serranías de Murcia y Segura, presencia de rocas peladas que se elevan en algún monte) Los Tornajos del Galayo, Las Llanás del Galayo, Cuerda de las Panochas, Las Cruces, Tiná de las Cruces o Tiná de los Pinos Gordos, Loma de los Muertos, Morro de los Pedroches, Loma del Borrego, Salto del Moro, Cañá la Cruz, Laguna de Cañá la Cruz, Calar de las Palomas, Tornajos del Buitre, Hoya del Maguillo, El Cerro, Mesilla del Patronato, Morra Grande, Morra Chica, Collao de la Cruz, Fuente de las Piedras, Los Horcajicos, El Molatón, Las Tachuelas, Majal de Francisca, Loma del Riscón, Haza de la Carrasca, Fuente del Sancho, Fuente del Manco, Tiná de las Bolas, La Tiná la Tejera, Morro de la Cruz, cortijo del tío Mateo, El Pajarillo = Peñón, Peñón Carrasco, Era Cuña, El Tornajico, Majal Colorao,

Risca del Soldado, Era de las Lagunas, Poza Blanca, Morro de las Arrimás, Tina de la Señorita, Fuente Patricio.

- ¿Y Camarillas?

- Tú ya sabes que todos los nombres de estas sierras tienen su sentido. En un principio siempre hay una anécdota curiosa nacida de las personas de aquí que, a mi entender, es la que de verdad vale por encima de cualquier otra cosa. La gente se los ponían por algo y a mí me gusta que eso se respete. La palabra camarillas es diminutivo de cámara, que se refiere a la parte alta de la vivienda en los cortijos. Donde se guardaba grano, aperos de labranza y otras cosas.

Pues resulta que cuando estaban construyendo el cortijo de Camarillas, como eran terrenos del Estado, no daban muchas licencias para que se edificaran cortijos. Lo iban haciendo poco a poco. Una vez fueron a denunciarlos porque estaban construyendo y al verlos, mi abuela les dijo: "Si no estamos haciendo gran cosa. Sólo le subimos a esto un camaril". Y a partir de aquel percance, se le fue diciendo Camarillas y, al correr del tiempo, con este nombre se ha quedado. Pero viene desde los primeros comienzos del cortijo y relacionado con lo que allí mismo se levantó.

- Y claro, al calar, se le pegó el nombre ¿verdad?

- A parte de que en los Campos de Hernán Pelea, casi todo el terreno son morros que van haciendo altos y bajos, el calar de Camarillas, es un morro singular. Hace un punto bastante alto y como se encuentra en la misma finca, pues aquello es famoso por eso. Es un solo calar. Tiene las bajeras que son tierras de labor pero el morro, es solo en toda aquella finca. En puesto de ser el calar de tal o calar de cual, pues como es solo y grande, se le fue pegando el nombre que tiene el cortijo.

- ¿Qué cuevas hay en Calar de Camarillas?

- No muchas. Hay una que le dicen la de los Culeros, que es muy famosa y hay otra cueva de los Culeros que no es tan famosa pero puede que sea más grande. De larga, es muy grande. Lo que pasa es que te metes en ella y aquello es muy poca cosa pero tiene unos gateros pa dentro, que salen al barranco el Buje. Aquello tiene una longitud exajerá. Estas dos cuevas son las más famosas en el Calar de Camarillas.

Pero además hay otra, que no es cueva y que le decimos el Covacho del Abujero. Se encuentra por debajo de la Cueva de los Culeros. En el rasillo de la Majá de los Culeros. Luego tenemos el Covacho el Buje, que también es un covarrón bueno y yo creo que por allí, ya no hay más cuevas.

Sima hay una en el Toril, que no es muy famosa pero en fin, es una sima regular. Fuentes si que no hay ninguna en el Calar de Camarillas. Aunque se puede decir que mana por allí el Pocillo del tío León y los Tornajos de los Culeros, también es otra fuente. Los caminos, ya los hemos dicho pero lo que es digamos en el calar, no hay caminos ninguno.

Piazos sí que hay. Dentro del calar, tenemos el piazo la Cueva, el piazo las Alegas, la Hoya el Buje, el llano del Pocillo, el del tío Chato, la Hoya el Ruso y pocos más. Son trozos de tierra de labor que dan buenas cosechas. Las sembrábamos de trigo, centeno y otros cereales.

- ¿Por qué lo de la Cueva del Saltaor?

- Pues se le dice así porque tiene un gollizno allí para que baje el agua que chorrea desde una altura muy grande. Ahora no hay agua por allí porque vienen los tiempos muy escasos. Cuando llovía mucho, en todo tiempo bajaba el royo de agua y al llegar al despeñadero, pues la corriente pegaba un salto enorme y de aquí se le fue quedando el nombre que tiene. Otros nombres son: Tiná de los Benignos, Torco del Relámpago, Ojo Mancha, Caseta del Rayo, Caseta de la Campana, Morro de Patas, Tiná de los Cardaores, Los Paerones, la Tiná de los Romientos.

A partir de la Cueva del Saltaor, siguiendo para arriba, hay un barranco que se llama de la Mata Negra. La Fuente Matías está en el Morro de Patas pero volcando hacia el Barranco de los Aguilones.

- Y el nombre de Juan Perrera ¿de dónde nace?

- Pues a mí me han contado que había un matrimonio que era el dueño de aquello. La mujer se llamaba Juana y era hija de uno que le decían Juan el Perrero. La hija de este hombre se casó y compró allí una cantidad de terreno. Pero como la parte más grande era de este que venimos diciendo, pues le decían los llanos de Juan Perrera, por el nombre de la hija del Perrero.

Y me pregunto yo ahora ¿por qué muchos serranos de por aquí a estos lugares les llaman Campos de Juan Perrera? En el único libro que ellos lo han leído ha sido en el de la trasmisión oral, de una generación a otra y ni siquiera prestan atención a lo que científicos o buenos escritores, descubren o escriben. Sus rincones amados, y por eso les pertenecen desde las raíces más hondas, tienen nombres que ellos conocen bien desde lejanos tiempos: Campos de la Rampalea, Campos de la Gran Pelea Campos de Hernán Pelea o Campos de Juan Perrera es como los han conocido de toda la vida y así será como le seguirán diciendo, sabe Dios hasta cuando, si es que antes no queda estropeado por mapas o libros escritos desde lejos de ellos.

Rampalea, es una simplificación que ellos han hecho para entenderse y poderse mover por las tierras, sin meterse en más problemas. Los serranos, siempre tienden a ser lo más riguroso posible pero prácticos. No necesitan ellos complicar las cosas demasiado sino ir a lo que les es útil a la vez que económico.

"Al salir de Fuente Segura para arriba, a un llano que hay allí, le dicen el Salto del Moro. Aquello dicen que dio un salto un moro y por eso le quedó el nombre. Que siguiendo el campo arriba, llega a la laguna de Cañá la Cruz, al Pozo Turma, al Campo del Espino, a Pinar Negro y todo eso. A todo ese rincón le dicen el Campo de Gran Pelea. Y es por unas peleas que tuvieron los moros. Le decimos el Campo de Rampalea, para abreviar pero es el Campo Gran Pelea. Este es su verdadero nombre y viene de la batalla que ya hemos dicho. Son terrenos llanos que antes se sembraban mucho".

- Pero el primer nombre ¿cual fue?
- El primer nombre que tuvieron los Campos de Hernán Pelea, que hoy se llama así, era el de los Campos de la Gran Pelea. Porque, cuando estaban los moros aquí, por ahí se establecieron y en esas tierras vivían. Pero cuando los echaron, en ese rincón fue donde tuvieron las últimas batallas.

En el campo aquel. Muchas piedras yo me he encontrado por allí que son de metralla.

De estas últimas batallas que tuvieron los moros, se le quedó el nombre de los Campos de la Gran Pelea pero luego, por "mediación" de que quedara más bonico o refinarlo de la manera que fuera, que a la gente le gusta refinar cosas, pues le empezaron a decir los Campos de Hernán Pelea pero ni siquiera este es su nombre verdadero. Y otros que yo he oído, mucho menos.

- Pero te pregunto de nuevo ¿Por qué de Hernán Pelea y no "Perea"?

- Es que eso de "Perea" es un invento de no sé quién. ¿Tú lo Sabes?

- Algo sé.

- ¿Y qué opinas?

- Que me gusta más el nombre serrano de siempre aunque el otro esté fundamenteado en algún hipotético texto histórico.

- Pues ya está dicho todo.

- Todo no porque mi pregunta no queda respondida. ¿Por qué Pelea y no "Perea"?

- Te digo que "Pelea" es lo que por aquí siempre hemos dicho y desde tiempos inmemoriales. Quizá sea una deformación pero aun así tiene tanto valor o más que lo que fue en un principio total, si es que fue como dicen que fue. La historia de la sierra,

es la nuestra, la de los serranos. La otra historia, mas bien siempre vino a destruirnos hasta en los nombres de los sitios aunque dijeran y digan que los nombres de la sierra son sagrados. Solo un serrano cultido por las nieves y el sol de los campos sabe lo que significa la palabra "Sagrado".

- ¿Y lo del Morro de las Peleas?

- Pues eso viene casi de lo mismo que se ha dicho antes. En aquellas fechas de los moros, hubo un follón grande de peleas por aquí. Por lo que yo he oído de mis mayores, fueron unas de las últimas peleas que tuvieron. Y en el Morro de las Peleas con el Morro de los Cojos, que también lo hemos dicho, mataron a muchos. Otros se fueron lisiados y otros, sanos y salvos. Con brazos rotos, piernas heridas y un montón de cosas, más leves o más graves. Este morro se encuentra entre Hoya Humosa, la Tiná de los Enamoraos, Cañá Rincón y la Losilla.

En el Morro de los Cojos se quedó uno de aquellos, cojo, en un "bujero" que hay allí especie de una sima. Allí se estuvo hasta que sanó de la cojera que tenía. El sólo se curaba, se administraba y vivía en esa sima. Lo que pasó cuando ya sanó, no lo sé yo pero que al Morro de los Cojos, se le quedó este nombre por la historia que ya hemos contado. Lo mismo fue con el Morro de las Peleas.

- Frente al Morro de las Peleas, hacia el levante, tenemos otro picacho diez metros más alto 1784 m. Y que se llama Morro de Cagasebo ¿por qué?

- La procedencia de este nombre, ya no me lo sé. Pero sí te digo que el sebo es la grasa que tienen las ovejas. La de los marranos se llama tocino y a las de las ovejas y borregos siempre le hemos dicho nosotros sebo. Como por estos campos lo que más hay son pastores y rebaños, pues claro, derivado de esta actividad, salió el nombre que traemos entre manos. Tú sabrás mejor que yo si en otros sitios de estas sierras también aparece este nombre.

- Ahora recuerdo que por lo menos en cuatro puntos distintos me en tropezado con esto de Cagasebo. Pero ¿vamos con otros nombres?

- Pues vamos. ¿Por dónde seguimos?

- ¿ Por la Cueva de los Ladrones?

- Es un sitio que está en la mojonera del coto nacional. Se da allí una tierra tan mala que las cabras monteses, no lo tienen muy claro por algunos sitios para pasar. A esta cueva le pusieron de los Ladrones no porque las personas que vivieron ahí fueran ladrones. Lo que les pasaba es que no tenían medios para vivir y no podían estar en ningún sitio que los vieran.

Por las noches, a uno le quitaban un borrego, a otro le quitaban pan, aceite, patatas o lo que fuera. Todo lo que pillaban pero sólo para comer ellos. No para vender o negociar. Era para vivir. Un día ya los vieron y entonces dijeron: "mirad donde están los ladrones. Estos son los que nos han quitado las cosas que nos faltan". Y de aquí le quedó a tal cueva el nombre de los Ladrones. Pero está la Cueva de los Ladrones en un sitio, que las personas tienen que andar con cuidado para entrar allí. Ahora, una vez que estás dentro, aquello sí que es cosa bonica de verdad.

- ¿Por qué se le dicen Pinar Negro?

- Pudiera ser, que no estoy cierto, que fuera algo parecido a lo del Pinar del Duque. Que esto está metido en la Provincia de Granada pero muy cerca de nosotros. En un si principio, los dueños, fueron duques. Pero ocurrió que un hombre que era pinche, los que llevaban el agua a los que trabajan en la corta de la madera, siempre estaba quejándose y diciendo: "me cago en la mar que vengo reventao". Y otra vez y otra vez, hasta que ya le dijeron el tío Reventao.

Y al final de la corta, pues este hombre le dijo al duque: "¿Me vende usted el pinar? Yo le compro el pino, la caída y el vuelo del hacha". El duque pensó que le estaba vendiendo un

pino y a la caída y vuelo del hacha, no le echó cuenta. Cuando se percató, pues tenía el pinar vendido. Y como lo que valía era el vuelo del hacha y la caída del pino, pues era el pinar entero suyo.

Se hicieron sus escrituras, se quedó este hombre con el pinar y en puesto de seguir el nombre del duque, pues se lo cambiaron por el apodo que le habían puesto cuando era pinche, que era el Reventao. Por esto aquello ahora se llama el Pinar del Reventao.

Yo creo que lo de Pinar Negro, puede venir de la misma manera. Si había un hombre que le decían el negro de apodo, pues de aquí se pasó al pinar. Por otra parte, también dicen que aquello se quemó, se quedó negro y ya la gente decía: "El pinar se ha quedado negro". Por una de estas dos razones, puede ser el nombre de Pinar Negro.

- ¿Y el Campo del Espino?

- Yo creo que puede ser que antes de que roturaran aquellas tierras, estaban cubiertas por muchos espinos majoletos. Mucho campo había por allí cubierto de estas plantas pinchosas. Lo roturaron y allí ha quedado una cañá que es "exajerá" de buena para los animales y para sembrarla. Vale

para pastos y para siembra. Pero el nombre, se ve claro que lo toma de la muchas plantas de espinos que por aquel había.

- Vamos con la Loma de la Paja.

- Esto sí me lo sé bien. Es porque en las eras aquellas trillaban mucho. Hay un collao allí que vienen todos los aires a parar a la misma era. El Collao de la Era, puede ser su nombre. El Collao de la Paja, está arriba. En la punta de arriba de la Loma Larga.

Allí hay una loma muy grande que la punta de abajo, llega a las Pegueras y la punta de arriba, va a unos torcos que hay que le dicen el Torco Relámpago. Hay como un par de kilómetros allí y una loma muy larga. Cuando ablentaban, pues la paja se iba a la loma, porque se la llevaba el aire. Y la gente decía: "Mira cómo se ha puesto la loma de paja. Ya se conoce que han trillao". Y claro, de aquí se le fue diciendo y se quedó con el nombre de la Loma de la Paja. Pero no al cortijo, que está cerca, sino a la cuerda aquella que se llama Loma Larga. Y se dice "Lomalapaja".

En el cortijo de Loma de la Paja, de primeras no había ná. En principio hubo una familia allí que él se llamaba Sebastián. Crió allí a los hijos pero con escasez. No había viviendas y por eso, poco a poco, fueron haciendo una construcción que se fue

agrandando hasta que salió el cortijo. Más o menos como mis abuelos con Camarillas.

- ¿Y lo de las Pegueras?

- Era un cortijo que estaba cerca de la Loma de la Paja. Las personas que hubo por allí, hacían pegueras. Era una familia que se dedicaba a esta labor. Esto era para sacar el alquitrán de las teas de los pinos. Aquello también era penoso, no creas que no. De los "ciporros" de aquellos pinos sacaban alquitrán. De aquí se le quedó al lugar el nombre de las Pegueras, porque por lo visto, no era una sola sino muchas.

- ¿Por qué le dicen Llano de los Pepinos?

- Según los comentarios que he oído de las personas mayores, es que había un hombre que venía allí a trabajar las tierras. Estaba un poquillo escaso de to. En la puerta de un covacho que tenía para guardar el hato, sembraba un hoyo. Hizo allí como un poco huerto y sembró pepinos. Para él mismo y para darles a sus amigos. A cargas, los iba regando y por lo visto aquellas tierras, a este hombre, les daban pero que muy buenos pepinos. Al correr el tiempo, al lugar se le fue quedando el nombre de la hortaliza que sembraba por allí este hombre. Desde entonces se le conoce con el nombre del Llano de los Pepinos.

- ¿Por qué se le conoce con el nombre del Renacuajo?

- Porque es una fuente muy pobre. Que no es fuente para que beban ni las personas ni los animales. Es un renal de barro y poco más. Allí se crían muchos renacuajos. Siempre hay ranas, renacuajos, escuerzos, bichillos de esos que son aguarines. Y claro, como otros muchos puntos de estas sierras, fue tomando el nombre de los renacuajos que en aquellos charcos se crían. De la fuente ya pasó a otros puntos cercanos y por eso, además del venero pobre, hay algunos trozos de tierra que llevan el mismo nombre.

- ¿Y lo de Monterilla?

- Algo después de la guerra, hubo un hombre allí que estaba con animales y labrando un poquillo de terreno. Estaba con un hato debajo de un riscal que está en lo alto del majal de Monterilla, muy cerca del refugio. En los tiempos del otoño, mayormente, en lo alto del majal aquel, todos los aires pegan muy bien allí. Pues el hombre llevaba una gorra pequeña y siempre se la estaba quitando el aire.

A todo lo que se pone en la cabeza, nosotros le llamamos montera. Tanto una gorra como una “bilbaina”, que eso es una cosa negra con un pitojo arriba, que no tiene visera por ningún lado. Al sombrero y un follón de cosas más que son para la cabeza, se le llama montera.

Este hombre como le estaba la montera muy chica, pues siempre el aire se la iba quitando. En cuanto se juntaba con los compañeros que tenía por allí, le decían: "Ya se ha llevao el aire la monterilla". Y a raíz de tanto repetir lo mismo, al hombre empezaron a conocerlo por el sobre nombre de Monterilla. En puesto de ponerle otra clase de apodo, pues le pusieron este. Con el tiempo, este nombre fue pasando al terreno y ahora todo el mundo conoce el lugar con el nombre de Monterilla.

-¿Que es un gollizno?
- Cuando hay una meseta en un punto muy alto, en la parte más baja, pues de arrastrar el agua, se forma como un vallejo. A esto se le llama con este nombre. A donde desembocan las aguas de una meseta alta.

- ¿Y cimbra?
- Una cimbra o un rastillo, que más o menos es lo mismo, es terreno malo. Levanta más que las otras tierras. La pila de riscas que hacen pico, en esas sierras altas, se le llama cimbra. Ahí no hay tierra buena. Sólo riscales

Por encima de Camarillas, casi en lo alto del Calar de Camarillas, hay un sitio que se le dice el Covacho del Buje. A parte de que es un covacho donde han encerrado ganado y

todo. Y hay una cimbra de riscales que allí te pones en lo alto y miras para abajo y te mareas. Un rastillo puede ser en cualquier campo que tenga un poco de mala tierra. Lugar pedregoso.

- ¿Y la landrera?
- Es una mata que normalmente se cría donde la tierra tiene mucho cuerpo, buena tierra. En los troncos de los espinos, en las riscas gordas pero con tierra negra y buena. En estos sitios es donde se cría esta mata. Tiene una especie de patatas que se llaman "macocas" y eso pica más que los pimientos. En aquellos tiempos, los marranos que se empicaban a esto, engordaban mucho. No es que sea de gran alimento, sino que se comían todo lo que venía detrás.

A mi padre le dieron una vez una gorrina de cría. Se la dejó a un hombre que se dedicaba allí a sembrar. Luego se quedaba con la mitad de las crías y la otra mitad para nosotros. Cuando los recogíamos, pues era para matarlos. O sea, para la matanza sin echarle más nada. Sólo lo que cogían por el campo. Este hombre se llamaba el tío Perra Gorda.

Una vez, por la Tiná de los Enamoraos, fue un hombre a por basura. Había allí un muchacho que siempre ha sido muy malo. Tenía unas macocas y el hombre al verlas le preguntó:

- ¿Qué tienes ahí, muchacho?

Contestó:

- Macocas ¿quieres una?

Las macocas de las landreras, no se comen porque son muy malas. Hasta te puedes morir y todo. Hay otras matillas que también tienen macocas, que sí se comen y están buenas. Pues el hombre respondió:

- Pues tráela.

Claro, el hombre se tiró a la más blanca y gorda. ¡Madre mía! Era landrera y por pocas se muere. Le entró una espumareda que se moría a chorros por la boca. Ahora que si lo coge, lo mata al muchacho. La matilla que da las macocas que se comen, echa unas florecillas blancas y abajo, tiene una porreta. Las sacas y te la comes y está buena de verdad. Por Sierra Morena no se crían estas matas.

- ¿La Raja?

- Es que hay una secreta muy grande, de piedra. No es cueva tampoco. Aquello unos rendijos allí que... pa tener los pastores el hato, nunca valió aquello. Son como grietas grandes que hay entre las piedras y están muy altas. Aquello una majá para encerrar ganado. Se protegían mucho del frío en las rajas aquellas. Mi padre anduvo mucho por allí pero se ponía en un peñón de al lado, que tenía un cobertijo.

- ¿Y las acederas?

- En los Campos de Hernán Pelea, abundan mucho por todos sitios pero más en las tierras de labor. Es comestible para las personas y muy buenas que están. Su sabor es un poco avinagrado. Aquella hoya es de la más dulce para criar acederas. Por eso le pusieron el nombre de la Hoya de las Acederas. Por allí hay un follón que no veas con el nombre de esta planta. Por ejemplo: la Torca de las Acederas, el Pozo de las Acederas, la Hoya de las Acederas y más rincones que ahora no recuerdo.

- Vamos por el Cucón.

- Cuando llueve se va acumulando el agua en el hoyo de una piedra que hay allí. Que más de una vez hemos ido a por cargas de agua al cucón aquel. Le cabe más de cuatro cántaros. Es un hoyo natural en una piedra viva y cuando se llena de agua, dura mucho tiempo.

- Los Calzones.

- Es que hay una brazá de tierra que parece de verdad unos pantalones. Arriba hace un poquillo de cuerpo, digamos, y luego hay un rastillo, que no se puede labrar porque es mala tierra. A cada lado del rastillo ese, bajan como unos pantalones. Dos canalizos, digamos y hay una tierra buena de verdad. Hace algo parecío a unos pantalones y por eso le

dicen los calzones. Este punto se encuentra exactamente donde se junta el camino que viene de la Tiná de los Enamoraos con el que sube del Pocillo del tío León y un tercero que viene del Campo del Espino. Justo por ahí mismo pasa la verea de trashumancia. La hoya del Polvo queda allí cerca y en el camino que viene de los Campos del Espino.

- ¿Y qué tenías en el Llano de los Estudiantes?
- Todavía tenemos allí nosotros tierras de labor. En la punta de abajo del llano que aquello no sería difícil que supieras el sitio clave donde está. Pasando por debajo del cortijo de Camarillas hacia los campos de arriba, pues en derecho del cortijo subiendo, hay un sitio allí que tiene unas paratas, conforme sube a la mano derecha. Crece un espino de los que hemos dicho, en el centro. Aquello es nuestro. Se ve la obra del cortijo desde allí.

- Los Rompizos.
- Es otra cosa nuestra también porque pertenecía al cortijo de Camarillas. Aquello sí sé yo por qué le viene el nombre. Lo roturaron mis padres y mis tíos. Era tierra de pastos para el ganado y como les gustó aquel trozo, lo labraron ellos desde el principio. De romper, roturar la tierra, le viene el nombre de Rompizos.

- Y las Lagunas ¿por qué es?
- Porque hace allí un poquillo de cañá. Yo me acuerdo de chico que ya había allí charcos de agua. Pero luego, cuando hicieron el carril para bajar las maderas que ya hemos dicho de la Cabrilla, sacaban tierra para arreglar el camino y se formaron más pozos. Cuando llovía o nevaba, el agua se estancaba y de aquí se le quedó el nombre de las Lagunas.

- ¿Pero tenemos también las Lagunillas?
- Están por la caída de Cueva Alta pero tirando para el cortijo del Curtío. A continuación de Cueva Alta, va un sitio que se llama Pino Parao. Entre medio, hay una cimbra de riscales que lo ves desde Camarillas y dices: "madre mía, aquello es un morro que allí se "espeña" el diablo". Y sin embargo, cuando subes a lo alto, te encuentras con una meseta de labor muy buena.

Es tierra muy húmeda. Entonces aquello, a lo mejor, hasta el mes de San Juan y hasta Santiago, en los años aquellos de tanta lluvia, de lo que lloraba, se hacían lagunas chicas y muchas. Le decíamos las Lagunillas y ese nombre tiene.

- ¿Tú que dices que es Juanfría o Fuenfría?
- Esto es que no sé yo dar con su verdadero nombre. Yo lo conozco por Juanfría pero este nombre creo que no es el

verdadero. Creo que su nombre bueno tiene que venir de su raíz primera que es una fuente. Tiene que ser de Fuente Fría y después, unos y otros, lo han ido amasando hasta dejarlo en esa forma y eso es lo que le decimos pero su nombre de verdad, no es el de Juanfría. Creo que remanece este nombre de Fuente Fría.

- ¿Y de dónde viene lo del Borbotón?

- A este punto es que se le dice la fuente del Borbotón y deberían ser las fuentes, porque en un trocico pequeño, allí hay muchas fuentes. La Fuente del Borbotón sí es fuente pero a parte de este venero, hay muchas jordanas por allí. Y las jordanas son especie de fuentes pero no lo son. Revientan cuando llueve mucho y cuando ya no llueve, se apocan y hasta llegan a secarse. A estos veneros se le dicen jordanas y de esto hay muchas por allí, alrededor del Borbotón. La fuente principal es porque nace del suelo y sale el agua para arriba en borbotones. Como si estuviera herviendo y de aquí le viene el nombre que ahora tiene.

- La Molata, es un nombre que no hemos dicho.

- Si vemos que hay mala tierra por todo y luego en lo alto, un piazo de tierra buena, a esto se le dice molata. Quizá venga de muela. Como una muela grande que se pone para arriba y en lo alto tenemos un trozo de tierra que rinde mucho. Puede

estar en cualquier sitio pero al lado de los arroyos, no. Entre dos arroyos, sí. Lo que hay entre el surco de dos arroyos, puede ser una molata. En una sierra que hace cumbre, también. Casi siempre nos encontramos las molatas, en las bajadas.

- ¿Y cenajo?

- Es donde sale agua pero en poca cantidad.

- ¿ Y puede ser cueva?

- No, por norma general. Es como si decimos una cañá, entre dos picos de terreno más alto o menos. Enmedio hay una cañá y a lo mejor, crecen juncos y tenemos humedad. Ahora, lo que más usan estos cenajos, son los "jabalises" para bañarse y enfangarse. Que de ahí viene este nombre: de cieno, cenajo para encenagarse. Que no hay agua para beber pero sí para hacer barro.

- ¿La Piedra del Cuervo?

- Cuando vamos por la carretera que sube desde Hornos y recorre toda la cumbre, antes de llegar a Pontones, a lo lejos se ve un picacho grande. No es un picacho sino una enorme piedra. Algunos le dicen la piedra de los gitanos pero no es ese su verdadero nombre. Se llama, desde siempre, la Piedra

del Cuervo. Queda al poniente del pico Galayo pero sobre la cubre y tiene más de mil ochocientos metros de altura.

Hay otra piedra también grande pero que no se ve desde la carretera que hemos dicho porque se encuentra más cerca del Almorchón y metida en la ladera que da a Cañá Hermosa. Es un peñón muy bonico que tiene por nombre Piedra del "Nío". También está muy empingorotá y como no sepas dónde está, no se ve desde la carretera. Pero la del Cuervo, es la que se ha dicho y que como se alza y forma cúspide, se ve desde muchos puntos de la sierra.

- ¿Y lo que me decías de Pioveja?
- Tiene una extensión de terreno bastante grande. Coge desde el Barranco de la Mata Nagra, de la Cueva del Saltaor, por el Poyo Catalán, por la Huerta del Manco. Todos esos morros que suben desde esos puntos para arriba, hasta que llega a la Tiná de la Cuerda, que es donde la carretera vuelca para Cañá Hermosa. Todo eso es Pioveja pero dentro de este terreno, hay un follón de nombres que también los llevas puestos.

Al pasar el refugio de Monterilla, la pista desciende a una hondonada y atravieso por el centro de la sementera. Así es como me lo ha dicho el amigo pastor que atrás acabo de dejarme. Revoloteando por encima de las matas de trigo, pues

un buen puñado de pajarillos que ponen su nota alegre a los paisajes y al día de hoy. Sigo comprobando que el camino se encuentra en muy buenas condiciones. El que llega hasta Collado Bermejo, ni se le puede comparar con este que ahora recorro.

Me encuentro en la elevación mas levantada de estas tierras y por eso, enseguida me digo que desde este punto voy a comenzar a bajar primero hacia el arroyo de la Pinadilla y luego me introduciré en la vertiente de la Juanfría, arroyo en el que se encuentra el Pino Galapán pero mucho más abajo. Los pinos laricios van apareciendo y esto me indica que recorro otros terrenos mucho menos llanos. La altura roza casi los mil ochocientos metros. Más elevado que por los paisajes de los Campos. Y lo que sucede es que la pista se viene mucho para el lado derecho que es por donde se alza la parte alta de la cuerda que limita los contornos de los Campos y con ellos toda la extensa altiplanicie que pertenece a Santiago de la Espada.

Kilómetro cuarenta y dos cien. Ya esto baja. Dolinas a un lado y otro y por todo lo alto, como si fuera un puente, discurre la pista. En las laderas de las dolinas, desparramados y agarrados a la tierra para sacarle la vida que necesitan, los enebros rastreros. Su verde es tan intenso que hasta asombra

y contrastan con la sequedad del entorno. La tierra ahora tiene color blanco y las piedras calizas abundan mucho.

Unas canteras de donde han sacado tierra para arreglar el camino y como la han dejado descarnada, su blancura brilla al sol de este día caluroso. Entro a la depresión de una cañada y enseguida noto que esto es el comienzo de una extensa y profunda vertiente que se derrama hacia la cuenca del río Zumeta, afluente del Segura pero a muchos kilómetros de aquí y en unos rincones bien hundidos hacia el nivel del mar.

Otras dos dolinas por la izquierda rodeada de grandes matas de enebros rastreros, sabinas y algunos pinos laricios. Desde este punto que recorro ahora, ya veo con mucha más claridad la cuenca del arroyo de la Pinadilla. Un magnifico cauce es este arroyo que tiene muchos pequeños ramales repartidos por las tierras que voy recorriendo. Justo en estas alturas nacen todos y luego se van fundiendo según caen. Impresionante los parajes que antes mis ojos ahora tengo y la belleza que reflejan.

Nada más empezar a bajar, cruzando el arroyuelo, la pista traza varias revueltas. Y al venirme hacia la derecha recorriendo la curva, en todo lo alto, un pino laricio perfectamente clavado, blanco y recto y por eso se presenta

con una majestad que asombra. La ladera, pues ya un poco suavizada por el verde de los espinos y los enebros. La pista tiene incluso hasta sus alcantarillas de cemento. Se ve que la construyeron a conciencia y para que durara.

Cuarenta y tres trescientos y ahora desciende con la inclinación de la ladera. Se pronuncia casi en picado porque va buscando cruzar el surco del segundo arroyo, el de Juanfría. En cuanto lo cruza, primero remonta un poco por el lado derecho de este cauce y luego ya enfila en la misma dirección del surco para rozarlo casi por completo al pasar por donde crece el pino Galapán. Pero todavía no lo he cruzado.

Un álamo y dos pinos laricios grandes. Una tinada que hay aquí, al cruzar el arroyo, varios coches en la puerta y unos álamos. No se ven personas. Y creo que esta construcción corresponde a La Pinadilla. Un poco más lejos y arriba, se encuentra el refugio Collao de la Paja. Si en esta casa hay pastores, están en su siesta como le pasaba al que saludé hace rato en Monterilla.

El cuadro era de excepción y para que no se pierda, lo pongo aquí: con los hermanos, aquel día, bajé por la senda y en el rincón de las encinas viejas, nos quedamos. Por la

tierra estaban las ruinas del cortijo y en el paladar del alma, la imagen de la madre buena sentada junto al fuego.

- ¿Has venido?
Me pregunta ella.
- He venido y qué consuelo estar contigo.
- Pues no te quedes mucho por si se te hace de noche y luego no ves la vereda.
- Pero si no quiero irme.
- ¿Y quién cuida de los marranos y las ovejas?

Y sin querer irme, salgo del cortijo y me acerco a la chiquera. Veo que la piara, por su cuenta, se ha escapado del corral y por el arroyo arriba, se ha ido hacia la profunda sierra. "¿Qué hago yo, sin querer irme de ella y con los marranos perdidos por el monte?".

Y el momento extraño, que es más alma que tierra, se me clava en la eternidad y hoy, cuando con los míos vuelvo, lloro y sufro y gozo frente a la tierra y el recuerdo con su ausencia. Por eso decía y repito que el cuadro era de excepción y yo dentro hecho vida sin carne y dulce tristeza.

Cruza el arroyo y remonta, trazando cuatro curvas y el cortijo, que lo es más que tinada, me queda atrás por el lado de la izquierda. Se le ve muy bonito desde este punto y hasta señorial sin que lo sea porque pertenece a pastores y por esta razón, dentro de mi pecho, yo sí lo encajo entre lo más noble. Junto a la construcción sí se ven tinadas y tierras cercadas. Por los ojos me sigue entrando la agria desolación del campo que recorro, junto con los rebaños de ovejas, los pastores y sus refugios alzados en la tierra del asombro y la soledad aunque no lo sea.

Kilómetro cuarenta y cuatro doscientos. Sube por aquí después de haber dejado el surco del arroyo atrás y otra hondonada por donde al lado de arriba y derecha, aparecen unos tornajos. Son de madera, tallados en los gruesos troncos de pinos como siempre los construyeron los pastores de estas sierras y al descubrirlos me digo que por aquí brota algún venero. Por eso han situado estos tornajos aquí. Las ovejas que pastan por estas sierras tienen que beber en algún sitio y este es uno de los muchos repartidos a lo ancho de estos paisajes.

Se ve que esta cañada sí es de tierra muy buena. Tiene muchos trozos todavía verdes por completo. La pista me va retirando ahora de la primera rambla que acabo de cruzar y

como por un pequeño pero hermosísimo puerto que se abre aquí, me eleva para terminar de remontar y situarme en la otra vertiente. Es una manga larga y preciosa de tierra elevada que cae desde el lado derecho que es por donde se presenta la gran altura y como queda tallada en el mismo centro de los dos arroyos, todavía parece más solitaria, perfectamente esculpida y redondamente terminada en sus laderas y partes altas.

No me sé el nombre de este espigón o loma y bien que me gustaría porque tiene que ser bonito. Lo averiguaré yendo a las fuentes de la sencillez que son las buenas porque son las reales y sinceras. Esta cuerda viene cayendo desde los límites con Granada y un cerro que se llama Cabeza Alta. Tiene este pico 1958 metros y el siguiente, viniéndose hacia donde me encuentro, marca los 1881, el otro más cerca los 1902 y así vienen cayendo hasta pasarse a mi lado izquierdo por donde avanza con otro pico de 1803 metros y el último, antes de hundirse en la cruz de los dos arroyos, se eleva a 1787 metros.

La curva de nivel que viste el color marrón, porque pasa por los mil setecientos metros, enmarca a esta loma en un casi perfecto tronco de pino laricio que tuviera muchos años y bastantes nudos a un lado u otro. También se parece un poco a una gran columna de humo que se retuerce según se eleva y en este caso sube desde la cruz de los arroyos hacia las

partes altas de la cumbre madre. Una belleza sin igual en ninguna otra parte del mundo ni en los rincones de las sierras que tanto amo.

Atravieso el puerto anunciado y en unos metros, se inclina hacia la otra rambla. Cruzo otro arroyuelo donde encuentro verdes los juncos y humedad por el agua que rezuma. A los pinos laricios se les ve muy salpicados y además muy desformados. Ello me indica lo mucho que por estas zonas debe nevar. Sobre sus copas se amontona la nieve y por eso las va modelando con formas raras y muy reprimidas. A los troncos le ataca la fuerza del viento y también por eso se doblan en direcciones que no son las que el árbol tomaría si creciera con más comodidad. Señales son estas de la dureza de las tierras.

Al remontar al collado, por la derecha me queda otro bocado más en el terreno de donde han sacado tierra para arreglar la pista. Al frente, pues no veo nada más que una profundidad oscura de cielo gris azulado y al mismo tiempo emborronado por la nieblina espesa que hoy cubre los horizontes de estas sierras. Es precioso el barranco que se me abre casi a mis pies. Al otro lado, se dibuja la figura de otra gran porción de terreno que cae desde la cumbre que hace de frontera con Granada.

Tan elevada o más es esa loma que la que acabo de romper siguiendo la pista. Pero la curva de nivel que con tonos marrones la enmarca por la franja de los mil setecientos, deja a la vista una figura mucho más recia, rechoncha y arrugada. Grandioso monte el que al frente me sobresale y del que tampoco sé su nombre. Y me resigno diciendo que es natural que un mundo de las proporciones de este, sea enigmático para el que por aquí pasa como de visita. Pretender lo contrario, rozaría la soberbia.

Veo, desde la ladera que ahora mismo voy recorriendo, la pista que cruza el nuevo cauce por la parte alta y se va para la ladera de la derecha. Y un pino como si por completo estuviera caído, lacio y despachurrado. No lo está porque con sus raíces se agarran a la tierra y vive. Cruza la cañada que es muy ancha porque parece casi el comienzo y empieza como a bajar con ella pero por el lado de la derecha al tiempo que remonta mucho. Quizá sea más fácil avanzar por lo alto que pegado al surco del cauce.

Abajo, un poco en lo hondo, ya veo álamos. La vegetación por momentos se va presentando mucho más densa. Espinos, enebros y retamas. Traza una curva y sigue remontando. Sigue remontando al tiempo que toma la dirección del arroyo y

ahora mismo y a lo largo de un buen trayecto, va justo por la curva de nivel que es marrón y sirve de límete a los mil setecientos metros.

Un lomo de rocas que caen blancas y la pista las corta por el mismo centro. Y al dejar atrás este tajo pétreo, ya enfila por lo alto de la loma y empieza a irse casi en paralelo con el arroyo. Al lado izquierdo y, al igual que me ha sucedido en los arroyos de atrás, veo algunas casas. Sé que son los cortijos de Juanfría. Los han construido, Pinadilla y Juanfría, casi en la misma inclinación del terreno, en el mismo punto del cauce y en la misma tierra solana pero cada uno en el arroyo correspondiente. Como si fuera un juego, como tantas veces me he dicho, a pesar de no serlo por lo que representa de lucha humana con la tierra por la vida.

El esqueleto de un coche rojo por entre el monte y en lo hondo como si por algún percance, se hubiera salido de la pista y hubiera rodado. Va trazando un montón de curva para superar lo quebrado del terreno, muchas hondonadas que caen hacia el arroyo principal, y por la derecha se aparta otro carril de tierra.

No me lo esperaba y ahora que lo veo me digo que este camino lleva a lo más alto del monte que voy dejando por este

lado y luego a la vertiente de la tercera gran cañada que nace en estas cumbres. Esa es mucho mayor que la que yo recorro y lleva por nombre Arroyo de Cañada Lamienta. Al comienzo de ese arroyo y, también por el lado de la solana, se alzan algunos cortijos y entre ellos se encuentra el que tiene el mismo nombre que la cañada: cortijo de Cañada Lamienta.

El nombre este, también pertenece a un monte ordenado y que, a pesar de lo distante, es término de Segura de la Sierra. No es propiedad del Estado y su extensión pasa algo de 333 Ha. Queda recogido este espacio de terreno entre el pico de Cabeza Alta, 1958 y cinco o seis compañeros más que van rodeando a la hondonada y Loma Gérica, que son una sucesión de cinco cumbres todas por encima de los mil ochocientos y que van cayendo con la vertiente del arroyo.

Y ahora caigo en la cuenta que no eran dos los cortijos levantados al comienzo de estos arroyos y en características parecidas sino tres aunque cada uno en su rincón y a distancias muy considerables. Y como detalle bonito, cada uno de estos cortijos le presta su nombre a los arroyos que nacen entre sus paredes. La Pinadilla, cortijo y arroyo, Juanfría, cortijo y arroyo y Lamienta también cortijo y arroyo. ¿O es al revés?

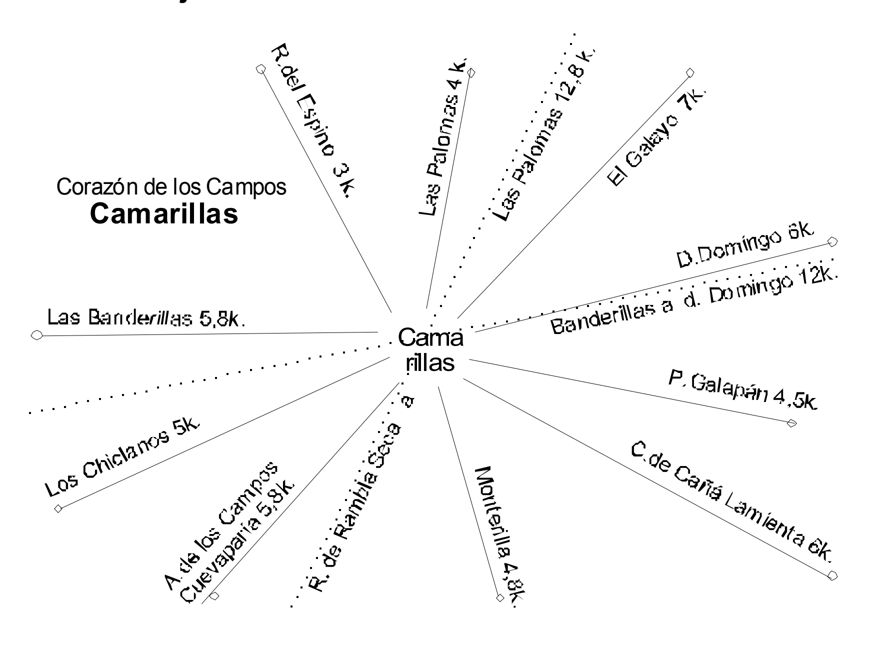
Hay otro monte ordenado que limita con el de Cañá Lamienta y que se le conoce con el nombre del Pinar. Es término de Segura de la Sierra y su extensión pasa algo de las 467 Ha. Casi en su centro se encuentra el Alto de Valdefuentes. Cabeza Alta, ya nombrado antes como pico, es otro de los montes ordenados que limitan con Cañá Lamienta y que son término de Segura de la Sierra. Al conjunto, se le conoce también con el nombre de los Cuartos del Pinar.

El que por el lado de la izquierda recoge los arroyos y lomas que vengo recorriendo, fue bautizado con el nombre de Monte de la Paja. Es propiedad del Ayuntamiento de Santiago de la Espada y a su extensión le falta algo para las 485 Ha. Por esa zona también existe un cortijo que se llama Loma de la Paja. Un poco antes de llegar a la aldea de Don Domingo, a la izquierda se aparta la pista forestal de tierra que lleva a este cortijo y al que hay más arriba que tiene por nombre cortijo del Curtido.

En este cortijo o tinada de la Loma de la Paja, es donde se juntan los pastores que suben de la Matea y de los Teatinos. Ellos tienen sus rebaños por esta parte de la sierra y cuando les queda un rato o es las horas de la comida, en la tiná se juntan pero cuando nieva, se tienen que bajar a la vega o marcharse a Sierra Morena. La pista que sube a la tiná de la

Loma de la Paja, sí que se pone complicada cuando la nieve cae. Si no es con un buen coche ¿quién puede subir a este cortijo hasta que no se derriten por completo todas las nieves?

Por el cortijo de Camarillas



La Fuente del Borbotón nace algo más arriba. Y como no podía ser menos, estos cortijos y fuente se encuentran en la cabecera de otro de los arroyos grandes que se fraguan en la magnífica vertiente. El cauce lleva por nombre Rambla de los Cuartos y se junta con el que recorro, un poco antes de que la pista mía se eleve por un puente para irse al otro lado de estos cauces.

Pero mi amigo me decía que:
- Lo que tú dices, por arriba se llama la Rambla del Borbotón, más abajo, se llama Rambla de los Cuartos y más adelante ya se junta con el río que es más nombrado y conocido por royo Frío.

Por la derecha del barranco del Borbotó y siguiendo la pista forestal de tierra que atraviesa la Loma de la Paja, queda un precioso cortijo serrano que tiene el nombre más bonito de toda esta sierra. Camarillas, es como le pusieron y se alza por la solana del gran morro del Calar de Camarillas.

Hacia este punto y rincón de la sierra, se me escapa ahora el corazón y es porque en el cortijo de Camarillas, que son varios porque los últimos hermanos fueron nueve, el recuerdo se alza frente al padre bueno. Fue uno de los tres hermanos y le pusieron por nombre Antonio. Se tuvo que ir de este cortijo, como tantos otros serranos y ahora su corazón y parte de su vida, se concentra en lo que ya son ruinas y poco más. Nació y vivió aquí y también sus padres, que fueron nueve hermanos y sus abuelos.

Justo en la curva de nivel que va por los mil setecientos metros, es donde fueron a construir el cortijo y ello da una idea

de las grandes nevadas que, año tras año, estas personas tuvieron que soportal. Desde su rincón a Santiago de la Espada habrá unos veinticinco kilómetros. Pues andando lo tenían que hacer cada vez que necesitaban alguna cosa de las que únicamente se resuelven en los pueblos o ciudades. El día entero empleaban ellos para el viaje y, cuando las nieves eran tantas, podrían ser varios y hasta meses.

- Entre otros nevazos, recuerdo el de aquel año que duró veintitantos días. No podíamos bajar ni a por agua. Para beber y hacer la comidas, deshacíamos la nieve en la lumbre. Otra vez, vino una nevada fuera de tiempo y tuvimos muchos problemas con las ovejas. Ya habían estado en Sierra Morena pero por la parte de Murcia que es donde antes iban muchos pastores con sus animales. Regresaron a los Campos el día once o doce de abril. Y ese mismo día doce por la noche, cayó un nevazo tremendo. Se ventiscó mucho pero ventisqueros de varios metros de altura y no uno, sin cientos. Por parejo, más de un metro de nieve.

Lo que nos favoreció es que aquello vino en el tiempo que ya los días eran largos y calentaba el sol y por eso no duró mucho. Pero en la Cueva del Puerto estaba Mariano, el del tío Benigno y otro vecino de la Matea, y se le helaron ciento y pico de ovejas. Ellos, uno se quedó medio cojo y el otro casi helado

también. Los dos estuvieron a "pique" de morirse. Por los Campos, todos los años no ocurre esto pero uno sí y otro no, seguro.

Mis padres, me contaron a mí, que un año, el día veinticuatro de junio, que es del día de San Juan, se helaron vacas en la Chaparra. En el cortijo de Camarillas teníamos unos perros muy buenos. En todo tiempo pero más en invierno y el otoño, mis padres tenían una costumbre que era bonita. Entonces los perros, como tienen ese olfato tan bueno y dicen que es el mejor amigo del hombre y es verdad, cuando olían o sentían ruido de algo, pues ladraban.

Cuando se sentían ladrar, uno de mis tíos, mi padre o cualquiera de ellos, salía y tocaba la cuerna. Salían a la puerta del cortijo o a otro collaete que hay allí que le decíamos el Collado de la Era, porque allí se trillaba, y tocaban dos o tres veces la cuerna. A los cinco minutos, a los diez y al cuarto de hora, volvían a tocarla otra vez. Como habían oído a los perros ladrar, pues decían: "a lo mejor hay alguien por ahí y podemos salvarle la vida".

Y esto te lo cuento para que se vea que los Campos, cuando vienen los nevazos y salen las nieblas, son los terrenos más peligroso que hay para andar. Se borran los

caminos, se forman los ventisqueros y se pierden las personas y como por allí el viento que corre es tan frío, las criaturas se quedan heladas en cuanto se descuidan. Ahora son otros tiempos pero entonces, todo era mucho más complicado y penoso.

Recuerdo que una vez cayó un nevazo y estaba una tía mía, abocada para dar a luz. Y al ver el panorama, mi familia dijo: "Mira que si en puesto de ir la cosa bien, se vuelve para atrás y de la manera que está, aquí ¿quién la va a atender?" Pues la cogieron en un mulo, con una silla de aquellas que había de madera para cuando las personas se ponían malas y se dispusieron a sacarla de allí.

La silla que te cuento, era de madera, con unos palos que se ponían sobre el aparejo de los mulos y en el centro, se sentaba la persona. Si estaba mal, pues se le sujetaba con unas cuerdas y aunque el mulo bregara mucho, la persona no se caía fácilmente. Esto se usaba antes mucho para en caso de necesidad, que es lo que ahora decimos, urgencia.

Ella, pues sentá en el mulo y agarrada a la silla. El animal unas veces iba por el camino pero como la nieve era tanta, se salía y se tiraba por donde podía. Se atascaba hasta la barriga y ella en lo alto. Cuatro horas y media o cinco largas de camino

hasta llegar al pueblo de Santiago de la Espada. Luego tuvo el crío sin problemas ninguno. Así eran las cosas antes y con tan dura lucha, se salía adelante sin tantos cuidados como hay ahora.

- ¿Y los caminos?

- El que sube desde Santiago, al llegar al Prao de don Domingo, se va por el Collado de los Bancos, remonta por Serenas, por la Chaparra y desde ahí a las Pajareras, llegaba a un sitio que se llama el Pocillo del tío León, que era donde nosotros nos surtíamos de agua para todo el cortijo. Desde este punto seguía el camino para ir a nuestro cortijo de Camarillas. Y ya, desde este cortijo nuestro, salían otros caminos que se iban para Pinar Negro, el Campo del Espino, a la Pinadilla y a la Cabrilla.

Uno se arrancaba y se iba por un sitio que le dicen Llano de la Zamarrilla. Para arriba sale a la Era el Ruso, unos bancales que hay allí que se llaman los Calzones, muy famoso aquello y muy nombrado, va a lo alto de las Lomicas de Enrique, sale a un sestero que le dicen el Sestero Risicas, llega hasta la tiná de los Enamoraos que era un punto donde paraban las personas. Según en qué época, en la de la simienta, la siega y todo eso, pues aquello era una feria. En

este punto, no hay cortijos, sino una tiná y al lado, un poco de construcción donde dormían los pastores.

Los padres de Pascual, familia de la Matea que antes hemos dicho, eran los que tenían ahí unas tierrecillas. Tenían algunos mulos y subía la familia cuando había que escardar las sementeras o coger los garbanzos. Pero vivir allí de continuo, no. Estas familias tenían muchas ovejas y antes, cuando vendían los borregos, subían las mujeres y durante algunos días, hacían queso.

Desde este punto sigue el camino y va a caer al Collado de Monterilla. Por ahí se junta con el que va para Nava Noguera. Entonces era camino de bestias porque los coches ni se conocían y menos por allí. Este era un camino.

Otro salía desde los Calzones, Hoya del Buje u Hoyos del tío Paco y lleva a la Losilla. Se va para arriba por el vallejo aquel del Toril, la Hoya del Polvo, los Rastillos y sale a un pozo que se llama Pozo de Cañá Rincón. Aquí se apartan dos caminos, uno que lleva para Pinar Negro y el otro que se va para abajo por los Hoyos del Poyico, los Hoyos del Cojo, el Majal del Pino a las Acederas otra vez. Que este camino muere en la misma Cuevaparía.

Desde el mismo cortijo de Camarillas, salía otro camino que se iba para abajo con dirección del Pocillo del tío León pero se desviaba para la izquierda hacia los Culeros, al Collado de los Culeros, a la Majá la Risca y ya al Campo del Espino y llegaba hasta Pontones. Antes, tenía otro empalme que se iba para la izquierda y se tiraba por un sitio que le dicen los Pinos de doña Teresa, las Hoyas de Albardía, donde para la derecha, se iba a los Centenares, las Canalejas y para la izquierda, a la Fresnedilla, nacimiento de Aguasmulas, cortijo del Mulón y las Casas de las Tablas.

- ¿Y como surgió el cortijo de Camarillas?
- Aquello en un principio era como un chozo. El primero de todos, mi abuelo, compró unas poquillas tierras e hizo su casica, especie de chozo, que después se fue mejorando y se hizo un cortijo muy bueno. Hasta entonces, pues mis abuelos estuvieron criando a sus hijos que fueron nueve, aunque fueron diez pero uno murió en la guerra. Cada hijo, todos los hermanos de mi madre, se hizo su casilla pegadas unas a las otras y allí vivían. Hasta que tenían como una veintena de años, ellos, mis primos y nosotros, que fuimos tres hermanos, vivíamos en aquel cortijo de Camarillas.

Una vez hicieron una corta de pinos por una zona que le dicen la Cabrilla, que está por debajo del morro de las

Empanás. Ahí hicieron una corta "exajerá" de grande. Entonces sacaban la madera con bestias a la misma Cabrilla y desde ahí, la bajaban por el camino que estamos diciendo. Pero "en puesto" de pasar el camino por donde hemos dicho, la Chaparra, Collado de los Bancos a don Domingo, lo echaron por la rambla abajo que es la Rambla del Borbotón.

- ¿Y la gente que pasaba?
- Eran los que iban a sus trabajos, con bestias para labrar las tierras o con ovejas. Personas buscándose la vida. Entonces se sembraban mucho todos los "piazos" de tierra en esos Campos. Unos con centeno, trigo, maíz, patatas, garbanzos. Todas esas tierras eran muy penosas para vivir, hoy no se podría vivir de aquella manera pero entonces, sí se vivía y salíamos adelante todos.

Recuerdo que en el mismo cortijo de Camarillas, que hay muy poco "clima", criábamos remolacha, panizo, calabazas, habichuelas morunas, garbanzos, trigo y centeno. De todo esto y en cantidad. Recogíamos para comer todo el invierno y eso que éramos muchos de familia.
- ¿Se criaban por allí las habas?
- Habas, no.
- ¿Y árboles?

- Sólo pinos y pocos. Esos pinos grandes de tronco blanco. De frutales, ni uno siquiera, de ninguna clase. Ni almendros.

En Lomalapaja, sí hubo una noguera, que la arrancaron, que era el árbol más famoso que por allí se criaba. En Camarillas, cuando dejamos de vivir en el cortijo, había un plantoncillo de noguera que era chiquitillo y ya echa media fanega de nueces. Estos son los únicos árboles que había por allí y los pinos que ya te he dicho.

- ¿Ni siquiera parras?

- ¡Que va!

- ¿Y plantas silvestres?

- Como prácticamente por allí no se crían plantas de ninguna clase, pues tenemos pocas. Aquello es terreno pelao. Lo único que se cría es pasto para las ovejas y bien bueno que es. Pero sí hay un buen puñado de matas. Por ejemplo, los cambrones, las rascaviejas, tomillo y entre otras que ahora no me acuerdo el nombre, los cardos cucos. Esta planta, aunque es muy pinchosa, tiene la ventaja de criar unas setas muy buenas. Quizá sean las mejores setas de cardo de España entera. Algunas llegan a pesar hasta un kilo. Esto es un bocao buenísimo. El otoño que es temprano, así para septiembre, salen muchas. Van muchas personas a buscarlas porque están bonísimas.

El lastón es una planta que se la comen muy bien las ovejas. Esta planta espiga y se parece mucho a la avena. Hay una mata que le dicen rompebarriga, otra carretón, el vallico y unas matas que le decimos lechuguillas, que echa una flor amarilla muy bonica. Hay otras matas que también se crían mucho en los campos que son las arvejanas, las correhuelas, "anapoles".

Los árboles más grandes son unos espinos que nosotros le decimos espino majoleto. Luego está el espino escaramujero, el espino granillero y otro espino que es el que da las endrinas. No hay muchos de esta clase pero sí se dan algunos. Zamarrilla, hay de tres clases: la zamarrilla negra que es la más fina para toda clase de ganao, luego está la zamarrilla blanca que ya es menos buena y ya hay otra zamarrilla que le dicen zamarrilla follona que eso es que no vale pa na. Cuando se la comen los animales, es porque ya no tienen otra cosa pero no es buen pasto. Sólo se cría en los terrenos más flojos, arenosos y feos.

La retama negra se cría en los Campos. Por la Cabrilla, en el Renacuajo hay mucha retama de esta buena y en las laderas del Cerro del las Empanás. Esta retama es buena para los animales, porque cuando nieva, la buscan todos los

animales y se la comen. Pero la retama amarga, la borde que le decimos, esta se cría ya de don Domingo para abajo.

El chaparro mesto, se cría allí también. Nace pegao a los riscales y si fuera un árbol y diera madera, seguro que sería muy dura pero como es sólo una mata, no da madera ninguna. Sólo sirve para los animales. Para leña, sí sirve. Da una leña buena, lo que pasa es que muy poca.

- Animales por los Campos.

- Pues en el cortijo nuestro, aparte de los animales que ya hemos dicho de ovejas, cabras, marranos, mulos, burros, perros, gallinas y pavos, también teníamos un palomar grandioso. Más de cien palomas revoloteaban algunas veces por aquellos cortijos y riscales. Por el campo, había muchos conejos, liebres, perdices, cuervos, urracas y los buitres que todo el mundo conoce. Las víboras son muy abundantes y también los jabalíes. Los conejos, desde hace unos años para acá, están desapareciendo. Las libres se tumban en lo alto de la nieve y la terreñan. A los espinos, los roen por las partes bajas cuando no tienen otro alimento. Una vez cogí una yo. La vi achantada, la cogí y me la llevé a mi casa. Las perdices también van escaseando y esto tan poco sé por qué será. Pajarillos chicos, también había un montón, lo que pasa es que yo no me sé el nombre de todos.

De entre las aves pequeñas, las más abundantes son las codornices. Como tú sabes, estos pájaros vienen de fueran y se ve que aquellos campos les gusta mucho. Entre los Enamoraos y don Fernando hay una cañá que le decimos Hoya Honda. Vinieron por allí dos cazando y me preguntaron. Les dije:

- Tirad a los rastrojos esos que los segaron ayer.

Unas horas más tarde pasé por allí y las estaban contando. Mataron ciento diez codornices. A esos campos vienen muchos de Alicante y Murcianos.

- ¿Y los límites de los Campos?

- Pues pasando de don Domingo para arriba, ya son los Campos de Hernán Pelea, hasta la Cabrilla. De ahí para abajo hasta juntar con el coto nacional, el Campo del Espino, las Palomas y todo eso. Lo que cogen los campos es mucho terreno. Ya he dicho que vivir allí era muy penoso. Para mí y mis hermanos, no tanto porque nacimos algo más tarde pero en la fecha de mis padres, no había refugios. Por las tierras de aquellos campos, sólo había cuevas. Que como decían ellos, vivían medio año en Sierra Morena, debajo de un trapo, la tienda, y otro medio año en el campo debajo de un riscal. En covachos, cuevas y eso. Esa era la marcha que tenían.

Hoy ya se está desarrollando el mundo de otra forma y, gracias a Dios que así ha sido y que siga que esto no será malo. Y lo digo porque la gente que ahora se están criando, como mis hijas y de estas fechas para delante, yo no quisiera que vieran y menos, vivieran aquello. Es muy duro y con muchas carencias.

- ¿Y la fundación de Camarillas?

- Los fundadores fueron mis abuelos, Fernando y Brígida y mis tíos, que el mayor se llama Manuel, Mariano, José María, Miguel, Concepción, María Josefa, Dolores, que era mi madre, Pilar y Antonio, que murió en la guerra. En mi época, recuerdo que allí nos llegamos a juntar treinta y cinco personas, todos familiares. Nos criamos todos, casi parejos. Eramos dieciocho primos hermanos.

Éramos dieciocho más dieciséis matrimonios, había uno soltero, que eran quince, más los abuelos. Así que si sumamos, dieciocho y quince treinta y tres ¿no es eso?

- Sí que lo es.

- Y los abuelos, pues treinta y cinco personas nos juntábamos allí, cuando estábamos los del cortijo solos. Cuando venían las visitas, pues ya es incalculable. En ocasiones, como ya he dicho, aquello era una feria. En verano, aquello se podría decir que era una aldea. Y en otoño cuando iba la gente a sembrar, entre los pares de mulos y las personas que acudían, era una

pura feria. Y cuando era la recolección de la siega y la trilla, la misma cuenta. Aquello, gente para hacer un baile. Además, es que los hacíamos.

- ¿De qué baile te acuerdas?

- Del que más, fue un día que hicimos un baile en la casa de mi tío José María, por cierto, y había muchos pastores, muchos muleros y muchas hijas de los que venían de trabajar de las malezas esas, las Canalejas y los Centenares. Se juntó allí un follón de gente que pa qué. Y por si era poco, vino una bandá de gitanos que tapaban el sol. Entre ellos venía uno que era zopo y no es que supiera bailar bien pero hacía mucha gracia verlo bailando.

Y un cuñado de mi tía María Josefa, tenía una hija que le decían Adela que era más templá que el coco de una muchacha y de apañá, era regular pero de artista, era una cosa. Aquella no tenía penas a ninguna hora. Le dice su padre: "Adela, baila con el zopo". Y aquello nos sirvió de un rato divertido de verdad. Aquello, mearnos de risa, todos, viendo al zopo bailando con la Adela.

- ¿Y con qué música?

- Con una guitarra sin cuerdas. Dos o tres llevaba la guitarra y empalmá. Es que era una guitarra sin cuerdas de verdad.

Por cierto, era un gitano el músico y venga porrazos a la guitarra que estaba más estropeá que la cama un loco. Por decir que era una guitarra para que la gente bailara pero el único giro es la armonía que teníamos. Entre lo que cantaban, las palmas y lo que sonaba la guitarra, pues ya había bastante para hacer un baile. Con media arroba de vino y otra media de agua, hacían una bebida que le decían curva. Le echaban cuatro granos de graná y melón y una lata por cabeza. Se ponía la gente que bailaban solos.

¡Si hoy viviéramos así! Y lo digo porque por parte, envidio yo aquello. Por otras cosas, no. Por la mayoría, no porque ya he dicho que aquella vida era muy penosa pero que yo me acuerdo de cuando estábamos mis primos en el cortijo y uno que si por aquí y el otro que si por allí. Que si vamos a jugar que si vamos a coger garbanzos y nos decían: "Venga, que cuantos más cojáis ahora, menos quedan para mañana". Nos animaban de una manera que trabajábamos como burros pero aquello no nos cansaba. Así que decía que muchas de estas cosas, hoy las echo de menos y las envidio.

- Y en las tareas de la siega u otras ¿todos se ayudaban entre sí?
- Según como estuvieran porque a pesar de que había mucha armonía, mucho compañerismo y una fe mejor que la de hoy,

algunos estaban "picardeaos" y a lo mejor no. Pero lo más normal era que si había que trillar una parva, se enganchan en la era los pares de mulos que hubiera en el cortijo y a trillar. Dos o tres o cuatro pares de mulos, a trillar la parva de uno. Luego se amontonaba, se "ablentaba" y se encerraba la paja. Detrás de este, venía otro y así.
- ¿Y cómo pagaba el vecino?
- Pues nos daba las gracias, si se acordaba y sino, pues na. Cuando me tocara mí, ya vendría él a echarme una mano.

- Claro que le cae bien, al cortijo de Camarillas, que se le diga corazón.
- Yo sé por qué dices eso y te confirmo que tienes razón. Es por completo cierto que se sitúa en el mismo corazón de los Campos. Centrao por completo entre la Pinailla, la Loma de la Paja, el Campo del Espino, Pinar Negro, Rambla Seca, Cañá Rincón y Monterilla. El corazón de los Campos de Hernán Pelea, yo creo que le pertenece y, desde ahora se lo ponemos, a Camarillas. Está pero que muy céntrico.

Y ahora recuerdo que el otro día tracé un gran círculo sobre los Campos de Hernán Pelea. Un círculo en forma de la esfera de un reloj y dejé en el mismo centro, donde tienen el eje las agujas de este reloj, al cortijo de Camarillas. Puse la aguja mayor justo en lo Alto de los Campos y Cuevaparía.

Desde el cortijo a ese punto y en línea recta, salen justo cinco kilómetros ochocientos metros.

La hice girar en la misma dirección que lo hace de verdad en el reloj y llegamos a los Chiclanos y cinco kilómetros justo desde Camarillas. La moví un poco más y se paró sobre las cumbres de las Banderillas y cinco ochocientos kilómetros también en línea recta. Avanzó otro poco y al llegar al refugio del Espino, la distancia era de tres kilómetros. Algo más adelante se paró sobre el pico de las Palomas desde donde y, hasta Camarillas, hay una distancia de sólo cuatro kilómetros.

Más adelante paré de nuevo mi aguja del reloj y ahora sobre el Picón del Galayo, que en línea recta, está a siete kilómetros del cortijo. En don Domingo la detuve otra vez y vi que la distancia era de seis kilómetros. Algo más adelante se detuvo justo sobre el pino Galapán y al mirar rectamente tenía cuatro kilómetros y medio desde el cortijo. Más adelante y para arriba porque ahora vamos subiendo, se detuvo encima del cortijo de Cañá Lamienta, desde donde a Camarillas hay seis kilómetros. Y por último, este reloj mío imaginario y su aguja mayor, se detuvo sobre el refugio de Monterilla. Miré y vi que en línea recta tenía cuatro kilómetros ochocientos metros hasta Camarillas.

Y claro que este juego y reflexión lo ideé para averiguar si Camarillas se merece o no el título de corazón de los Campos. Comprobé que sí, aunque le falte un poco, y esto me gustó. Y digo que le falta un poco, porque no se ajusta a la realidad con exactitud y menos si echamos manos a los mapas u otros papeles. Pero como esto mío arranca desde el corazón, tengo otro motivo válido y limpio, aunque se me quede escasa la realidad material.

Y además, descubrí que todo el Calar de Camarillas, la gran loma rocosa que rodea al cortijo por el lado norte, se encuentra sembrada de grandes picos. Siguiendo la aguja del reloj y empezando por los Chiclanos, el Calar de Cañá Rincón, Calar de Camarillas y paramos en las Palomas, centro del tercer calar con el nombre de Calar de las Palomas, tenemos veinte picos seguidos con una altura que van desde 1815 a 1870 y termina en las Palomas que tiene 1964 metros.

Así que me di cuenta que los Campos, son como dos grandes llanuras partidas en su centro y a lo largo, desde el poniente al saliente, por una enorme cuerda rocosa: el gran calar de estos Campos que comienza con el nombre de Cuerda de la Nieve, los Chiclanos, Calar de Cañá Rincón, Calar de Camarillas y Calar de las Palomas. Esta cuerda sigue

y remata, su máxima altura, en las cumbres del Almorchón que tiene.

Y ahora vuelvo a él que continúa diciendo que:
- A parte de que ha sido un cortijo de los más importantes por esas tierras, de los que más riqueza han tenido, en Camarillas había unas labores muy buenas. Se ha sacado mucho pan de allí. La Loma de la Paja, es más pedregoso, el Campo del Espino, tiene de todo, Pinar Negro, no tiene de nada, porque sólo hay pinos y rastillos de esos allí. Las tierras del cortijo de Camarillas, son más y con mayor valor.

- Pero me estoy preguntando que ¿cómo sacabais de allí lo suficiente para vivir treinta y cinco personas?
- Pues sacábamos y nos sobraba. Nunca nos faltó y teníamos animales, comían las bestias, los marranos, las gallinas y hasta vacas que llegamos a tener alguna vez. Casi todos los años sacábamos unas doscientas fanega de grano.
- ¿Y esto daba para vivir todo el año treinta y cinco personas?
- Es que esta cantidad que te digo, era sólo en mi casa. Mis tíos podrían tener otro tanto. Los ocho hermanos tenían más o menos, la misma parte que mis padres.

- Aquello era, entonces, una mina.

- En aquellos tiempos, valía un capital muy grande. Hoy no vale nada porque han venido las cosas como han venido y ya se ha hundido aquello. Pero en aquellos tiempos, Camarillas, era una finca grande y buena. Nunca nosotros tuvimos que salir a decirle al molinero: "Oye, déjame una fanega de trigo que te la pago el año que viene". Nunca. Teníamos un par de bestias para labrar. Borricos y mulos que no paraban nada más que cuando los nevazos nos acorralaban.

En vida de mi abuelo, yo me acuerdo ver vacas nuestras. Eran vacas de carne. También tenía más de quinientas ovejas. Nosotros llegamos a tener hasta doscientas.

- ¿Y cuando llegaban las nieves?

- Algunos tíos míos, se iban por la parte de Murcia, Levante que se llamaba aquello, por la Sierra Carrasco y por toda esa parte, pues iban a invernal. Al centro de Sierra Morena, como valía más caro y no se podía pagar, porque es que así era, la gente iba menos. Aunque según, si pintaba bien el otoño, sí se iban a Sierra Morena pero sino, se estaban allí. Yo me acuerdo ver las vacas romper la nieve con los pechos.

- ¿Cómo fue que os vinierais de allí?

- Pues porque la vida fue cambiando. Nosotros empezamos a irnos a la mili y uno que si se iba una temporada a trabajar por ahí, porque le gustaba y invitaba al primo. Luego se decían:

“Esto no interesa porque es muy penoso. Por ahí se gana un dinero y aquí no lo juntamos nunca”. Poco a poco nos fuimos enfriando cada vez más hasta que nos vinimos de allí.

Es que los padres también se daban cuenta que la vida suya no podía seguir. De aquellos ocho hermanos nacieron otros hijos y claro, si se repartían las tierras, cada vez iban tocando a menos. Mi abuelo, fue solo y aunque tuvo muchos hijos, era mucha propiedad para pocas personas. Pero según corría el tiempo, estábamos más, para las misma propiedades. Cuando mis abuelos empezaron a hacer ocho partes de todo aquello ¿pues qué quedaba?

Después de la guerra, por allí hubo mucha gente que trabajaba sólo por la comida y poco más. Aunque mis abuelos, en esto también tuvieron una cosa buena. Las personas que trabajaban para ellos, no se diferenciaban en nada, de los dueños del cortijo. Se comía, se dormía y se estaba en la casa, todos por igual.

Recuerdo a un pastor, cuando nosotros nos criábamos, que estuvo allí dieciséis años. Eramos todavía chiquitinos y se bajaban mis padres a Santiago a lo que fuera y como ya hemos dicho, era un día bajar y otro subir, pues el hombre nos custodiaba a nosotros. Como si hubiera sido mi propio padre.

Preparaba la lumbre, nos hacía de comer, se iba con los animales y además del cuidado que tenía para con nosotros, llevaba para delante las faenas que tuviera encomendadas.

Si había un jamón empezado, cogía, si había tocino, lo mismo. Yo me acuerdo que aquel hombre tenía tres o cuatro hijos. Vivía sólo de lo que le daban en el cortijo de Camarillas. Me acuerdo que se comía el pan solo y todos los días guardaba un trocico de tocino. Porque cada mes, bajaba cuatro día a la "vestiura", a vestirse y tomarse un descanso. De todos los trocillos de tajá que guardaba, juntaba una bolsa y se la llevaba a sus hijos. Fíjate, el hombre se quitaba la comida para dársela a sus hijos. Iba con el zurrón que lo cogías y pesaba aquello, tú verás.

El echaba su merienda, cogía el trozo de tocino, jamón y de lo que fuera y se lo metía en el zurrón. Y luego iba y se juntaba a comer con cualquiera y sacaba su pan y tajá, como normalmente y a comer. Y si no había gente, sólo se comía el pan. El hombre esto lo hacía para no dejarnos mal a nosotros. Para que las otras personas no pudieran decir que nosotros éramos tacaños con él. Fíjate como el hombre pensaba y aunque se quedaba sin comer para llevarle algo a sus hijos, a nosotros, nos dejaba siempre con buena reputación.

Pero si había un jamón, un blanco, un chorizo o lo que fuera, allí no había puertas cerradas para nadie. Se colgaba, por ejemplo, un jamón en la despensa y hasta que quedaba, cortaba todo el que lo necesitaba. Lo mismo le cortaba el que era el dueño que el otro. No me acuerdo si fue mi tía María Josefa o a mi madre, no sé a quién fue, que, cuando al primer día que entró, al otro día por la mañana, le dijo: "Párteme usted el pan para la merienda". Y mi madre o mi tía, se lo dijo.

Y ella le contestó: "¡Ese cargo no me lo hecho yo! Ahí está y si luego te falta o sobra, no le tengas quejas a nadie. A parte que ese cargo no es mío. Tú echa lo que quieras y te administras en conciencia". Que estas cosas las cuentas por ahí y no se lo creen.

En lo que yo me acuerdo, que fue bastante después de la guerra, a un pastor le daban doce mil pesetas al año, dos pieles para antiparras, una borrega escogía y la "mantención". Luego él llevaba treinta o cuarenta ovejas que las costeaba el dueño. Cuando vendía los borregos, si eran treinta, eso cobraba. Y luego le sumamos a todo esto, cuatro días de vestiura por mes. Sólo iba a su casa una vez al mes a por ropa limpia y a descansar algo con su familia. Tenía ropa en el cortijo para cambiarse más a menudo.

- Y en el centro de los Campos ¿a dónde ibais a por leña?

- Muy lejos cogía. A Nava Noguera íbamos a por leña. A Cabeza Alta, por la Pinadilla y a Pinar Negro. Muchas veces, más de dos horas teníamos de camino. Y teníamos que coger para todo el año. En invierno yo no me acuerdo nada más que una vez que faltó la leña y había allí un sitio donde crecía un pino, ya casi seco. Entre este hombre que estamos mencionando y mis tíos, lo cortaron y se lo trajeron a cuestas. No podían las bestias por la nieve.

Pero normalmente, no faltaba ni la leña ni la comida ni el calor dentro del cortijo. Aquello era como un hormiguero que en el buen tiempo, se tupia de todo y cuando los nevazos llegaban, dentro nos quedábamos sin problemas de ninguna clase. Y estábamos junto a los nuestros y en nuestras tierras. Entonces como no había para decir: "Pues me voy a tal sitio a echar unos días de trabajo", pues en el cortijo todo el año entero.

Era una obligación, cada uno de la casa, tenía su trabajo asignado. Uno se encargaba de las bestias, otro de la leña, otro de las ovejas, los marranos, la labranza... en fin, cada uno tenía asignada su tarea y claro, así cundía mucho el trabajo.

De lo que estamos hablando ahora, me gusta mucho. Todos los recuerdo que tengo de Camarillas, son agradables. De lo que más emoción yo sentí una vez, no se me olvidará nunca. Teníamos garbanzos en el piazo de la Risca de don Fernando. Mi padre, que en paz descanse y yo, fuimos a por dos cargas. Enmedio del camino, se nos cayó una burra, muy buena, que teníamos. Venía cargada de garbanzos y el animal, no podía o se le descompensó la carga y se vino al suelo.

Era ya de noche y no era cosa de dejar allí la carga. Entre los dos, mi padre y yo, la levantamos y la volvimos a cargar. Así que llegamos a la era y le quitamos la carga, pues aquello me orgulleció a mí. Me sentía orgulloso percibiendo que habíamos hecho una cosa buena.

- Ahora que hablamos de bestias ¿cómo se llaman los distintos equipajes que se les ponen?
- Pues es que tienen varios. Según la labor que se quiera hacer, así se les ponen unos ataharres y otros. Lo fundamental es el aparejo, para cosa de carga. Al aparejo se le puede acoplar un montón de cosas. Si se vas a sacar estiércol, pues hace falta un serón y ya está. Si es la recolección de la mies, se acarreaba a la era con unas amuges. A cargas con dieciséis o dieciocho haces que era lo normal. Son dos palos

que van atados de atrás y de alante, encima del aparejo. Se queda un palo a cada lado del aparejo. A esos palos se le ponen unas sogas, que son especiales para las amurres y ahí se coloca la carga. Es así como se hacía la recolección de la siega.

Para acarrear leña, si son troncos cortos, eran como unos ganchos que se llaman angarillas. No hay que engarzar la leña. Sólo ponerla en las angarillas y amarrarla con el cincho y ya está. Una soga de cincho, que se llama. Si no tenemos las angarillas, son dos sogas, una de lazo y otra de cincho. Esto es más o menos, para trabajos con aparejos.

Luego en la labor, pues está el ubio al que se le engancha o la vertedera o el arao. Tanto una cosa como la otra, va empalmao con un timón y unas vilortas. El timón va cogido a la camaleja del arao, que se llama y las vilortas son como especie de un tornillo. Se ponen dos vilortas, una atrás y la otra alante y así de esa forma se empalma el arao con el timón. Así que tenemos el ubio, las colleras, las uncieras, las llavijas, el barzón y más cosas.

El aparejo lleva, primero unas mantas, encima el aparejo, un ataharre y una cincha. La cincha es lo que cruza por la barriga de la bestia para amarrar bien el aparejo y que no se

desnude. Cuando se está arando, lo que se engancha en la garganta del arao, broza o raigambres, se limpia con una pieza que se llama gavilanes.

Como allí en el cortijo hemos tenido vacas, burros, mulos y de to, pues había un apero para las vacas, que no era el ubio que se usa con los mulos. Las vacas, en puesto de llevar el tiro en las cruces como los mulos, pues lo llevan en los cuernos. Iban muy revestía y quedaban bonica labrando con aquello. Llevaban una pieza en la frente que se llama frontil, hecho de rejo y aquello era una joya. Algunos hasta le ponían espejos y todo, para mirarse el vaquero. Pero cosa de artesanía de verdad. Y todo esto, pues ya se ha perdido.

Y además, como teníamos de toda clase de ganado, pues en el tiempo de vender los borregos, hacíamos queso. Había en el cortijo un cacharro para hacer queso que se llama entremiso. Tenía cuatro departamentos. Dos más pequeños para los quesos menores y los otros dos, para los quesos más grandes. Y aquello llevaba unas "acequias", se puede decir, tallado en carpintería pero hecho a capricho. Al queso se le quedaban las labores que tiene el entremiso, dibujá en las dos caras, porque le daban la vuelta y se quedaba aquello muy bonico y por los lados, se le quedaban los dibujos de las

pleitas. Aquellas piezas de quesos que hacía mi madre, salían que parecían de artesanía de verdad.

Vi yo un día el entremiso en la casa de este amigo mío. Me la enseñó y con mis propios ojos pude comprobar lo que es este artilugio. Una tabla rectangular de un poco más de un metro de larga por unos cuarenta centímetros de ancha. En una cara de esta tabla, a mano y con navaja casera tiene tallado el redondel de un queso. Dos grandes y dos más pequeños. Los grandes eran para quesos de dos kilos o más y lo menores para quesos de un kilo o menos. Estos círculos tienen muchos pequeños surquitos que parten desde el centro y salen hacia los lados. El centro está más elevado para que los surquitos que vienen hacia los bordes tengan su pequeña pendiente. Por ellos corre el suero que va soltando el queso ya recogido dentro de la pleita.

Desde cada uno de los cuatro círculos parte un surco mayor que recorre la tabla a todo lo largo y se sale de ella por uno de los extremos menores. Pero antes de derramarse fuera los cuatro surcos, de cada círculo sale uno, se juntan. Forman un surco mayor y ya sale fuera de la tabla. Por cada uno de estos surcos y luego por el que se forma de la unión de los cuatro corría el suero que iba saliendo del queso sobre el círculo y la pleita. Y al salir fuera de la tabla el surco mayor de

todos derramaba el suero en un cubo que ponían para recogerlo. Un artilugio muy extraño pero construido con mucho ingenio y lo más sencillo posible. Yo lo he visto con mis propios ojos y me quedé admirado tanto de la perfección con que está labrado como de la distribución de los círculos y surcos. En la casa de mis amigos he visto yo este artilugio y cuando me lo enseñaron les dije que lo guardaran con cariño porque es toda una pieza de arte. Algo que ya nadie hace por ningún sitio y por eso tiene un valor incalculable.

- Pero el queso que se hacía cuando teníamos en buen estado el cortijo de Camarillas, era sólo para las necesidades de la familia. No era para comerciar como por ejemplo hacen en la Mancha y esos sitios. Que ya lo hemos dicho: el queso se hacía al vender los corderos. Al día siguiente se ordeñaban las ovejas. En unos cubos y orzas de barro, que era lo más corriente. Que estos cacharros son muy útiles para añilar las aceitunas, los chorizos de las matanzas y otras cosas.

Eran unas orzas de barro que algunas tenían dos asas y otras cuatro. Cuando ya estaban ordeñadas las ovejas, se colaba la leche pero no con un colador sino con un trapo. Era con miras a que aquello no le entraran ni pelos ni otros piscos. Después de colada, llenas las orzas de leche, se ponían al lado

de la lumbre con su correspondiente cuajada. Que esto, ahora te digo lo que es.

Cuando nacen los corderos, lo primero que maman son los calostros. Una leche muy espesa que por lo visto tiene gran alimento. Si después de haber mamado este cordero pequeño, se muere o se mata por la circunstancia que sea, se le saca el estómago entero lleno de estos calostros. Se cuelga y se deja que se seque bien hasta que los calostros se ponen como la leche en polvo pero más apelmazados y duros. A este producto se le llama cuajo, que es lo que sirve para echárselo a la leche y que se cuaje para hacer el queso. Y como ves, se trata de un producto natural cien por cien y de un resultado excelente.

Se picaba en el mortero, con agua templá y según la cantidad de leche que hubiera, se le echaba de cuajo. Mi madre sí lo sabía hacer y nunca se equivocaba. Tenía fama para hacer el queso. Ella tenía unas normas que lo mismo le daba que hubiera siete cubos de leche que hubiera tres. Ella siempre sabía la cantidad y a ojo. Claro que depende de la cantidad que se le eche, el queso tiene un sabor u otro. Si le echa mucho, sabe a cuajo y ya no está bueno y si le echa poco, la leche no se cuaja bien. Tiene que ser lo justo y nada más.

Cuando ya tenía las orzas llenas de leche y con su cuajo correspondiente, las ponía a la par del fuego. Le daban vueltas y así que veían que estaba bien cuajada toda la leche, preparaban el entremiso, preparaban las pleitas que son de esparto y la leche cuajada, la iban echando en aquello. Con las manos iban apretando para que la cuajada soltara el suero hasta que veían que había un queso completo. Lo dejaban escurrir durante doce, quince o veinticuatro horas y ya le retiraban la pleita.

Cuando salía, pues era queso fresco y del bueno de verdad. Entonces se echaba en sal o se arreglaba al gusto de cada uno. A mi madre le gustaba más en aceite, porque cuando está rancio, que decimos que está rancio pero es que ya está curao, en aceite, tiene un sabor como un poco picante. A mi madre le gustaba mucho así.

La cantidad de queso que se hacía, dependía de los borregos que se vendiera. Unas veces eran cincuenta, otra cien y así. De cada diez litros de leche, salía como un kilo de queso. El suero que salía de hacer el queso, a las personas les gustaba mucho. Como antes había tanta gente por allí, unos de una forma y otros de otra, pues cuando hacíamos queso, mi madre los invitaba a todos. Veía a un pastor y le decía: "Oye, pues mira ve a tu compañero y le dices que se venga esta

noche que vamos a comer suero. Hemos hecho "cabaña" y tenemos en cantidad". Porque a esto de hacer el queso, nosotros siempre le hemos dicho cabaña.

Y venían muleros, pastores, escardaoras, garbanceros, venía... pues gente de toa. Y le dábamos una taza de aquello, cocido para que estuviera más bueno y las personas lo celebraban. Mi madre, casi siempre le echaba un poquito de cuajada y así alimentaba y estaba bueno de verdad. Así que el suero que salía de hacer el queso, no era perdío ni mucho menos. Lo celebrábamos nosotros y otras personas que nos lo agradecían.

- ¿Qué es el bálago?
- Una balaguera es un montón de paja de centeno. Porque la paja de este cereal, no valía. Y a parte de que no valía es que no se puede hacer para que se la coman los animales. Al trigo, se le echa el trillo pero al centeno, no. A este cereal se le echa las bestias y dar vueltas y lo "emenuzan" con las patas. Entonces, lo que íbamos buscando es que cuando sacábamos el centeno, pues trillarlo y la paja, tirarla. Que en puesto de ser paja, era muy larga. A esto le decíamos bálago.

Y aunque acabo de decir que lo tirábamos, no era así del todo. Como sabíamos que en los meses de las nieves, las

cosas se ponían feas, las cañas que dejaba el centeno después de trillarlo, sí que las guardábamos. Se ponían unos palos y en forma de almiar, las íbamos apilando allí. Por mucho que lloviera, el agua no calaba y así se conservaba bien. Esto se hacía más cuando mis abuelos tenían sus vacas.

Y las vacas, en esos meses duros de las nieves y los fríos, cuando no tenían comida de otra clase ni por ningún sitio, se alimentaban del bálago aquel. Es verdad que esto es muy malo. Se lo comen cuando tienen ya mucha hambre. Antes de morirse, se lo comen. Porque dice el refrán que ***de la mala leña un buen brazao*** *y es verdad. Pues aquello era malo pero como la necesidad obligaba tanto, se lo comían con gusto.*

El centeno, la semilla de las cañas del bálago, sólo servía para pienso. Se hacía harina y a los borregos cuando eran chicos, se lo echábamos. También a los marranos y a las vacas. Es bueno echárselo molío porque para las vacas es buena la harina de todas las clases. Pero para consumo humano, no valía el centeno. Las cañas de esta planta, también se usaban para hacer albardas, los aparejos que se les ponen a las bestias.

- ¿Por qué se da bien el centeno en las tierras de Camarillas?

- Yo creo que es por el clima que tiene el terreno, que es muy frío pero el caso es que sí se da bien este cultivo. En terreno cálido no se da el centeno. Es una planta muy salvaje. Tiene mucha fuerza en las raíces y parece que le gusta las tierras duras.

Estábamos trillando en agosto y ya se estaba sembrando el centeno. Verás si te explico: Muchas veces, en este mes de agosto y cuando menos lo esperábamos, se presentaba una tormenta. Entonces dejábamos las faenas de la era y nos íbamos a sembrar el centeno. El trigo se siembra más tardío. Si algunas semanas después caía un poco de lluvia, ya estaba la siembra garantizá. Entonces se aforrajaba. Los otoños que no venían muy temprano para las nieves, pues estas siembras se aprovechaban para el ganao. Casi siempre para las ovejas. Al llegar la primavera, se hacía bueno, maduraba, se secaba, lo segábamos, lo llevábamos a la era, se trillaba y se le sacaba el grano.

En Camarillas, que ya lo hemos dicho, estábamos siete u ocho familias. Cada una tenía una balaguera de aquellas. A la mejor se trillaban allí trescientas cargas de mies de centeno. La paja, el bálago que es su nombre, se tiraba, en el sentido de que no era tan buena ni se la daba tanta utilidad como a la

excelente paja que sale del trigo, que se la comen todos los animales y es un buen pienso.

- ¿Y alguna oración que te enseñaran los tuyos?
- Una muy bonica, dice así:

Jesucristo salió de caza
en un riquísimo día,
los galgos iban cansados
y la caza no salía.
Se encontró con un mal hombre
de mala fe y mala vida,
le preguntó que si había Dios
le dijo que Dios no había.

- ¡Calla hombre que sí hay Dios!
Y también Santa María,
que el que te va a dar la muerte
también te ha dado la vida.

A otro día por la mañana
la muerte a por él venía.
- Detente muerte espantosa
detente siquiera un día

que confiese mis pecados
y también las culpas mías.
- No me detengo una hora
que Jesucristo me envía
que te lleve a los infiernos,
a los más hondos que había. Amen.

La Navidad, en el cortijo de Camarillas, también estaba llena de encanto. Mayormente nos juntábamos los primos, porque mis padres y mis tíos, también se juntaban pero no era tan frecuente. Los chiquillos nos juntábamos y a pedir el agilando de casa en casa y luego nos parábamos en una de las viviendas, casi siempre en la de mi abuela, y allí celebrábamos lo que habíamos recogido. Unas veces nos daban una careta, un chorizo. Cada uno lo que quería y podía. Los pasábamos bien.

La cena de la Navidad, se intentaba mejorar todo lo posible pero quieras que no, estábamos en un cortijo y en aquellos campos y claro, allí ni había langostinos, ni bebidas ni cosas de las que se utilizan hoy. A lo mejor se mataba un borrego o un pollo. Mi madre hacía algunos dulces especiales. Hacía roscos fritos, que están muy buenos, manteaos, en el horno, galletas, tortas de manteca y arroz con leche que mi madre siempre le echaba miel.

Otra cosa que mi madre hacía pero en cualquier tiempo, eran los buñuelos. Es como un rosco pero con la masa como la de los churros. Tenía ella unos moldes de lata con los que cortaba la masa. Es como un caquirucho con un agujero en el centro que llenaban de masa. Lo metían en la sartén con el aceite caliente y él mismo se soltaba y salían, pues como especie de churros. Uno de los moldes se llama florero, para hacer flores en la Semana Santa y a lo otro, se le llama buñolero. Había por allí algunos ojalateros que lo hacían y los vendían.

Los reyes, pues allí era casi como otro día cualquiera. Si era casualidad que bajaran mis padres a Santiago, compraban algún juguete, dulce y otra tontería, y sino, pues na. Poníamos los alpargates en la ventana y a otro día, a lo mejor teníamos una onza de chocolate, una peseta de caramelos, que entraban diez a la peseta, turrón y poco más. Alguna galguería para los críos pero que era menos que ahora.

- Empezamos a despedir al cortijo de Camarillas pero antes vamos a poner la última pincelada. Si subimos desde el Barranco del Borbotón hacia el cortijo, a la derecha nos quedan un par de arroyos que no son muy grandes ¿Cómo se llama el primero?

- Ya lo hemos dicho, es el Vallejo de los Rompizos. Que nace no en todo lo alto del calar sino a media ladera.

El que nos queda a la izquierda, que es más largo y tiene luego varios ramales, nace en un sitio que le dicen la Torquilla. Baja por el Barranco del Buje, que es su nombre verdadero. Así que el arroyo tiene el mismo nombre: Barranco del Buje, que también lo hemos dicho ya. Se junta con el del Borbotón antes de llegar al Pocillo del tío León. Frente del cortijo hay un arroyo que le dicen el arroyo de las Lagunillas y más arriba hay otro, que le dicen el arroyo de las Casicas y ya la Rambla de don Fernando.

- Y nos despedimos.

- Pues de este cortijo donde yo nací, tengo para escribir una historia larga pero como esto ha sido casi como un sueño, por lo breve y pasajero, podemos situarnos por la cuestecilla que sube desde el Pocillo del tío León. Remontamos por el camino de la Cabrilla y tomamos el que va al cortijo de Camarillas. Pasa por una hoya donde hay un espino majoleto muy grande, sale a media falda por un morro que le decimos el Morro Carreras, que es muy chico pero bonico.

Y ya llegamos a lo alto de la era. Conforme llegamos a la izquierda, hay una era pequeña y unos pozos que hicimos para

darle agua a los animales y para regar las eras. Porque aquellas eras son de barro y había que regarlas y entamarlas. Crecen allí unos chopos y llegamos al cortijo. A la entrada, a mano izquierda, tenía su casa una tía mía, que estaba un poco separá del cortijo pero ya lo otro es como si fuera uno solo.

Al desemboque del camino, la primera puerta que hay allí, era la mía. La casa de mis padres. A mano izquierda había otro tío mío y ya a mano derecha, estaban el resto de mis tíos. Entramos a la casa principal, que era la de mis abuelos. Que ya hemos dicho, fueron los fundadores de Camarillas. Un poco a la derecha estaba la lumbre con el fuego encendido todo el invierno y parte de la primavera y otoño. Enfrente estaba la puerta del dormitorio, a mano izquierda, las escaleras para subir a la cámara y un poco a la izquierda también, la puerta de la cuadra y la cantarera debajo del hueco de las escaleras. Y así es el cortijo.

Las bestias entraban por la misma puerta del cortijo y las cuadras quedaban dentro. Era para tenerlas más defendías. Había gente que robaban bestias y así de este modo estaban más protegidas. Mulos es lo que más hemos tenido. Nosotros dormíamos arriba. En la cámara que mis padres tenían muy bien apañá. Eran como habitaciones, en aquellos tiempos, bien echas.

El pajar estaba en la misma vivienda de las bestias pero por encima. Con tablas y encimas, el pajar. Por detrás de las patas de las bestias, en un rincón hicimos una construcción que se le decía la pajera. Con su puerta y así no teníamos que subir al pajar para echar paja, nada más que cuando se acababa la que había en la pajera, echábamos más y duraba una semana o así.

Los graneros estaban en las cámaras. Bien hechos de tablas y madera. En el cortijo de Camarillas, había graneros que les cabía sesenta y hasta setenta fanegas de grano. Como se cosechaba de to, pues había muchos graneros y grandes. Al frente de la puerta de los cortijos, a las dos manos, teníamos cinco tinás que es donde se encerraban a las ovejas. Por detrás del cortijo también teníamos unos corrales, que así le decíamos nosotros, levantados de piedra y allí sembrábamos las patatas, el tabaco y otras cosas. El tabaco lo vendíamos pa hacer otras compras. Así que allí, como estás notando, le pegábamos a to.

Cuando llegaban los fríos, esto lo recuerdo con mucho cariño, al entrar al cortijo, muchas veces me encontraba a mi madre sentada frente a la lumbre tomando el calor de las llamas. Cuando teníamos algún rato libre, nosotros también nos sentábamos al calor de las ascuas. Pero como casi

siempre estábamos trabajando en el campo con los animales, pues era con menos frecuencia.

Conforme entrabas a su casa, mi abuela se sentaba en el rincón de la derecha. Siempre en el mismo sitio. Nunca se lo quitaba nadie. Hasta las personas que llegaban de fuera, le respetaban el sitio a mi abuela junto a la lumbre. Todo decíamos: "Este es el sitio de la abuela". La queríamos y como aquel rincón estaba más resguardado del frío y a ella le gustaba, pues nadie se le ocurría quitárselo.

Mi padre también tenía su rincón junto a la lumbre. A lo mejor llegábamos y si él no estaba, nos sentábamos en su silla pero en cuanto lo veíamos llegar, sin que nos dijera nada, nos levantábamos y le dejábamos su sitio. En la silla de mi padre a lo mejor nos sentábamos alguna vez pero en la de mi madre, nadie se apañaba sentado en ella. Así eran las cosas de antes y a nosotros nos salía de dentro sin crear ningún problema.

Y claro que ahora me digo yo que, de estas cosas y otras parecidas que no se recogen aquí y sólo las conocen ellos, le nace al Padre, la emoción que siempre le fluye, casi en forma de lágrimas, cuando ahora, por cualquier motivo, se pone a contar la vida que tiene clavada por el rincón del cortijo de

Camarillas. Así son las verdades y las personas y estas sierras y por eso siento y digo lo que digo.

La pista de tierra que por la derecha se aparta de la mía, remonta a la cumbre de una recia loma y por entre el collado de cuatro picos casi cortados con el mismo patrón, vuelca hacia el barranco de Cañá Lamienta. Dos picos grandes quedan a un lado y otros dos al otro y miden por encima de los mil ochocientos metros. Las curiosidades y cosas bonitas que presenta esta tierra aunque sea dura cuando se vive luchando en ella una vida entera.

Kilómetros cuarenta y seis quinientos. Y ahora ya baja. Desde los mil setecientos metros, que es casi la mitad de la ladera, se deja caer en busca de un nivel más corto y por supuesto, se aproxima al surco del arroyo que me acompaña por la izquierda. En la vertiente opuesta a la que recorro, veo la construcción de otra casa o tinada. Son las que correspondes al cortijo de la Juanfría. Desde la distancia parece como si tuviera abandonada y me digo que seguro no será así. Cualquier construcción para refugiarse y medio vivir en estos lugares, para los pastores, son palacios.

Recuerdo algunos nombres por estos rincones: la Cabeza, El Morro de la Enebriza, los Hoyos del Moreno, las

Fuentecillas, Estrecho del Toril, Cañá Lamienta, la Praera, El Banderín = Límite de la provincia de Jaén con Granada. La Cañá Huéscar = Viejo Camino a Huéscar. Los Rayones, los Cucones, la Tiná de las Enebrizas, la Fuente de la Zorra, el Covacho del Molinero, Collado Jardín, Loma Jardín, Hoya Gérica, Prao Flores, las Piedras Rojas, Majá Temprana, la Juanfría, la Umbría de la Juanfría, los cortijos de la Juanfría, Cuevas de don Domingo.

Por unos metros, la pista discurre casi por completo recta. Mucha retama y majuelos a los lados y también mucho pasto lo cual me extraña un poco. Da la sensación como si por estas tierras no pastara ganado porque de lo contrario, la hierba y el pasto, ni sería tanto ni alcanzaría la altura y espesor que tiene.

Por la izquierda y pegado al arroyo, descubro tierras labradas de un huertecillo y aparecen los álamos. Siguiendo el surco del arroyo que discurre sin agua, crecen. Cuarenta y siete doscientos y sigue descendiendo y acercándose al surco del arroyo. Descubro que toda la orilla está muy verde y los álamos se espesan por momentos.

Ya estoy en la parte más honda de este surco y por la izquierda, de pronto aparecen un par de árboles que a primera vista creo son tejos. Pero según avanzo cambio de opinión y

me digo que son pinsapos que en aquellos tiempos sembraron por aquí expresamente. Seis, siete, ocho... quizá muchos más y me escoltan por el lado izquierdo. Un nogal no muy grande y un fresno. Siguen los árboles que identifico como a pinsapos mientras me empiezo a decir que no voy a tardar mucho en encontrarme con el pino Galapán.

La hondonada del arroyo que voy recorriendo por el lado derecho avanzando en la dirección que corre el agua, se presenta reventando de verde pero por el surco no corre agua. Y me digo que es normal porque estamos en pleno verano y puede que también porque muchas de las corrientes de estos arroyos, se filtran por las grietas de las rocas calizas y corren bajo la tierra. Brotan en veneros muy caudalosos pero ya en las zonas más bajas de los barrancos.

Las retamas verdes y unas matas repletas de flores blancas, también muy verde. Comprendo que la vegetación por aquí tenga un ciclo más tardía que en otras partes de las sierras. Son zonas muy altas y por lo tanto, de temperaturas frías y bastante húmedas.

“Lo que te quería decir es que la retama borde, encanta mucho cuando florece porque es una planta bonita. Sus flores son amarillas y adornan el campo con primor pero esta planta,

no se la come ningún animal. Yo no sé qué enfermedades podrá curar, si es que cura algunas pero la planta es tan borde, que ni las bestias se la comen porque revientan”.

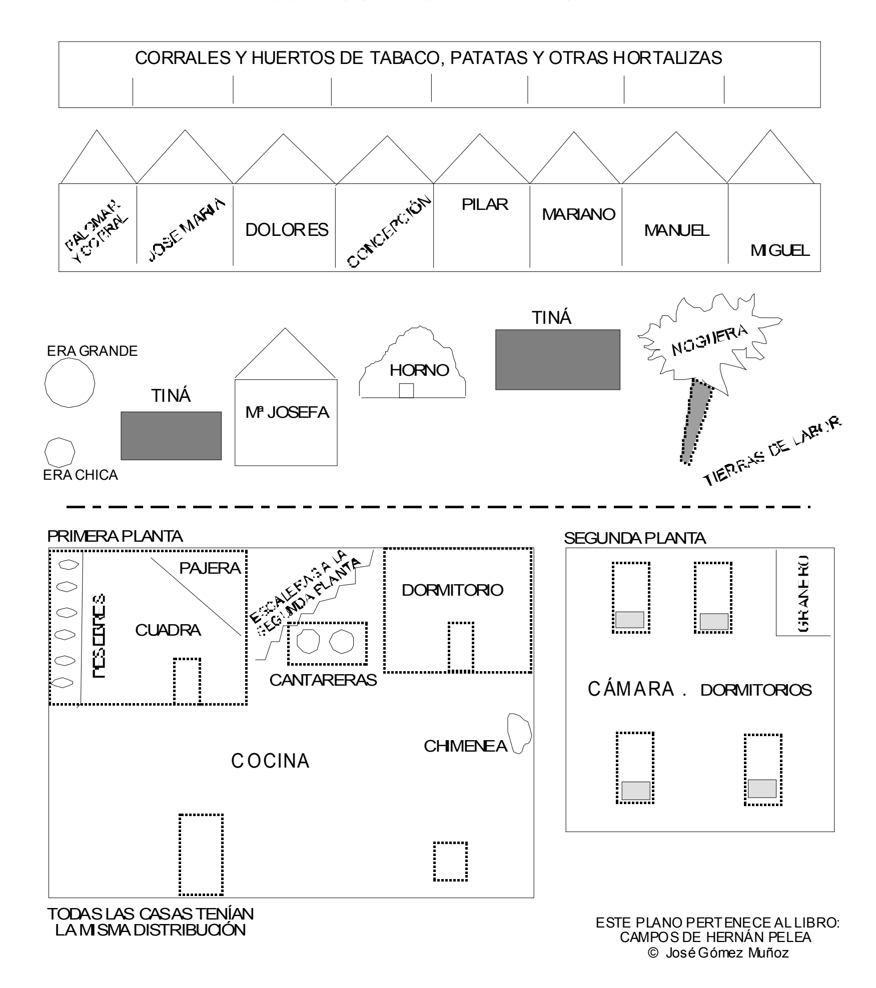
De nuevo me digo que por aquí no pastan ni ovejas ni cabras por la abundancia del pasto. Quizá esté reservado a los bosques de pinos. Ahora me digo que los árboles que he dicho eran pinsapos, no todos lo son. Algunos pertenecen al grupo de los alerces. Y el pino Galapán que aparecerá ya mismo. Uno algo similar y casi en el mismo surco del arroyo pero no es el gigante. Por la ladera donde crece el viejo pino, van apareciendo varios de la especie. Son laricios y algunos grandes y viejos a la vez que también atormentados por los vientos y las nieves.

La cañada ésta preciosa. Muy bonita pero no me explico por qué no permiten al ganado que paste por estas tierras tan buenas de alimento para ellos. Tienen tanto pasto que me digo que si por cualquier causa hubiera un incendio, todos los bosques arderían como la pólvora.

Por la derecha y arriba, me queda un pico de unos mil setecientos metros que lleva por nombre el Pinar. Es el último de una colección que han venido cayendo desde las cumbres que son limites con Granada y si los cuento, este llevaría el

número doce. Y vienen perdiendo altura desde el más elevado que roza los mil novecientos metros.

CORTIJO DE CAMARILLAS



Ya aparece por la izquierda la bella figura del pino Galapán. Es justo el kilómetro cuarenta y seis quinientos. Se agarra a la tierra en la misma hondonada del arroyo y no se encuentra solo. Por este lado de la izquierda, tres más se clavan en la torrentera y dos en el barranco. Uno que está

torcido y luego el Galapán que emerge de entre las retamas y se alza recto y bello por la limpieza de su tronco y la figura de su copa.

Y ciertamente que es muy grande este viejo gigante de la sierra pero tengo que decir que dentro de la extensión del parque natural, tengo vistos ejemplares muy señoriales. Por mencionar algunos diré que en la Cañada de las Fuentes, donde nace el Guadalquivir, más arriba, antes de Puerto Llano, el pino de las Cruces y en el mismo Puerto Llano, por el barranco del Guadalentín, por el Raso de la Puerta, en el río Borosa, por encima de la Cerrada de Elías, el pino de la Mala Mujer, en el Collado del Haza y cerca de Aguas Negras, por la Nava de Paulo y por Nava Noguera, por las laderas de los Poyos de la Mesa cerca de Vadillo, por el río Madera y por las laderas del Yelmo.

En fin, por muchos rincones de este parque natural, yo tengo descubiertos, abrazados y fotografiados, bastantes gigantes tan nobles o más que este que rozo ahora mismo y no es que lo quiera desmerecer. Con los robles, los tejos y las encinas, casi sucede lo mismo pero también estos ejemplares crecen en rincones muy poco accesibles y por lo tanto, casi nada conocidos y menos visitados.

De este pino Galapán también quiero yo ahora decir que oí hablar de él hace mucho tiempo, en el pueblo de Úbeda y siempre fue de boca de los muchachos y muchachas que, de estos pueblos o aldeas, estudian o estudiaban en el colegio de Safa. "Pues tienes que ir un día y conocer ese gran pino nuestro que se llama Galapán", es lo que siempre me decían.

- Por la zona son abundantes las ovejas, las cabras y las aldeas. También abundan los valles, las nieves blancas sobre las cumbres en invierno y por entre los pinos, los cortijos. Cuando tú vas por allí hay momentos en que puedes confundir la nieve con las ovejas y éstas con las casas por las laderas.

De entre todos estos pinos, el majestuoso, el que si lo ves una vez no lo olvidas jamás, se llama Galapán. En el mismo centro de la Rambla, en la parte de la solana, lleva viviendo más de 700 años, superando ya los 35 m. dirección a las nubes buscando el cielo y el volumen de su madera llena más de 38 m. cúbicos.

- ¿En el Cerezo es donde nació Paqui?
- No, ella nació en aquellos cortijos que se ven más arriba; los que están entre el bosque tan tapados, tan tapados que cualquier día de estos dejan de verse.

- Total, casi en el cielo y en el mismo centro del edén. Porque estoy viendo que lo rodean cinco picos que rozan los 1700 m. y el bosque chorrea por la ladera tan espeso que no cabe un árbol más.
- El Chaparral, le dicen al lugar o más concretamente, Casa del Chaparral. Como ves, por si faltaba algún pino, tenemos los chaparros, las encinas que tanto te gustan, que dan bellotas tan buenas para las ovejas y que son las más viejas, las más auténticas de estas sierras.

- Pero, entonces Muso ¿Qué es?
- Son por lo menos tres cosas: El cauce de un arroyo, un manantial con sus buenas pozas de agua y un rincón de ensueño donde en verano la gente va a bañarse.
- Es que por aquí no hay ningún arroyo que se llame así.
- No vendrá en los mapas pero nosotros lo llamamos Muso y está entre el Cerezo y Los Cañuelos, a la derecha según venimos del pino Galapán. Mira, ves, ahí, en lo hondo del barranco, junto a los álamos y la soledad. El día que vengas, vas a ver tú, belleza buena derramada por ese rincón. Y Recuerda: Se llama Muso, porque aunque no venga en tus mapas, por aquí todos lo conocemos por ese nombre.

Si el cielo empieza en la tierra y si Dios anda por entre los hombres, sentándose a sus mesas y compartiendo sus

alegrías y penas, desde hoy no pongo en duda que en el Valle de las Aldeas, ese hecho es real. Lo acabo de ver con mis propios ojos y palpar con mis manos y es como siempre he soñado y eternamente he intuido: Entre naturaleza. Donde los arroyos corren limpios, los corderos son sueños que retozan por las praderas, el viento es cosquilla que llena de gozo, las estrellas son el guiño amable del infinito y los bosques, la expresión amorosa de Dios para con la tierra y los hombres.

Por eso, tú no dejes nunca de venir y ver para que te convenzas de que este otro trozo de sierra es lo desconocido, Lo que llena por encima de todo y te deja la mejor de todas las sensaciones. Y como tanto me hablaban de él y me lo presentaban como lo más grandioso, un día vine y era también en verano.

Dicen que este pino Galapán tiene más de 400, que su tronco mide más de cinco metros de perímetro y que alcanza una altura de más de treinta y cinco metros. Dicen que este pino Galapán fue indultado cuando en aquellos lejanos años cortaban pinos por aquí y otros rincones de la sierra para la construcción de los barcos en Cádiz y Cartagena. Y dicen que este pino Galapán puede ser incluido en la lista de los árboles más singulares de la Península Ibérica. "Galapán", quiere decir que es un galán grande. Un pino que es todo un enorme galán

por se tan grandullón y hermoso. Galán muy aumentado y por eso le llaman **GALAPÁN**.

Sigo con la ruta que hoy me tienen por este rincón de la sierra y al mirar, veo que la ladera que sostiene al pino Galapán, es alargada, toda llena de retamas, muy pendiente porque es por donde baja la cañada que recorro y un surco que se ha hundido ahí. Las dos laderas son muy pendientes. Se muestran repletas de retamas.

Desde el surco del arroyo, comienzo a remontar hacia el lado sur. Es la loma que me ha venido quedando a la derecha. Me saluda un gran macizo de rocas blancas. Una pared construida por humanos donde hay un tubo para tomar agua en caso de incendios. Hay unos tornajos y sigue remontando. Los pinsapos y los alerces, siguen dando escolta al camino que recorro ahora por la izquierda. Y los pinos, en el otro lado, por las crestas de las lomas recortados y asombra por su belleza. Son laricios.

Ya me encuentro casi en todo lo alto de esta loma y entonces, la cañada, se ha juntado con la otra primera que traía antes y ahí se ha hundido. Eso es una ladera impresionante. Han sacado la pista por lo alto porque es mucho más fácil. Sigue viniéndose por completo para la derecha hacia

el macizo de la Sagra y remonta. Corona por entre muchos majuelos, espinos y un pastizal tremendo. Me sigo extrañando que por aquí no haya ovejas para que aprovechen estos pastos.

Al remontar, unas piedras muy bonitas y asoma la construcción de una casa o tinada. Por la tierra llana que le precede, un burro y un mulo comiendo en el prado. El pastizal es casi hierba todavía. Por la derecha, el barranco poblado de un gran bosque de pinos. En una curva, un pilar de cemento con su tubo y el chorro de agua. Voy atravesando el rincón que tiene por nombre Prado Flores.

Baja por el puntal, por donde se vuelve de nuevo buscando el surco de la rambla que acabo de recorrer. Hay ya unos hitos para señalar los kilómetros. Atravieso una bonita llanura por lo alto de esta loma y sigue asombrándome la abundancia del pasto. Hay también muchos pinos jóvenes. Esto salta a la vista aunque sea verano.

Gira ahora para la izquierda y vuelve a meterse en el barranco de la cañada cogiéndolo ahora mucho más abajo. Comienzo a ver el barranco, muy grande y muy abierto y con la misma vegetación. Pinos laricios, retamas y espinos. Kilómetro cincuenta trescientos. Va a cruza una vez más la rambla por un

puente bastante amplio y ahora descubro que a derecha e izquierda, salen unas pistas de tierra. La de la derecha es la que va y recorre todos los rincones que atrás mencione por el extenso rincón del Cuarto del Pinar. Profunda e inmensas hondonadas y cumbres por donde nacen un buen puñados de arroyos y hay algunas tinadas para el ganado.

El de la izquierda, remonta hacia el cortijo del Curtido y de la loma de la Paja para luego juntarse con otra pista que sube desde Don Domingo hacia Cañá la Cruz. La presencia del puente me anima un poco y es porque los paisajes comienzan a serme más familiares. Tiene sólo dos ojos y está muy bien construido. Por la rambla que me queda por la izquierda y que no tiene agua, es por donde se va la pista que decía.

Remonta y empiezo a tener conciencia de haber atravesado lo grandioso y para mí, hasta hoy desconocido. Me encuentro un hito que sostiene el kilómetro quince. Claro que es contando desde Santiago de la Espada, creo. El trozo de pista que ahora comienzo a recorrer, es también vereda de trashumancia. La rambla que queda en lo hondo y la en lo alto, otra vez vuelve a ser árido esto. Rocas blancas y nada de vegetación. Sólo un tapiz de pasto raquítico y muchos majuelos.

Kilómetro cincuenta y uno novecientos y ya termina de remontar. Parece como que volcara a otra rambla y sólo es una extensa llanura recogida entre la Rambla de los Cuartos, que he dejado atrás y el barranco del Cuervo, que atravesaré pronto. La pista enfila recta y al frente ya veo construcciones de casas. Es esta la primera aldea o la última que sube desde Santiago de la Espada. Don Domingo tiene por nombre y se levanta casi en el centro de una preciosa llanura y sobre una altura de casi mil quinientos metros. ¡Qué nevadas no caerán por aquí en los inviernos crudos!

Aquella tarde de verano, al pasar por las llanuras que rodean a las bonitas casa de esta aldea, nos paramos. El rebaño de oveja se desparramaba cubriendo todas tierras llanas y como la imagen nos pareció tan bonita, no pudimos resistir la tentación de recogerla en una foto. Y salió bonita. La tarde era muy calurosa y los pastores se arrancaban desde las casas hacia las tierras que toman las ovejas.

Por la izquierda la construcción de una casa que fue grande, seguro forestal y creo que ahora, hotel de montaña. Una instalación para curar el ganado y por la derecha, un bloque de álamos, la llanura y las primeras casas de la aldea. Kilómetros cincuenta y dos seiscientos y por la izquierda se aparta la pista que viene de Cañá la Cruz y nacimiento de

Fuente Segura. ¡Qué nevadas no caerán por estas tierras! Es lo que otra vez me repito y ahora recuerdo cuando aquel día le entré a este valle precisamente desde Cañá la Cruz.

Y Como tengo lleno el corazón, *en esta mañana especial que llega acorralándome contra el rincón del arroyuelo en tu sierra, se me viene al recuerdo aquella otra mañana que al pasar por la tinada de la derecha ya veo los llanos por donde se asientan las casas de la vega y se ve el barranco de la gran rambla y como por estas fechas es casi plena primavera, a pesar de la sequía, los campos están verdes y la hierbecilla brotada y los árboles ya se mecen repletos de hojas nuevas y como es un paisaje hermoso el que hoy presentan estos campos y como desde hace mucho tiempos estos lugares a mí me tienen fascinado, ahora estoy gozando intensamente.*

Y es por esto que, mientras vamos dejando atrás las partes altas de los montes de hoy, se me va quedando el alma en los paisajes que atravieso y los ojos en lo que va apareciendo a cada curva del camino.

- Parece un sueño.

- Y ahora que bajamos por aquí me acuerdo de lo que un día me contó mi padre.

- ¿Qué fue?

- Como tiene tan conocido, andando y vivido estos campos, lo sabe todo y recuerda hasta las imágenes de los sueños en las noches de estrellas aladas.

Así que hablando de cosas de estas sierras me contó un día que sobre aquel monte, donde el arroyo que corre en dirección sur se tropieza con el cerrillo y tiene que girar hacia el poniente, construyeron un chozo y justo en lo alto del cerrillo para desde ahí dominar bien tanto el barranco grande que da al río como la llanura que queda al frente y las laderas con paredes y arroyos incluidos, al lado norte.

Y me dijo que aquel chozo, construido de monte y palos de encinas, una vez levantado sobre el leve montículo, parecía todo un gran palacio a donde acudían casi todos los pastores de la sierra tanto a dormir por la noche para no quedarse a la intemperie como a charlar y compartir la comida durante el día.
- Tú tienes que venir y ver esa senda estrecha que baja por el arroyo.
Me decía.
- ¿Qué le pasa a la senda?
- Que es la más bella que nunca nadie haya trazado por ningún rincón del planeta. Baja desde la llanura del cortijo y en cuanto se aleja, se queda perdida por entre las zarzas y los durillos del arroyo y, de vez en cuando, se alza un poco sobre

la ladera para no tropezarse con los charcos y en cuanto avista el chozo, se deja ir directamente hacia él y cuando uno se encuentra en el rellano de la misma puerta del chozo, si mira a la senda y ve venir por ella a los otros pastores de las llanuras de los campos, se te llena el alma de gozo y de espanto.

- Pero, sendas y refugios para los pastores, hay muchos por las sierras.

- Pero como ésta, con su chozo al final, su arroyuelo ahí mismo y el bosque de encina en las llanuras, al frente, no hay otra en todo el mundo. Tú tendrías que venir y ver si es verdad o no lo que ahora yo te digo.

Esto y otras muchas cosas eran lo que mi padre me contaba del chozo del cerrillo con su senda, el arroyo y la llanura y desde aquellos días, no sé por qué, siempre sueño con el rincón y hasta me parece un puñado de tierra mágica que un día tendré que visitar y ahora que pasamos por aquí, me he acordado de él y no he podido perderme la ocasión de contarte lo que su recuerdo produce dentro de mi corazón.

Y rumiando en mi alma la presencia de este día entre ellos y en sus casas, voy yo en estos momentos y ya venimos rozando los paisajes de otra de las aldeas del valle cuando me dice su nombre y al mirar, la veo justamente al lado del arroyo

con el mismo nombre, a la izquierda de la dirección que llevamos.

- ¡Qué nombre más bonito y qué cerro más redondo!

Y también me dice cómo se llama y luego el del arroyo, el del río y el del charco.

- El que atravesamos no es todavía, que éste desemboca en la rambla, sino el siguiente y ¿y sabes lo que me pasa?

- ¿Qué es?

- Que al ver el arroyo me viene al recuerdo, la figura del pequeño cortijo construido ahí mismo, muy pegadito al cauce y donde casi lo bañaban las aguas y enfrente de la ladera de los pinos.

- ¿Qué tuvo, tiene o qué paso en el cortijillo?

- Sí tengo muy clavado en mi mente aquello que un día me contaron.

- ¿Y qué fue?

La gran nevada

- Que por la ladera que da al levante, aquella mañana pastaba el rebaño de cabras y en la tinada de la loma, se había quedado el pastor y como el ambiente por la mañana era algo frío y estaba nublado, en todo momento el hombre se estaba diciendo que tenía que ir en busca del rebaño. Y estaba él repitiéndose este deseo cuando por el otro collado de las carrascas, asomó no el rebaño sino una punta de cabras, unas

treinta que se habían separado del grueso del ganado y cogiendo el arroyo grande arriba, se vinieron luego para el otro arroyo de los álamos y después recorrieron la ladera para venir a salir al collado de las carrascas y cuando el pastor vio este pequeño grupo de animales, se quedó algo extrañado porque no hacía ni quince minutos que acababa de ver la totalidad del rebaño pastando por la otra ladera.

"¡Qué raro! ¿Cómo se habrán separado estos animales del conjunto de la manada y se han venido por este sito en tan poco tiempo? Se digo para sí realmente sorprendido al tiempo que le salía al encuentro. "Es como si hubiera ocurrido algo extraño porque sino, cómo puede explicarse este comportamiento tan anormal. Además ¿qué hago yo ahora?" Siguió diciéndose el hombre por momentos más lleno de dudas y su gran incertidumbre estaba en ¿qué hacía en aquel momento con aquella punta de cabras?

Pensó encerrarlas en la tinada y quedarse él también por allí en espera de que el resto de la manada llegara al caer la tarde y pensó esto porque era lo que habitualmente sucedía: cuando su rebaño se iba de careo por las laderas en que hoy se habían ido, lo que siempre sucedía era lo siguiente: los animales le entraban a la ladera por donde los dos arroyos se juntan y desde aquí se desparramaban llenando todo el monte

hasta que ya, cayendo la tarde, alcanzaban el final de la solana y al llegar a este punto y hora del día, sin que nadie los condujera, los animales se recogían hacia el lado del arroyo que baja por la umbría y todos ellos, perfectamente ordenados, se dirigen a la tinada y esto era así puntual desde la primera vez que el rebaño tomó la ladera y como lo sabe el pastor, ahora duda si quedarse en la tinada esperando a que al caer la tarde, la parte del rebaño que falta, regrese y mientras tanto, puede meter en el corral el piquete que ha llegado desorientado o dejarlo por ahí pastando mientras termina la faena de las cuatro cosas por hacer.

Parece que esto fue lo que aquel hombre pensó y decidió pero quedándose con en la duda de hacer lo contrario: coger y llevarse el pequeño piquete despistado hasta donde estaban las otras cabras y así de esto modo se aseguraba de dos cosas: ver qué había sucedido para aquel tan extraño comportamiento de los animales y que siguieran su pastoreo hasta el final del día y entre una cosa y otra estaba el hombre dudando cuando vio que la oscuridad del cielo, por las partes altas de la sierra, empezó a crecer y como si lo que asomara por allí fuera la misma oscuridad de la noche, sopló un poco el viento y aunque era época de frío, en aquel momento no parecía que fuera a nevar pero al ver esta oscuridad al hombre se le aclararon las ideas: " cogeré este grupo de cabras y

volveré a llevarlo a donde están las otras no sea que allí haya pasado algo y si me quedo aquí tan tranquilo a lo mejor luego más tarde no puedo remediar lo que ahora todavía sí", fue lo que de nuevo se dijo y enseguida se puso en acción.

Recogió a las cabras, las condujo hasta la sendilla y en cuanto terminó de remontar la pequeña ladera se encontró con el collado de las setas, porque así es como dicen que se llamó y creo que todavía se llama el collado donde un día estuve buscando setas con mi familia y vi que el lugar hace honor a su nombre y son como sombreros de grandes las setas que en esos terrenos se crían y como tú bien sabes, este tipo, también son únicas en el mundo.

- Yo no sé muy bien pero sé que las setas de cardo que por estas tierras crecen, son exquisitas como ningunas, porque las he comido en muchas ocasiones y casi siempre ha sido porque mis amigos los pastores me las han regalado y cuando llega el otoño, como ellos son tan generosos y de corazón tan grande, al menos a mí siempre me regalan buenas bolsas de estas setas porque saben que me gustan mucho y esto es una de las cosas que de las setas de tu tierra te puedo decir y la otra, es el pellizco que dentro de mí tengo ahí donde se me amontona tantos pellizcos.

- ¿A qué te refieres?

- Es que de las setas todavía no sé yo bien, ni su secreto para cogerlas, dónde crecen con mayor preferencia y cuales son las mejores.

- ¿Nunca las has visto por estos campos?

- Sólo en dos ocasiones pero más bien como lo hacen los torpes y yo sé que eso ni es bueno ni es serio y como te decía, tengo dentro de mí el resquemor de no haber gozado a fondo todavía el placer de echarme por los campos a buscar las setas, sintiéndome uno de vosotros entre vosotros, por eso os envidio tanto y por más verdades que te contaré otro día.

Porque es como si me sintiera frustrado, como si mi verdadera vocación hubiera sido la de andar por estas tierras como tu padre y otros pero en fin, de este asunto, que es mi secreto más hondo, ya no quiero hablar más y sigue tú con lo de aquel hombre y sus cabras.

- Voy a seguir, porque cuando el hombre llegó al collado de las setas, se echó barranco abajo y en diez minutos estuvo en la solana y quiso, en aquel momento, preguntarle a los animales qué había pasado pero claro, a las cabras ¿cómo les iba a preguntar? y, sin embargo, parece que no tardó en obtener la respuesta porque brilló un relámpago y a continuación estalló el trueno.

“¡Va! Será una tormenta como otras muchas”. Fue lo que se dijo y de inmediato empezó a buscar refugio y por las rocas blancas de la gran pared que se encuentran a mitad de la ladera, también se refugiaron las cabras y lo que parecía que en un principio iban a ser sólo unos relámpagos, unos truenos y unos cuantos chaparrones de poca monda, se convirtió en un auténtico diluvio donde caía la lluvia como si fueran cataratas que desde el cielo se hubieran desbordado y como las nubes eran tan espesas, se cerró por completo en una densa oscuridad. “¿Si ya es de noche con esta lluvia tan grande ¿cómo voy a irme de aquí con tantos barrancos, arroyos y monte como tengo por delante hasta llegar a la tinada y luego a mi cortijo donde me espera la familia?” Se dijo y tenía mucha razón porque era totalmente imposible moverse de aquel refugio y más imposible era todavía pensar en atravesar los campos para llegar hasta su cortijo.

Así que allí se quedó aguantando la lluvia mientras sentía como la ladera se iba convirtiendo en una pura cascada y los profundo barrancos en una densa tinieblas y no paró de llover en tres o cuatro horas seguidas y, además, torrencialmente pero cuando ya la noche estaba tocando su centro o así, paró un poco la lluvia y se calmó el viento aunque el frío siguió aumentando y empezó, entonces, a nevar con tal abundancia y copos tan grandes que en nada de rato, tanto la ladera como

los barrancos y las llanuras, quedaron por completo tapadas por la nieve y ¿tú has oído alguna ver hablar de las nevadas de estos campos?

- Sí que lo he oído y hasta me han cogido por aquí.

- ¿Y tú has odio decir lo que le ha ocurrido a mucha gente atravesando los campos en esos días de nevadas grandes?

- También lo he oído pero aquel hombre con sus cabras y con la nieve ¿cómo escapó?

- Pues casi no escapó pero escapó porque cuando amaneció al día siguiente el hombre vio que toda aquella ladera, el barranco, las otras laderas de enfrente y toda la gran sierra, estaba tapada por un amplio y grueso manto de nieve blanca y no pudo él ni siquiera saber dónde estaban sus cabras ni qué había sido de cada una ni tampoco, aunque lo hubiera sabido, podía hacer nada por ellas y lo único que pudo y, a duras penas, fue dejar el refugio, bajar hasta el arroyo que de tanta agua y tanta nieve, por ningún sitio podía cruzar pero por ese sentido de supervivencia y amor a la familia y a la tierra y a su cabras y a sus raíces y a su yo profundo y a la verdad eterna que tú sabes, es el Dios sincero de nuestras vidas y nuestras cosas, al final lo cruzó por unas rocas grandes en la parte más cerrada y cuando, casi todo deshecho, llegó al cortijo de su propiedad, ya si que no podía cruzar el arroyo que bañaba la vivienda y al intentarlo, se hundió en la misma nieve

que junto a la corriente se había amontonado y allí se quedó perdido ante las miradas de su familia y en la puerta de su humilde casa.

Así que fíjate: lo que empezó con aquel piquete de cabras que se separó del grueso de la manada, acabó con una de las nevadas más grandes que se han conocido en estas sierras y con la vida de uno de los serranos enamorados de su tierra, sus animales, sus caminos y su rincón y sus piedras y ahora dime tú, ¿esto no lo sabe Dios y lo tiene apuntado en el gran libro de las letras de oro y las verdades eternas?

Y en este camino que hoy llevamos rumbo a su aldea, ya estamos nosotros bajando la ladera norte del picón redondo y como por aquí todo lo que se ve, llena de gozo el espíritu y los ojos de verde, me dice:

- En cuanto terminemos de recorrer la ladera, vamos a caer a la hondonada que se forma entre el nacimiento del arroyo y la cabecera de ese otro afluente que se le engancha un poco más adelante y ya verás qué maravilla de arroyo ese trozo pequeño que desciende desde lo más alto. ¿Tú has oído hablar de la fuente de la piedra?

- Sí que he oído algo y hasta me parece que en una ocasión debí estar cerca.

- Pues nace esta fuente también un poco al norte del pico a una altura grande y de toda esa zona es de donde se le va juntando el agua que luego va recogiendo el arroyo. Por qué ¿tú has oído hablar de los charcos azules?

- Los charcos azules con reflejos de planta, son muchos en estas sierras y yo, de unos he oído hablar y de otros tengo referencias por mis propios ojos pero si te refieres a unos charcos azules concretos que tú conoces y yo no, quizá es la primera vez que oigo hablar de ellos.

- Seguro que sí, porque me estoy refiriendo a unos charcos azules concretos que aunque yo tampoco conozco, sí me han dicho que están por aquí.

- ¿Dónde de por aquí?

- Me parece que en el segundo barranco del segundo arroyo. ¿Ves ese pino clavado en la ladera del collado?

Y el pino que me indica sí que lo veo mientras ahora mismo llegamos a lo hondo del primer barranco, Se le ve clavado en la ladera verde del collado y desde lejos se parece al grande viejo y quizá no le llegue ni a la mitad pero se parece y resalta más aún por lo solitario y la tierra inclinada del collado en que ha venido a crecer. Por eso le digo que:

- Lo estoy viendo.

- Es un señor pino pero no es ahí donde yo quería quedarme sino al volcar ese collado, que no sé cómo se llama, aunque sí

me lo han dicho muchas veces, donde veremos los charcos azules.
- ¿Y si no los vemos, por las escasas lluvias de este año?

- Pues te diré que esos charcos son inmensos lagos de belleza y cuando los ves desde lo alto de este lado, lo que más te impresiona es su transparencia al mismo tiempo que sus tonos celeste, verdes y nieve y cae primero una gran corriente desde este ladera y antes de convertirse en charco, salta en una cascada, ni muy grande ni muy ancha pero sí lo suficiente para que al caer el agua, el charco todo se convierta en espuma con burbujas redonditas que parecen diminutos mundos flotantes que enseguida se deshace, tanto la espuma como las burbujas, y lo que de esa corriente resulta, es toda una fantasía viviente. Y es un charco grande, alargado para seguir el cauce que el arroyo ha horadado y al principio, como si fuera una playa de piedrecicas y después, una gran profundidad donde el agua se torna casi verde, por la profundidad, y luego otra vez playa que por la parte del arroyo se queda sólo en corriente donde el agua sigue bajando y por la parte de arriba, aparece la limitada llanura también de piedrecitas blancas y relucientes.

¡Qué maravilla de arroyo con un charco como ese que más parece un lago donde se remansa, no agua sino viento

mezclado con cielo y nieve! Una magia, de verdad, y más embrujo cuando en él tú ves los juegos que según me han dicho, jugaban los jóvenes los de aldea de enfrente.

- ¿Y qué juegos eran esos?

- Pues creo que se venían en pandillas y por la parte de arriba del charco ellos se organizaban, repitiendo una y otra vez y siempre, su aventura favorita de atravesar el charco, no nadando sino andando y desde la primera playa, uno detrás de otro, se iban andando adentrándose en las aguas y poco a poco quedaban sumergidos por completo en ella sin dejar de andar y paraban sólo cuando llegaban a la segunda playa y entonces ahí, unos a otros se felicitaban y mientras tanto, el resto del grupo, contemplaba la escena desde las rocas de la cascada de la primera playa y, según me han dicho, gozar de aquella escena era la visión más hermosa que jamás nunca nadie pueda contemplar en esta tierra del sol naciente.

Y así me va interpreta él la tierra y mientras nos vamos acercando no todavía a la aldea pero sí a las vegas, llanuras y laderas que la rodean, remontamos ahora la cuestecilla que nos presenta el collado del pino y como el árbol ya nos queda cerca, vemos que a su sombra descansan los tres pastores que se han juntado para comer en la hora de la siesta porque empieza a calentar el sol y las ovejas se recogen en la tinada de la derecha, junto a las rocas de la ladera o a la sombra de

las carrascas y es el momento en que los pastores se junta para charlar, comentar las cosas del ganado o para comer o estar cerca y los miro y es una singular estampa, en medio de la soledad y amplitud de los campos, ellos se buscan entre sí por la necesidad de hablar de algo, para darse compañía y porque al mismo tiempo se ayudan haciendo bueno tu presencia entre ellos, de pastor que apacienta a sus ovejas.

Remontamos el collado y como al otro lado se encuentra el barranco y en su centro el arroyo, casi nos hemos creído que de verdad, enseguida aquí vamos a ver ese hermoso paisaje de los charcos azules pero aunque al llegar a lo alto lo primero que vemos es este arroyo, los charcos no aparecen.

- Pues tendría que estar.

- Quizá no te dijeron la verdad.

- Si me la dijeron pero lo que puede haber pasado es que el arroyo se haya secado por la poca lluvia de estos años pero también puede haber pasado que lo que mis amigos me contaron fuera un sueño, un deseo de llevar a la belleza máxima la hermosura de estas sierras.

- Pero, aún así, yo creo que la verdad de esa fina elegancia, no merma en nada.

- Eso es lo que también creo y aunque el paisaje no exista en la dimensión de la materia, en otra dimensión y conteniendo toda su esencia, sí es verdad y se toca o casi se roza

plenamente como un borbotón de bellezas de estas sierras y en fin, que mi fantasía no es menos real porque ahora descubramos que aquí no hay ni charco ni arroyo ¿verdad?
- Y tan verdad.

Retomo el relato de la ruta de hoy diciendo que, una vez recorrida la pequeña llanura hacia la aldea, la pista se me presenta asfaltada. Hasta la aldea de Don Domingo, sí está con su asfalto. ¡Qué bien después de la sesión que acabo de tener! Son las tres menos diez de la tarde. Desde Rambla Seca hasta esta primera aldea, veinte kilómetros.

Aquí, pues una recta larga, enseguida. Una vaguada muy suavizada por donde atraviesan los postes de la luz, llena de hierba muy verde a un lado y otro. Por la derecha y arriba, un pino grande me saluda con su majestad. Un coche y ahí se encuentra las personas del retén para incendios.

Enseguida, nada más remontar el collado, al frente, las casas de otra aldea: el Patronato. Kilómetro cincuenta y tres setecientos y una desviación por la izquierda con un letrero que anuncia la aldea del Patronato a cero cinco kilómetros. Las casas de esta bonita aldea quedan recogidas entre dos preciosos cauces que bajan desde el Calar de las Palomas y el Picón Galayo y rozan los mil setecientos metros de altura.

Por las vaguadas que van bajando, se ven muchos majoletos verdes. Las casas de la aldea, quedan en una ladera y como aplastadas. Baja buscando la vaguada y enseguida un grupo de unos diez álamos reventado verdes justo por donde caen los surcos de los arroyos. Voy ahora metido por la vereda de trashumancia que desde los Campos, sale por esta parte de la sierra para ir recogiendo los rebaños.

- Las ovejas de estas sierras, ni son de la misma raza que pueblan las otras partes del país ni dan los mismos productos.
- ¿Por ejemplo?
- Quiero decir que nosotros, de ellas, sólo sacamos borregos. Su lana no es de la mejor calidad y en estos tiempos nadie la quiere. Y la poca leche que dan, sólo llega para alimentar a la cría que paren. No usamos ni la lana ni hacemos queso en estas sierras de Segura, donde las ovejas tienen denominación de origen.

Que claro, como antes hemos dicho, si en las tierras hubiera industrias, aquí se quedaría la riqueza.
- ¿Y qué industrias?
- Mataderos donde se transformara la materia prima que dan los borregos. Daría trabajo, beneficios y la riqueza, pues se quedaría en la misma tierra que la genera. ¿Me explico?

- ¡Pero claro...!
Es lo que estamos diciendo: que parece que lo único bueno, son las cosas que se inventan ahora y que los pastores nos las apañemos como podamos.

Un álamo solitario, ampuloso y muy abierto. Por la derecha y por la izquierda, otra gran vaguada y al remontar, la tierra arada. Tiene color negra, blanca y ceniza. Por la derecha me quedan las llanuras de Prado Molinero. Kilómetro cincuenta y cuatro novecientos y remonta un cerrete por donde a la derecha me queda una ladera sembrada y la sementera, pues dorada por completo. Ahora que lo advierto, por estas fechas y en otros lugares, están las sementeras segadas y aquí todavía bastante verdes.

Un álamo solitario antes de remontar del todo. Kilómetro cincuenta y cinco doscientos. El Picón del Galayo frente, muy bonito, la amplitud de la vega, una manada de ovejas acarradas debajo de una noguera y algunas comiendo, por la izquierda. Por este lado me va quedando un campo que parece que estuviera sembrado de girasoles y no lo son. Al fijarme bien descubro que son cardos que tienen sus flores del mismo color que los girasoles.

Baja hacia una vaguada muy amplia y al fondo se ve un grupo de álamos. Kilómetro cincuenta y seis seiscientos y por

la izquierda me va quedando ahora un sembrado que lo acaban de segar. Un tractor con su remolque cargado de alpacas de paja. Cruza otro arroyo, bajando primero y por la derecha queda una nave empalmada a otra parte de naves. Por la izquierda, amplitud de cañada tremenda con un bosque de álamos muy grandes. La rambla, seca.

Ahora ya se ve por aquí, a la derecha, la cañada con un corte grande de rocas y por su centro, la carretera encajada. A la izquierda un letrero que pone: “Arroyo de Venancia, cero cinco kilómetros” y me encuentro en el kilómetro cincuenta y siete cuatrocientos. Las casicas de Loma Gérica, están aquí mismo. Arriba el pico del Galayo. Otro letrero donde puedo leer: “El Cerezo, cero cinco kilómetros”. Miro por la izquierda y como esta aldea, preciosa ella, la conozco de los hijos de pastores que estudian en el colegio de Safa en Úbeda, me la encuentro aplastada en la hondonada de un arroyo que baja de la loma del Galayo y el Calar de Gila. Son esas las sierras del Almorchón.

Está la mañana limpia y por la ancha sierra, la luz del sol baña, vistiendo de transparencias, las hojas que en los frenos tiemblan y cada gota de rocío, junto con los mil chorrillos de agua, que mana de la dulce sierra.

Y está la madre con la niña, frente al valle, sentada sobre la piedra y desde ellas para el lado del sol de la mañana, las cabras comiendo su hierba, llenando plácidamente a la inclinada ladera y yendo de majoleto a majoleto, por los lentiscos y las hiedras.

Y la niña que es primavera y, todavía amapola acurrucada junto a la madre buena, al ver el panorama de sus cabras, la amable tierra, el collado tapizado de verde y el agua limpia que es esencia, pregunta:
- El azul del cielo que con las nubes juega ¿quién lo pintó tan bonito en este día que de nuevo llega?
Y la sencilla madre:
- La cara azul de este cielo y el cristal de la escarcha que en la cascada cuelga, es obra del artista que dio forma y puso antorchas en las estrellas.

Y la hija de la serrana, que es real princesa donde los ruiseñores cantan y los romeros cuelgan por las peñas:
- Madre ¿y lo de aquella pastora que tú me decías, nació vivió y en estas tierras?
Y la reina enamorada, no sólo del aire que respira y del corazón que a su lado sueña, sino hasta de la luz limpia que la mañana lleva, amorosamente habla y sin querer, enseña:

Una pastora en el campo
guardando las suyas cabras,
con el rosario en la mano
haciendo la vida santa.
Vio bajar una nube
de las cortes soberanas
enmedio de aquella nube
vio bajar a tres damas,
dos vestidas de morado
y otra vestida de blanca.

La niña como era joven
al suelo cayó turbada,
así que se desturbó
la Virgen le preguntaba:
- Dime divina pastora
¿de quién son aquellas cabras?
- Tuyas son Virgen María,
tuyas son Virgen Sagrada.
- ¿Tú me conoces a mí
que tan dulcemente me hablas?
- Sí la conozco señora,
que es la Reina Soberana.

La agarraron de la mano

a los cielos la levantan,
con pitos y clarinetes
y vallonetas y cajas.
El padre de la pastora
muy afligido en su casa:
- ¿Dónde estará mi pastora
que no viene con sus cabras?
Se oyó una voz del cielo:
- Pastor ahí tienes a tus cabras
que la divina pastora
en el cielo está coronada.

El que bien hace por Dios
ese mucho más alcanza, amen.

La carretera ahora baja por la ladera derecha de otra cañada que se va configurando hacia la gran vega de Santiago de la Espada. Es en estas tierras llanas donde se asientas un puñado de aldeas pequeñas pero todas preciosas y llenas de misterio. Algo más adelante se encuentra el nacimiento de Muso.

Esta cañada, pues mostrando una gran extensión de tierra llana, fértil, con muchos sembrados y los álamos dando compañía por ambos lados. A dar la curva, se ve El Cerezo,

por encima de los álamos y en las laderas del Galayo y es precioso. Un grupito de casas blancas que contrastan con el verde de las nogueras y otros árboles rodeándolas. Giro con la curva y vuelvo a ver otro puñado de casas más abajo del Cerezo. Son los Cañuelos.

Recuerdo yo ahora que las personas de estas aldeas tienen su lenguaje particular para definir el trasiego con la tierra y el ganado, el entorno por el que se mueven y los fenómenos de la meteorología. Muchos de sus refranes son preciosos, por la cultura y sabiduría que encierran y bastantes, yo los conozco porque me los fueron regalando unos y otros. Pongo algunos para deleite de aquellas personas que lean este librico.

La escarcha peluda a los tres días suda.
Por la cara se come el pan.
El Granaino las mueves, y el ábrego las llueve.
Si quieres saber quién es el hatero, errama el zaque.
Año de muchas piñas, año de muchas nieves.
Por San Marcos, el agua a charcos.
Si marzo ventea, abril aguanevea.
Día de Santa Lucia, mengua la noche y crece el día.
Cuando canta el cabellote en el hondo, lleváte el capote al
Cuando canta en lo alto, el capote en el garabato.
Mes de mayo, llave del año.

Abril frío, mucho pan y poco vino.
Año de heladas, año de parvas.
Agua de febrero, llena el granero.
Año de neblina, poca harina.
Por San Antón, los huevos a montón.
Tres días hay en el año que se llena bien la panza:
Jueves Santo, Nochebuena y el día de la matanza.
Al que carga primero no le faltan sogas.
El que no lleva rienda no se calienta.
Si quieres que tu mujer te quiera, ten dinero en la cartera.
El melón y la mujer son malos de comer.
Es como la guantá del gitano que ni sobra cara ni falta mano
Dos hijas y una madre, tres diablos para el padre.
Suegra, abogado y doctor, cuanto más lejos mejor.
Los amores entran riendo y salen llorando y gimiendo.

El domingo de Carnaval es la llave de la primavera. Y quiere decir que si llueve en este día, como la primavera principia en estos cuarenta días, ya está toda la cuarentena de lluvia. El día de la Virgen de agosto, te levantas por la mañana cuando esté recién bañado el sol y levantas una piedra. Si está mojada por debajo la piedra, es otoño temprano y si está seca, no. Otra cosa es que el veinticinco de enero, si amanece raso y sereno, es año garbancero. Que es año de sembrar garbanzos.

Las ovejas paren cada dos años, tres borregos. La gestación son cinco meses.

Eres más cansao que los pavillos chicos.
Es como el tío Chumarro, que no encontró mujer
fea ni vino agrio.
Miércoles de ceniza, qué triste viene,
con cuarenta y un día y siete viernes.
Borrico que no lleva tres ¿qué burro es?
Cuando la perdiz canta, nublado viene,
la mejor seña de agua es cuando llueve.
Año de nieves, año de bienes.
No por mucho madrugar, amanece más temprano.
Nunca es tarde si la dicha es buena.
Antes me muero que prestar dinero.
Del agua perdida, la mita recogida.
Agua pasada no mueve molino.
Cuando el borrico canta, si no es de día poco le falta.
A caballo viejo, poco forraje.
Más vale tarde que nunca.
Perro que mucho ladra poco muerde.
Ningún perro lamiendo engorda.
Si quieres ver a un gitano trabajar, mételo en el pajar.
Más vale un por si acaso, que un tal pensara.
A quién madruga Dios le ayuda.

Más vale un pájaro en mano que ciento volando.

Dime con quién andas y te diré de qué careces.

Ojos que no ven, tropezón que te pegas.

Si quieres vivir en paz, deja a tu mujer mandar.

Labra profundo y hecha basura

y no estudies libros de agricultura.

El capital de gitano, una vara, una manta

y un borrico bueno o malo.

En febrero se mea la vieja en el puchero.

A Dios rogando y con el mazo dando.

A palabras necias oídos sordos.

Nuca llueve como truena.

Azafrán de noche y candil de día, hacienda perdía.

Quien mucho duerme, poco vive

Lo que se corre no grana.

Al peor marrano, la mejor bellota.

A perro flaco, todo son pulgas.

A caballo regalaó no le mires el diente.

El sastre del Campillo cosía de barde y ponía el hilo.

No es malo el sastre que conoce el paño.

Más vale flaco en la mata que gordo en la barriga de la gata.

Quien mucho abarca poco aprieta.

De mala leña mucha cantidad.

Otro vendrá que bueno me hará.

Dios aprieta pero no ahoga.

Malo temprano y bueno tardío, temprano mío.
Viendo la choza se ve el melonero.
Trabajar en hierro frío, trabajo perdío.
Si hacen daños lo licores ¿pá qué los beben los doctores?
La mujer y la guitarra antes de usarla hay que templarla.
Tierra que ha de ser barbechada por junio será terciada.
Más vale un agua entre mayo y junio
que los bueyes, el carro y el yugo.

Fui al campo
corté un timón,
cortarlo pude
y rejarlo no. ¿Qué es? El pelo.

Todos los arroyos que vienen confluyendo hacia el grande, poblados por completo de álamos. Kilómetro cincuenta y ocho ochocientos y cruza otra vez la cañada que cae desde el Cerezo y a la izquierda, otro letrero que pone: “los Cañuelos”. Ahora ya baja paralelo al arroyo que se le ve poblado de álamos.

Por las cumbres que me van quedando a la izquierda, desde las Palomas y dirección a pico del Almorchón, se encuentran las elevaciones del Galayo con 1840 metro, la Piedra del Cuervo con 1833 metros y entre los dos y más

volcando a la parte de la aldea del Cerezo, el Molatón con 1663 metros. Entre este pico último y el Galayo, es donde se recoge la aldea del Cerezo y corren varios arroyuelos menores que más bien son ramblas secas casi todo el año excepto cuando las nubes descargan con fuerza.

Kilómetro cincuenta y nueve setecientos y la carretera discurre paralela al arroyo que se abre ampliamente con un cañico de agua por el centro y mucha arena y graba. Hace un momento que acabo de entrar por la curva de nivel que va entre los mil cuatrocientos a mil trescientos metros. Vengo bajando porque las aldeas que se recogen por los rincones de este valle, se alzan todas por las tierras mejores y más llanas. Arroyo de las Nogueras, creo que tiene por nombre el cauce que recorro y se forma de la reunión del arroyo del Cerezo, barranco del Castellón, arroyo del Cuervo y barranco de las Canales, todos por el lado izquierdo que es por donde quedan las cumbres.

Kilómetro cincuenta y cruzo otra rambla que me entra por la izquierda. Un espeso bosque de álamos lo arropa y por su centro, se desliza un endeble chorrillo de agua. Por las laderas que acaba de cortar esta rambla, se ve un barranco grande todo poblado de pinos. Por aquí mismo, sale una pista de tierra que va ganando altura y corona por entre el Picón del Galayo y

la Piedra del Cuervo para enganchar con otra pista que recorre Hoya Maranza hacia Cañá la Cruz.

Por la derecha veo una hebra de agua brincando por el surco del arroyo grande y voy atento porque de un momento a otro, espero encontrarme con el rincón que por aquí llaman Muso. Es un nacimiento grande donde las aguas subterráneas que vienen desde las cumbres de la izquierda, salen a flote. Es un rincón bonito y fresco donde, en verano, muchos acuden a bañarse.

Remonta ahora por entre unos álamos y si el Muso queda abajo, creo que sí y arropada por unos álamos y hacia donde baja una pista de tierra, ya lo dejo atrás. Por aquí cerca, en otros tiempos, hubo una tejera. Se hacían tejas y ahora, no. Me alejo del rincón porque mi rumbo va por otro camino. Tendría que haberme metido expresamente y llegar a verlo. Otra vez será porque el día de hoy no va a dar para tanto.

Pero recuerdo que me dijo: “Que en el Muso, no hay un sólo nacimiento como por ejemplo es el del río Segura. Si no que arriba, hay piedras de esas del río, muy lavá y por ahí no viene agua. Y ahora, bajas un poco por el arroyo, que es donde ya es el Muso, y empiezan a nacer fuentes. Por lo menos hay cinco o seis y más. Fuentes de aquellas que son pozas que no

están echas ni con máquinas ni con obra de cemento. Si no que con la mano, escarbas un poco así, haces el hoyo y ahí se forma la fuente.

Te vas más para allá, quitas otra miajilla de piedras y ya tienes otra fuente naciendo. Hay muchas pocillas que las hacemos por capricho o para beber. El que va por allí un día, se pone y hace una fuente. Un poco más abajo, ya sale más de un cuerpo de agua. Ese río, sí es ya el Muso casi pleno pero también lo es todo el tramo de las fuentecillas que hemos venido diciendo".

El día aquel, parecía el más bello de todos los días que se han paseado por estas sierras. Era por la mañana y al asomar por la senda, vi a las ovejas pastando por la solana de la derecha, el río cruzando por su centro y en la ribera, bajo los fresnos y en el chozo, a la madre con su hija y al perro con ellas.

Y así que me acerqué, le pregunté y me dijo:
- ¡Ven y verás!
Y la seguí pisando la hierba y al salir, frente vi el borbotón del agua cristalina manando de la tierra y luego al chorro saltando y al charco remansado entre las piedras. Y como me quedé sin palabras, sólo dije:

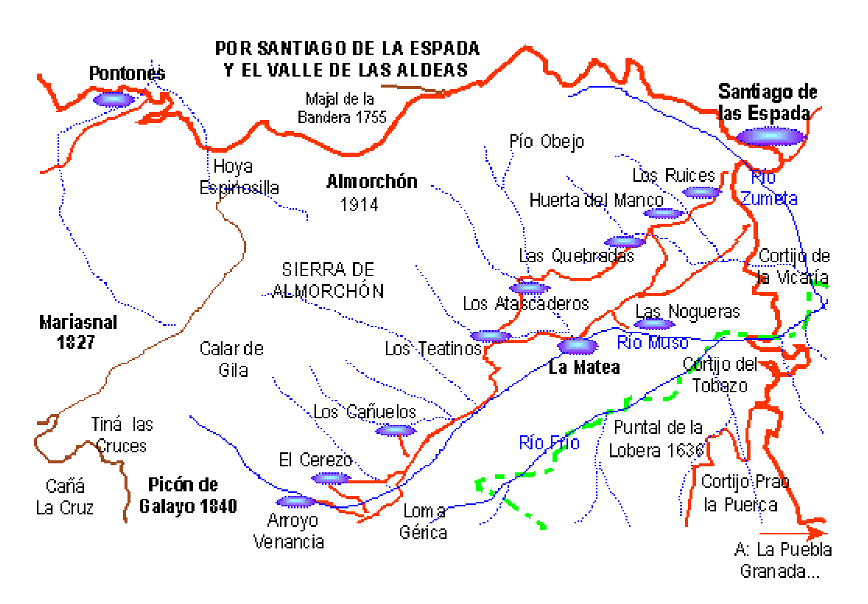
- Hermana bella, tanta agua y tan limpia y también fresca ¿de dónde viene y a dónde va y tú con ella?

Ha remontado por una ladera toda cubierta de carrasca y justo en el kilómetro cincuenta y uno cien, vuelca al barranco por donde al fondo veo la aldea de los Teatinos. Al frente me saluda toda la gran ladera sur que baja desde el Almorchón. Esto ya son tierras mucho más amplias, muchos almendros a un lado y otro, salteados con las encinas. Retamas, nogueras y algunos trozos de tierra en barbecho.

Al asomar a este morrete y quedarme frente la preciosa aldea de los Teatinos y los Atascaderos, se me viene al recuerdo el gozo de aquel lejano día. Unos amigos míos, ella nacida y criada en esta aldea de los Teatinos, un día vinieron de Algeciras a donde se fueron en busca de una mejor vida, volvieron. Me junté con ellos en Úbeda y al día siguiente nos vinimos por estas sierra. Ella quería recordar sus vivencias de niña y las que luego tuvo cuando ya fue mayor y la contrataron para hacer un inventario forestal por el monte de Navahondona, la Cabrilla y los Campos de Hernán Pelea.

Pues aquel día salimos de Úbeda, comimos en Vadillo, estuvimos por donde crecía el Pino que llamaban Abuelo de Cazorla y como era otoño, buscamos níscalos. Sólo dos o tres

encontramos por entre esos pinares de la Cuesta del Bazar y luego seguimos. Atravesamos la Nava de San Pedro, el



Collado Bermejo, Nava Noguera y en los tornajos de Rambla Seca nos paramos a comer. Era medio día y como el día se presentaba sin frío ninguno y con un buen sol, en la hierba que crecía junto a los tornajos estuvimos comiendo, haciendo algunas fotos y hasta charlando con un guarda forestal de Sierra Nevada.

Después seguimos porque ella quería llegar a su aldea de los Teatinos a ver a su familia y atravesamos todos los campos de Hernán Pelea por la pista que sube desde el pino Galapán. A cada metro se le deshacía el corazón y hasta se le saltaban las lágrimas al contacto con los paisajes que de pequeña había recorrido y amado. Cada pastor que veía con su rebaño de ovejas, decía que era su padre y luego no lo era. Pero la emoción le palpitaba y el amor por la tierra se le convertía en gozo y dolor. Cuando por fin remontamos el cerrete que un poco más atrás describía con la ruta que hoy traigo entre manos, ante nosotros apareció el mágico valle donde se alza su blanca aldea.

Como era otoño, la tarde ya caía y el campo estaba cubierto de espesa y verde hierba, nada más asomar por el cerrete se nos abrió antes nosotros un cuadro tan hermoso y mágico que nos dejó pasmados. Paramos el coche y durante un buen rato estuvimos mirando sin dar crédito a lo que veíamos. El gran valle que acoge a las aldeas de los Teatinos, los Atascaderos y la Matea, se presentaba salpicado de preciosas casas blancas. Por entre ellas, siguiendo los arroyos, los ribazos de los huertos y las laderas, se vestían con un gran bosque de álamos. Como era otoño, a los álamos se le estaban secando las hojas y como el sol de la tarde ya tenía

tonos oro, al dar sobre el amarillo de las hojas de los álamos, lo pintaba de un tono tan hermoso que parecía fuego acastañado.

Por las praderas relucía el verde de la hierba y sobre las cumbres resaltaba el oscuro verde de los pinares. Más al fondo y coronando o arropando, se alzaba el intenso azul del cielo que contrastaba con las densas sombras que las montañas iban proyectando hacia los barrancos.
- ¡Nunca había visto a mi tierra con un traje tan bonito!
Dijo ella mientras allí parados observábamos el hondo espectáculo.
- Es que tu tierra es tan hermosa que ni en sueño se encuentra paisajes que los superen.
Dijo él. Yo guarde silencio, saqué la máquina de fotos, hice varias fotos y después de gozarla unos instantes más, asombrado y borracho del esplendor que los ojos estaban captando, seguimos acercándonos a la aldea. Al entra por la primeras casa nos encontramos a su padre que volvía del campo y traía una carga de maíz para las ovejas paridas. La madre también estaba en la tarea de amamantar a los borregos y la hermana menor jugaba con las amigas por la puerta del colegio.

El encuentro fue de lo más emocionante y emotivo porque su familia ni la esperaban pero como ya he dicho atrás, la tarde

se nos presentó tan hermosa, todavía fue más especial. Al llegar a este punto, hoy he querido recordar la vivencia de aquel día porque me parece que tiene mucho valor. Al menos para mí y ellos, lo tiene de verdad y por eso la he dejado escrita en estas páginas. Es su mundo, su alma y su cultura y por eso cada matiz y trozo de terreno, vale como la totalidad de estas sierras.

El barranco o valle donde se alza la aldea de los Teatinos, ya he dicho que es amplio y de tierras buenas. Por eso motivo fue por aquí donde se concentraron varias aldeas junto a los manantiales de aguas puras y frescas que no dejan de brotar en cualquier rincón. La más grande de esas fuentes es la del Berral que se encuentra algo más abajo de los Teatinos.

Traza la carretera varias curvas bajando y por el kilómetro cincuenta y uno setecientos, ya rozo la aldea de los Teatinos. Me queda por el lado izquierdo y aunque tampoco paro, sí, en espíritu, me quedo enganchado por las casas blancas que me saludan. En este rincón sencillo y tan lejano, visto desde fuera, tengo a varias personas conocidas que aprecio hondamente. Me gustaría parar y saludarlos pero como decía antes, el día no da para tanto.   Desde aquí ahora los saludo y les digo que en otra ocasión vendré a estar junto a ellos.

Santa Lucía
mañana es tu día
subirás al cielo
con mucha alegría
y dirá José:
- ¿Qué mujer es esta
que ha cogido el tallo
de la oliva fresca?

Levanta José
y enciende candela
y verás lo que anda
por tu cabecera.
Son tres palomitas
del palomar
que ni alzan ni vuelan
al piel del altar.

Pero una de las muchas veces que de la aldea hemos hablado, la recuerdo ahora.

- ¿ Y qué tiene tu aldea?

Y la llena de armonía:

- Pues que aunque en la fachada se parece a cualquiera de las otras de este valle, por dentro, encierra lo único y hermoso entre tantas cosas en estas sierras mías.

Mi aldea, donde nacimos nosotras y, junto a los padres, tenemos el nido dulce que Dios tuvo a bien regalarnos, es pequeña porque se formó de la ilusión redonda de cada uno de los seis hermanos que aquí vivimos. Y por eso ella no tiene ni avenidas grandiosas ni farolas lujosas ni paseos ni parques con lagos y asientos de hierro. Sólo tiene, nueve calles corticas, un puñado de casas blancas entre viento limpio, largos días de hielo, nieve, mucho silencio entre casa y casa y en el rincón de cada una, las personas acurrucadas junto a la lumbre y frente a la lucha de las ovejas y el campo.

Pero mi aldea, todavía para nosotros cortijo, coronada de bosques y de un cielo que de tan azul parece misterio, se remonta en un cerrico, junto a los almendros y los huertos y aunque en invierno se queda casi sola porque los vecinos nos venimos a los colegios, a las aceitunas o a Sierra Morena, cuando llega la primavera y brota el verano, se llena de esencias a mejorana y, al caer las tardes, de perfume de ovejas y de sinfonías de corderillos. Por esto te decía que mi aldea, la pequeña y blanca, cual gota de rocío entre la hierba y casi en el centro del valle, no se parece a ninguna otra y lo que nosotros decimos es que tampoco hace falta ni lo echamos de menos.

Y la madre que está presente, aclara:

- Pero en nuestra aldea, otra cosa que a nosotros nos hacía mucha ilusión, a la gente joven, era que llegara el día de San Juan. Y lo digo porque era costumbre que, el muchacho que quería a una mujer, le pusiera un ramo de flores en la ventana por la noche. A la que no querían, por la causa que fuera, le ponían un majo de ajos cogidos del huerto.

Por la mañana temprano, se iba corriendo a por un cántaro de agua a la fuente porque decían que la primera que cogiera el agua, se llevaba toda la gracia. Era levantarnos y salir corriendo para que nadie te cogiera la delantera. Unas iban y otras venían y siempre se decían: " Yo ya te he ganado, ya me he llevado la gracia".

Por el mes de mayo, que estábamos deseando que llegara, nos juntábamos todos los jóvenes, las muchachas y los muchachos, y nos echábamos los mayos. Eso era una cosa que se escribían papelillos y a cada muchacha la ponían con un muchacho. Se le escribía un mensaje dentro y se le daba el papelillo. Lo abría y lo leía y a veces, el refrán, el verso o lo que fuera, salía clavado para la persona a la que se le mandaba. Uno por ejemplo, decía:

a quien le echamos de mayo,

por marido y por esposa,
le echaremos a la (nombre de ella)
que tiene cara de rosa.
Otro que era muy famoso decía:
Si tuvieras pretendientes
como flores un almendro,
ninguno te ha de querer
como yo te estoy queriendo.
No tan afortunado era el que decía:
Pa'el mejor marrano
la peor bellota.

- ¿Y en Santa Quiteria?

- Pues que ese día, los jóvenes se juntan y se van a comer a la Fuente del Berral. Es una costumbre que se tiene desde hace mucho tiempo. Porque esta fuente es para nosotros como un símbolo. Por eso los novios cuando se casan, casi todos van a la fuente para hacerse fotos.

- ¿Y los que llegaban de fuera?

- Me estaba refiriendo a los tiempos aquellos después de la guerra. Venían hombres que estaban cojos o mancos. Se paraban en las aldeas o los cortijos y contaban las cosas que habían ocurrido en las grandes ciudades. Casi siempre lo hacían el forma de romances o coplas y luego se les daba

algo. Así te enterabas de cosas que de otro modo no podías saber. Pues si yo me sé un romance que me lo aprendí de entonces y no se me olvida. ¿Lo digo?

Y la hija que está presente:
- Los romances también valen.

En la estación de Alicante
a un tren subió un militar
en un coche de segunda
que para su casa va.
Al ir a tomar asiento
el joven quedó mirando
a una señora muy guapa
que lleva un niño en sus brazos.
La señora se conmueve
y le dice con mucha gracia:
- ¿Me quiere coger al niño
mientras bajo a beber agua?
Se pasan tres estaciones
la señora no volvió
el militar con el niño:
- ¿Ahora qué voy a hacer yo?

Se queda mirando al niño

dice: “no viene tu madre”
ve que en la mano derecha
lleva colgada una llave.
Le coge la llave al niño
con ella abre una maleta
y envuelto en unos papeles
llevaba diez mil pesetas.
En los papeles decía:
“Procura al niño y críalo
y si le falta dinero
lo publiquen en el diario”.

Al llegar a la estación
donde todos lo esperaban
al verlo con aquel niño
la madre le preguntaba.
La novia se aproximó
diciéndole estas palabras:
- ¿Ese niño de quién es
tú me tienes engañada?

Desde la estación al pueblo
le cuenta lo que le pasa
cómo le dieron al niño
y el dinero que llevaba.

Preparan para la boda
enseguida se casaron
y se llevaron al niño
y con biberón lo criaron.

Ya que este fue mayorcito
lo meten en un taller
y lo colocan de chofer
que eran los deseos de él.
Ya que aprendió el oficio
este marchó a Barcelona
y se coloca de chofer
con una noble señora.
Ya lleva varios meses
sirviendo en aquella casa
y le hacían muchos regalos
por lo bien que se portaba.
Ya que un día la señora
lo ha llamado a su despacho
- Perdona mi atrevimiento
y mira como te hablo:
si tú te casas conmigo,
como yo no tengo a nadie,
todito mi capital
será para ti y tus padres.

- Señora si tendré madre
pero buena no será
que siendo yo pequeñito
me entregó a un militar.
Al oír estas palabras
ella al suelo se cayó
- ¿Cómo has venido a mis brazos
hijo de mi corazón?
Yo no fui una madre mala,
por eso dejé dinero
para que a ti te criaran.
Y a los que a ti te han criado
quiero pedirles perdón
y también darles las gracias
por este tan grande favor.

- ¿Y lo que me contaba de la Sagrada Familia?
La madre y la hija, reforzadas en momentos por el padre, dicen que:
- Esto es una costumbre que ni se sabe de cuando viene. Puede ser de cuatro o cinco generaciones para atrás o quizá más. No se sabe quién fue la primera persona que introdujo esta costumbre por las aldeas del valle de Santiago de la Espada. Ahora mismo hay imágenes de la Sagrada Familia en

las aldeas del Cerezo, Los Teatinos, La Matea, que hay dos, La Huerta del Manco y puede que en casi todas las otras aldeas y cortijos.

La costumbre es como sigue: cada noche, va a una casa. A otro día por la mañana, a otra. En la puerta de la hornacina donde se guarda la imagen, los vecinos le hemos puesto un papelico escrito donde se recuerda que hay que pasarla a las otras casas. Que no se puede quedar más de una noche. A mí cuando me toca cogerla de mi mesa y llevármela, me da cosa.

Cuando alguna vez acude el cura a la aldea para decir una misa por la causa que sea, se coge la Sagrada Familia y se lleva también a la misa. Si alguna persona se pone mala o se está muriendo, se le lleva la imagen y en su casa se deja más tiempo. Y lo que se dice es que, la persona que viene a traer a la Virgen a mi casa, al llegar, llama preguntando: "¿Hay posá para la Sagrada Familia?" y la que está abriendo su casa, le contesta: "Ancha y larga". Y ya pasa y la deja. Al recibirla, se le dice la siguiente oración:

A la Sagrada Familia,
que mi visita mi casa
le ofrezco mi corazón
mi vida potencia y alma.

Y para más agradarle
le pido con devoción,
a Jesús, José y María,
que nos dé su bendición.
Que nos dé su bendición
que nos dé su bendición.

En un rosario que se le reza a la Virgen, se reza también el Padre Nuestro y en cada estación, se repite lo de que nos dé su bendición. Otra costumbre que también tenemos en esta tierra nuestra y, creemos que no se da en ningún otro lado, es lo de la Cruz. En nuestra aldea, el día tres de mayo, se va haciendo desde el día primero de mes pero el primer día que se reza, es el tres. En una habitación, se despeja entera de muebles, se confecciona un altar, se ponen bancos o muchas sillas y los niños de la aldea, van llamando a las personas para que venga a rezar.

Esto que voy a contar ahora, también es un acontecimiento importante y muy bonico. Las chavalillas así como nosotras, vamos por todas las casas y nos dan los adornos más bonicos que tengan para que se le pongan a la cruz. Figuras, santos, flores para ponerlas y que adornen lo más posible. El altar, de las sábanas más bonitas que haya en la casa, se forra. La cruz se pone arriba del todo. Aun lado un palo y al lado contrario,

otro. Se confecciona un arco grande y se va forrando de flores. En las otras partes del altar, se van poniendo los otros adornos. En el altar mayor de la punta de arriba, es una cruz de flores.

Nosotras de pequeñas y ahora todavía y con las amigas, para llamar a la gente, lo hacíamos con almireces. Sin que nadie nos lo dijera decíamos: "Que a las cinco se reza y son las cinco menos diez". Cogíamos nuestros almireces, nos íbamos por la calle y tirrintintín, tirrintintín, tirrintintín. Haciendo ruido y diciendo: "Venga, que es la hora de rezar a la cruz". Las personas sabían que a esa hora era el rezo pero los niños pasamos haciendo ruido para recordárselo. Toda la gente, todos los vecinos, nos juntamos en la casa donde está la cruz, para rezar. Si alguna persona mayor o joven no sabe rezar el rosario, siempre hay quien se encarga de prestarle un librico para que lo aprenda.

Las tres costumbres más importantes que tenemos en la aldea son: la que hemos dicho de rezarle a la Sagrada familia, a la Cruz de mayo y la otra es para los difuntos. Cuando se muere una persona, al otro día se hace el entierro y desde el día siguiente, en la casa de los familiares, se junta la gente y durante nueve días, se reza el rosario. En las letanías en vez

de decir, ruega por nosotros, se dice, ruega por él. Y al final de la letanía siempre se dice:

María madre de gracia
madre de la misericordia
no desamparéis a su alma
hasta ponerla en la gloria.

Cuando no es rezo para pedir por un difunto, la oración que se le dice a la Virgen, aunque es muy parecido, cambia un poco. La oración que se dice el día de la Cruz, que es como un rosario, en cada estación se repite lo siguiente:

Alma mía
mantente fuerte
que por ti pasó
Nuestro Señor Jesucristo
pasión y muerte.
Por el puente del pelo
pasarás
al enemigo malo
te encontrarás
y dirás, "basta ya Satanás
que en mí, parte
no tendrás

porque el día de la Cruz
dije mil veces
Jesús, Jesús, Jesús".

- ¿Y la oración que enseñó la madre?
- Con la mano, se hace una señal de la cruz en la frente y se dice: Señor por mis pensamientos. Por mis palabras, y otra cruz en la boca. Por mis obras, en el pecho y luego ya una cruz más grande a la vez que se dice: "hoy en día te ofrezco todo mi trabajo" y si es por la noche, todo mi sueño. Esto me lo ha enseñado mi madre para antes de levantarme.

- Y pasando a otro tema: ¿qué es lo que sale de los membrillos?
- A eso le decimos nosotros licor de membrillo aunque lo único que tiene de alcohol es un poco de vino dulce. Se cogen membrillos, se cuecen, se cuela el agua, se tuesta una poca azúcar, se le echa al agua que ha salido de los membrillos, un poco de vino dulce y la bebida que sale de todo esto, está riquísima.

- ¿Y ya con esto terminamos con el repaso de las cosas en la aldea?
- ¡Que va! Quedan un montón de cosas bonicas que sería estupendo poderlas contar aquí pero como tenemos que

terminar, lo hacemos con lo de las fiestas y el becerro que compartimos entre todos los vecinos.

Verás como son las cosas: muchas personas de estas tierras, por unas realidades u otras, se tuvieron que ir a distintos lugares del país. Emigrar, es como se llama esto. Pero aunque por esas ciudades o pueblos, ahora tengan sus trabajos, casas y familias, cuando llega el mes de agosto, todo el que puede, vuelve. Y es que a lo largo de todo este mes, son casi todas las fiestas de las aldeas y pueblos de la sierra.

Todo agosto, fiestas que empiezan con las de Pontones, en los primeros días del mes y acaban con las de Santiago. Entre medias están las de Los Teatinos, Los Atascaderos, La Huerta del Manco. En cada aldea, por pequeña que sea, hay una fiesta. La de los Teatinos, está muy bien porque, a parte de Santiago y la de la Matea, es la única donde se corren vaquillas. Nos juntamos todos los vecinos y compramos un torillo pequeño. Es con el fin de reunirnos todos los vecinos y comérnoslo.

Pero antes de matarlo, por la tarde, lo sueltan en la plaza de la escuela y allí todos los niños y jóvenes, pues lo torean. Por la noche nos juntamos todos, invitamos a los que de las otras aldeas quieran venir y nos comemos el becerrillo. Si

viene gente, ya sea de la Matea, como de Santiago, están invitados. Se pone como una barra y se reparte la carne que hemos pagado los vecinos de los Teatinos pero que puede comer todo el mundo.

Mi madre y mi tía, se juntan con otras vecinas y hacen chocolate, compramos churros y por la noche, después del toro, bailamos un rato y luego, chocolate con churros o con migas, que también se hacen algunas veces, y a dormir todo el mundo. Unas fiestas corticas y sin mucho espectáculo pero íntimas y llenas de encanto porque convivimos, que es lo que pretendemos.

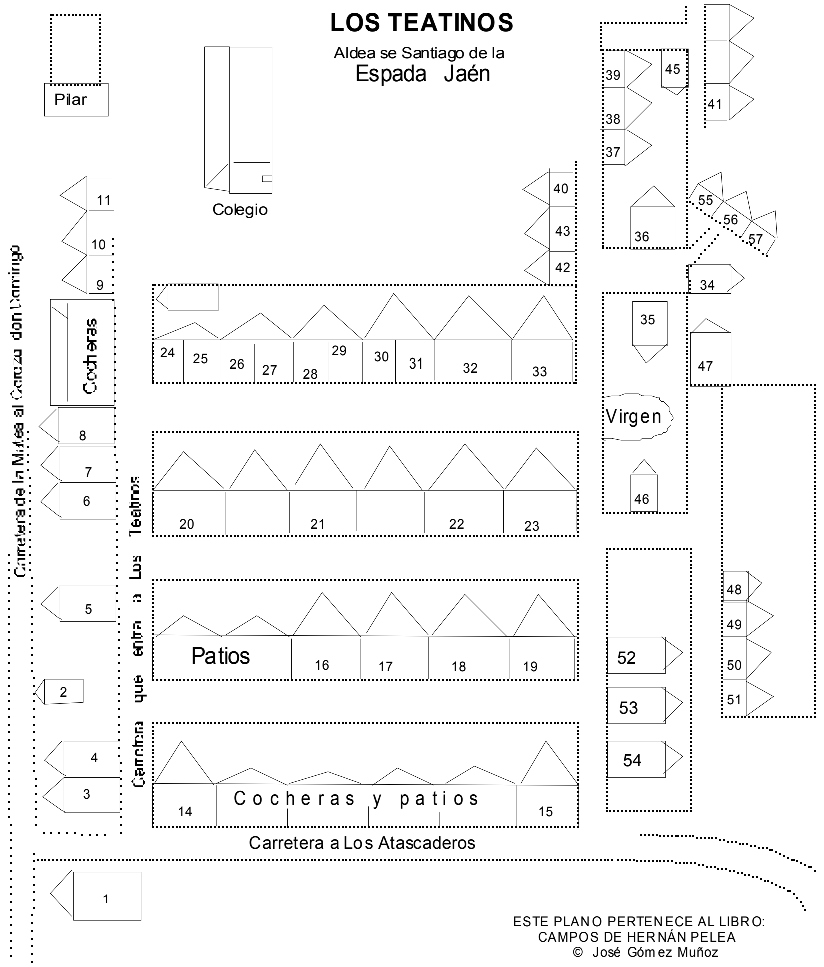
Ya guardan silencio sin haber terminado de expresar lo que desean y ahora caigo en la cuenta que de ellos, mis amigos de esta aldea, además de los mil panes redondos, amasados con sus manos y cocidos en su horno de leña, además de las setas de cardo cogidas por los campos un otoño detrás otro, además de las nueces, chorizos, calostros, chotos, manzanas y patatas criadas en sus huertos, también tengo como regalo, y por eso debo agradecerles, el sincero cariño y la pura sonrisa de sus limpias almas. Por estos rasgos y otros que no tienen nombre, sé que, ante Dios, son los mejores entre millones bajo el sol y, además, pastores por los campos de la soledad y los infinitos silenciosos.

Y claro que ahora, parece que es aquí donde encaja un trocico de escrito que guardo desde hace mucho. Lo pongo para que no se pierda y dice así: "Llevo mucho tiempo queriendo ir por esta parte de la sierra y de verdad lo deseo. Además, también deseo conocerla a fondo. De por aquí conozco a mucha gente y también sé que este rincón del parque natural es bellísimo. Las más hermosas tierras que puedas pisar cuando andes por las cumbres, ríos, arroyos, valles y prados de estas sierras.

Llevo mucho tiempo queriendo venir muy en serio por estos parajes que son de ensueño con tantas aldeas, tantos valles, tantas cumbres de muy buena categoría, tantos rebaños pastando en las llanuras y laderas, acarrados bajo los pinos y las alamedas en el mes de agosto, tantos hortales plantados de tan variada y exquisita hortaliza, cereales, perales, nogales, almendros y en fin; se me hace la boca agua pensar en tan buenos frutos madurados en la soledad de valles tan bellos, laderas tan pobladas de bosques y tan hermosamente coronadas de castellones rocosos y pinos que casi se pierden por las nubes dirección al azul del cielo.

Llevo mucho tiempo intentando venir por aquí y sin querer siempre se me escapa lo que a todo el mundo: "¡Está tan

lejos!" Frase que me propongo ya, desde ahora para siempre, no repetir más y ni siquiera aceptar esa idea. Lejos no está: los



que viven aquí, magnifica gente, de ninguna manera pueden pensar que esto está lejos. Viven y se mueven donde tienen que vivir y, además, donde para ellos se encuentran sus queridas tierras con sus tesoros y sus maravillas. Nunca más

volveré a repetir eso de: ¡Está tan lejos! Soy yo el que me encuentro en otro mundo.

El caso es que hoy he venido por estas tierras y de lo que veo estoy tan asombrado que ahora mismo ando hecho un lío. ¿Por dónde empiezo para contar tanta belleza, la amabilidad de la gente y la dulzura de paisajes tan llenos de matices? En cuanto por la carretera empiezo a bajar siguiendo la vertiente del Arroyo Zumeta, desde donde se comienza a divisar el Valle de las aldeas, hacia el pueblo de Santiago, el corazón me late. No me esperaba lo que mis ojos están viendo. Esto es otra cosa; mucho más grande a lo que siempre imaginé.

A mi derecha espaldas, va quedando el Gran pico de la sierra de Almorchón que tiene 1915 m. y poco a poco voy rodando por la falda meridional de otro gran cerro que se llama Los Puestos 1785 mide. En esta ladera, alzado sobre el Valle de las aldeas, surcado por el Zumeta, se aplasta el pueblo de Santiago. Entre la cumbre y el Valle como en un balcón de rocas y bosques, frente al sol del medio, del amanecer y atardecer y acariciado por el viento que por aquí nunca para. Frío, muy frío en invierno porque hay nieves casi perpetuas a lo largo de esos meses y, además, en todas las cumbres que le rodean.

En otoño, continuamente amenazado por las tormentas que suben por el Valle y las que descienden desde las partes altas. En verano, como en un ensueño de mil bocanadas de aire que viene desde lo hortales, majadas y arroyos. Pero en primavera, la maravilla: Todo el pueblo abrazado y besado continuamente por el perfume que sube del Valle y las esencias que descienden de los pinos. Praderas verdes que no se terminan nunca, arroyos limpios que resuenan y bañan, desde las cumbres, laderas y prados y sensación continúa de estar viviendo un sueño. En más de un momento no te puedes creer que sean reales paisajes como estos.

Pasamos Santiago y descendemos al Valle. La carretera que va a la Puebla de D. Fabrique y la otra, la que ya en el Valle, se viene hacia la ladera buscando el abrigo de cada una de las señoriales y bellas aldeas. Son muchas, pequeñas, blancas, recostadas al calor del gran pico Almorchón que es en realidad el que le da la vida puesto que desde sus cumbres y laderas descienden los arroyos y brotan los manantiales junto a cuyas aguas limpias se han formado y desarrollado este puñado- enjambre de aldeas de casitas blancas. Se me desborda el corazón porque ante tal cúmulo de vida humana con sus sueños, sus rebaños y sus huertas, uno no sabe orientarse.

Todo es grande, importante, bello, magníficamente bello y todo es tanto que se te hace difícil hablar de esto en primer lugar y de aquello en segundo, escoger esto y dejar aquello. Ellas, las aldeas, una y enseguida otra y otra y muchas más, su gente que te saluda, que sonríe, trabaja y juega y es bondadosa como los ríos que bajando de las cumbres, a lo largo de años les ha arrullado sin descanso, las huertas, los rebaños y el Valle por donde todo se desparrama armoniosamente arropado y vigilado por el señorial pico de Almorchón. Tantos paisajes y tan repletos, me tienen confundido.

Pero como el Almorchón está ahí, pétreo, silencioso, lleno de dignidad y cobijando en sus faldas a las aldeas. Ahora que lo veo me doy cuenta, descubro que ese monte, este valle, las casas que por aquí se desparraman y la gente que se mueve, respira y sueña, forman una sola unidad que de ninguna manera los unos sin los otros podrían existir. Me doy cuenta también de que no conozco mucho la cumbre más alta de esta sierra y por eso me digo que tengo que subir a él un día de estos.

Tú tendrías que venir y ver la cantidad de emoción y belleza refugiada en las laderas y valle sur de este pico. Tú tendrías que hacerte amigo de la gente que aquí vive e irte con

ellos por sus campos; porque tendrías tú que aprender sus cosas, su bondad, que aunque sus vidas andan talladas a golpes de luchas y esfuerzo duro, sus labios siempre sonríen con el reflejo de un alma limpia que forman y son parte de estos paisajes".

Ruedo por mi ruta y rozo las casas de la aldea de los Teatinos. Por la izquierda me queda una grande muy bonita. Cinco álamos por la derecha y ya desde aquí baja para la Matea, unas de las más grandes aldeas por este precioso valle. Desde los Teatinos sigue una estrecha carretera y llega hasta otra preciosa aldea algo más alejada y pegada a las laderas del Almorchón. Se llama Los Atascaderos. Por ahí pasa la vereda de trashumancia que venía acompañándome y que se me ha quedado por la derecha para rozar el nacimiento del Muso.

- Yo recuerdo, cuando aquello de la repoblación de los pinos, que al caer las tardes, de las laderas del Almorchón, regresaban los jóvenes. Hartos de trabajar todo el día plantando pinos pero se les veía con unos colores en las caras que daba gloria. Y más animaba cuando veías estos grupos de jóvenes, muchachas y muchachos, caminar en busca de la aldea de la Matea y cantando. ¡Qué gusto daba aquello! Y te

cuanto esto para decirte que aquella juventud sí que tenía alegría y estaba sana de verdad.

- ¿Trabajando todo el día en el campo y luego regresaban cantando?

- Pero no te creas que era durante un cuarto de hora, que a lo mejor se habían tirado tres horas de camino. Y esto, antes y después de la jornada. ¡Vaya!

Voy entrando en lo más llano de este valle y ahora recuerdo que por aquí cerca y lado izquierdo, es por donde mana la Fuente del Berral. Un caudaloso manantial que da agua a muchos huertos por este valle.

“La hija del pastor de la aldea se casó y cuando aquel día caía la tarde, se vino a la Fuente del Berral y bajo las ramas de los sauces, se hizo la foto de recuerdo. Y como la hija del pastor de la aldea, además de guapa, aquel día estaba hermosa por dentro y lleno de dicha en su corazón porque la ilusión le daba el mejor beso, en la foto que se hizo frente al manantial caudaloso, salió de ensueño y más por la sonrisa que mostraba ella y su cara adornada con las ramas del árbol viejo.

La hija guapa del pastor de la aldea,
aquel día se casó

y como todo para ella
estaba pintado de amor,
al caer la tarde,
se vino al gran venero de la Fuente del Berral
y junto a su limpio cristal,
una foto ella se echó
y así fue como quiso inmortalizar
el momento de aquel día tan bello,
cuando los trigales florecían
y la ilusión le daba su beso". (Boda de Mariana, hija de Félix de los Teatinos)

Kilómetro cincuenta y dos seiscientos y las primeras casa de la Matea. Más de dos bonitos recuerdos tengo de esta aldea. El primero se remonta a la noche de aquel año que por primera vez pasé por aquí.

Atravesamos los Campos, haciendo el mismo recorrido que yo hoy, y ni siquiera sabíamos por dónde nos movíamos y a dónde venimos a salir. Ya era noche cerrada cuando por las casas de esta aldea pasamos. Le preguntamos a un hombre que nos encontramos en la calle y nos dijo cómo se llamaba la aldea y que para regresar otra vez al pueblo de donde llegábamos, nos quedaban muchos kilómetros. Claro que regresamos pero cuando llegamos eran las tantas de la noche.

Desde aquel día, no olvido ni la emoción que vivimos ni el desorientado trance.

Otras de las veces que por esta aldea estuve, se registran entre las emociones de una boda. La hija de un amigo de los Teatinos, Félix, se casó y me pidió que le hiciera las fotos de la boda. Acepté y por eso aquel día viví una grata experiencia que no olvidaré jamás. Todo fue sencillo pero cargado de momentos bellos. Después, otras veces volví tanto por esta aldea como por las otras y de cada día, guardo una imagen tan deliciosa, que no quiero que se me borre nunca.

Ahora ruedo por las calles de la más grande de las aldeas de Santiago, por este valle y la emoción corre por mis venas. Unas casas de construcción nueva por la izquierda y al verlas, recuerdo que por aquí vive otra de las familias que conozco. Sus hijos estudian en la Safa de Úbeda y alguna vez he venido por sus casas y hasta les hice alguna foto.

Ahora recuerdo que en esta recogida aldea, entre otras cosas, se hace un delicioso vino que llaman de Pascua. La hermana Dulce, hermana de Pascual que es marido de la hermana Josefina y ésta hija del Pastor de Fuente Segura de Abajo, lo sabe hacer y le sale para relamerse.

En el cortijo de la Alhambra, cerca del pueblo de Canena que es donde la hermana Josefina tiene las ovejas en invierno, me invitó aquella noche y me supo tan bueno que ahora digo aquí que nunca yo antes había probado una bebida tan original y exquisita. Le pregunté y me dijo que la receta se empieza a preparar, como otras muchas cosas en estas sierras, en la noche de San Juan.

Por la Matea

Me dijo ella que:

- Se hace el día de San Juan y los ingredientes son: cuatro litros de vino tinto, dos kilos de azúcar y trece nueces pero verdes. Todo esto se mueve y se echa en una garrafa de cristal, se guarda en un sitio oscuro y se deja reposar desde el día veinticuatro de julio, San Juan, hasta el veinticuatro de diciembre y no se mueve hasta Nochebuena. De aquí para delante, te lo puedes beber y por eso se llama Vino de Pascua. Esto es tradición del pueblo que se viene haciendo desde tiempos lejanísimos. La Matea de Santiago de la Espada, Jaén. Si uno bebe de este vino no obtiene ningún beneficio porque no tiene ninguna virtud. Las nueces se han de coger del nogal, verdes y en la mañana de San Juan.

Por la derecha leo un letrero que dice: “Casa rural, próxima apertura”. Muchos coches y esto me indica que a lo mejor hay

alguna boda. Son las tres de la tarde, hace calor y las personas están en sus casas. Las viviendas me van quedando a un lado y otro. Por la izquierda álamos y ahora caigo en la cuenta que por la derecha, desde el nacimiento del Muso, llega una pista que al mismo tiempo es vereda de trashumancia. Se ha venido casi siguiendo el cauce del arroyo y por eso se ahorra las curvas que la carretera da a la vez que también acorta distancia.

La Matea se alza al pie de unas piedras. Pues en el Peñón Gordo, donde el cibanto, en otros tiempos, algunos estuvieron cavando. Decían que habían soñado un tesoro y que tenían que encontrarlo. Algunos nombres de los sitios de por aquí, son: la Tiná Nieves, por encima hay un morrete que se llama la Cueva de la Higuera, Majal de la Cueva de la Higuera, a otro le dicen Labradá, que se encuentra por encima de la Tiná Loncio, a un cenajo le dicen de Toribio, el nacimiento de royo Frío que está más abajo del Cenajo Toribio. El nacimiento del Muso no tiene nada que ver con el de royo Frío.

El nacimiento de royo Frío, pasa por Loma Gérica y va a salir por un riscal que es precioso de ver. Es un punto que visitan muchas personas pero tiene un camino malo. Se pasa pero está la cosa fea porque si te escapas aquel terreno es muy malo. Desde ese punto para abajo tenemos el Majal del

Félix, el Majal del Tamboril, la Tiná de la hermana Manuela, que está bajando para la Huelga de Miñarro, la Cerrá hermano Ortiga, la Tiná hermano Abuelo, la de la hermana Lidia, que se encuentra entre la de Nieves y Loncio.

- ¿Del molino te acuerdas tú?

- ¡Pues anda que no he ido veces a moler allí! Al lado había una aldeilla que le decían el Castillico. Junta casi con la Matea. De la fuente del Muso, salía un canal así desviao, tenía un salto y el molino, de una piedra, ya molía lo que fuera.

- ¿Cuántos molinos había?

- Los más potentes, eran el del río Zumeta, que estaba en el puente de la carretera. Al de la Matea le decían el Molino del Remendao, por mal nombre pero los primeros eran los Barreras. Este hombre se fue porque era de un pueblo que le dicen la Puebla de don Fadrique. En las Nogueras había otro, al de más abajo le decían el Molino Luis y uno más en las Cuevas, donde está el truchero, otro le decían el Molino de los Puñemas y los dos que había por la Tejera. El del Castillico no era muy grande. Una habitación o dos y la casa. Tenía un espacio donde estaban las piedras que molían. Allí soltabas las fanegas y te cobraban según. Este molino ahora está en ruinas. Ahora encierran allí unas cabras.

- ¿Cómo era la molienda?

- Pues los mismos dueños del molino, subían al cortijo de Camarillas, con una recua de borricos, recogían el trigo y volvían a subir con la harina. Eran los del molino de la Matea que está a cuatro o cinco horas de camino hasta Camarillas. Cobraban una maquila, que no era poco y así teníamos harina para todo el año. Nosotros molíamos todo de una vez. Cuando llegaban los fríos y las nieves, el cortijo estaba repleto de alimentos y leña. No había problemas por esta parte.

El trigo que se criaba en Camarilla, era del mejor, el que se llama candeal. Y la costumbre, como venimos diciendo, era que en cuanto, en el otoño se recogía la cosecha, de una sola vez, se molía todo el trigo y ya teníamos para el año entero. Nos parábamos por la nieve.

- ¿Había trigo para todo el año?

- En Camarilla, no faltaba nunca. Pero también había quien daba una oveja por una fanega de trigo, porque lo necesitaba. Y ahora cabe aquí decir que por aquellos tiempos, había tres cosas que tenían el mismo valor: una fanega de trigo, un borregillo de destete y una arroba de aceite. Por un lechón, se daba a cambio una fanega de grano. Una cordera también por una fanega de grano y así. Estas cosas estaban compaginá para que tuvieran más o menos el mismo valor.

- ¿Y el batán?

- Por detrás de la venta de la Matea, en el mismo castillico y por debajo del molino del Remendao, ahí era donde estaba el batán. Estuvo funcionando hasta la guerra o así. Después, poco o ná, habrá trabajado eso. En esta fábrica de aquellos tiempos, es donde se urdía la lana, que esto es hacerla cordoncillo. Y luego se hacían calcetines, abrigos, mantas y todas estas prendas. Pero en el cortijo de Camarillas, mi madre siempre estaba con el telar haciendo piezas para vestir y para las camas. Todavía guardamos una manta de aquellas. Una de las últimas que tejió mi madre y es de pura lana, a cuadros blancos y negros, de las ovejas negras, todavía la tenemos nosotros. Una prenda que hoy día es una pura joya. Pesa como el plomo pero abriga como ella sola.

La madre se levanta, entra a la habitación, coge su manta, sale y la extiende por el suelo diciendo:

- Aquí tienes una muestra de aquellas preciosas mantas. ¿Qué te parece?

Impresionado, miro, toco y vuelvo a mirar y como lo que antes mis ojos tengo me resulta tan sorprendente a la vez que hermoso por ser joya única en el mundo, digo:

- Necesitaba verla para convencerme de tanta belleza. ¿Por qué la guardáis con tanto cariño?

- Es una de las últimas mantas que mi madre confeccionó con aquel telar. En su memoria y por lo preciosa que es, la guardo.

Y otra vez más, en mi corazón me digo que hay que ver cuánta finura concentran las sencillas personas de estas tierras. Lo saben hacer casi todo con las materias más elementales y refinarlo con tanto gusto, que una cosa y otra, son joyas naturales. Una vez más se me asombra el alma y aprendo de ellos. La vida se les presentaba dura pero con su amor y sabiduría, bien que supieron cogerla de frente y hacerla gozo dentro de sus almas. Y le digo:

- Preciosa tu manta. Guárdala siempre para que, al menos entre vosotros, no se pierda lo que es tan bonico y de valor incalculable.

¿Recuerdas cómo se hacían estas mantas?

- Se llamaban mantas de cujón y era porque por un lado estaban cosidas. Para dormir, por ejemplo en el campo, pues te echabas un paño arriba y otro abajo, con los pies metidos en el cujón y aquello era lo más calentito del mundo. Yo no sé la medida que tenía que llevar pero era como un folio de grande, más o menos. Ellos sí la sabían exacta. La hacía en dos bandas y luego con una cinta, que mi madre sí sabía hacerla primorosamente, le plegaba los dos ribetes y ya salía la manta.

Una prenda preciosa de ver y buena de usar por lo mucho que abriga.

En el cortijo de Camarillas, por muy grandes que fueran los nevazos, ni pasábamos frío durante el día, por las buenas lumbres que teníamos ni durante la noche por las mantas de lana que mi madre nos hacía. Allí no se pasaba más necesidad que lo mucho que había que bregar para sacarla a la tierra lo que necesitábamos para vivir.

- ¿Dónde guardáis ese telar?
- Eso ya se ha “estrozao”. Venía de mi abuelo. En la casa que tenía cerca de los Teatinos, que es el Barranco de las Canales, ahí se ha perdido como otras tantas cosas bonicas en estas sierras nuestras. ¡Una pena, por lo menos para mí!
- ¿Y algunas de esas cosas bonicas?
- Por ejemplo, cuando en la Matea se celebraba un baile, los muchachos iban por las casas y donde había muchachas, les decían a los padres: “¿Quiere usted dejar a su hija que esta noche venga al baile?” y los padres les contestaban sí o no, según conveniera. Y aquellos bailes, ¡qué bonicos eran y que alegría! Pero ahora, con esto de las discotecas, las cosas son de otra manera.

Más álamos por todo el arroyuelo que me roza a la izquierda. Gira un poco y aquí está ya el núcleo de la aldea. Kilómetro sesenta y tres trescientos. La carretera no se mete mucho dentro de la aldea. Y ahora recuerdo que en la Matea, entre otros cantes, bailes, agarraos y sueltos, en aquellos tiempos, era típico el de la jota.

La jota quieren que baile
la jota yo no la sé
por darle gusto a mi amante
la jota yo bailaré.
Antiguamente eran dulces
todas las aguas del mar
se bañó una malagueña
y se volvieron salá.

San Antonio bendito
dame un marido
que ni fume tabaco
ni beba vino.

La carretera la roza por el lado del Almorchón, atraviesa un arroyuelo y gira para la derecha. Se quedan por ahí los huertos en forma de invernaderos y trozos de sementera segada. Una recta por la llanura que me acoge y una cosechadora

segando trigo. A pesar de todo, la Matea se encuentra casi a mil trescientos metros sobre el nivel del mar.

Por la izquierda, un trigal. Por la derecha me salen las casas de otra bonita aldea algo más pequeña. Las Nogueras, le llaman. Se remonta algo sobre una loma y pegando al cauce del arroyo Muso. Tres invernaderos, muchos sembrados de maíz, ajos, patatas, cebollas y trigo. Las patatas ya tienen su flor. También hay trozos de barbecho y otros sembrados de habas.

- Pues de los huertos, los surcos llenos de agua, los pimientos, las patatas y las personas por entre ellos, con sus azadas a cuestas y abriendo regueras para empapar la tierra, lo que tengo que decirte es que en verano, al caer las tardes, las mujeres se juntan y como todas quieren regar a un tiempo y con el mismo agua que mana de la fuente, entre ellas discuten diciendo:

- Que ahora me toca a mí.

- Pues yo tengo mis pimientos a punto de echar la flor.

- Pero todo el tiempo no puede ser el agua tuya.

- Si llevo sólo un rato pequeño.

Y así se pasan las tardes y luego siguen en la tarea de regar sus patatas, el panizo, sus habas y todas luchan en sus

huertos para sacarle a la tierra el fruto y llevar tomates buenos a la casa para, al caer la noche, juntos y en familia, comerlos. Pero los huertos, así como las matanzas y los lavaderos o pilares para lavar las prendas, más que nada, eran y son, centros de convivencia o reuniones sociales.

Los vecinos nos juntamos, sobre todo las madres y mientras hacen el trabajo, charlan y se cuentan las cosas que han ocurrido en las familias, en la aldea, los cortijos o en los pueblos. Por eso te decía que los huertos, además de patatas, pimientos y habichuelas, unidos a los días de la matanza y a los pilares para lavar la ropa, son centros de verdaderas reuniones sociales y en puro contacto con la naturaleza y las aguas de los veneros.

- Y en los tiempos antiguos, vuestras abuelas y abuelos ¿cómo se las apañaban para tener tomates incluso en pleno invierno?

- Pues se metían en botes de cristal, se cerraban y después de tenerlos un buen rato al baño maría, ya se preparaban y dejaban y así al llegar los inviernos, siempre tenían más que abundante comida de matanza y frutos secos, además de las patatas y las setas de los campos y el trigo en los graneros.

Kilómetro sesenta y cuatro quinientos y por la derecha me queda una salida con un letrero que dice: "Las Nogueras, cero cinco kilómetros". Por la izquierda alfalfa y sementera segada no hace mucho. Hay un buen llano, también por este lado, repleto de trigo a punto de ser cosechado. Más invernaderos con sus techos de plástico y se ven tablas de habicholillas, maíz y más sementeras pero verdes. Las tierras de esta fértil vega son buenas para las cosechas.

En la ladera y por la izquierda, se ven las casas de otra aldea. Las Quebradas es como se llama. Kilómetro sesenta y cinco trescientos. Ahora baja por aquí, con arroyuelo por el lado izquierdo y es por donde las tierras van sembradas por parejo. Parece no acabarse nunca este huerto por donde sigo viendo patatas, ajos, cebollas, habas y maíz. Los álamos no dejan de aparecer y entre ellos, las nogueras.

Gira un poco para la izquierda y al cruzar el arroyuelo, un gran invernadero techado con plástico. Por la derecha un espeso bosque de álamos. Sesenta y seis trescientos y sigue recta la carretera mientras ahora remonta un poco. Los sembrados acompañan por ambos lados sin interrumpirse y las cosechas preñadas de frutos.

Por la derecha me sale un panel con muchas indicaciones. Leo lo que sigue: “Las Nogueras, 2k. La Matea, 3k. Los Teatinos, 4,5k. Los Atascaderos, 5k. Los Cañuelos, 7k. El Cerezo, 9k. El Patronato, 13k. y don Domingo, 15k. A la Puebla de don Fadrique, 38k. Hotel restaurante Baños de la Matea, camino de Cazorla, kilómetro 35".

Es en el kilómetro sesenta y seiscientos, a la derecha, por donde se queda la carretera que desde Santiago de la Espada va a la Puebla de don Fadrique. Al llegar a ella, la calzada se ensancha y mojara el firme. Gira un poco para la izquierda y remonta ya buscando al pueblo de Santiago de la Espada. Por la derecha me queda un bosque grande de nogueras espesas y por la izquierda la ladera por donde se ven las casas ahora de la Huerta del Manco y los Ruices, más cerca de la carretera.

Más trozos de tierra sembrados de maíz y de patatas. Sesenta y siete trescientos y traza una curva para la derecha quedándome por el otro lado, un sembrado de manzanos que se han secado. Una señal de cruce de vacas, la carretera se prepara para atravesar un cauce que es el del río Zumeta que le entra por la izquierda desde las cumbres de los Helechares, final de la cuerda del Almorchón. Varias construcciones por la izquierda grandes y con apariencia de lujo.

Por la derecha, otras casas se embuten en el surco del río y la vegetación de álamos y nogueras. Cruzo el río y es el kilómetro sesenta y siente setecientos. Nogueras a un lado y otro y por el surco corre un buen cañico de agua. Desde este punto la carretera remonta, bastante empinada y buscando ya las casas del pueblo de Santiago.

Si miro para atrás, antes mis ojos, la enorme extensión de las tierras que forman la vega de las aldeas. Una visión muy bonita desde este punto y tan clara que es el mejor resumen de cuanto acabo de recorrer. Satisface al alma y entran ganas de agradecer hasta el cansancio.

Por la derecha, Santiago de la Espada, un letrero que indica la circunvalación, unas personas que por aquí pasean. Y como hoy no voy a pararme en este recogido pueblo, tampoco me detendré en dar mucha explicación del lugar. Sí digo que es un pueblo bonito, blanco y recostado sobre su ladera frente al río que lo arrulla por la vega y ya al filo de la provincia de Granada. Un libro entero tendría yo que escribir del lugar y además, con mucha profusión de historias y mensajes. Cuando pueda, si es que algún día puedo, me pondré y seguro que seré capaz.

Pero mientras tanto, ahora recuerdo, que aquella noche de invierno junto al fuego de la lumbre y reconfortados con su calor, el padre bueno me decía: “Fue después de la guerra. La fecha exacta no te la puedo precisar pero sí es cierto que unos de aquellos años, cayeron nevadas muy grandes. Como entonces no había tantos medios ni las comunicaciones eran como hoy, las personas de este pueblo, se quedaron aislados por completo. Y como las nieves no se quitaban y se acabaron los alimentos, vino una avioneta, que no sé cómo avisarían, y sobre el pueblo, dejó caer higos secos para que pudieran comer. Parece que las personas lo estaban pasando mal.

Y claro que esto lo digo, para que se sepa que en estos rincones siempre hemos tenido muchos problemas con la nieve, los caminos, las carreteras y otras comunicaciones. Las nieves castigan mucho por la altura del terreno y los paisajes de montaña, son muy complicados para el trazado de caminos. Y como da la casualidad que, además, somos límite con las tres provincias y, Andalucía más, pues las dificultades se acumulan”.

Rozo la estación de servicios por el lado derecho y ahora recuerdo que una vez, según cuentan los más ancianos, Franco vino a este pueblo. Había antes aquí una fábrica para tejer mantas y otras piezas y Franco vino a verla. Quiero decir que desde este pueblo de Santiago de la Espada sale una

carretera que en la dirección que corren las aguas del río Zumeta desciende por laderas y barrancos. Por ese lado la carretera lleva a varias aldeas y luego se pega al mismo cauce del río Zumeta. Pasa rozando el Embalse de la Vieja y unos kilómetros más abajo se junta con la carretera que ha bajado por el río Segura y el Embalse de Anchurica. Hago estas aclaraciones para decir que esta carretera es otra de las muchas posibilidades de rutas por estas sierras.

Continúo por la carretera y al mirar veo que voy rodando por el kilómetro sesenta y ocho ochocientos. Unos indicadores donde leo: a Cortijos Nuevos, sesenta kilómetros, a Puente Génave setenta y tres y a Santiago de la Espada, cero cinco. Otro indicador pone: "Atención, tramo en obras en dieciocho kilómetros". Es la salida después de la gasolinera y ya empieza a remontar.

Antes de alejarme de este bonito pueblo quiero recordar que las fiestas, se celebran en el mes de agosto, casi al final y en honor del Apóstol Santiago. Son tan bonicas que las calles se ponen atestadas de gente y luego, en la plaza del Ayuntamiento, es donde se torean las vacas. Primero sale la gente con los caballos para ayudar a los vaqueros a hacer los encierros y esto sí que está bonito de verdad.

Así que ya pasa el encierro, pues la gente, a tomarse una cerveza con los amigos. Un día o dos, por las tardes, hacen carreras de cintas a caballo. Y por la noche, la verbena. Por esos días, más personas hay aquí que en Madrid. El pueblo se llena tanto, que casi no se puede andar por las calles.

Busca primero la cumbre del collado anterior a Cañada Hermosa y luego las tierras que rodean a Pontones. Conforme ya asciendo, por la izquierda me queda todo el gran valle que acabo de atravesar. Cada vez más bonita la visión y más amplia por la altura que voy ganando. Se ve amplio, al fondo toda la sierra que he recorrido, al gran macizo del Galayo y verde por la cantidad de huertos y sementeras.

Por la derecha, la preciosa ladera que viene cayendo de Puntal Alto y Majal Alto. Remonta y al principio todavía la carretera discurre estrecha. Según la antigua denominación, la que recorro es la C. 321. Remonta siguiendo el surco que el río Zumeta traza en sus primeros kilómetros.

Van a ensanchar a esta carretea y por el lado de arriba, le están haciendo una obra que se come media ladera. Discurre justo por la curva de nivel que marca los mil cuatrocientos metros. Kilómetro sesenta y nueve novecientos y por la izquierda me queda un barranco. En lo hondo se ve la

construcción de una vieja casa. Miro para el lugar con interés y a fe que me gusta no sólo por la belleza del paisaje sino por la soledad y los bosques que le rodean.

El Barranco de los Molinos, le llaman al rincón y es porque en otros tiempos, por aquí hubo dos que molían trigo y funcionaban con la fuerza del agua. Pero su verdadero nombre es el arroyo del Zumeta. Hubo por aquí también un tejar que es donde se hacían tejas para techar las casas y cortijos. De aquí se le quedó, las ruinas que por la izquierda veo, el nombre que todavía tiene: la Tejera o cortijo de la Tejera.

Y se me viene al recuerdo
la imagen de la noche aquella
que, sentados frente al fuego,
los hermanos, la madre y la hija bella
con las llaman que reconfortan
del frío que el invierno, al pasar, deja,
charlamos de los cortijos perdidos,
y de nombres y caminos por la sierra,
y al preguntar sincero, de pronto,
la que es hermosa toda entera
tanto en el corazón como en el alma
y en su cara, orgullo de la madre buena,
se aparta de nosotros unos metros,

busca un espacio por la mesa
y en un papel largo y blanco,
escribe, besando y sincera:

"Una joven de la sierra, de un cortijo de Santiago de la Espada, me contaba un día: no quiero que aparezca mi nombre porque no deseo presumir ni que la gente me dé más valor ni que digan que soy más buena por la confesión que te hago. Además, es algo tan personal que prefiero no dar nombre. Respondo a la pregunta que me haces sobre lo que siento por mi tierra y lo que envidio de las grandes ciudades.

Pues bien, te contestaré que doy gracias a Dios por haber nacido de una familia como la mía y en un pueblo como este. Las vivencias que he tenido desde que nací, me han hecho una persona humilde, sincera y sin nada que enviarle a nadie. Si apareciera un hada dispuesta a concederme todo lo que quisiera, seguramente le pediría lo que tengo: una familia unida y el resto de personas que siento me quieren y aprecian con lo que soy y tengo. Esta es la verdad que me hace feliz.

Las cosas materiales nunca me han llenado ni cambiaría mi casa, entre mis montañas ni el cariño que me han dado mis padres, por un mercedes ni por un apartamento en cada playa ni por vacaciones al extranjero.

También confesarte que considero gente sin dignidad a aquellos que, cuando se marchan del pueblo, lo menosprecian. Para mí quien se avergüenza de su familia o tierra, pierde valor. Otra cosa que jamás cambiaría es a mi padre con sus manos de callos de tanto trabajar el campo pero lleno del mejor cariño que le rebosa al hablar. Puedo decir, con orgullo, que todas las personas que lo han conocido, le han cogido cariño, al igual que a mi madre. Unas personas que aunque no lucen valiosas joyas ni caros abrigos de visón, regalan simpatías y sonrisas que estoy segura admiran las mujeres con joyas y abrigos lujosos.

Para mí, lo más importante es la felicidad y los valores morales que me han transmitido mis padres y las personas de las tierras donde nací, he vivido y crecido, siempre alegre, sana y, sobre todo, feliz. El nombre de la persona que escribe este texto, no lo voy a poner, porque podría ser el de cada una de las jóvenes que aquí vivimos. Y termino diciendo que los bienes materiales, a veces, hacen a las personas tan egoístas, que quieren y quieren más. TANTO TIENE EL QUE TODO LE SOBRA COMO EL QUE NADA LE FALTA". Fdo: cualquier joven de la Sierra de Segura.

Supero un poco la curva de nivel de los mil cuatrocientos metros y sigue remontando. Pienso parar a comer en cuanto corone el collado que me dará paso para Cañada Hermosa. Son ahora mismo las tres y veinte de la tarde. A la sierra se le ve sola. En este pueblo de Santiago de la Espada, hoy dieciocho de julio, hace mucho calor pero ayer creo que hacía mucho más. Me han dicho que es precisamente en este mes de agosto cuando vienen muchas personas y más bien, los cuatro días de las fiestas.

Kilómetro setenta y uno setecientos y cruza un gran barranco que entra por el lado derecho. Barranco del Aguaderico es como se llama. A partir de aquí comienza el trazado nuevo que le hicieron el otro año. En el nuevo indicador leo: “A 317, kilómetro sesenta y ocho”. Yo la recorro al contrario de como vienen marcados los kilómetros. Creo que vienen desde Puente Génave.

Qué bien que suenan, cada vez que los oigo de boca de ellos, los diminutivos serranos. Los hacen siempre, sobre todo las personas mayores, con las terminaciones ico ica: la hermana Anica, la tinaica, fuente del aguaderico, casicas del río Segura y así. Es un sonido dulce y ellos saben por qué lo dicen. Pero qué bien suena y cuanto me gusta oírlo.

Va coronando este barranco. Por la izquierda me queda, majestuoso, el largo macizo del Almorchón. Antes de coronar el collado que me dará paso hacia las llanuras de Cañada Hermosa, una tinada por la izquierda. Su nombre de verdad es la Tiná de la Cuerda. Como escondida entre un espeso bosque de unos árboles que han sembrado. Son nogueras, muchas nogueras verdes por completo y algunos álamos que llegan hasta lo más alto de la cuerda. Los mil quinientos metros roza ya el punto que recorro.

Mi coche marca, justo al coronar, setenta y cuatro cien kilómetros. Por la derecha se aparta una pista forestal de tierra. La conozco y por eso sé que es la que lleva a la Toba y Huelga Utrera. Vuelca y ya traza una curva, primero para la derecha y es por aquí donde tengo pensado parar para comer. Por el lado de arriba, derecha, me quedan ahora unos tornajos donde tengo agua para beber y sombras en los pinos. El aire que corre es fresco y la vista que ante mis ojos se abre, también satisface mucho.

Ellos son los tornajos de la cumbre que en mis sueños, cada noche se me presentan siempre con la misma fuerza y el misterio de lo que es primavera en la región de la eternidad.

Y no hablo por hablar porque en mi sueño, en esa vida real que late mientras duermo y tiene dolor, sabor y olor, sí puedo ver y probar lo que más allá de la materia y con otro traje y dimensión, es la eternidad que yo llamo esencia.

Los veo clavados en la misma tierra del collado estrecho y cayendo a ellos, el limpio chorro de agua y creciendo a su alrededor, la hierba y como al menos para mí son tan bellos, en mi sueño, los siento límites o puerta de un infinito a otro infinito y claro que por esto desprenden tanto misterio y me saben tan dulces en la tristeza.

A los tornajos del collado, que mudos y en la misma tierra siguen clavados, los siento yo como al eslabón que amarran aquellas vidas bellas, los míos y hermanos, con lo que es polvo y se lleva el tiempo y lo que es inmortal materia. [1]

La pista de tierra que se me ha quedado a la derecha y por lo alto de la cuerda, ya digo que baja a la Toba y Huelga Utrera. Dos preciosas aldeas que se recogen junto a las aguas del Segura.

El trazado de esta pista desciende por uno de los parajes más bellos que la sierra muestra por estos lugares. Despierna Caballos es como se llama. Una gran ladera de inclinación muy pronunciada que cae grandiosa hacia el surco del río. Y las vistas que al recorrer la pista se divisan desde cualquiera de sus muchas curvas, son de ensueño. Miradores naturales que sobrepasan en belleza al más sofisticado mirador artificial. Y sé por qué lo digo y con la experiencia clavada en mi alma.

Y de Huelga Utrera, lo que sí también dejo dicho, es que en cuanto pueda me voy a poner mano a la obra y escribiré de ella el libro que sueño. Lo tengo ya algo avanzado y en mi corazón, más que amado. ¡Me grita tanto la aldea y el rincón donde se recoge!

Son las cuatro en punto, cuando arranco de nuevo, después de haber parado unos quince minutos para comer. A unos cien metros, la carretera gira y ya atraviesa el cauce que viene por el centro de Cañada Hermosa. Por la derecha me queda el trozo de cauce que ya empieza a volcar para el gran barranco del río Madera y Segura y por la izquierda, la preciosa cañada repleta de álamos. Cae el sol y quema mucho a estas horas de la tarde. Graznan los cuervos y no se ven ovejas aunque sí creo que están pero acarradas en las sombras.

La ladera que voy dejando por la derecha, Despiernacaballos, según el nombre del monte ordenado, es uno de los rincones más bonitos que conozco por esta zona de la sierra. Lo tengo recorrido en varias direcciones y ocasiones y en todas me quedé hondamente lleno y asombrado. Los días de lluvias, nieve o nieblas, quizá sean los más fascinantes y bellos que he conocido.

Mi coche marca setenta y cinco kilómetros justos. Una recta larga recorriendo toda la Cañada hermosa hacia el pico Almorchón. Por esta ladera norte le cae un mechón de pinos y ya no hay más vegetación que muchos majuelos enanos y retama. La hierba por estas tierras se muestra todavía verde. A derecha y a izquierda, algunos rodales más secos pero la mayoría, muy verde. La cañada por su centro, está sembrada de álamos y por debajo, la hierba verde. No hace mucho, por aquí han cortado álamos.

Por la derecha, se aparta una pista asfaltada. En un letrero pequeño leo el letrero de Poyotello a cinco kilómetros. Es la más bonita de todas las aldeas en estos rincones de la sierra. Un puñado de casas, blancas todas ellas, al borde de una delicada llanura y sobre la curva de nivel de los mil cuatrocientos metros. Se asoman al río Segura y algo más abajo, se abre la preciosa Cueva del Agua. El primer día que

visité, tanto un rincón como el otro, la impresión que se me quedó en el espíritu fue de lo más grato y a ello contribuyeron mucho los jóvenes que me encontré en esta pequeña pero gran aldea de Poyotello.

La pista asfaltada tenía un letrero escrito a mano y sobre una improvisada tabla y ahora veo otro algo más elegante. De aquel día, el recuerdo que guardo, se expresa como sigue:

Por la aldea de Poyotello

Ya se mueve el sol a media altura entre la mañana y la mitad del día. Desde el puntal que recoge a Cañá Hermosa por el lado norte, caemos y unos metros antes de las blancas casas, nos tropezamos con el pastor. Paramos y al preguntarle por los nombres de las tierras que nos rodean y le acogen, dice:

- Pues tenemos la Hoya del Toro, los Tornajos de la Hoya del Toro, siguiendo el carril abajo a la izquierda están los Hoyos de Rastrillos de Pedro y la derecha tenemos los Majales. A continuación la Tiná del Cerezo, otro nombre que le dicen el Cerrico de la Yegua, ese que se llama el Puntal de Tomás Pérez, y aquello de allí, de la Tiná del Cerezo para abajo, se llama Cueva Blanca, más para abajo tenemos la Tiná de las Majaicas, y a continuación, donde mismo estamos, del

carril a la derecha, Poyo Totana, a la asomá, las Aleguicas, de la noguera para acá la Fuente de la Zorra, la Fuente de Enmedio y aquí, pues la Fuente del cortijo. Todo esto para arriba se llama la Loma, eso la Torquilla, aquello la Asomá de las Lanchas, a continuación, el Pinarico y así podemos estar nombrando sitios dos horas sin parar.

Pero luego seguimos porque ahora, como me has dicho, nos vamos a marchar por las calles de la aldea y te voy a ir diciendo quién vive en cada casa. Así que puedes poner que entrando por la aldea de Poyotello, a la derecha nos quedan las escuelas que ahora no tienen niños y por la izquierda, las casas que conforman a este cortijo. Esta primera es la de Eugenia, la que sigue, de Olayo, con su pequeño arriate y las lilas florecidas entre los narcisos. Los Olayos son siete hermanos y aquí no vive ninguno.

Esta otra casa es la de Isaac, la que sigue, de la Victoria, que vive en Peal pero viene muy a menudo. La tercera corresponde a Cecilia, torcemos para la izquierda y nos encontramos como una pequeña plaza. Por la derecha nos queda una casica que es donde vive Juan Iglesias y enseguida a la izquierda sale una callejuela con una noguera. Unas escaleras y salimos a una cuadra. Seguimos torciendo para al izquierda y ya estamos frente a la casa de Besita y esta señora

que es su casa esa, Celedonia o Ventura, como le quieras poner.

La señora que está presente y nos mira, dice:
- Pues yo creo que habrá bastante con uno ¿no?
Quisiera explicarle que no da lo mismo pero lo dejo en el silencio. Seguimos moviéndonos un poco en la dirección que corre el río Segura y nos encontramos a un camión cargado de cebada para las ovejas. Los jóvenes lo están descargando y una tiná con varios corderillos.

- Estos son majales para el ganado.
Nos asomamos en la dirección que se va el río y al preguntarle por el nombre del monte, me aclara:
- La Asomá de las Lanchas, que ya te lo he dicho antes.
En una tiná cerca, casi en primer plano, las ovejas duermen
- Este ganado es mío.
- ¿Cuántas tienes?
- Trescientas y mucho trabajo que dan. Y dinero, pues unas veces sí y otras no pero mira, aquí están descargando un camión de cebada y con este llevo ya casi un millón trescientas mil pesetas. Y si hubiera nieve sería "pior".

Una muchacha tiende ropa. Al acercarnos le pregunto y me dice que se llama Juani.

- ¿Estudias?

- En Santiago de la Espada, cuarto de Eso.

Seguimos con el repaso de los vecinos y sus casas y al pasar por la parte de atrás, me aclara:

- Aquí vive otra mujer que se llama Cruz que se viene en verano. La Josefa sí está de continuo.

En el rincón un banco para tomar el sol. La casa se presenta cerrada.

- Y la que tenemos al lado es de Lola y Lorenzo, como quieras y este señor, Juan Iglesias otra vez.

Una calle estrecha por donde avanzamos.

- Estos tampoco viven aquí que se llama ella Benita.

Torcemos a la derecha y una callejita que sale a unas paratas.

- Esto, un horno para cocer el pan.

Ya estamos por la parte de atrás del pueblo. Un huertecico con sus almendros.

- ¿Todavía amasáis?

- Sólo algunas veces.

- ¿Pero quién?

- El que quiere. Si tú quieres hacer mantecados o tortas, amasas y se hacen en el hornos que es de todos.

- ¿Recuerdas en que tiempo lo construyeron?

- Cuando yo nací, ya estaba.

Por la parte de atrás del rinconcico de los almendros, una majá para el ganado. Un puntal por donde pretendemos asomarnos para el barranco donde corre el río Segura. Una vista bonita hacia el surco y en lo más hondo, se adivina la tan sonada Cueva del Agua.

- Todo este barranco que cae para abajo se llama la Poza del Moral, lo de enfrente la Cabeza del Maestro o de Masegoso, aquel otro, Royo Patas y aquello de abajo, la Cabeza de los Orgailes y la Cueva del Agua que se encuentra abajo. En este lado del río. ¿Dónde están los pinos aquellos que se ven allí? Pues así un poquillo, abajo.

Que por aquí desciende la senda, que ya casi no se conoce. Las laderas que tenemos cerca, se llama el Morrico las Talas, aquello que se ve enfrente es el Puntal, lo que más levanta al final casi del todo, el Picacho de las Hoyas. De lo último, uno se llama el Jabalí y otro que hay de piedras grandes, se llama Majá del Ajo.

- Y el huertecico de los almendros que tenemos cerca ¿de quién es?

- De uno que se llama Emilio. Los huertecillos los tenemos por ahí porque cerca del cortijo no hay mucha agua.

Salimos por unas casas arrumbadas.

- Antiguamente había treinta y dos casas. La que tenemos ahora mismo delante son de Pedro y Rosario.

Es la última saliendo hacia el río Segura para arriba.
- Pero aquí nos queda una que este otoño se murió la pobre mujer. Le dio un infarto y se fue para siempre. Se llamaba Manuela.

Unas gallinas entretenidas en sus picoteos. La vecina presente, se distrae con ellas. Los dueños están ahora en la aceituna. Por donde llega la pista, unos tornajos. Una potra que come cerca del camino. Ya le hemos dado la vuelta al pueblo. A la derecha, nos quedan las tierras sembradas y una casa solitaria.
- ¿Es una tiná?
- A eso le dicen el otro cortijo. Ahora allí no vive nadie.
Los álamos nos miran serenos y crecen por la Cañá de la Fuente de Enmedio.
- Que ya te he dicho, como hay poca agua, pues se siembra ná.

Conforme se llega al pueblo, a un lado y otro, las dos eras. Un mulo come hierba y es el de Lorenzo. Más gallinas por el sembrado picoteando en la tierra.
- ¿Y la noguera en mitad en el corralillo?
- Esto y las gallinas, son mías. No está ni bien ni mal cuidadas porque ya hemos dicho que no hay suficiente agua. Ahora mismo no tengo nada sembrado pero allí, he plantado ajos y

azafrán. En este rodal, seguro sembraré habas y algunas matas de pimientos.

- ¿Y los árboles?

- Eso es un membrillar, esto es un nogal y aquello que hay en la parte de allá, un cerezo. Esto no da casi nada. Por gusto, como dice aquel. Además es de un hermano mío que ahora tampoco vive aquí. Dividimos en cuatro partes. Aquí no había nada más que paratas. Todo lo que se ve lo he hecho nuevo.

Nos volvemos para atrás y vamos en la dirección que lleva la pista según va entrando a la aldea. La calle que recorremos se pega al camino de tierra.

- Esta casa la hemos dicho antes que es la de Gregorio y Carmen. Y esto es mío todo. Desde el cuadro del final hasta el rincón, es mi casa toda. A estas de la derecha ya las hemos mentado pero esta se llama la Casa Grande. El de esa se llama Divino o Guadalupe y el palomar, es mío también.

- ¿Cuántas palomas tienes?

- Pues veinticinco o treinta habrá.

- ¿Y las casas que se alquilan?

- Aquella es una y la otra que hemos visto donde estaba el hombre ese.

- Pero ahora ¿cuántos estáis aquí?

- Estables, sólo cuatro vecinos.

Por la derecha, nos rebasa la gran noguera cubierta de hojas verdes y cubriendo con su sombra un buen rodal de tierra. Un banco bajo ella y la hierba creciendo.

- Ese banco es para tomar el sol, los que pueden y tienen tiempo.

La noguera verde
hermana del viento,
en la tierra crece
y mira en silencio
a los que le quieren
y buscan su fresco.
Y ella, parece,
que reparte besos
y al llegar la nieve
del hermano invierno,
un poco se muere
bajo el crudo hielo.
Y como ya no puede,
darle sombra a ellos,
la noguera verde
y tronco algo negro,
desnuda languidece
y espera echa sueño
con la espera paciente,

de los vecinos buenos.

Nos acercamos para la sombra de la noguera y otra vez nos tropezamos con Juani.

Le pregunto y ahora me dice que con ella, son tres hermanas.

- La mayor ya no estudia, está casada y vive en Villa real y Maribí estudia segundo de bachillerato en Santiago de la Espada.

- ¿Y el futuro de la juventud por estos paisajes tan bonicos?

- Por aquí no hay futuro.

- ¿No crees que se puede hacer algo para que vosotros saquéis algún dinero y podáis seguir viviendo en vuestra tierra?

- Pues no sé pero no lo veo claro. Todavía no he decidido lo que haré cuando sea mayor. Me gustaría quedarme en mi tierra pero ¿en qué trabajo?

Se acerca la madre y reafirma:

- Poco futuro tienen los jóvenes en estos lugares.

- ¿Y si fueras pastora y te quedaras para siempre?

- Eso no, y lo digo porque es un trabajo que no da para nada. La gente viene de todos sitios y es porque están hartos de la ciudad pero los que estamos aquí de continuo... de los jóvenes que se van fuera, opino que si quieren buscar un futuro por ahí, lo veo bien.

- ¿Y en tu escuela?

- Que algunos profesores deberían ser distintos.

Se acerca la hermana y al escuchar, aclara:

- Pues yo digo que lo que no está bien es que la juventud, si quiere estudiar, tenga que irse fuera. Porque para estudiar fuera hay que tener mucho dinero y eso no todas las familias lo tienen. Trabajar en la tierra, a muchas personas sí le gusta y lo hacen pero eso no tiene futuro. Si tuviéramos un matadero para los corderos de la sierra, seguro que daría algún trabajo y el beneficio se quedaría en la zona. Es que aquí todo el mundo vive de los cuatro animales que tienen por el campo.

- ¿Y lo que me cuenta Gaspar?

- Claro que es verdad.

- ¿Pues decirme en qué se nota la unión entre vosotros?

- Ahora mismo ha llegado un camión cargado de cebada y ahí estás viendo a todo el mundo descargando y es de este señor pero eso no importa. Todos ayudamos y luego mañana, todos vuelven y me ayudan a mí. Si dentro de unos días sale el vecino y dice que se va a sembrar las patatas, pues todos los que podemos nos ponemos y ayudamos. Es una unión que viene de tradición y eso nos sale de dentro. Cuando alguien trilla, en cuanto la parva está lista, las mujeres todas a barrer.

- ¿Y si un vecino viene y pide que vayáis a trabajar en algo que necesita?

- Vamos.

- ¿Y cuánto os paga?

Y a esta pregunta, tanto las madres como los hijos y los hombres que me rodean, se echan a reír a la vez que responden:

- Pues nada. Eso es voluntad y sale de dentro.

Y sin querer yo me repito:

¿Voluntad y sale de dentro?
¡Qué bien suena
y que bonito es esto!
Y hacia el infinito
retumba el eco:
sale de dentro, entro, entro...
Y como el buen Dios
es el padre bueno,
yo sé que lo tiene escrito
en el libro del cielo.

- ¿Y os gusta que sea así?

Maribí opina:

- Se supone que vas por tu propia voluntad y no quieres que te paguen. Si llega la hora de la matanza, nos juntamos todos y

además, llenos de orgullo. Es como una fiesta donde se convive y como viene de siempre, pues también sale de dentro.

Sigo mirando a la noguera y de pronto, se me ocurre preguntar:

- ¿Cuántos juegos tenéis por entre su sombra?

Y ellas:

- En el columpio que echábamos en las ramas bajas, horas y horas todos los muchachos y muchachas de Poyotello. Pero eso es normal porque de pequeños e incluso ahora, si nosotros por aquí no jugamos con la noguera, el viento o la blanca nieve cuando cubre las tierras ¿dinos tú con qué otra cosa podríamos llenar tantas horas?

Y no digo nada porque no lo sé pero sí pregunto por los otros.

- Los que hasta hoy han venido los fines de semanas, son personas buenas pero tenemos miedo.

- ¿De qué?

- Si un día llegan y traen esas cosas de drogas o así, pues nos disgustaría mucho. La juventud que vive aquí no conoce nada de esas enfermedades, se podría decir. Y claro que nos gusta que vengan personas normales y que respeten al mismo tiempo que nos dan compaña porque en el invierno estamos muy solos.

- ¿Y qué hay aquí para que a ellos les guste venir?
- Pues será tranquilidad, además de las ovejas y el silencio. Porque cuando nosotros sentimos el ruido de un coche, enseguida salimos a ver quién llega, porque no tienes otra cosa. Los que estamos aquí tenemos ganado y andamos muy arrastraos.

- Y si tuvierais que convencer a los jóvenes de una gran ciudad para que vengan a vuestra tierra ¿cómo se lo explicaríais?
- Es que aunque les apetezca venir, lo más seguro es que no lo hagan porque allí tienen la marcha y todo lo que a ellos les gusta. Aquí no hay tanta marcha y eso pero es más tranquilo y hay más parajes que visitar. Lo que le podemos ofrecer, es viajar por estos lugares, hacer caminatas y cosas de esas... Nuestro pueblo está en las montañas pero cuando hay nieve no creo que vengan. Viene gente pero prefieren irse a otros sitios.
- ¿Por qué dices eso?
- Es que aquí nieva mucho.

Y claro, se entiende que la nieve para los que no la tienen y viven casi sin aire en esas grandes y sofisticadas ciudades, es un aliciente curioso pero para los pastores de estas tierras, que además de tanta soledad, tienen que bregar con el campo

y los animales para sacar las tres pesetas que necesitan, la nieve no es precisamente su mejor aliado. Y menos lo es cuando les deja tantos días aislados del resto de la civilización y acurrucados en el rincón de sus casas para no morir de frío. Aunque la nieve a ellos les regale hermosas praderas repletas de la mejor hierba en primavera y claros manantiales de agua para regar los huertos y calmar la sed de sus ovejas.

Y la madre:

- El año pasado vinieron unos de no sé que ciudad y les cogió aquí la nieve. No podían salir y se lo pasaron bomba. Hasta nos juntamos una noche a comer patatas asadas y todo. Cuando se fueron iban contentísimos con nosotros. Por eso te decía que creemos que es bueno que la gente venga por estas montañas pero si luego no son civilizados, rompen y contaminan como nosotros no hemos hecho nunca y eso, no nos gusta tanto.

Estaba la pastora
jugando con el viento
que mana de la sierra
y la soledad profunda,
besa que besa
mientras los corderos blancos
retozan por la hierba.

La juventud del pueblo, tan dispuestos ellos como ya me han dicho, se preparan y uniéndose a nosotros, deciden llevarnos hasta la Cueva del Agua. Me agrada porque de este modo aprenderé mejor los rincones al tiempo que me enriquezco de sus cosas. Ya calienta el sol bastante alzado aunque el viento corre fresco. Y nos ponemos en ruta.

Estamos descendiendo por la vieja senda que cae para el río y por el punto que llaman Poza del Moral. Pasamos por debajo de la noguera que es donde brota la Fuente del Moral. Sale un chorrillo de agua. Miro hacia el barranco y veo que el grupo de jóvenes que nos guía, van con una alegría que entusiasma. Y al verlos, la reflexión que me hago es que tendrían que venir por aquí otros jóvenes para que vieran lo bien que estos de la aldea se lo pasan por su sierra.

Al llegar al surco del arroyuelo que cae desde las casas, se paran y sobre una losa, dan golpes diciendo:

- Esto suena a hueco.

- ¿Y se sabe por qué?

- Seguro que por abajo, va alguna corriente de agua subterránea y ha ido abriendo un túnel. Algunas personas dicen que hay un tesoro ahí metido. Pero nosotros lo que creemos es que puede ser una gruta por donde corre el agua.

Comprendo que para ellos, este medio barranco hueco y sin descubrir, es como su secreto o misterio particular. Lo valoran y nos lo muestran a los que llegamos, con un poco de orgullo. ¿Qué encerrará la montaña en las entrañas huecas de estas rocas?

Algo más abajo, la senda traza una curva y por la izquierda, una roca que por aquí conocen con el nombre de la Piedra del Francés. Por la derecha, porque giramos con la senda que busca el mejor paso, nos va quedando el cauce del río Segura. Ya se percibe el rumor de la corriente. Un gran monte nos queda frente y se llama la Cabeza del Maestro. Un gran macizo de pura roca y la vegetación que es carrasca, con buenas manchas de pinos.

- Pues en aquellos tiempos, desde las aldeas de Fuente Segura y Pontones, a las laderas que hay frente a la Cueva del Agua, veníamos a poner pinos.
- ¿Tan lejos?
- Y andando. Junto al tajo teníamos que estar a la hora señalada y cuando se terminaba la jornada, regresábamos otra vez a nuestras casas.
- Los que vivían en las desaparecidas aldeas de las Lagunillas, la Cabañuela y el Aguadero, también venían a sembrar pinos a las laderas de Peña Amusgo y el Tolaillo. ¿Te lo crees?

- Me lo creo y como parte del camino para ir o regresar, lo teníamos que hacer de noche, pues encendíamos teas y así veíamos andar. Aquello de la repoblación de los pinos, los deslindes y los despropios, en estas sierras nuestras, fue una odisea buena.

Un morro por la derecha, según vamos cayendo que se llama Huerto Sotico, según Francisco, el pedáneo de Poyotello. La vereda que pisamos, va bien tallada en la tierra y se nota que fue muy pisada en otros tiempos. Maribí, la hermana mediana, aclara:

- Es que antes, por debajo de la Cueva del Agua y junto al río, las personas tenían sus huertos. Los sembraban y para acarrear las cosechas, por aquí pasaban con sus bestias siempre cargadas de cosas. La tierra que se recoge por este lado del río, es buena.

Se divide la senda. Un ramal sigue por la umbría del río Segura y llega hasta Pontones. El otro, se va para la cueva. Un segundo arroyuelo por donde vamos cayendo según nos metemos para la hondonada. Se funde la vereda con el cauce y cae muy en picado. Un bosque de pinos nos queda por la derecha y su nombre es la Tala. Traza una curva y se mete en la hondonada del arroyo. Se ve por el otro lado y el río ya

queda cerca. Un grupo de álamos muy bonitos que parecen saludar desde su vestido verde brillante.

Al cruzar el arroyo, la hermana pequeña dice que:
- Muchas veces, en la época de la matanza, aquí hemos bajado nosotras a lavar las tripas. Era el cauce más cerca de la aldea y como entonces no teníamos agua corriente en las casas, pues las lavábamos o en la Cueva o en el río. Para subir o bajar, traíamos mulos.
- ¿Por este camino tan malo y empinado?
Pregunto, algo asombrado, por lo que uno descubre y descubre en estas sierras.

Y el amigo de la aldea de Pontones de Arriba:
- Tenía yo la borrica esa que tenemos todavía y tengo oído de mis padres que las bestias cuando no pueden pasar una corriente, parece que lo huelen. Hay que dejarles el ramal suelto para que ellos vayan a su voluntad. Pues llegó la borrica, olió aquello y a pasar el río. Pero el padre de éste, tenía un mulo. Estábamos allí de compañeros con las ovejas. Y el mulo detrás de la burra. De tal forma se aturrulló que se subió un poco para arriba por la corriente y el hombre no hacía nada más que darle al mulo para que pasara el río y decirle: "Felipe pero Felipe". Y al final, pues si no lo deja a su aire, el animal aquel se hubiera ahogado. Por eso te decía que las

bestias saben lo que se hacen cuando van por estos caminos tan complicados y tienen que pasar las corrientes de los ríos.

Se oye con más claridad el rumor del río. Hemos remontado un puntal después del arroyo y, según los jóvenes, vamos cayendo por donde está la cueva.

- Media vuelta y caemos. Estamos ahora mismo casi sobre ella.

Se va viendo una gran cerrada por donde el río desciende y a un lado y otro, grandes paredes rocosas, según Maribí:

- Roca madre de diversos colores que indican la edad de las rocas y con vegetación escasa pero la autóctona de estas sierras.

Por la gran profunda sierra
y en la soledad sonora,
estaba la pastora,
dando pasto a sus ovejas.

El Barranco de las cuevas, es el segundo después de haber cruzado el arroyo. Se le ve poblado de un gran bosque de pinos. ¡Preciosa esta bajada hacia la cueva y más cuando se va llegando! Se ve ya el cauce con su agua. Mucha trae el Segura por aquí. Estamos por debajo del Molino de Loreto y bastente más arriba de Huelga Utrera que es donde este río se

funde con el Madera. Ya el río tiene, además del gran manantial del Molino de Loreto y las aguas que le llegan desde el Barranco del Erial, también las de arroyo Azul, arroyo Cabañas, arroyo del Masegoso y las que le entran por el barranco de la Fuente del Cerezo, desde el lado derecho de la aldea de Poyotello.

Ella vuelve a informar que:
- Abajo, hay una caída que se llama el Charco del Humo. Es como una cascada y al golpear el agua, sube por el aire como unas nieblas muy bonitas. Eso sí que es gustoso de ver. Lo que sucede es que tiene muy difícil acceso porque la piedra está erosionada y hay mucha arenilla. Si ahí te resbalas, caes directo al río. Si nos da tiempo y quieres, luego llegamos.
Y para mí me digo que también son bonitos los nombres de los sitios. Este del Charco del "Humo", me gusta.

Ya vamos cayendo en picado en la dirección que corre el río. La senda casi tallada en la pura roca. La Asperilla es como se llama este trozo de camino. Y ahora recuerdo que con este nombre, en la sierra del parque, hay muchos rincones casi todos juntos a cauces de arroyos o ríos. Por debajo del gran tranco del pantano que ahora se llama así, existe otra asperilla. Yo la tengo andada y bien sé lo difícil que es cruzarla.

La Cruz de la Muchacha es como se llama. Al tranco mismo, los serranos también la conocían por la Asperilla del Tranco.

Por la derecha, en una pura pared rocosa, se ve un corte. Un rellano menor por donde la hierba crece y ahí se presenta la ancha boca de la cueva. Al dar la curva, aparece de repente la gran cavidad. El rellano es como un escalón que la sujeta para que no se vaya directamente al río y al mismo tiempo, sirve como de plataforma para situarse sobre él y contemplar la grandiosidad de la cueva. ¡Con qué asombro se presenta!

Negro el techo y al notarlo, ella aclara:

- Es que antes los pastores se metían a guardar las ovejas dentro y entonces, al encender las lumbres con retama, el humo surgía y las paredes de la cueva se tiznaban. Por eso se han quedado negras.

Y me digo que igual que en otras muchas cuevas por las sierras de este parque. Por el fondo se siente el rumor del agua y como todavía no la tenemos dominada por completo, pregunto impaciente:

- ¿Hay cascadas?

Y me contesta que:

- Sale el agua desde abajo y termina en la boca del Infierno.

Ya frente, ella me la describe:

- Sale el agua desde la base o fondo de la roca, se extiende por toda la cueva y termina en una piedra que se llama la Boca del Infierno. Desde ahí ya baja al río pero antes, por muchas acequias que trazaron por ahí, se la llevaban para regar los huertos. En las tierras llanas de este lado y, que se ven cubiertas de zarzas y álamos, es donde sembraban los huertos. El chorro de agua que ves, aunque te parezca grande, ahora está seco comparado con otros años. Este invierno pasado vine yo y la vi toda en enlaguná. Más de un metro tendría de agua por encima de la roca. En la Boca del Infierno, hacia un remolino tremendo.

Nos acercamos y la hermana menor:

- Es aquí donde hicieron una obra para sacar el agua y meterla por las acequias que van a los huertos del río.

Miro y veo algunas paredes y canales construidos de cemento. Por la Boca del Infierno se pierde el agua hacia abajo. Como si fuera un río que aparece y vuelve a desaparecer y ya sale en la misma corriente del Segura. Otro de los jóvenes, aclara:

- Tiene dos salidas: la Boca del Infierno y la Boca Mina. Esta última es por donde se llevaban el agua para las acequias.

Y estaba la pastora,
flor de primavera,
jugando con sus sueños
por entre las praderas
mientras las ovejas pastan

y el sol, mudo besa.

Por la izquierda, se puede pasar al otro lado de la corriente y se entra a lo más profundo de la cavidad. Un montón de rocas caídas libremente, siembran el suelo y por entre ellas y trozos de la pared de la cueva, pasamos. Y al sentir el gusto que contagia tanta agua limpia, pregunto:

- ¿Es buena de beber?

Y la hermana menor, siempre atenta:

- Buenísima y más que fresca. Metes la mano y en dos minutos se te queda congelada.

Por el lado de la izquierda, la pared que cae y por ahí se han subido los jóvenes. Una pocica con su baso de agua y ella que dice:

- Se llama precisamente la Pilica. Es una tacica que siempre tiene agua. Se puede subir hasta ella pero es difícil porque la pared resbala mucho. Se encuentra arriba del todo.

En la parte más honda de la cueva y por donde no hay agua, un trozo de pared de piedras sin mezcla. Me dicen que es para encerrar el ganado en otros tiempos.

- Esta cueva tiene otras galerías, lo que pasa es que son muy estrechas y no se puede entrar por ellas. Dicen que en tiempos muy lejanos, en la prehistoria y por ahí, en esta cueva hubo grupos humanos viviendo.

Saltamos por la parte donde todavía se conserva un trozo de las paredes de aquella tinada. La vegetación de hierba y helechos, cubre y dan más frescor a la fría sombra de la grandiosa cueva.

- Un año llovió mucho y hubo una crecida de repente. Había vacas metidas aquí y como reventó el río de la cueva y la Boca del Infierno ya no tragaba tanto, el agua salía por lo alto. En unos momentos, los animales se quedaron encerrados al fondo de la cueva. Tuvieron que sacarla nadando. Se metían desde aquel camino hasta aquí, enganchaban la vaca y la sacaban nadando. Unos decían que hay una galería que tiene dieciséis metros. No sé cuál es.

Y al contemplar el tan limpio y abundante chorro de agua saliendo desde el fondo, otra vez pregunto:

- He oído decir que las corrientes de agua que tiñen de negro las piedras por donde pasan, en lugar de verde hierba como suele ser lo habitual, es porque esa agua tiene propiedades que son buenas para la salud. ¿Vosotros me lo confirmáis?

Y ellos:

- Lo que podemos decirte es que al manantial de esta cueva, desde la aldea nuestra y otros sitios, viene gente a por agua para beber. Y como tú dices, las piedras que hay en el fondo de la corriente, están negras.

Y otra vez la hermana menor:

- ¿Qué fuentes conoces tú, por estas sierras, que tiñan de negro las piedras por donde pasan?

Y le digo que:

- Conozco la fuente que le llaman del Tejo, en la Sierra de las Lagunillas y cerca de donde estuvo una pequeña aldea con este nombre, la de la Cabañuela, también por esa sierra y la más nombrada de todas, la de Aguas Negras, por el Barranco del Infierno. Y tengo noticias de una fuente que llamaban de los Granos, hoy bajo las aguas del Embalse del Tranco, en un rincón conocido por el Campillo. Me dijeron que este manantial teñía de negro las piedras y que lavándose con sus aguas, se quitaban los granos. Por esa zona pero más hacia el pueblo de Hornos, mana otra fuente de aguas medicinales que se le conocía y conoce por los Baños. Fueron unos baños en otros tiempos y conozco a personas que se curaron en ellos.

- Pues las aguas de nuestra fuente grande, porque ya lo estás viendo, con hierbas, tiene poderes curativos. Con hierbas como romero y tomillo y cosas de esas. Así que podría ser verdad lo que dices porque fíjate lo negras que están las piedras que bañan la corriente. Se dice también que si estás mal del estómago y tomas aguas de siete fuentes, que se te pone bien.

Y pregunto ignorante:

- ¿Dónde está siete fuentes?

Y ella:

- Eso quiere decir que una es de aquí, la otra de allí y así por todo el término.

Y exclamo:

- ¡Qué curioso!

Y entonces recuerdo que esto tiene que ver algo con el día de San Juan y las mil costumbres, en ese día, por estas sierras. Voy a contar algunas de estas costumbres pero antes, quiero decir que el día de San Juan cae en el más largo del año y la noche más corta. Justo por estas fechas se acaba la primavera y comienza el verano y los días empiezan a tener menos horas de sol. Es la fecha del año que más me gusta porque ya se encarrilan las cosas hacia el invierno que es, para mí, la estación más bonita de las cuatro que tiene el año.

En el Antiguo Testamento se habla de Zacarías, padre de San Juan y como éste mandó encender hogueras para anunciar a sus parientes la buena nueva. San Juan fue quien bautizó a Cristo en el río Jordán. Los ríos tienen agua, Jesús recibió el bautismo en las aguas del río Jordán y desde entonces, la humanidad cristiana, ha usado de las aguas como símbolo de purificación y de fertilidad. Las fuentes y cauces por donde brotan y corren las aguas claras de la Sierra de Segura,

están presentes en muchísimas de las costumbres y tradiciones que por este día de San Juan se vivían y se viven en estas tierras. Las aguas limpian, curan, purifican, fertilizan y son las que dan la vida a los campos y a los frutos de los huertos.

Mis amigos los pastores de Fuente Segura, me dijeron que en la mañana de San Juan, si se coge agua de siete fuente y se bebe, se quita la tosferina. El agua de siete fuentes, quita las verrugas bebiéndola en ayunas. En el día de San Juan, te levantas por la mañana temprano antes de que salga el sol, te lavas en el río las partes del cuerpo que te duelan, te das luego con rocío por las partes del cuerpo que te duelan, y te curas. En la noche de San Juan, pones un vaso de agua con la clara de un huevo y lo sacas a la ventana toda la noche y pides un deseo. Si la clara del huevo sube, se te cumple, sino, no.

En la mañana de San Juan, para que se quiten las verrugas, es bueno madrugar y antes que dé el sol, se coge agua de siete fuentes sin que todavía le haya dado el sol y las verrugas se van. "Sentí yo que un hombre tenía un chiquillo y le dijeron que las aguas de siente fuentes serían buenas para que se le quitara una enfermedad que tenía. Y lo hizo. Fue y cogió en una garrafa de media arroba, que son ocho litros, un

litro de cada fuente. Se la fue dando al chiquillo hasta que le duró y al muchacho se le fue aquello".

En Pontón Alto, el día de San Juan, salíamos a la puerta de la hermana Luisa. A ver la rueda de la fortuna. Entonces salía una rueda de la fortuna que era el sol.
Muy temprano, íbamos a recoger agua. Barríamos la puerta, la rociábamos con aquella agua, porque era agua de gracia, regábamos los ajos porque era agua de gracia, lavábamos toda la ropa que hubiera sucia, porque era agua de gracia y así sucesivamente.

También por este día de San Juan se ponen muchas hierbas en un papel, envuelves todo lo que quieres que se te cumpla y lo cierras y guardas hasta Noche Buena o Semana Santa que lo abres y ves lo que se te ha cumplido. Y en esa misma noche de San Juan, se dice que no te puedes peinar porque sólo se peinan las brujas. En la mañana de San Juan, tú te levantas y derecho desde tu cama, antes de dar el sol en el agua del río, te lavas y eso es sano. El agua de siete fuentes, cogida en la mañana de San Juan, es medicinal. Si quieres saber si te vas a casar o no, también el día de San Juan tienes que coger tres clases de hierbas y meterlas debajo de la almohada y luego tienes que ver si se marchitan o no.

“Para ver si es cierto que fulano te quiere o no, de los cardos que se crían en la sierra y se le llaman Cardonchas, que echan unas rosas grandes y enmedio crían unos pelillos. Pues como la juventud es tan loca, íbamos y cogíamos cardos de esos y eran dos, el mío y el de fulano que me quería. Y para ver sí era cierto que me quería, le cortábamos todos aquellos pelillos y los chuscarrábamos en el candil. Así que aquello se quedaba negro, todo quemado, lo poníamos en la cantarera y si a la mañana siguiente estaban los pelillos floridos, me quería y si no estaban nacíos, es que no me quería. Esto es la experiencia que teníamos”.

Si hay un niño quebrado, se coge entre una mujer y un hombre que se llamen Juan y Juana y se pasa el niño por lo alto de unas zarzas dándoselo el uno al otro y así el niño cura de su enfermedad.

Estamos en la parte más honda de la cueva, por el lado interior de la corriente y mirando al frente, por la gran boca que se abre, es precios el espectáculo. Se ve la Cabeza del Maestro, toda la ladera de enfrente al otro lado del río, el cielo azul transparente y la vegetación arropando con sus tonos verdes. La hermana menor vuelve a comentar:

- Lo que quería decirte es que el agua de la Cueva del Agua, en invierno sale caliente y en verano, fría. Eso dicen que es señal buena.

Pastora de azucena y agua
y del romero, esencia
- ¿Sabes tú dónde mora
el que da luz a las estrellas?
Y la que es flor en la mañana
y sueño por las praderas:
- Pues si en mi corazón lo llevo
y cuando miro a mis ovejas,
me sonríe desde el viento
y se hace juego por la hierba
¿cómo no voy a saber
quién de tanto amor me llena?

Busco un punto apropiado para hacer una foto a todo el grupo y que de este momento nos quede un recuerdo agradable. Bebemos justo donde el río surge de la roca, lo cruzamos para salir y en la misma entrada, sobre el escalón de hierba que la cierra por el lado del río, hacemos la foto. Son cinco los jóvenes que han tenido la amabilidad de acompañarnos hasta este rincón primoroso y tesoro para ellos. Francisco, Maribí, Magdalena, Quico y Juani.

Ya vamos a regresar porque el día va llegando casi a su centro pero la hermana pequeña todavía anima diciendo:

- Si quieres nos asomamos para donde estaban los huertos.
Y le respondo que lo que ellos digan. Nos movemos desde la cueva en la dirección de la acequia y lo primero que sorprende es por donde metieron la canal para sacar el agua de la cueva. Luego sorprenden las tierras que ellos cultivaban, las zarzas que las cubre, los álamos que tiemblan, el rumor tanto del agua que surge de la cueva como de la que lleva el río y un trozo de canal de troncos de árboles vaciados por dentro y enganchado a la pared rocosa por donde sacaban el agua para llevarla a otras tierras más lejanas.

La senda que ahora recorremos se va en la misma dirección que la corriente y llega hasta la aldea de Huelga Utrera. El río queda a la izquierda, en una caída casi por completo en vertical y vamos hacia el Chorreón. La hermana menor se acerca y dice:
- Violetas típicas de la sierra.
Y me muestra unas matas de estas plantas trabadas en las rocas y con sus flores abiertas. Son moradas y claro que da gusto encontrarlas y gozarlas despacio.

- También por aquí se suelen ver, algunas veces, cabras monteses.

Frente a la pared rocosa de la Cabeza del Maestro, nos paramos. Por nuestras espaldas queda otra gran pared y al frente, por donde cuelgan las encinas, es el acantilado por donde se abre la cueva que hemos visitado. Un enorme bloque de roca tobáceas, con un agujero en forma de cueva por donde parece se puede entrar a profundidades grandes.

- La gente sí se mete por ahí.

Aclara la hermana. Y lo que descubro es que esta enorme roca, se ha desprendido desde las partes altas. Se fue formando con la cal de alguna corriente y cuando ya tenía tanto peso, se rompió y cayó a las tierras llanas de los huertos.

Y pregunto:

- Si seguimos por esta senda, en llegar a Huelga Utrera ¿cuánto tardaríamos?

Y Francisco:

- Más o menos, una hora. Lo que quiere decir que en subir se puede tardar hora y media larga.

- Un día de estos lo voy a comprobar pero desde el río Madera.

Por el lado de la aldea, nos viene acompañando la misma pared y ladera de la cueva. Nos paramos y me dicen:

- Aquí tienes al Chorreón.

Y lo que descubro es como una cascada, hoy sin agua, por donde se despeña la corriente hacia las tierras llanas de los huertos. El voladero es muy alto y por donde cae el agua, ha ido dejando muchas huellas de estalactitas y otras figuras calcáreas. Aun sin agua, encuentro bonito esta caída por la vegetación que le cubre, la gran atura que presenta y la pared casi en picado.

- Un vecino de esta aldea, tenía un buen hato de cabras. La mejor de todas ellas, se subió un día por esas ricas y se ve que el animal se descuidó y se despeñó. Cuando cayó abajo, se quedó reventada.

Y claro que me asombro y me digo, al mismo tiempo, que estas cosas pueden suceder donde las laderas, como aquí, son tan inclinadas y las rocas presentan caras tan profundas y ásperas.

Por las tierras de los huertos, una gran noguera, bastante álamos y las acequias comidas por las zarzas. Y la menor del grupo:

- Pues ya de pequeña, yo le ayudaba a mi madre en las faenas de estos huertos.

- ¿Y en qué?

- Me ponía al final del caballón y cuando veía que estaba lleno de agua, le avisaba para que la pasara al otro. Y ella tan contenta con mi ayuda.

- Las madres siempre enseñan la vida y dan cariño sin que se note.

- Cenajo Llano, es como se llama el rincón que pisamos ahora mismo.

Y ahora recuerdo, según tengo aprendido, que también cenajo es una especie de abrigo natural en las rocas, donde se encierra ganado y algunas veces, hay filtraciones de agua. Sobre la roca, se presenta este abrigo y se ven restos de haber encendido lumbres e incluso, de haber dormido por aquí.

- En este covacho, antes guardaban las matas de panizo que se criaba en las tierras para luego echárselo a los animales.

La pared sigue avanzando con unas caídas grandes y muchas covachas por la parte de la base. Un chorro de agua que baja desde el barranco del Moral, por este lado de la aldea. Ahora veo mejor que el Chorreón es una cascada muy bonita.

- Si te fijas bien, sobre la mitad de esta pared rocosa, se ve una figura que la misma piedra ha tallado. ¿A que tiene forma de virgen?

Me fijo bien y le digo que sí es verdad. La piedra presenta como una cuevecilla y parece que alguien la hubiera modelado a conciencia. Tiene forma de una virgen. Una gran mata de hiedra, crece y se agarra a la pared. Un acebo pegado a la roca y se desarrolla también lozano y como escondido de algo. Una almorteja nos saluda señorial. Se parece a un llorón. Otra planta más es un cerecino. Y la hermana menor, otra vez que aclara:

- Por el Charco del Humo, crecen avellanos y por este rincón, una vez vinieron unos médicos y cuando descubrieron las plantas que sobre estas rocas crecen, dijeron que está planta no se da en ninguna otra parte del mundo nada más que aquí. Lo dijeron ellos y desde entonces nosotros le llamamos la Planta medicinal del Chorreón. Es medicinal lo que pasa es que no sé cómo se llama. Fue mi hermana, María del Mar, la que lo contó. Pero según dijeron, parece que en Sierra Nevada también está.

Aquellos mismos médicos y otros mucho antes, decían que la mejor farmacia natural del mundo, la teníamos los serranos en estas sierras nuestras de Segura. Y claro, se referían a las plantas medicinales que crecen por este chorreón, todo el surco del río Segura y en las laderas y barrancos de estas montañas. Fíjate tú lo que es eso: tener en nuestra tierra la

mayor riqueza, en plantas medicinales, que existe en el planeta.
Y le contesto diciendo que algo sí me fijo y de ello me alegro también mucho.
- Y te lo digo porque yo que tengo bien pisados los rincones de este parque natural, lo he visto y por eso conozco a todas estas plantas. Herbáceas son muchas de ellas, arbustos, otras y árboles como el tejo, el acebo, el fresno, la encina y más.

Y ahora recuerdo algunas de las que mis amigos de la Aldea, me han dicho: "Para el azúcar es bueno el árnica. Un novenario de agua de árnica en ayunas, eso se ve que es "exajerao" para el azúcar. Que baja un montón. El oroval es una mata que eso dicen que es bueno. El refrán dice que si conoces al oroval pa qué quieres mal. Lo que pasa es que está muy amargo pero es bueno en ayunas también y sobre todo, para las calenturas de marta. Otra mata que se cría mucho en nuestra tierra y ni siquiera se la comen los animales, es el manrrubio.

La doradilla es otra hierba que se cría pegada a las piedras y también es buena para muchas enfermedades. El junco es bueno para quitar las verrugas. Y es cierto porque a mí me ha pasado. Ahora cuento como se hace: se arranca el junco, cuando sale lo que tiene enterrado, que se le dice el culo, pues

con eso te restriegas las verrugas. Las cuentas y tantas verrugas tengas tanto juncos arrancas. Te restriegas con todos los juncos. Luego los vas hincando con el cocote para abajo. Al contrario de como estaban.

Se queda lo blanco del junco arriba y la punta abajo y en el mismo sitio que los has ido sacando. No importa que sea cada uno en su sitio. Eso es igual. Te vas sin "golver" la cabeza. Rezas un Padre Nuestro por cada verruga y junco que hayas arrancado. En poco tiempo, se van las verrugas. Esto que digo me ocurrió a mí y a mi hija".

Estaba la pastora
sueña que sueña
por el campo en la mañana
y por la cumbre de la luz,
el azul del cielo, calla
mientras balan los borregos
y por la hierba de plata,
juega ella con sus sueños
y se va con la mañana.
Y sigue la pastora bella,
soñando que será reina.

Volvemos y comenzamos a despedir al día y al rincón. Quiero que lo hagan ellos y como la hermana menor, no desea perderse ninguna oportunidad para contar las cosas de su tierra, se acerca y dice:

- Pues estamos en los Portillos, que es la roca de toba que supuestamente se ha caído desde arriba. Se ha quedado en posición vertical y eso origina una cueva. En la cueva la roca tiene colores anaranjados y verdosos. El día sigue azul y sereno, la montaña, sumida en su quietud y nosotros, desde las honduras de este barranco, ya regresamos a la aldea. Ha sido un rato agradable que nos ha gustado mucho compartir porque las cosas de nuestra tierra, creemos nosotros que son bonitas y merece la pena enseñárselas a las personas que viene por aquí. A cambio, sólo queremos respeto sincero y limpio. Y ya está.

Subimos por la primera cuesta que es la de la Asperilla. Ya la cueva se queda en lo hondo. Los muchachos empujan fuerte repecho arriba hacia la aldea y en un punto concreto, la que está enamorada de su tierra, se para y dice:

- Quiero contarte algo más.

- Pues habla.

- Esta piedra, como ves, se encuentra al remontar las Asperillas, que es lo más peligroso.

- ¿Y qué le pasa a esta piedra?

- Pues que al terminar de remontar las Asperillas, cuando subíamos de los huertos con las bestias cargadas de hortalizas o frutas, junto a esta piedra poníamos el mulo o el burro y desde ella, saltábamos a su lomo para seguir remontando la cuesta siempre subidos en estos animales. Por eso todos por aquí la conocemos como la Piedra de la Montá.

Como a las dos de la tarde, terminamos nosotros de remontar desde la Cueva del Agua. Ellos han llegado antes a la aldea. Nos esperan sentados sobre las paredes de las casas y a la sombra. En su compañía todavía nos quedamos un rato y antes de despedirlos, les doy las gracias desde lo más sincero. Me han permitido vivir una experiencia rica en matices de sus cosas serranas y llenas de emociones limpias. Y les ha salido de dentro, por pura voluntad y sin esperar paga alguna. Así son ellos y así lo dejo escrito. Y otra vez más, un millón de gracias a Poyotello y a sus gentes tan sencilla y buena.

Y si la pastora sueña
cuando cae la nieve blanca
y a veces en silencio llora
el sueño que se le escapa,
¿por qué sigue la princesa
soñando en la mañana
y jugando con las flores frescas

que su sierra le regala?

Unas semanas después, de la hermana pequeña, recibí una carta que decía: "Domingo 16-3-97 Hola José, somos Juani Y Maribí de Poyotello. ¿Se acuerda de Nosotras? Espero que sí, queríamos mandarle estas pequeñas letras para darle las gracias por las fotos. Nos han gustado mucho a todos. También decirle que los libros que nos dio están muy bien, y que le deseamos mucha suerte en los próximos libros que escriba. ¡Suerte! Esperamos que esté muy bien y sin más que contarle me despido. Recuerdos de todos. Hasta pronto. Pd. A ver si viene un día a visitarnos. Fido: Juani Flores Tauste y Maribí".

Sigo ahora con la ruta que traigo entre manos. Ya voy rebasando el rodal de pinos que veía por las laderas del Almorchón. Es una espesura grande de pinos repoblados y luego todos los alrededores, despoblados de vegetación. La hierba sí cubre la tierra y esto transmite una pincelada de vida y fresco.

El trozo de carretera que ahora recorro, está muy bien. La van arreglando poco a poco y este tramo le tocó hace unos años. Voy terminando de remontar la grandiosa llanura de Cañada Hermosa. Por la derecha unos álamos. Sigue el

antiguo trazado de la carretera vieja. Sobre los cables del teléfono, cuervos y grajas posados. Y ya termino de remontar. A partir de este punto, la vertiente se inclina para el río Segura en el tramo que lleva por el Molino de Loreto.

Alamos por la derecha, por la izquierda la preciosa ladera del Almorchón, con muchos majuelos y mil piedras blancas que forman los cascajales o calares que caen desde las cumbres. Una manada de vacas en unos álamos que hay aquí, por el lado izquierdo y cerca de donde brota el venero de la fuente del Engarbo. ¡Qué manantial más cristalino y de agua fresca brota al comienzo de la cuesta que cae desde el Almorchón! Muchas veces he bebido agua en él y otras muchas me he pasado las tardes enteras dando compañía a los pastores de estas tierras.

A este pico precioso, se le puede coronar desde casi todos los ángulos de los rincones que le rodea. Es un monte poco escarpado debido al modelado que la erosión ha ido esculpiendo sobre él. Presenta laderas suaves y lomas redondeadas. Sin embargo, su desnivel, sí es fuerte. Desde Cañá Hermosa a la cumbre, menos de un kilómetro, hay casi trescientos metros.

Pero yo he remontado bastantes veces este macizo y uno de los caminos, sin que lo haya, es la parte que pega a Hoya

Espinosilla. Justo desde la Fuente del Engarbo, por donde crecen unos álamos pegados a la carretera. A espacio abierto y buscando libremente remontar por donde guste más, se recorre la ladera, con gran comodidad al tiempo que gozando de los grandiosos horizontes que se abren según coronamos. Ya en lo alto, la visión, sobre una grandiosa extensión de sierra, es de ensueño. Satisface hasta lo más hondo del espíritu.

Gira para la derecha, kilómetro setenta y ocho seiscientos, los álamos quedan por la izquierda donde sestean las vacas negras, blancas y rojas y todas, según tengo oído, de raza brava. Unos mulos también antes de las tinadas que por este lado vengo viendo y hasta el punto en que ya la carretera se mete por un estrecho buscando Pontones, pues hay vacas que suben para la cañada. Son toros y se les ven gordos.

Yo vi a las vacas que subían por la fértil tierra que se hunde en el arroyuelo y noté que ellas venían redondas en sus lomos y en sus andares lentos y como el paisaje que les arropaba, estaba también redondo de verde y macizo de plantas jóvenes, yo vi que el cuadro y el momento, era único entre tantos y en la mañana que llegaba sin saberlo.

Y como padre estaba a mi lado, repartiendo su cariño entre ellas, la tierra que daba vida a la hierba y el hijo que a su diestra tenía quieto, quise preguntarle el por qué de tanto dolor de lo que es tan amablemente bello pero guardé silencio y durante un rato más, seguí absorto en la redondez de las vacas pisando la tierra que cae desde la ladera y se hunde en el arroyuelo.

Setenta y nueve setecientos y por este punto, la carretera baja durante unos kilómetros. Se mete por la hondonada de una cañada que arranca desde aquí mismo. Una espesa vegetación de pinos. Se va curvando porque el terreno es mucho más quebrado hasta que vuelca de esta primera cañada a otra que es por donde se encuentran unas tinadas con el nombre de Hoya Espinosilla. Creo que por los montes que voy dejando por el lado derecho, se abre una preciosa cueva que se llama del Jabalí.

"La que está aquí arriba se llama la Cueva del Cinorrio. Algo más allá se encuentra la del jabalí. Donde hace convergencia el límite de la última sierra de pinos con esta que viene para Poyotello, ahí mismo se encuentra la Cueva del jabalí.
- ¿Tú la conoces?

- Claro que la conozco. Es grande y tiene unas entradas muy pequeñas pero preciosas. Un primo mío entró y se le agotaron las linternas y no pudo continuar pero llegó hasta un lago. Por debajo de la Cueva del Agua hay una que aunque es muy pequeña, tiene unas estalactitas preciosas. Es como el coral de bonito. Al lado de la Cueva del Cinorrio se abre una gran sima que vas andando y ni la ves hasta que no estás encima de ella”.

La carretera baja muy en picado hundiéndose en la pronunciación del terreno. A 317, kilómetro sesenta. Y en mi coche, ochenta ochocientos. Al frente y sobre una loma, veo un rodal sin pinos y ahí, la construcción de una tinada. En el kilómetro ochenta y unen trescientos ya roza el surco de la cañada. La recorre paralela y compruebo que no tiene agua ninguna. Se mete por una loma que la corta y desde este surco, remonta algo ahora por el lado de la izquierda y por la derecha, una tinada aplastada por entre las rocas. Y ya veo el surco del gran río Segura.

Una curva muy pronunciada y enseguida aparece el barranco donde se encuentra aplastada la aldea de Pontón de Abajo. Ya lo veo. Una curva que primero se va buscando el punto del nacimiento y luego vuelve para atrás. Voy ahora

saliendo de la curva de nivel que va por los mil cuatrocientos metros y bajo.

Gira para la derecha en el kilómetro ochenta y dos quinientos, se mete otra ve como para el surco de la cañada que venía recorriendo, en tierras más llanas vuelve a girar otra vez y ya se viene para el pueblo de Pontones. Esta ladera es de tierra blanca con muchos majuelos, retamas y rosales silvestres. Gira para la izquierda, una noguera en la misma curva y observo que toda la ladera resplandece de verde. La cubren los majuelos, muchas zarzas y algunas nogueras a manta.

Y ya empieza a tomar forma llana y a ponerse recta y en el kilómetro ochenta y tres cuatrocientos pues por la izquierda, la desviación que lleva al nacimiento del río Segura. Son cinco kilómetros de una carretera estrecha pero asfaltada. En el letrero que le han puesto nuevo por aquí, leo: “Fuente Segura, cinco kilómetros. Tiempo aproximado, una hora, dificultad baja y tipo de camino, lineal”.

Conozco hasta lo más íntimo, el rincón que aquí anuncian y hasta sueño con él muchas veces. ¡Qué paisaje más divino y qué espacio tan lleno de lo más dulcemente humano! A mis amigos, mis grandes amigos serranos y pastores ellos, los

tengo precisamente a dos pasos de donde nace el río Segura y compartidos con ellos, los mejores momentos que viví en estas sierras. ¿Cómo los puedo ignorar al pasar hoy por aquí siendo lo que ellos son y lo que han ido dejando en mi alma?

Si ahora mismo me fuera por esta carretera para el nacimiento del río Segura, lo primero que me encontraría serían las casas nuevas de este pueblo de Pontones y luego, huertas a un lado y otro. Remonta la carretera metida por una leve cañada y por la izquierda va quedando una ladera de pinos espesos y por ahí, el surco del arroyo del Erial. Por la derecha, el arroyuelo por donde bajan las hileras de álamos. Viene este cauce desde las Hoyas de Maranza.

La hilera de álamos que podaron el otro año y la carretera que remonta metida entre mucha vegetación de zarzas, rosales silvestres y un pasto altísimo. No estaba antes tan cerrando de vegetación. Corona hacia una pequeña curva para la izquierda y luego para la derecha y aparece ya Cañá Manzano. Una llanura grande que va ensanchando según avanzo hacia el nacimiento. La carretera escoltada por los álamos que ahora se visten lujosamente.

Atraviesa un arroyuelo y Cañá Manzano que, por la derecha, sigue ensanchándose. Ahora aparecen los huertos a

ambos lados y hasta incluso, invernaderos. Estas tierras no las dejaron abandonadas. La carretera está bien y lo que me sorprende es la enorme espesura que muestra la vegetación. Nunca la vi yo así.

Por la derecha, la tinada del pastor que conozco y ahora, las buenas tierras de Cañá Manzano, se van terminando. Lo que se me presenta por delante, rasante de esta cañada, es el collado de las Minas. Por debajo de la tinada, todavía huertos. En la tiná hay algunas ovejas. Sé, porque lo he visto con mis ojos, que aquí tienen ellos muchas luchas, casi todas en silencio y la niña con su hermano, tantas o más.

Y el mundo grande, el de la reluciente civilización y cultura exacta, a lo lejos, no ya indiferente, sino de espaldas, cuando no despreciando. Pero Tú, Dios mío, el que siento aquí a mi lado y junto a ellos ¿no superas a todos con sus ciencias y proyectos? ¿No pones en la balanza y pesas, en razón justa, para que los pequeños sean por Ti amparados? Porque si nos dejas sin tu ayuda ¿cómo relucirá tu verdad y dónde nosotros hallaremos aprecio?

Remonta del todo y el Collado de las Minas. Por debajo de esta carretera que recorro, pasa una canal subterránea. Es la acequia que sale desde el mismo pilón del nacimiento y trae las

aguas a las tierras de Cañá Manzano. Hasta este punto, viene por su pie y tallada en la ladera de la tierra que por la derecha, el río Segura, tiene. Pero al llegar a las tierras del collado, como el nivel es más alto, le hicieron un túnel y por ahí metieron la acequia porque el agua tenía que ir hasta las tierras que ellos cultivaban y, por sí misma.

Unos años atrás, esta antigua construcción que los serranos llaman la Mina, se hundió. La restauraron y ahora ha quedado construida de cemento y materiales modernos.

Al remontar, por la derecha y al fondo, aparece el valle donde duermen las aldeas de Fuente Segura. Las casas de la última aldea, la de Fuente Segura de Abajo, se recogen junto a las aguas del río y por donde éste corta la loma de rocas calizas que une al Poyo de la Iglesia con la gran montaña. La carretera sigue por la ladera, remontara ahora sobre el cauce del río y escoltada por álamos. En las tierras llanas de las orillas, los bosques de álamos aparecen espesos y, entre unos rodales y otros, varios huertos.

Por la izquierda, la gran ladera de rocas blancas que bajan desde el monte Mariasnal. Arriban se abren las hoyas y más arriba, corona la cumbre con 1827 metros de altura. Se ven pinares y ahora recuerdo que en verano, las ovejas se meten

por entre estas espesuras buscando la sombra. La acequia que arranca desde el mismo nacimiento, ya me acompaña por la derecha. Las casas de las aldeas de Fuente Segura, también me dan compañía pero en el repecho de enfrente.

Estaba la pastora
dando pasto a sus ovejas,
frente a la mañana hermosa
y el silencio de las tierras.
Y estaban las praderas,
de las redondas hoyas,
cuajadas de verde hierba
y resbalando las horas
de la soledad tremenda.
Y mientras sueña la pastora
en mil dulces primaveras,
estaban las ovejas
manchadas de rocío blanco
y preñadas de azucenas,
en la mañana hermosa,
de un azul día cualquiera.

La cañada que se abren por donde el río corre, es muy amplia. Por encima de las casas de la primera aldea, casi hasta las cumbres, se ven las tierras en forma de bancales. Ahí

sembraban antes. Por esas tierras se ven muchos almendros y cubriendo la tierra, pasto. Veo ya la tiná del nacimiento. Entra por ahí una pista que es la que da paso hasta las casas de la primera aldea. Ya veo las aguas que salen de la fuente y los álamos que llegan casi hasta la misma poza grande.

Final de la cañada que lleva al río por su centro, un amplio recodo con buenas laderas de rocas por las partes de arriba y, donde parece lo más redondo de este recodo, la fuente del bello río. La Fuente del Segura, que es propiamente como le llaman por aquí. Más para arriba de este punto, ya no hay ni agua ni surco del río aunque sí el de un arroyo que baja desde Cañá la Cruz. El Boquerón y el Salto del Moro, que trae agua cuando llueve en cantidad, porque el río verdadero, viene subterráneo y fluye en la Fuente. Las aguas se hunden en la tierra, por las partes altas y en Cañá la Cruz, donde se forma, a veces, una laguna y luego brotan en este manantial primero. Un manantial tan abundante, que da lugar a todo un gran río.

Unos niños jugando en los columpios de madera que ahora han puesto en el rincón. Por arriba, la carretera le da la vuelva al manantial y cuando ya pasa al otro lado, se ensancha y paran los coches. Más para arriba, sólo se va a Cañá la Cruz, los Campos del Espino, Pinar Negro y a los otros campos, los

del asombro y la soledad. Y desde ellos, a la cumbre blanca, las Banderillas.

Recorro, por ciento diez veces, los espacios que rodean a la Fuente. Columpios, asientos y mesas de madera, un tablero informativo y algún otro detalle que han colocado por aquí. Es como una nota que suena bien pero fuera de la sinfonía que le corresponde. Pero también comprendo que a los que llegan, les puede transmitir cierto consuelo.

Me acerco a la Fuente. Ella sí que es y con el tono y brillo que le corresponde. Y es redonda, porque le hicieron un muro de cemento para que el agua se remanse, transparente como el diamante más puro, hierve desde el fondo porque mana por la cueva abundantemente, se extiende como el mejor espejo para que se miren y reflejen los álamos, pinos y rocas que le coronan y, además, transmite el frío de la blanca nieve que cae sobre los altos campos, en invierno. Parte del agua que mana, se va por la acequia que riega a Cañá Manzano y el resto, río abajo para regar los huertos, dar de beber a las aldeas primeras y luego a los dos núcleos de Pontones. ¡Qué paz transmite y cómo limpia al espíritu, sólo mirarla en silencio!

En un letrero leo: “Prohibido bañarse, prohibido andar con los coches fuera de la carretera, prohibido echar papales,

prohibido acampar, prohibido encender fuego, prohibido meter ruido innecesario". Y los firman, los ayuntamientos. Claro que en aquellos días, hasta la libertad era libre y el rincón siguió con su encanto. Y lo digo porque sé que ellos, sin ni siquiera ponerse de acuerdo ni escribirlo, redactaron un código que decía:

"Permitido beber del agua de la vida
y con ella regar los huertos,
permitido el gozo frente a tan limpio manantial,
y darse un buen baño de silencio,
permitido el asombro al rayar el día,
permitido todo, porque el amor se lleva dentro
y sólo él pondrá límites
para seguir en el edén de la transparencia, sin romperlo".

El hermano de la niña, me saluda.

- Pues aquí echando el rato.
- ¿Y los animales?
- Por los Campos del Espino. Con esta calor, las ovejas están acarradas y por eso puedo darme una escapadilla por el otro mundo.
- ¿Y hasta cuándo?

- Un poco antes que termine de caer la tarde, me iré para arriba. Con el fresco se ponen en movimiento y ya no paran en toda la noche. ¿Lo sabías?
Y le digo que sí.

"La historia de los bueyes que se cayeron al chavanco de Fuente Segura y ya no se vieron más, yo no lo vi, aunque paso a creer que fuera verdad pero el otro año vinieron unos buzos y se metieron dentro. Dijeron que hay una cueva grande. Hacia Cañá la Cruz pa' arriba, se ve que está todo aquello hueco. Un mundo de agua es lo que hay por debajo de la Fuente.

En Cañá la Cruz, hay un sitio que se llama la Laguna. Cuando llueve mucho se hacen charcos y sale la laguna. Por eso en verano, cuando todos los campos están secos, en las tierras de la Laguna, la hierba está verde como si fuera plena primavera. Eso lo he visto yo muchas veces. Y dicen que por debajo, hay un chavanco. El año que tuvieron los buzos allí, decían que ahí mismo había un tesoro. Que hay una afortuna muy grande bajo tierra. Y claro, pudieran ser ese lago grande que vieron".

En esta Fuente del Segura, por el día de Santa Quiteria y en tiempos pasados, los jóvenes de las aldeas que acompañan al nacimiento del río, se venían de fiesta. Cogían su hornazo y

al nacimiento venían a comérselo. La orza de los chorizos, también la empezaban ellos por aquellas fiestas. Esta orza se tapaba con yeso y en este día era cuando se rompía aquella tapadera de yeso. Las eras de Majá la Caña, también eran lugares que servían para celebrar la fiesta de este día. Se mecían en mecigores, "blincaban", jugando a la comba y se cantaban la siguiente canción:

¿A quién me pongo a cantar
de carita de la luna
porque me quiero llevar
de la tres hermanas, una?
La chica no tiene el tiempo,
la mayor pasa de edad,
la de enmedio es la que quiero
si sus padres me la dan
y sino yo me la llevo.

Luego lo despido, me vuelvo por la misma carretera y al llegar al Collado de las Minas, me vengo para la izquierda. El pequeño trozo de carretera, hasta hace unos meses, pista de tierra, se deja caer por la pendiente, busca el río y ahí mismo, se encuentra con las casas de Fuente Segura de Abajo. Es aquí donde vive el Pastor y ahora lo quiero saludar.

Pero al llegar, ya me los encuentro, padre, madre y, de las tres hermana, una, la hermana menor, preparados para la faena con las ovejas.

- Es que al caer la tarde, se espabilan y si las dejamos solas, se pueden ir a cualquier sitio.

Luego me dicen que entre Fuente Segura de arriba y estas casas suyas, tienen la otra tiná donde están las paridas. La madre, con la niña, centran su tarea con estas, el hermano, con las que carean por los Campos del Espino y el padre, con las que se refugian en la tiná del Collado de las Minas. Y por eso me digo, que qué tarea, Dios mío, y así todos los días del año, sea verano, pleno mes de agosto como hoy y domingo, otoño, invierno o primavera. Qué tarea y siempre con la sonrisa en los labios y el corazón dispuesto para los demás.

- Pero ¿y en invierno?

- Si viene como el de este año, tan seco ¿a ver qué hacemos? Si alquilamos pastos por Sierra Morena, como no hay hierba, les tienes que echar pienso y como los pastos también hay que pagarlos, tenemos gasto doble.

- ¿Y si os quedáis aquí?

- Como el invierno sea de nevazos grandes, encerradas hay que tenerlas todo el tiempo y comiendo pienso y como, además, enfermen y se te mueran los borregos, fíjate tú qué lucha y qué negocio tan bueno.

- Pero a ver ¿qué hacéis?
- ¡Claro! ¿Qué hacemos? Porque venderlas y cruzarnos de brazos, poder podemos pero ¿de qué comemos?
- Eso digo yo y aunque lo entiendo...

Ya dejé escrito que, en Fuente Segura de abajo, vive el Pastor, En su casa, la hermana Anica, se la enseñó a la hija y la hija que ahora es madre de cuatro hijos, todavía reza lo que ella llama la oración del Niño.

***Y la noche que avanza** y en lo hondo del valle, sólo de vez en cuando se oyen los balidos de las ovejas y los ladridos de los cuatro perros perdidos en la aldea y, como entre los suyos, la niña se duerme, la mira la abuela y besando su cara temblorosa le dice:*
- Ayer me dijiste que querías saber la historia que esta noche y, en aquellos tiempos, ocurrió en Belén de Judea.
Y la niña que mira:
- Cuéntamela mientras el sueño me lleva.
Y la abuela:
- Me has preguntado ya cien veces que cómo nació el Niño y que si era bonito y en aquella noche de los pastores con la estrella y los ángeles cantando el gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad y los reyes magos con sus regalos por las veredas...

Y otra vez la niña:
- Esto es lo que te he preguntado, abuela.

- Pues estando la hermana viviendo en su cortijo de cal y piedra, sucedió que una noche de frío larga y cuando la oscuridad era más grande y la nieve caía espesa, se le cumplió el tiempo y estando las vacas de labor y mulos y burros que se tenían para el trabajo del campo y los cerdos para las matanzas y gallinas con sus gallos despertadores y cabras y ovejas, recogidos en sus establos y tinadas y estando los hombres reunidos alrededor de las lumbres en sus humildes rincones de barro y tierra, acudieron las mujeres, en su ayuda, en aquella noche de oscura niebla.

Y estando el campo lleno de rocío y en silencio las sendas y los demás serranos en sus cortijos y la sierra entera, como dormida y con el alma abierta o como agazapada en la gran espera, le llegó la hora a la hermana bella y en el cuartucho de la humilde casa y toda rodeada y ayudada por las pastoras de la ancha sierra, en la estrechez del cortijo y entre los montes y sin médicos ni parteras, en aquella noche perdida y de amor tremenda en los corazones de los hombres de voluntad buena, la hermana joven dio a luz una hermosa nena y como los otros niños estaban en las casas esperando que las mujeres anunciaran la buena nueva y los pastorcicos, pues si en la

sierra todos eran pastores y labradores y aserradores y carpinteros de mil maderas y sobre las cumbres del azul lejano y la blanca nieve, relucían estrellas que eran candiles de aceite y antorchas de teas de los cortijos vecinos y de los serranos junto a sus pegueras que se anunciaban unos a otros la buena nueva y cuando ya nació la criatura, las mujeres mayores salieron de la casa y decían contentas:

- Tenemos una niña más en el valle y la sierra.

Y los niños que se calientan en la lumbre y en su juego y espera, al oír la noticia exclaman, en gozo y sorpresa:

- ¡Qué bien que nazca otra niña porque así mañana, podremos jugar con ella!

Y la anciana que guarda silencio porque es media noche y en la iglesia de la humilde aldea, suenan las campanas llamando a la misa de la Nochebuena y la niña que llena de sueño se acurruca en la cuna de los brazos de la reina abuela, que la mira primorosa y le dice, entre duermevelas:

- Pero abuela ¿aquello ocurrió en Belén o fue de verdad y en esta tierra nuestra?

Y cuando la niña ya se duerme, más que agotada satisfecha, la abuela se acerca y al oído le susurra mudamente:

- La oración que tú querías oír me la enseñó mi madre y a lo largo de la vida la he rezado mil veces y ahora que nadie nos oye y, mientras el sueño te va liando en sus sedas, te la voy a recitar despacico para que la oigas y la aprendas:

***La princesa** de los cielos,*
reverencia en mil altares,
que es la virgen a quien se humilla
los ángeles celestiales,
a quien se encuentra pregunta:
- Señores si ustedes saben
un niño se me ha perdido,
de mi compaña, ayer tarde.

Va vestido de morado,
de nazareno es el traje
cabe frente espaciosa
ojos rasjados y grandes
y sus mejillas son dos rosas
y sus labios dos corales.

- Sí señora, sí lo he visto,
por aquí pasó ayer tarde,

y va pidiendo una limosna
diciendo razones tales:
“A quién me dé le daré
otras riquezas más grandes
que las tengo yo guardadas
en el reino de mi Padre”:

Y salí con pan en la mano
para la limosna darle,
y cuando lo vi tan chiquito
y fresco que corría el aire,
le dije de esta manera:
“Entra mi niño a la lumbre
a calentarte”.

Entró y se sentó en el suelo,
no quiso en otra parte
y en sí que se calentó
una cama quise echarle,
pero no quiso sino en el suelo
y en una estera de Alicante,
con el hatillo por cabecera
donde su cabeza echare.

A otro día por la mañana

el niño se levantó,
dándome los buenos días
y que con Dios me quedare.
- Anda con Dios niño hermoso,
anda con Dios niño amable,
que me has dejado en mi casa
que no quepo en las carnes,
de ver que he tenido esta noche
la compaña del Dios grande.

Desde allí se fue la virgen
más contenta que llegó antes
buscándolo de templo en templo,
buscándolo de valle en valle.
¿Dónde lo vino a encontrar?
En unas murallas tales
hablando con los doctores
y defendiendo a sus padres.
Y por ser LA ORACIÓN DEL NIÑO
será razón que se acabe.

Nota: este hermosísimo fragmento de la cultura e identidad serrana, me lo entregó la hermana Juana, mujer del Pastor en la aldea de Fuente Segura de Abajo. Es ella madre buena donde las haya y a todos sus hijos, le enseñó esta oración y se

la recitó muchas veces para que se durmieran. Pinceladas de algunas de las cosas bellas de estas sierras.

Remonta la carretera un poco para salvar la loma que viene desde el Poyo de la Iglesia y al volcar, ya cae al surco del cristalino río Segura. El que me fascinó tanto la primera vez que lo vi y me sigue llamando con tanta fuerza cada vez que por el lugar vengo.

Nace el río *junto a mi aldea*
y sus aguas de cristal,
son como del viento, la esencia
que acarician al pasar
y, como del rocío la transparencia
y de la nieve, su azahar,
son los borbotones del río
que me mira al despertar.

Nada más asomar, se ve un bloque de álamos verdes, las casas siguiendo el surco del río, coronadas por las rocas a un lado otro y aquí, Pontón de Abajo. Kilómetro ochenta y tres setecientos. A la derecha una casa grande y muy bonita, cerca de donde en otros tiempos estuvo la central eléctrica, por la izquierda más casas y la carretera que cruza el río. Veo que

trae bastante agua. Se le nota algo remansado pero con caudal grande.

De aquí mismo y por la derecha, sale una pista de tierra que se va río abajo, por entre alamedas y desfiladeros hasta el Molino de Loreto. Un antiguo molino de los muchos que por el lugar hubo en otros tiempos y que es donde brota un gran venero de agua. Cuando en los años pasados, de gran sequía, se agotó la fuente del nacimiento, muchos acudían al venero del Molino de Loreto a por agua porque este manantial no llegó a secarse. Conozco el rincón y puedo decir que también es de ensueño. ¡Cuántos secretos y bellezas esconden cualquiera de los rincones de estas sierras!

El manantial del Molino de Loreto, se encuentra justo en el cauce de este río Segura, entre fresnos, álamos y muchas rocas calizas. De las laderas a los lados, han rodado los cascajos y en el mismo cauce, se han quedado. Por entre piedras, brotan los veneros limpios de este manantial que en realidad no es uno solo sino como un manto de agua que va saliendo allí por donde puede y más le gusta.

Por el lado derecho, en la dirección que corre el río, se alza la robusta ladera y cumbre de los Palancares y por el lado izquierdo, al río le llegan dos preciosos arroyos. El más próximo

al manantial, se llama arroyo Azul que viene de las cumbres de Castilla la Vieja, Cerro Cortao y la fuente de Prao Riazul. Otro ramal de este mismo arroyo, baja desde la cumbre por donde se alza la tiná del Bierzo.

El otro arroyo, algo más abajo de este manantial de Loreto, se llama arroyo Cabañas. Nace por la loma del Sapo, entra por los picachos del Caballo, las Espinareas, Tajonera de Arriba, Tajonera de Abajo y ya cae para entregarse a las aguas del precioso río Segura. Así que este diamantino río, por aquí borda un rincón de primor por tanta agua, tanta vegetación arropándolo, tanta profundidad y, entre tanto asombro y riqueza limpia, ellos labrando sus trocicos de tierra para obtener el fruto. En otros tiempos fueron huertos de tomates y pimientos. Hoy son alamedas tupidas que luego cortan y venden para madera.

Al pueblo hoy lo encuentro solitario. Y lo comprendo porque es una hora que el sol cae con fuerza. No se ven tampoco muchos coches por aquí. Aunque el día sí parece de los más bonitos, da la impresión de lo contrario. Lo voy cruzando siguiendo la carretera que se ciñe al río, por la izquierda la figura del mesón, donde también tengo momentos inolvidables en compañía de mi amigo el Pastor y su familia, la vieja fábrica de la lana, toda la ribera del río llena de mucha

vegetación, nogueras, zarzas y fresnos y ya dejo atrás las casas del pueblo.

- A esta, ahora vieja y abandonada fábrica, es donde los pastores de aquellos tiempos, traían la lana de sus ovejas. Se aprovechaba todo porque había mucha carencia de cosas. Ellos le sacaban algún beneficio a la lana de sus ovejas y en la fábrica se hacían mantas, capotes, abrigos... y se hilaban hebras que luego se usaban para tejer en los telares de las casas.

Todo era a mano. Entonces no había tantas máquinas como ahora y si en esta fábrica existía alguna, era movida por la fuerza del agua. En el batán se lavaban las mantas, se teñían con tintes naturales sacados de estas sierras y se tendían luego para que se secaran. Daba trabajo esta fábrica a muchas personas y lo más importante era que el trabajo salía de los mismos productos de la tierra y aquí se queda todo.

- ¿Fue una pena que desapareciera?

- Lo fue y más aún porque nada de lo nuevo ha venido a sustituirlo. Las cosas que ahora se montan, van por otros caminos ignorando a los pastores de siempre y su manantial de riquezas que sí es de lo que sabe a tierra propia. La vieja fábrica de lana, era como la gran industria que nacía de los

pastores y por eso los acogía a todos en algún punto. Los unía y les daba categoría pero ahora...”

Kilómetro ochenta y cuatro doscientos y dejo atrás a Pontón Bajo. La carretera se aleja ahora cortando la ladera hacia la Piedra Horadada. Discurre por la derecha mientras lo remonta. Varios molinos de aquellos tiempos y algunos todavía con sus maquinarias, me van quedando por la izquierda y pegado a las aguas. Un gran bosque de álamos muy verdes, muchas zarzas que ahora cubren las tierras de muchas de las huertas que en otros tiempos ellos sembraban por aquí.

- ¿Y los viejos molinos?
Le pregunté aquella tarde.
- Pues de ellos, mucho yo podría decir pero entre tanto, te aclaro que en este río había tres o cuatro. Y lo que molían era trigo, como lo más importante, porque la harina y el pan, en las casas nunca faltaba y luego pimientos secos para sacar el pimentón, garbanzos, habas y panizo.

Y con aquellos viejos molinos, preciosas industrias para nosotros en aquellos tiempos, pasaba como con la fábrica de lana, que a ellos acudían los serranos y a todos los unía en un mismo punto con sus cosas y entre sus cosas. Ellos sembraban la tierra de trigo, de cebada, centeno, garbanzos o

panizo y a su tiempo, recogían la cosecha, la trillaban y con el grano, acudían a los molinos para obtener la harina. Con sus bestias, burros mulos o caballos, se iban por los caminos a sus cortijos y aldeas y luego, amasaban y cocían su pan en los hornos de leña.

Por eso te decía que los molinos de este río, eran como la mejor industria serrana nacida de los serranos mismos y alimentada por ellos y así todo surgía y se quedaba en la tierra. ¿Por qué desaparecieron? Lo nuevo ha ido arruinando grandes cosas viejas y bellas y al mismo tiempo, ha ido deshaciendo nuestra propia realidad, cultura y raíces.

Al frente ya veo a la Piedra Horadada y el cañón por donde metieron a la carretera aprovechando el surco que tajó el río. Por el kilómetro ochenta y cinco, rozo la Piedra Horadada que me queda bien remontada y por el lado derecho. Es un hueco abierto en la pura roca por las lluvias, el viento y las nieves de estas alturas. Voy jugando con las curvas de nivel que van entre los mil trescientos y mil cuatrocientos metros.

Traza la carretera una cerrada curva para la derecha y remonta rápidamente. Por la izquierda me quedan las blancas casas de Pontón Alto. La carretera las roza y no llega. Se

aparta una pequeña carretera y, por ella, hay que irse para meterse en el corazón de esta otra bonita aldea.

Entre tantos recuerdos bonicos que nunca olvidaré porque no pertenecen a los negocios de aquellos que se llaman cultos y por eso ni siquiera los conocen, y hasta algo los desprecian, ahora me florecen algunos. La figura de la madre cuando aquel día me entregó algunas de las perlas que lleva en su corazón. En homenaje a ella, lo escribo a continuación.

1- Niño chiquito
del Dios poderoso,
ante Ti mis penas
se convierten en gozo.
Al dormir y al despertar,
antes morir que pecar.

2- A la mesa de Cristo
me han invitado
a comer un cordero
sacrificado.
Sacramento divino
dulce bocado,
en el alma me pesa
haber pecado.

3- San Antonio bendito,
ramo de flores
a las descoloridas
dadles colores.

- ¿Y cuando llegaba la Navidad?

- En este pueblo de Pontón Alto y en las aldeas de Fuente Segura, íbamos por las casas cantando aguilandos. Unos nos daban un chorizo, otros una torta, un puñado de higos, nueces. Luego, todo esto lo juntábamos en una casa y allí nos pasábamos un rato. Esto era cuando pequeños y hasta me acuerdo que una de las canciones que cantábamos decía así:

A Belén camina
la aurora y María
y a san José llevan
en su compañía.
- Compaña más alta
no la he de encontrar,
antes de las doce
a Belén llegar.

Siguieron andando

hasta que encontraron
a unos arrieritos
y le preguntaron
que si pa Belén
hay mucho que andar.
Siguieron andando
hasta que llegaron
a unos cortijicos
y allí se pararon.
Le dice María:
- Anda tú, José
haber si en esa casa
nos quieren recoger.

Se asoma el posadero
por una ventana
- Ahora, es deshora
ya no doy posada.
Siguieron andando
hasta que encontraron
unos pesebricos
y allí se pararon,

le dice María:
- Acuéstate José

que cuando sea la hora
yo te llamaré.
Dando los tres cuartos
ella conoció
que el Verbo Divino
le hizo sensación.
Le dice María:
- Levanta José
que el Rey de los cielos
ya quiere nacer.

Se levanta José
todo afligidico
al ver que su niño
no tiene pañalicos.
Le dice María:
- Nos llores José
que en mi hermoso manto
yo lo envolveré.

Y decía que la aldea que por la izquierda me voy dejando es para mí más entrañable y delicada que la primera quizá por la soledad que le presta el paisaje donde duerme o quizá por el encanto que le regala el río recién nacido y el arroyo de Majá la Caña que le entra por el lado derecho. Tengo en este rincón

también muchos bellos momentos vividos y con las personas más buenas del mundo. Para ellos mi recuerdo diciéndoles que en lo más hondo de mi alma, los envidio de verdad. Son afortunados hasta donde ni siquiera saben y por ello les doy gracias a Dios. En el librico se recoge para que nunca se pierda y en mi corazón lo tengo bien abrigado.

Por la cuerda que me va quedando a la izquierda, se alza una roca preciosa que tiene figura de elefante. Desde lo alto de ella, recuerdo yo que mi amigo Gaspar, padre de Candi y Francisco, al amanecer de aquel precioso día, me decía los nombres de los sitios.

Nombres entorno a Pontones: Molino de tío Jacinto, Molino del tío Pascual, Molino del tío Lidio o del Cuco, Molino del tío Nicharro, Molino del Gordo, Salto de luz de Marcelo Palomares = Antigua fábrica, Molino del tío Loreto, Peñón del Quico, Cueva de las Parieras, Los Poyos de Donato, Castillas la Vieja, Loma de la Piedra Horadá, Picón de la Piedra de la Horadá, La Solana del Molino, la Umbría de la Fuente Soldao, Cueva de las Huertas, El Castellón, Los Huertos del Castellón, Collado de los Huertos, Las Huertas Largas, Fuente de las Veguillas, Veguillas de la Solana y Veguillas de la Umbría, Fuente del Manquillo, El Charco del Tejo, Las Piedras Gordas, cortijo Penca, Praos de Fuente Segura, La Umbría de Fuente

Segura, cortijo de Enmedio, La Noguera del Tornajo, cortijo de Arriba, El Nacimiento, Barranco de la Fuente de la Puerca.

Del Masegoso para arriba: Arroyo Azul, El Estrecho, Las Cuevas de arroyo Azul = Se encierra ganado, Hoya Cabaña, cortijo del Herrero = Desemboca los arroyos, La Espinarea, Morro de la Espinarea, La Huerta = Nacimiento de arroyo Azul, Tiná de la Huerta, Tiná del Tuerto, Fuente del Vierzo, cortijo de la Fuente del Chorro, el cortijo Palacio, Vallejo del Masegoso, Barranco del Masegoso, cortijos de los Pinares, cortijos del Masegoso, cortijo del Herrero, La Cabeza Chica, Cabeza Grande, Fuente del Toril, Cueva del Jabalí, Majal del Lipe, La Muela.

De Pontones para arriba: Collado de Majá la Caña, Los Pajarracos, Collado de los Arenales, Fuente de la Piedra, Fuente de los Lunares, Collado de San Miguel, Cerro Cortao = Izquierda de la carretera, Prao Rincón = A la derecha de la carretera, La Pañoleta, La Veintena = el paso del ganado. Llano de Prao Rincón, Tiná de Antonio = Tiná del Vilana, cortijo del Quinto, Prao de las Caídas, Los Cigarrales, Las Zorreras, Punta de Majá la Caña, Huerto de la Perica, Alberca de la tía Perica, Alberca del Lobo, Prao Largo, Prao del Escuerzo, Loma de la Casilla = Cimientos de una vieja casilla.

Loma del Perro, El Zabellón, Los Toriles = Cimbra de riscales. Cueva Hundía, Era del Esenciao, El Morro del Sastre, Hoyos del Tartaja, Valle Joroca, La Tiná Valle Joroca, El Cejo de las Espumaredas, Cañá de los Toletes, Corral del Tolete, Majal Alto, Las Parieras, Poyo Serbal, Hoya Santos, Tiná de los Corralejos, Hoyos de los Corralejos = Dentro de los Corralejos: Hoya del Sorbior, En el Mariasnal y en los Riscos, dos hoyas más con el mismo nombre. Tres en total. Haza Blanca, La Tina de la Abuela. Fuente del Calar de los Peones.

Por Hoya Maranza: Hoya Espinosilla, Las Horquillas, El Chorrillo, Fuente de Encajabarbas, Corral del hermano Antón, Boquera de Hoya Maranza, Los Tornajos del Maguillo, Morro de la Cuevecilla, Zona Braga, Hoya Braga, El Tornajillo, Hoyos del Loco, Corral del Gaspar, Majá la Risca, El Caquirucho, El Pinar, Hoyas de Plácido, Hoyas del tío Paciano, Era Empedrá, Los Tornajos de Mariasnal, Los Corrales de Maríasnal, Sima de las Majaicas, Fuente de la Raja, Cueva del Agua, Cueva de la Terrera, Cueva del Nacimiento = Por encima de Fuente Segura, arriba.

Por la derecha de esta aldea se escapa la carretera barranco arriba buscando la cuerda de la cumbre para irse hacia las otras partes de la sierra. En el arreglo que le están haciendo, por el lado derecho, a la montaña le han tenido que

cortar un buen tajo y todo en la viva roca. Una tinada a la derecha, un álamo por la izquierda, la llanura de Cañá Rincón y al frente, las tinadas de Majá la Caña y un bloque de álamos. Una llanura grande y muy bonita por donde siempre se me queda herida el alma por el misterio que esta tierra llana encierra.

Se aparta, por la izquierda, una pista de tierra. Si me fuera por ella, después de atravesar el incipiente arroyo de Majá la Caña, dejar a la derecha un par de tinadas donde todavía crían borregos, gallinas y perros ovejeros, me vendría para la derecha y tomaría la pista de tierra que atraviesa la extensa y preciosa llanura de Cañá Rincón y Majá la Caña, iría a salir a donde nace uno de los más bonitos arroyos que vierten al río Guadalquivir. Se llama de las Espumaredas y justo en su parte alta, todavía quedan las ruinas de la más preciosa aldea que se alzó por estas sierras. Las Espumaredas se llaman y son las de Arriba y las de Abajo.

Tampoco ya vive nadie ahí porque la expropiaron y derribaron las casas pero los árboles de aquellos hermosísimos huertos, todavía dan cerezas y yo creo que las mejores del mundo. Se las comen los grajos y los arrendajos cuando no llegan a tiempo algunas de las personas que viven en las aldeas de Fuente Segura.

Recuerdo yo ahora aquel día de primavera ya casi comienzos del verano. Vine por estas tierras con la intención de recorrer los paisajes donde estuvieron las aldeas de las Espumaredas. Dejé el coche en el collado de la Romana que es justo donde la pista que va hasta la aldea de Ortuñio, corona la cuerda y vierte hacia las laderas que miran al Guadalquivir. Para este lado, cara al sol de la mañana, es vertiente del río Segura.

Pues ahí mismo dejé el coche. Casi por lo alto de la cumbre me fui andando pero por lo que es vertiente al Segura. Llegué hasta el collado donde, por la derecha bajando, nace el primer arroyo que le entra al de las Espumaredas. Desde este collado, me dejé caer hacia la izquierda siguiendo todo el cauce y a poco, nada más salir de una espesa repoblación de pinos, me fui tropezando con las tierras que en aquellos tiempos fueron sus huertas. Un manantial nace por aquí y entre los pinos que repoblaron en las tierras de aquellas huertas, me encontré con unos tornajos de chapa. Una goma vierte en ellos un chorrillo de agua para que beban las ovejas o más bien los ciervos y cabras monteses. Desde que repoblaron con pinos estas tierras, no dejan que por aquí haya ni ovejas ni serranos cultivando sus tierras.

A mitad de esta ladera, me encontré un espeso bosque de cerezos calgaditos de cerezas. Como ya era mediado de junio, las cerezas estaban casi maduras. No del todo pero muchas sí estaban por completo coloradas. Me entusiasmé y comencé a coger y comer con verdadero apetito. ¡Qué ricas estaban a pesar de los días que le faltaban para completar su maduración! Por entre el espeso bosque de cerezos, me fui encontrando con parras repletas de racimos de uvas aun empezando a florecer, manzanos, almendros, nogales y pinos. Muchos pinos de la especie de los laricios que fue los que repoblaron cuando echaron de estas tierras a las personas que las ocupaban y vivían en la aldea de las Espumaredas.

Aquel día seguí bajando por la fértil ladera de pinos, cerezos, almendros, nogueras y por el cauce, muchos álamos y cuando llegué al cauce del verdadero arroyo de las Espumaredas. El que nace justo donde termina Cañá Rincón, vertiente esta última del Segura y Vertiente, el arroyo de las Espumaredas, del Guadalquivir. Pues en este punto me crucé con una pista forestal de tierra. Al verla recordé lo que un día me había dicho Ceferino, vecino ahora de las Casas de Carrasco y nacido y criado en las casas de la aldea de las Espumaredas.

- Fui el último vecino que salió de las Espumaredas. Me hice fuerte y allí quería morir pero amigo, con fuerzas mayores, no

hay quien pueda. Hasta el año ochenta estuve yo allí pero al final, también fui vencido. Todos los otros vecinos ya se habían venido y en cuanto dejaron sus casas, hicieron una pista de tierra, la que todavía va desde las llanuras de Majá la Caña, metieron máquinas y derribaron las casas. Por las tierras de los huertos, las que habíamos cultivado nosotros a lo largo de siglos, plantaron pinos y como para que los pinos crezcan hay que guardarlos de la presencia de animales, a partir de aquel momento, ya se terminó toda presencia y vida humana por allí. Ni huertos, ni animales ni vecinos.

- ¿Y por qué no cortaron los cerezos, las nogueras y los álamos?

- Sería porque les daría pena. Pero la pista de tierra, la primera pista de tierra buena que llegó a la aldea de las Espumaredas, fue la que hicieron ellos con aquellas máquinas de hierro precisamente para derribar las casas. Antes y hasta esos mismos días, nosotros nos habíamos apañado con una simple verea para ir y venir las personas y las bestias con su carga de cebada, paja, frutas y hortalizas de los huertos. Justo cuando tuvimos un buen camino para entrar y salir de nuestra querida y bonica aldea, ya no estábamos nosotros ni estaban las casas ni los huertos ni las manadas de ovejas.

Esto me decía aquel día Ceferino cuando, al caer la tarde, me lo encontré en el Collado del Cambrón, cogiendo agua del chorrillo que cae a la alberca. Fue por el noventa y cinco y como por aquellas fechas eran años de gran sequía, pues a este manantial del Collado del Cambrón venía él a por agua para beber. Y yo aquel otro día de mi ruta por las Espumaredas, al encontrarme con la pista de tierra, me fui siguiéndola. Nada más volcar un puntal, en la hondonada de dos pequeños arroyuelos que también le entra al de las Espumaredas por la izquierda según se baja, vi las ruinas de la aldea. Aplastada en el puntal que se recoge entre los dos cortos arroyos, arropadas por las sombras de las nogueras, los álamos y los manzanos y solitaria. Achicharrada por el sol de la tarde, porque esta bonita aldea ellos vinieron a construirla cara a sol de la tarde, justo en la solana que mira para el nacimiento del río Segura.

Y a pesar de la soledad, la desolación por las ruinas y el abandono de las tierras, qué bonito me pareció el rincón. Lo recorrí despacio y fui descubriendo que la primera casa, por donde le entraba la senda que iba desde Pontones y Fuente Segura, todavía estaba en pie. Con sus tres ventanas mirando la llegada de la senda ahora convertida en pista de tierra y sus puertas mirando hacia el valle del arroyo de las Espumaredas. Todavía estaban en pie pero sólo las paredes porque el techo

de tejas, estaba arrancado y hasta las bigas de madera, rotas y podridas.
Por entre esta primera casa, según se llega de Fuente Segura, a la derecha y la segunda, a la izquierda, pasaba aquella vereda y seguía hacia las profundidades del arroyo y en busca de las otras aldeas por estos barrancos. Las Huelgas, los Centenares y las Canalejas.

En aquella excursión mía, aquel día de primavera casi terminada, seguí bajando por el mismo surco del arroyo y llegue hasta las Huelgas. Y comprobé que el nombre se lo había puesto con verdadera exactitud. Todo el arroyo de las Espumaredas, desde que nace en el collado de las dos vertientes, cejo de las Espumaredas y Cañá Rincón, es, o mejor dicho, fue una pura huelga. Mil huertas a un lado y otro que ellos sembraban de patatas, tomates, habichuelas, ajos y cebollas y que todavía se encontraban repletas de manzanos, ciruelos, cerezas, membrillos y álamos. Pero la tierra que crió tan buenas patatas, ahora sólo daba ortigas, cardos, hierba silvestre que se la comían los ciervos y era refugio de miles de grillos, saltamontes y arañas. Un poco antes de llegar a la junta de los arroyos de las Canalejas con el de las Espumaredas, me encontré con varias manadas de marranos jabalíes, muchos ciervos, algunas cabras monteses, arrendajos que se comían las cerezas que estaban madurando y cuervo.

Por lo demás, todo era inmensa soledad rota solo por el monótono chirriar de la chicharras y el rumor del agua corriendo por el arroyo. Pero aún así, y siendo bello el rincón como pocos rincones de estas sierras, la desolación y la tristeza, hacía mella en el alma. Por todos lados se adivinaba y se veía la presencia de los que habían estado y ya no estaban y quizá no volverían a estar nunca más.

Aquella misma tarde, regresé coronando hasta la misma cumbre del redondo cerro de Pedernaleros, cúspide y punto más elevado en la divisoria de las dos vertientes, Guadalquivir y Segura, Ortuñio y Pontones y mientras me venía recreando a las dos preciosas y grandiosas panorámicas para la cuenca del Segura y cuenca del Guadalquivir, descubrí a lo lejos la bonita y blanca aldea de Poyotello. Cuando llegué al coche, monté y después de pasarme por el nacimiento del Segura que también se estaba secando, beber agua y coger una poco para seguir hidratando el cuerpo por lo mucho que a lo largo del día había sudado, me dirigí a Poyotello. Cuando llegué me encontré con dos ancianas que tomaban el fresco de la tarde sentadas en sus bancos y luego saludé a Juani, a Tomás el pastor, a dos muchachos más y a una niña que jugaba montada en su bicicleta. La madre de Juani estaba en los huertos, un poco más arriba y por entre los sembrados de cebada, trigo y garbanzos, trajinaban varios hombres mayores.

Un rato estuve allí con ellos y mientras caía la tarde, una extraña sensación de tristeza y desasosiego me fluía desde el alma. Para mi solo me dije que aquella bonita y derruida aldea de las Espumaredas, en los tiempos de ahora podría ser como estaba viendo en Poyotello: un grupico de casas blancas donde los vecinos podrían tomar el fresco al caer las tardes, los niños podrían jugar montados en sus bicicletas, las muchachas podría cuidar de los abuelos como en Poyotello Juani cuidaba del suyo y las personas mayores, estarían en los huertos labrando y regando las cosechas de patatas, tomates y otros productos. Aquella aldea de las Espumaredas, ahora sólo ruinas y dentro de unos años, desaparecida casi por completo, en los tiempos de ahora, podría ser como esta preciosa de Poyotello pero he aquí que no lo era ni no será nunca. Se la come el sol de las largas tardes del verano, el verde de los pinos laricios que por su alrededor sembraron, la profunda soledad del barranco, las espesas nieves en invierno y las recias lluvias de las nubes otoñales. Todo esto se la come en aquella quietud eterna y los que allí nacieron y vivieron, los que no murieron carcomidos por la añoranza de la pérdida, poco a poco van muriendo lejos de su amada tierra aunque sea en

hospitales modernos y casas con aire acondicionado y televisión en color. [2]

Algo más allá de las ruinas de las dos Espumaredas y, metidas en las profundidades de la Umbrías de Parra, se desmoronan un puñado más de aldeas preciosas. Entre ellas están los Centenares, las Canalejas y las Huelgas. Mil veces fui por ese rincón y otras tantas me quedé sin respiración frente a paisajes tan asombrosos y tanta presencia humana por allí desparramada pero ahora todo en ausencia. Al pastor Gonzalo, el último solitario por estos rincones y entre las ruinas de los Centeneras, lo conozco y a su rebaño de ovejas y los perros que le dan compañía.

Entre tantas cosas, recuerdo aquella noche que subimos de Coto Ríos y para unos amigos, mató el mejor borrego. Lo desolló, coció la sangre en la lumbre que allí mismo hicimos y mientras terminaba de prepararlo, íbamos comiendo trozos de aquella sangre recién cocida. Corría viento y aunque era verano, helaba bastante. La lumbre, enmedio del campo y con

---

2 *Siguiendo la cuerda que corona Majá la Caña, Pedernalero y toda su loma, el recorrido es más largo pero mucho más bello por las preciosas vistas que desde este punto se dominan. No es nada difícil porque el terreno se anda con toda comodidad y además, la belleza de los paisajes que vamos encontrando, gratifican hondamente. La mejor época para hacer esta ruta, es el final de la primavera. En invierno hay por aquí mucha nieve y el frío es muy intenso. En verano, el sol pega con fuerza y agota mucho.*

las ovejas por el cerrillo, daba compañía y transmitía calor a las manos frías. Luego se echó la noche y entramos a la casa un rato. Nos invitó a un buen tazón de calostros frescos y mientras tanto, para que la carne del cordero que había matado, se oreara un poco y soltara las últimas gotas de sangre, lo dejó colgado en un de los viejos árboles que todavía viven junto a las ruinas de la aldea.

Cuando salimos, los perros lo habían derribado y por aquellas llanuras que rodean a las ruinas de la aldea, se lo estaban comiendo. ¡Qué disgusto cogió este hombre, pastor solitario en el último y más bello rincón de la sierra! Pero lo arregló enseguida. Se fue al corral, volvió a coger otro de los mejores borregos que tenía y se lo regaló a los amigos que habían venido. Ahora, recuerdo con especial emoción aquel momento y recuerdo las ruinas de tan bonita aldea y las ovejas durmiendo en las pocas casas que aún quedan en pie.

A este último pastor, en las ruinas de la aldea que desaparece, le pusieron un teléfono que se alimenta con una placa solar. El número me lo dio él y desde hace mucho, de vez en cuando lo llamo, sobre todo, cuando en invierno caen las nieves. Los Centenares fueron a construirlo en la curva de nivel que va entre los mil trescientos a mil cuatrocientos metros. Y casi siempre le pregunto:

- ¿Cuándo te jubilas?

- Pues sí ya lo estoy.

- Pero me dijiste que cuando esto sucediera, dejarías los rincones de estas sierras, las ovejas y las ruinas de la aldea y te irías a vivir a tu casa en el pueblo de Vilchez.

- Eso es lo que siempre digo pero luego lo pienso y me digo que a dónde voy a ir yo que esté mejor que aquí y moleste menos. Solo del todo no estoy porque las ovejas dan mucha compañía y como de vez en cuando, viene algún turista montado en su bicicleta, pues me voy conformando. Para vosotros, la montaña es soledad pero para mí, es gratísima compañía.

Por la ruta que recorro, no veo ningún animal porque a estas horas del día, las ovejas están acarradas. Las tierras llanas de esta extensa llanura, están sembradas. La cruza la carretera, arreglada no hace mucho y ya está por completo descarnada. Gira para la derecha dejando la tinada por el lado izquierdo con sus álamos y por donde seguro habrá animales pero ahora no los veo. Por este mismo lado se desvía una pequeña carretera. Un letrero indica a Casa Carrasco y al Artuñido. Son dos blancas aldeas que también conozco a fondo.

En estas, sí vive gente todavía. Y recuerdo cuando aquel día de invierno y, por lo tanto de aceitunas por los olivares de la Loma y de ovejas por las dehesas de Sierra Morena, llegamos a la aldea del Artuñido. Sólo un hombre nos recibió y enseguida nos dijo que se había quedado precisamente para cuidar de la aldea. Los otros vecinos estaban en las aceitunas y con las ovejas en las tierras de "Andalucía", como dicen ellos. Meses más tarde me enteraría que este hombre era el padre de una muchacha que estuvo estudiando en la Safa de Úbeda.

Le preguntamos y nos dijo que la senda para llegar a la gran roca de Peña Amusgo, se iba por el Tolaillo, caía por la ladera sur de los tornajos y, al salir hacia el puntal, estaba la piedra, que también por aquí se le conoce con el nombre de la Bota. Vista desde lejos, algo se asemeja a un zapato. Tres días tardamos en hacer la ruta, porque íbamos con la intención de gozar a fondo los paisajes y momentos que en ellos laten.

Regresamos subiendo por el arroyo que cae desde la aldea y cuando llegamos a las casas, hermosamente cuidadas y delicadamente pintadas de blanco, nos lo volvimos a encontrar en su soledad preñada. ¡Cuantos tesoros y riquezas se reparten en los infinitos rincones de estas insondables sierras!

Al rozar hoy el rincón y mirar por la ladera, veo el monte cubriéndola, las rocas grandes y las encinas viejas y, por donde la pendiente era más fuerte, no veo pero adivino desde la ausencia, a la madre doblada en la tierra y con su escavillo en las manos, escardando la sementera.

- Baja a la fuente y te traes un cántaro de agua fresca y luego te vas por donde crecen los robles y procura que las ovejas, no se coman los garbanzos ni las otras siembras.

Me dijo aquella última tarde y yo, siguiendo fiel lo que desde el amor me aconseja, me voy por el rincón amado y mientras bebo del viento que acaricia y mudo juega, me voy diciendo: "Dios mío ¿por qué mañana, eterno, será invierno lo que ahora es tan dulce primavera?".

Se termina el asfalto y un trozo de carretera donde están de obras. La han empezado desde donde dejaron el otro año para delante. Una buena obra que cuando termine será beneficioso para la carretera y las personas que tan aisladas viven en estas aldeas. Por el kilómetro ya ochenta y siete ochocientos, remonta y sale a un collado desde donde, por la izquierda, se desvía una pista de tierra que lleva a otras tres o cuatro bellas aldeas. Las más próximas son: la Ballestera, un kilómetro y medio, Montalvo, la Parrilla, los Goldines, y luego a

Hornos el Viejo y la Platera, el Carrascal y Fuente de la Higuera. Es por aquí por donde dicen quieren trazar la nueva carretera pero yo me pregunto como tantos otros ¿cuándo?

Y recuerdo ahora que este verano pasado, estuve en la Ballestera. Unos ancianos amigos, me dijeron que ya no tienen fuerzas para seguir labrando las tierras de su huerto de siempre. Y luego me dijeron que:

- Los hijos se fueron por Andorras y ahora estamos solicos.

- ¿Y qué pensáis hacer?

- Como los años nos van pesando cada día más, tendremos que vender las tierras, que vienen de herencia desde nuestros bisabuelos y más lejos. Se la venderemos a los que ahora, de las capitales y del extranjero, vienen por aquí comprando casas y terrenos. Venderemos esta casa nuestra que tanto trabajo nos costó levantar y sin querer, porque irnos de aquí nos cuesta mucho, nos marcharemos a vivir con algunas de las hijas. Pero aquellos pisos tan estrechos y con tanto asfalto y gente, no sabemos cómo nos sentará a nosotros.

Y se me cruza por la mente algunas de las costumbres de los tiempos pasados. Cuando algún serrano vendía algo, siempre cerraba el trato, la persona más vieja del lugar y no familiar ni de los que vendían ni de los que compraban. Y también caigo en la cuenta que cuando estas personas

mayores iban apagándose, en las casas y cortijos, siempre se les reservaba a ellos el mejor lugar, el mejor bocado y las mejores atenciones. Los tenían mimado y amado como al más importante hasta el último momento. Pero ahora, a unos y otros, les han roto tantas cosas, queriendo o no queriendo, que hasta esturreados están y con sus raíces fuera del lugar que les corresponde.

Y mientras reflexiono estas cosas ahora recuerdo que en Úbeda hay un amigo mío que nació y vivió en esta aldea de la Ballestera. Como tantos, ellos que fueron un buen número de hermanos, cuando crecieron se fueron de aquí. En estas tierras, cuando ellos sembraban, a una fanega de grano le recogían dos o tres fanegas como máximo. En las tierras de Santa Eulalia, que es a donde se fueron, una fanega de grano, se convertía en cuarenta como menos. Lo que quiere decir que aquellas tierras de la Loma de Úbeda, con el mismo esfuerzo, daban seis o siete veces más que estas tierras de la Ballestera. Por eso se fueron ellos y se fueron otros.

Pero el amigo mío de Úbeda que nació en esta aldea, igual que todos, ahora que ya es mayor, vive más en las tierras que fueron su paraíso cuando pequeño y el de sus padres y sus abuelos que en aquellas otras que compraron para vivir mejor. Y también recuerdo que entre otras cosas, me amigo me dijo

que esta casa, donde viven estos dos viejecicos que se marcharán dentro de poco, en aquellos tiempos, fue el colegio de la aldea. Colegio privado porque lo montó un hombre por su cuenta y aquí enseñó lo que pudo y sabía a los niños de aquellos tiempos. Me dijo también que en esta aldea de la Ballestera, una vez cayó un "nevisco" tan grande que cuando se levantaron al día siguiente el padre les dijo: "Hoy no será necesario ir al campo. Ni siquiera se ve la puerta de la casa". Y es que la nieve rebosaba por encima de la puerta. Para poderse comunicar unos vecinos con otros, tuvieron que perforar un túnel por debajo de la nieve.

A ella, la anciana que antes decía, recuerdo que le dolía la cabeza porque la gripe estaba minando su apagada salud. Me miraba como pidiendo algo y, de vez en cuando, me decía que ya no sabía qué hacer. Y recuerdo que él, casi llorando, me aclaró que:

- Esos cerezos que ves ahí, y que con su sombra cubren las tierras de nuestro huerto, dan las mejores cerezas del mundo. Como ya no los puedo cuidar, se lo están comiendo las zarzas. ¡Y si tú supieras los buenos pimientos que salen de la tierra que tiene este hortal!

Y les dije que si en ese momento podía hacer algo por ellos, estaba para lo que se ofreciera, a lo que contestaron:

- Si lo tenemos todo, hijo mío. Lo único que nos falta es la compañía de los hijos y fuerzas para seguir labrando la tierra que tanto amamos.

El huerto con los cerezos
que con el sudor, regamos,
aquí se quedará ahora,
triste, solo y olvidado,
comido todo de zarzas
por las cabras y los marranos.

Tomaban la sombra en la hermosa parra que arropa la entrada de su casa y enfrente, en las otras casas de la aldea, se veían varias personas trabajando en la remodelación de unas de las viejas viviendas. Me dijeron que eran unos de fuera que la habían comprado y la estaban apañando.

- Se quieren venir a vivir, no sabemos si para siempre o algunas temporadas.

Al fondo, se veía la otra bellísima aldea del Montalvo y más construcciones nuevas en ella.

Recuerdo yo ahora también que en la otra sencilla aldea de más abajo y que se llama la Parrilla, en una ocasión, estuve con un matrimonio joven. No eran ni de estas sierras ni tenían por aquí raíces. Pero se habían comprado una casa, como han

hecho y hacen tantos, la habían arreglado, habían comprado una yegua, labraban las tierras del huerto que riega el venero que allí nace y vivían en contacto con la naturaleza y en libertad, como ellos decían. Una vida sana y lejos de las grandes ciudades.

- Aquí sólo tenemos paz, agua clara, aire limpio y silencios profundísimos.

Decían ellos.

- ¿Y los serranos que habitaban las otras casas de esta aldea?

- Ya no queda ninguno. En esta vivienda que pega a la nuestra, dentro de unos días se viene a vivir, un amigo de Alemania. La ha comprado y eso nos gusta porque así tendremos algo de compañía y si luego vienen más, pues la vieja aldea de aquella gente serrana, cobrará vida.[3]

En la Platera, había unos vecinos antes que uno se llamaba José Molina y su esposa Eufrasina Jiménez. Tocaban el acordeón. El marido también tocaba la guitarra. Ellos dos iban a las fiestas de Pontones. Desde la Platera subían los dos en los mulos. El camino para subir por Hoya Morena, estaba muy malo. Por aquellos fechas, sólo había mulos para ir de un lado a otro. Con ellos llevaban el puesto de turrón. Ponían un puesto de turrón en las fiestas de Pontones. Por la noche dormían en una posada que a él le llamaban Felipe. El

---

hermano Felipe, le decían y su mujer, Emilia. En una habitación paraban ellos y dentro, guardaban todas las cosas.

Cuando se terminaba la fiesta de Pontones, se iban a un sitio que le dicen Fuente Segura. Eufrasina se llevaba su acordeón y tocaba para que bailara toda la juventud de aquellas bonitas aldeas. Al a otro día, se iban a un lugar que se llamaban Las Canalejas. Esperaban a Eufrasina, porque había bodas y comuniones y ella tocaba el acordeón también. En la iglesia, cuando decían misa, también tocaba ella su acordeón.

Cuando se terminaban las fiestas de Las Canalejas, se venían por un sitio que se llamaba Royomontero. Las Malezas y el Royomontero. Por unos caminos vecinales muy malos de andar porque la espesura del monte era mucho y los voladeros, más aun. En este lugar también tocaba su acordeón y así, por el collado de Monteaguo, regresaban a la Platera. A otro día por la mañana, se iban otra vez a la feria de la Puerta. A esta feria, entonces traían muchos mulos, cerdos, vacas y otros animales. Con su puesto de turrón se instalaban en esta feria.

Un año hubo una nube muy mala. Tuvieron que meterse en la primera casa que encontraron. De allí, en qué se vieron para salir. Fue cierto. En la Platera antes, tocaban ellos y

había muchos bailes. Era en las casas de los vecinos. En el cortijo del Moreno también tocaban ellos cuando eran las cruces del mes de mayo. Otro sitio se llamaba en Chorreón, la Laguna y Fuente de la Higuera. Que allí en la Laguna hay un pozo con muchas aguas. Y en la Platera, una vez ocurrió un caso. Una muchacha joven iba a dar a luz y no tenían quién la asistiera. Eufrasina, que no era comadrona, fue y le ayudó hasta que tuvo la niña. Ella la arregló y todo como si hubiera sido una comadrona de verdad. Se llamaba esta mujer Benita y a los tres o cuatro día, dio a luz otra que se llamaba Tomara. Toda la familia de esta muchacha estaba en el Carrascal porque había muerto una mujer que se llamaba Angeles. Había muerto y no había nadie y entonces llamaron a Eufrasina para que asistiera a la que daba a luz. Aquello era porque ella quería hacer aquel favor, sin que ella tuviera título de comadrona ni nada parecido.

En la Platera, por aquel entonces, había una tienda que era de Eufrasina y de José Molina. Venían de la Gracea y de la Fuente de la Higuera con mulos a comprar de todo. Ellos vendían de todo en su tienda. Vino, azúcar, calzado, telas, hilos... Eufrasina tenía la tienda y un bar y además tocaba el acordeón que era una maravilla. A las fiestas de la Platera, que era por el día del Sagrado Corazón, no venían músicos como ahora. Para las fiestas de esta aldea y de otras muchas, la que

tocaba era siempre Eufrasina. Venía el cura, hacía su misa, después se celebraba la procesión. Al terminar, la gente se iba al bar y por la tarde, ella tocaba el acordeón y, en la plazoleta, los vecinos bailaban hasta caer rendidos.

En este collado, varios álamos por la derecha y algunas ovejas en la sombra. Por la izquierda una tinada remontada. Y desde aquí, girando ya para la derecha, una vista preciosa sobre el Almorchón. La carretera ahora empieza a ir por lo más alto de la cumbre. Mil quinientos metros es el nivel que lleva. Se estrecha y el firme está muy malo. Por esto le llaman al recorrido la carretera de la Cumbre. Es la cuerda que viene desde las Banderillas y divide las dos vertientes, Segura y Guadalquivir hacia el pico Yelmo que se encuentra al final.

Ochenta y nueve seiscientos y por la derecha me van quedando pequeñas hondonadas desde donde arrancan ramales del arroyo Azul que va a desembocar al río Segura justo por el Molino de Loreto. Por la izquierda, lo más alto de esta cumbre en forma de una leve loma. Por el kilómetro noventa setecientos, baja algo y muchos pinos a un lado y otro. Aparecen por la derecha las hondonadas de los arroyos que nacen sobre esta cumbre.

Es esto un paisaje original de alta montaña. Por la derecha una tinada bonita que siempre me gusta verla. Es la tinada de Fuente del Bierzo. Muchas curvas tiene esta carretera por aquí. Y como su trazado es estrecho, sí resulta peligrosa pero lo salva la prudencia de las personas que por el lugar circulan. Kilómetro noventa y uno novecientos y después de salir de un montón de curvas, por entre los pinos, al fondo, la figura del pico Yelmo. Queda muy a lo lejos y hasta ese punto, casi tiene que llegar la carretera para luego caer por la Garganta y acercarse al pueblo de Hornos.

Todavía un poco más, se alimenta el corazón
no sólo con la sangre que lo riega
sino con la imagen de aquel tiempo,
hierba eterna en el recuerdo,
que da fuerza junto a la espera
y da, además, calor que se convierte en consuelo.

Y lo digo fijo en el cuadro de la noche aquella,
en el rincón del cortijo y mientras el padre bueno,
la madre santa, la hermana bella
y el hermano noble, se recogen formando piña
con la familia y al calor de las llamas que regala el fuego.

Fuera y por la llanura que es espejo,

la corriente del arroyo, las encinas viejas,
la fuente en el mismo centro
y más arriba, las laderas con el monte espeso
por donde la lluvia cae mansa y sin notarlo,
pasa el viento
y ululan los cárabos por los álamos del huerto.

Y por eso decía,
que todavía y un poco más,
vive y late el corazón
con el alimento del recuerdo
de aquella noche serena
junto al padre bueno
y el rumor de la lluvia afuera y, dentro,
en el rincón del cortijo,
el consuelo de la unión frente al fuego
y el abrazo de Dios que amoroso,
sostiene y premia con su beso.
Todavía un poco más,
se alimenta y vive el corazón
entre la espera y el sueño.

Después de bajar y trazar curva a derecha e izquierda, un collado. Es el collado de la Hoya del Cambrón. Queda recogido entre el pico Aroca y el Castellón, ambos de una

altura similar: casi los mil seiscientos metros. Por la izquierda, desde este punto, se desvía una pista de tierra que baja hasta la llanura de la Hoya del Cambrón y muere en las mismas ruinas de las casas que ya no son aldea y sí lo fueron antes y muy bonita. Bien recorrido tengo ese rincón y metido en lo más hondo de mi alma por su belleza y la soledad que ahora se respira entre tantas ruinas. Ellos se fueron y ahora hasta los ciruelos se han secado y los que todavía dan frutos, sólo alimenta a grajos, zorros y cabra monteses.

Justo en las tierras llanas de este collado, mana un caño de agua fresca y limpia donde han puesto unos tornajos para que beban los animales. Cogiendo agua de este manantial, del pueblo de Pontón Alto, en más de una ocasión, me he encontrado personas. Y ahora recuerdo, el día que por aquí vine y bajé hasta las ruinas de esta bonica aldea, buscando no sé qué pero buscando. Pongo a continuación la experiencia de aquel momento.

Aldea de la hoya del cambrón 15-9- 95

Desde la carretera asfaltada que recorre la Cumbre y se alarga hasta Pontones y Santiago de la Espada, por la pista que baja a la aldea o atravesando el campo por el lado del levante del pico Aroca, la distancia a recorrer son unos dos kilómetros y medio.

En bajar, tanto por la pista como campo a través, se tardan unos cuarenta y cinco minutos. El regreso, como es subida, se hace un poco más largo y si éste es siguiendo el arroyuelo que nace en el collado del pico Aroca, puede llegar a la hora y media larga.

Si el recorrido lo hacemos siguiendo la pista de tierra que desciende a las llanuras de la hoya, la ruta discurre por un buen camino. Si nos metemos por el campo a través desde la carretera y por el lado del levante del pico Aroca, tampoco encontraremos grandes dificultades excepto rocas y mucho monte bajo.

Por tratarse de la máxima altura de la cumbre que divide las vertientes de los ríos Guadalquivir y Segura, desde el mismo momento de arrancar con esta ruta, la visión hacia lejanísimos horizontes, es fabulosa. Según bajamos, a la derecha se nos va quedando todo el grandioso macizo de la cuerda del Yelmo, con la impresionante ladera que cae desde la Cumbre hasta el valle del Embalse del Tranco y pueblo de Hornos, poblada de un espeso bosque y surcada de multitud de arroyos.

A la izquierda se nos abre esta misma visión pero engrandecida por el Embalse del Tranco en todo lo hondo y remontando hacia nosotros, la extensa ladera surcada por los arroyos de Montero y la cumbre de Hoya Morena. Al otro lado del pantano nos sorprenden las grandiosas Cumbres de Beas y más hacia la izquierda, las Sierras de las Lagunillas y el tajo que el Guadalquivir le ha dado a la sierra para trazar su grandiosa curva hacia las tierras de los olivos.

Más cerca de nosotros, nos van acogiendo los bosques de pinares, mezclados con algunas encinas y acompañados de monte bajo: cambrones, sabinas, enebros y majuelos. Siempre coronando nuestra ruta, los dos magníficos picos que conforman el conjunto de Aroca. Mil quinientos sesenta y cinco metros tiene uno y mil quinientos treinta y uno, el otro. Entre ambos se recoge en delicioso collado por donde mana el primer manantial que da agua a las llanuras donde se aplasta la derruida aldea.

Son las cuatro menos veinte de la tarde cuando paro el coche en la misma carretera que va por la Cumbre hacia Pontones. Por el lado que el pico Aroca ofrece al levante, trazo la ruta para bajar hasta las llanuras de la aldea del Cambrón y las llanuras que la acogen. Cambrón es el nombre de una planta espinosa que, en forma de almohadilla, puebla las

tierras de estas altas cumbres y se da precisamente en las zonas más altas de las sierras de este parque natural.

Voy bajando por la ladera en dirección al gran Embalse del Tranco pero muy lejos y remontado sobre sus aguas. No es difícil esta bajada porque en estas tierras todavía pastan rebaños de cabras y ovejas y, de sendas menores que estos animales pisan continuamente, la tierra que recorro, está poblada. Unas cuantas grandes rocas que me salen al paso desparramadas y clavadas en la ladera por entre los pinos.

Me encuentro el esqueleto de una cabra doméstica por completo seco y algo más adelante, unas cabras que suben desde las llanuras que busco. Son blancas que fueron las que siempre recorrieron los montes de estas sierras.

Salgo a la pista y como no he tardado mucho en dar con ella, deduzco que la distancia a recorrer no es muy grande. Desde este punto ya empiezo a ver el puñado de casa que se caen aplastadas en la preciosa ladera que la llanura les ha ofrecido. Compruebo que los coches todoterrenos pasan por aquí porque se ven las rodadas.

Quizá todavía viva alguien en estas viejas casas. Las tierras de lo que sería la hoya, son muy buenas y al estar en

llanura y tener mucha agua de los manantiales que fluyen desde las cumbres que le coronan, creo que también darían buenas cosechas para las personas que aquí vivieron.

La pista está bien, traza una curva y se alarga hermosa buscando el descanso sobre la parte final. Al dar la curva se inclina y sobre la áspera tierra veo el esparto creciendo. Un arroyuelo, que ha roto la tierra de la pista, rodadas de coches, cáscara de manzanas de alguien que ha pasado por aquí no hace mucho, un caracol fósil y la tierra húmeda que muestra su belleza. Por aquí mismo han sembrado un rodal de cebada. Será para los animales como los serranos hacían en aquellos tiempos.

Sube una cuesta leve y por el lado izquierdo me van quedando las tierras buenas que ellos cultivaron y ahora son eriales. Soplo al viento viniendo del gran valle que acoge al pantano y es bastante fresco. A mi paso levantan el vuelo algunos arrendajos. Miro para atrás y ya veo por donde desciende la pista que ahora recorro. Justo por el centro de los dos grandes picos que conforman el conjunto de Aroca, viene cayendo. La ondulación que la cumbre ofrece entre estos dos picos, no debería ser collado sino puerto ya que da paso de una vertiente a otra. Por su centro transcurre también el ramal de la vía pecuaria que comunica a todas las tierras de Santiago

de la Espada y Pontones hacia el valle del Guadalquivir y luego hacia Sierra Morena.

Remonto una loma y ya veo las casas de Hornos el Viejo y el Carrascal. Me cruzo con la línea de alta tensión que desde el Embalse del Tranco sube por Hoya Morena, Cerro del Robledillo, Hoya del Cambrón, Aroca y desde esta gran cumbre cae hacia el Embalse de Anchurica.

La pista dibuja una ampulosa curva para entrarle llana y yo me voy por aquí trazando camino por entre lo que fueron sus huertos. Se ven manzanos, algunos palos que les han puesto para que las ramas no se rompan con el peso de las frutas, ciruelos y muchos membrilleros. Al final de un hortal, un gran árbol de estos y se ve que como ahora nadie los cultiva, se están secando. Los ciruelos son los que más abundan y están cargados de estas frutas. Ciruelas menudas como los huevos de una codorniz.

Recuerdo yo ahora que el otro año, ya bien entrado el otoño, vine por aquí y de algunos de estos ciruelos, cogí toda la fruta que quise. Son negras y estaba el suelo cubierto de ciruelas bien madura y hasta, según me acercaba, sorprendí a dos zorros que se entretenían comiendo de esta fruta. Me vieron justo cuando ya estuve a sólo tres o cuatro metros de

ellos. Un poco más abajo también comían fruta, un puñado de ciervos y entre ellos, muchos grajos y arrendajos.

Antes de llegar, bajo un pino me encuentro una caja de plástico negra y dentro, plomos de escopetas de aire comprimido. Sigo y según me acerco miro con la intención de encontrar presencia humana. Debe vivir alguien aquí porque uno de los trozos de tierra que rodean a las casas, está sembrado de alfalfa. Por encima mismo de la aldea, pasan dos líneas de alta tensión y la aldea estuvo sin luz hasta el momento que en ellos fueron porque los echaron y sin luz sigue ahora que ya no la ocupa nadie.

Según me aproximo descubro que justo por aquí y el manantial del puerto de Aroca, nace el arroyo de la Cuesta de la Escalera. El largo cauce y también caudaloso que le entra al Embalse del Tranco por donde estuvieron funcionando varios molinos y también los saleros de Hornos. En la zanja que las aguas ha excavado, un gran fresno. Por la misma entrada a la aldea pasa el surco del arroyo.

Un pilar de cemento junto a la alambrada que protege el rodal de alfalfa y a un buen puñado de ciruelos. Doy una voz llamando a las posibles personas que puedan vivir aquí, antes de acercarme y nadie me contesta. La alfalfa está lacia, como

si le faltara agua y ahora pienso que si no llueve pronto, puede secarse.

La pista ya casi ha muerto pero la senda que le entra a la aldea, cruza el arroyuelo, sube una cuestecilla y mientras la recorro acercándome a las primeras casas, descubro como tantas veces, que esto es precioso. Me acerco, temeroso y con un profundo respeto, entro si es que a esto se le puede llamar entrar ya que sólo se ven ruinas y mucho pasto, comiéndose la poca presencia humana que todavía pudiera quedar por el lugar.

Recorro la primera calle que tiene una casa con tres puertas mirando hacia el arroyo. Las tres puertas están abiertas porque faltan las maderas que la cerraban, un establo con un pesebre, dos pequeñas construcciones que le quedan a la derecha y la segunda casa sola que queda al lado derecho que es por donde se va el arroyo y unos metros más adelante, se abre el barranco hacia Hoya Redonda.

Esto de aquí sería una calle que ahora está llena de piedras, otro establo y al frente y al final, por el cerro que remonta y sobre suya suave ladera se levanta la aldea, otra casa y a esta se le ve con una parra en la puerta. Se ven indicios de vivir alguien. A la derecha, queda otra casa con un

verde almendro, dos más a la izquierda con las puertas abiertas y abandonadas. Una nueva casa que todavía tiene su puerta de madera y cerrada con sólo la mitad de arriba, abierta.

Un horno a la derecha y algo retirado de las casas y por la parte de atrás, lo que ya sube para la ladera, dos casas más donde se alza la de la parra verde y con señales de presencia humana dentro. Me acerco y como la puerta también está abierta de la mitad para arriba, me asomo y veo que la parte de abajo la tiene llena de piñas secas para prender fuego, un nido de pajarillos en una de las alacenas y tiene un huevo. En el rincón un par de sacos vacíos, un pequeño tornajo y en cuanto salgo, la otra casa cerrada donde crece la parra. Su tronco es tan viejo como las ruinas de esta bonita aldea.

La casa que es grande y queda como en el centro de la calle, está abierta. Entro y una amplia estancia, otra segunda con la chimenea, la alacena y las cantareras. Aquí mismo en esta segunda estancia tiene otra puerta que da a una tercera habitación grande y luego la alacena junto a la chimenea donde veo un antiguo tazón de porcelana y a las espaldas de la chimenea, otra estancia más, también amplia y vacía. Una ventana que se asoma al corralón donde dormían los animales.

Tiene unas escalaras por aquí que lleva a la cámara. Y en ella, se distinguen dos estancias, derecha e izquierda, una cama de hierro abandonada con muchos tractos y trapos viejos, algunas latas de pintura de esta civilización más reciente y junto a ellas, un serón de esparto. Varias latas de chapa oxidadas y algunos alpargates de aquellos tiempos. Correas de esparto para los animales, una talega colgada del techo, una sierra de estas antiguas, de hoja ancha y para que la use una sola persona y silencio total en el centro de tanta ruina.

Salgo y la última casa de esta aldea subiendo por la ladera hacia la parte alta del cerro que las acoge. Más arriba ya no hay más viviendas. Sólo dos corralones y la tierra con su pasto por el lado que da a Pontones. Más corrales de las otras casas que me quedan hacia la izquierda porque voy mirando para donde nace el río Segura. Las eras aquí con sus piedras y el silencio que se las come irremisiblemente.

Por las casas, muchas vigas de palos secos y casi podridos y los techos, hundidos y las tejas rotas. Voy por la parte que pega a la alfalfa. Otra gran casa con la puerta semi abierta, su chimenea en silencio, todo lleno de escombros, la alacena vacía y el hollín tiznando la pared como una señal imborrable de aquella viva presencia.

Por el lado que da a Pontones, una gran noguera y puertas de más casas porque este parece era el corazón de aquella aldea que ahora son ruinas. Por aquí pasa el camino, vuelve para atrás, como si no supiera para dónde irse aunque remonta hacia la parte más alta del cerro. Yo me voy para atrás y vuelvo a estar otra vez en la parte principal de la aldea. Con otra corta calle y al final una gran pared que son los corralones y frente, un buen puñado de casas por completo unidas y las vigas saliendo de entre los escombros.

Estoy otra vez en lo que sería la fachada principal o entrada a la aldea. Ahora voy a explorar las dos casas que me quedaban al lado de abajo donde crece otra noguera. Son viviendas porque por lo menos la más pequeña y primera, tiene su chimenea.

Al lado de la noguera esta que es como el pórtico al pueblo, un tronco de árbol seco clavando en la tierra como si fuera símbolo de algo o estuviera esperando y el lo alto, también clavada la reja de un antiguo arado. La noguera frente a la otra casa que me quedaba que es muy grande pero está toda derruida. Por aquí mismo empieza a caer el arroyo de la Cuesta de la Escalera.

Vuelvo y remonto unos metros pero ahora por el lado que pega al Embalse del Tranco. Busco el almendro y la casa de la parra donde creo que vive alguien pero siempre por la parte de atrás. Aquí piso el estercolero que en aquellos tiempos era casi exclusivamente de las cenizas de sus lumbres y poco cosa más. Dos casitas más separadas de la aldea. Junto a este almendro y la casa de la parra es donde está el horno. Uno sólo es lo que por aquí veo.

Un montón de lana, una jaula de alambre y muy vieja. Rozo la casa donde parece que vive alguna persona y sigo para asomarme hacia el barranco que da a Hornos el Viejo. Descubro una preciosa panorámica del profundo barranco y como intuyo que tendré que remontarme mucho más para llegar a dominar perfectamente la profundidad, no sigo.

Pero aquí mismo y bastante remontado sobre la ladera, una construcción solitaria que muestra una segunda planta a la cual se accede por una rampa que desde fuera se eleva para entrar. Es como un camino para que los animales pudieran meterse en la cámara de esta sencilla casa. Están aquí los serones, paja, trozos de pesebres, cestas de mimbre colgadas, algunas latas, estropajos y trozos de peines viejos. Abajo, pues también se cobijaban animales porque tienen ahí todavía sus pesebres. Los cuento y me salen siete. Esto tiene presencia

de cuadra con dos plantas. Las tejas son de barro y de aquellas morunas y las vigas, troncos de pinos. Las piedras son de las que dan estas montañas y la cal, fundida de las calizas que tanto abundan por estas sierras.

Las ruinas de estas casas parecen como temblar frente a la gran sierra que por la parte de la civilización, el valle y las tierras bajas, bulle de vida y sueños. Otro mundo aquel y otro mundo este que piso. ¿Cuál de ellos más grande? Y lo pregunto porque este rincón casi roza el puro azul del cielo y recogido en el nido de lo más transparente.

Me retiro y digo ahora que la aldea fue construida sobre una pequeña ladera que desde el lado del poniente se inclina hacia el sol de la mañana y un poco como de frente a la llanura de la hoya y los picos grandes que la coronan. Son las cinco menos veinte de la tarde y ya me voy pero en lugar de regresar por la pista que baja desde el puerto, me voy a subir por el arroyo que viene atravesado la llanura.

Donde crece el rodal de alfalfa, hay dos ciruelos y entre sus troncos se abre la puerta para entrar a la tierra sembrada. Una pileta de cemento que debería tener agua y seguro que fue donde bebían los animales. Un membrillo con muchas

frutas e igual los ciruelos que se doblan de tantas ciruelas como tienen.

Varios fresnos por el surco del arroyo y las parras enredadas por sus troncos así también como por los de las encinas y los membrillos. Pasando el pilar, junto a la misma alambrada de la alfalfa, otro ciruelo y este da las frutas mucho más gordas. Ya sí las tiene maduras y por eso cojo un palo, doy algunos golpes en las ramas y en un instante, el suelo se cubre de fruta riquísima. Me pongo y lleno mi zurrón para írmelas comiendo mientras subo y luego en la distancia.

Dos ciruelos más, muchos fresnos y varios membrillos pegado al surco del arroyo. Según ya voy remontando miro hacia la parte alta como buscando ver el final de esta llanura y lo que me asombra es la cantidad de árboles frutales que por aquí todavía siguen con vida y nadie viene a recoger su fruta. En las lindes de las tierras que dividen los que fueron sus hortales, veinte o treinta ciruelos más de fruta menuda como los huevos de una codorniz. Los manzanos también tiene muchas pero estas sí están verdes. Por estas alturas, las manzanas madura algo más tarde.

Casi al final de las tierras llanas, otro ciruelo de frutas gordas y tiene también muchas, un freno de tronco grueso y al

lado de este árbol una charca de agua. Al acercarme saltan muchas ranas. Se ve que este charco era como la represa desde donde distribuía el líquido de la vida para las distintas huertas. Y en la parte de arriba se levanta como un pozo redondo, tapado con una puerta. Está lleno de agua, lo que pasa es que no debe ser potable porque está estancada. Es como si este fuera el manantial principal. Tiene un pequeño tornajo y un chorrillo por donde salía el líquido para que bebieran los animales y unos lavaderos muy a ras de tierra. Construidos de cemento y desde ahí el agua corría a la alberca unos metros más bajo.

Desde aquí para arriba se ven canales tallados en la tierra. Una llanura ya muy remontada hacia la ladera, una represa, otro hortal, una extensión grande repleta de juncos y muchos cardos y esto parece que fue el último trozo de tierra cultivado por ellos porque a continuación ya sube la pendiente de la ladera. Parece que el agua viene desde mucho más arriba. Muchas zarzas por el surco del arroyuelo.

Un agujero en la tierra en forma de las madrigueras que hacen los conejos y es un avispero. Por ahí entran y salen un chorro grande de avispas. Ya conozco, al menos, tres forma de hacer las avispas sus nidos por estas sierras. Los pequeños panales que cuelgan bajo las tejas de las casas, en las rocas o

las matas de pasto, un gran panal en forma de globo que cuelgan de las ramas de algunos árboles y este agujero perforado en la tierra.

Por aquí todavía sigue extendiéndose la llanura hacia la parte alta del pico Aroca. Se recoge por el lado derecho de la pista que va algo más remontada, y atravesando estas tierras, un canal de tierra que viene desde más arriba. En los años de nieves y grandes lluvias, de por aquí manaría mucha agua. Se ven todavía algunos álamos emergiendo por las tierras y ahora que lo voy despidiendo me digo que este trozo de terreno tiene casi la misma configuración que el barranco donde nace el río Cañamares, en la Sierra de las Villas. El Barranco del Poyo del Rey le llaman al rincón. Y es que la pista que le entra a este paraíso, baja o sube casi con las mismas curvas y cuestas que aquella. Grandioso rincón aquel y mucho más bello este también, aunque los dos son de lujo.

Diez o doce manzanos son los árboles que van despidiendo esta llanura. Algunos tienen muchas manzanas todavía verdes. Esta tierra llana, final de la gran llanura, ha sido sembrada este año de cereal. Aquí esta el rastrojo. Mucho más arriba, me encuentro con un manantial no muy grande. Voy remontando por entre los dos picos del conjunto del Aroca y ya

llegando casi a todo lo alto, me tropiezo con agua. Es curioso y más después de los años de sequía que llevamos.

Siento correr un chorro y en cuanto termino de llegar a las tierras llanas del puerto, una alberca destapada y por eso está vacía. Cae a ella una hebra de agua como un dedo gordo y desde la alberca va a unos tornajos de madera y nuevos que han puesto algo más abajo para que beban los animales, rebaños de ovejas y cabras. Es aquí justo donde nace el primer manantial. Mucho junco rodeándolo y la preciosa tarde de otoño entretenida con el canto de varios pajarillos y el viento fresco que corre.

Los dos picos del Aroca escoltando este collado, por el centro entrándole la pista de tierra que baja hasta la aldea y que hoy yo no he seguido, la carretera que surca por la misma raspa de la cumbre y a la derecha, cuando ya termino de remontar, una torrentera de tierra blanca, casi arenisca y clavada en su leves surquitos, muchos pinos laricios con no más treinta o cuarenta centímetros. ¡Qué bello el lugar en una tarde como esta y con tanta soledad arropando las huellas de los que fueron grandes! ¡Qué fragmento de eternidad esperando y casi hecho amor y dolor con mi alma!

Los picos de Aroca, es como se llaman los dos hermosos cerros que escoltan las tierras llanas de este collado. Y según dicen los serranos, "Puede que en los escritos tengan otros nombres". Y al preguntarle, me dice que:

- Este precioso rellano se llama Collado de la Hoya del Cambrón. Nosotros le decimos así y a los picos también los conocemos por los Castellones de la Hoya del Cambrón. Muchos de por aquí, si le pregunta, puede que le digan que el pico de la izquierda, mirando hacia la Hoya del Cambrón, se llama Cerro Carpintero y el de la derecha que usted dice se llama Aroca, le dirán que es el Castellón de la Hoya de Cambrón.

Es lo que me responde uno de los últimos habitantes de la aldea de las Espumaredas de abajo.

Grandiosa la panorámica desde el lugar por los paisajes tan repletos de vida y silencio y el tremendo azul de cielo en una tarde como la de hoy. Impresionante las huellas tan repletas de vida y ausencia y donde el más grandioso edén parece tener uno de sus reales núcleos.

Cae la tarde y como del campo está manando la dulce primavera, con el leve viento que pasa y el calor breve que todavía brota de la tierra, lo veo llegar pisando la espesa hierba y al rozarme con el perfume que aún es ilusión en

su corazón, quiero preguntarle cuál es la ausencia que le tiene presente pero me quedo mudo y quieto mientras lo veo ir por la sencilla senda.

Y descubro que su caminar es hermoso casi como la misma luz que va tiñendo de sombra la tierra y al llegar al barranco, mira y solemne mueve su cabeza y vuelve y retorna por las mismas pisadas y observa al frente y como si no encontrara, sigue buscando inquieto y todo sumido en su mundo interno y frente al manantial se para y como quien leyera, se queda embelesado y al momento vuelve y busca presuroso porque la amada luz del día, se va y a oscura, el hermano campo, queda.

Y como lo sigo viendo y ahora hasta me doy cuenta que llora amargamente, me acerco y me pongo al frente y entonces al verme, siente como vergüenza y desde su amargura y su voz de cielo, me dice y me pregunta:

- En el alma mía y el beso dulce que ahí es eterno,
una fina voz que es caricia y tristeza,
me dice que por aquí estaba
¿cómo es que ahora no lo encuentro
sabiendo que está y,
con el mismo amor de aquellos tiempos,
me abraza, ama y besa?

Notas complementarias

La ruta de este trozo de la sierra llamado Hoya del Cambrón, arranca justo en el mismo collado que ofrecen los picos de Aroca y el recorrido que hace, va por una de las muchas vías pecuarias que surcan los paisajes de estas sierras. Esta se llama vía pecuaria de Santiago-Pontones a San Juan, en las tierras de Sierra Morena.

Arranca este cordel de los Campos de Hernán Pelea y con denominación de Vereda pasa por la aldea de los Atascaderos, se interna por las llanuras de Cañá Hermosa y al pisar las tierras próximas al río Segura, toma el nombre de Cordel de la Hoya del Toro y después de atravesar este cauce, sube por el arroyo que le presta el nombre de Cordel de Masegoso, atraviesa la Cumbre por los picos de Aroca y pasando por la Hoya del Cambrón, cae hasta Hornos el Viejo, con la denominación de Cordel y luego Vereda de Puente Mocho y sigue pero ya fuera de las tierras que nos ocupan.

Justo en los picos de Aroca, esta vía pecuaria se divide y siguiendo toda la raspa de la Cumbre, por donde ahora transcurre la carretera asfaltada que comunica a esta sierra con el resto de la provincia de Jaén, se aleja de estos puntos con el nombre de Fuente de los Ganados, Cordel del Ojuelo y

Cordel real de la Mancha, ya por el pueblo de Génave y hasta los Campos de Montiel, en Ciudad Real.

Continúo con la ruta de hoy y ya voy por el kilómetro noventa y dos ochocientos. Sigue la carretera por lo más alto de la cumbre pero ahora ya por una zona casi despoblada de vegetación. Por la derecha, se aparta otra pista de tierra. Un letrero rotulado en una pobre tabla dice: "Cabeza Gorda a siete kilómetros".

Es este el nombre que corresponde a una bonita aldea que se asienta sobre las laderas de un pico que se llama Cabeza Gorda. Muy bonita es esta aldea pero por este lado, la pista que lleva a ella, en muy malas condiciones y con muchas pendientes. Antes, casi aquí mismo, la vieja y grandiosa casa de la Fuente del Chorro. Se alza en unas hondonadas muy fértiles y con buenos veneros de aguas limpias. Conozco a los pastores del lugar.

Por la aldea de Cabeza Gorda

Aquel día de verano, llegué desde Hornos a lo más alto de la Cumbre y, como ya hacía mucho tiempo que deseaba

conocer este rincón, a la entrada de la pista, me dije: "Voy a intentar recorrerla. Si descubro que se pone mala, me vuelvo".

Creo, por lo que empiezo a descubrir, que esta pista la debe pisar bastante gente. Va ahora mismo por todo lo alto de la cumbre y empieza a volcar para el lado de río Madera que es también la vertiente del Segura. Al frente, me saluda el gran macizo del Almorchón y la Peña del Cuervo, por donde el pico Galayo.

Baja a una vaguada que me gusta mucho porque es el comienzo de un arroyo. Todos los comienzos de los arroyos en las altas cumbres, tienen para mí no sé qué encanto. Quizá la transparencia de los espacios y la pureza de los paisajes, no tan manchados ni rotos como en otros sitios. Y en este punto, nace no uno sino varios arroyuelos que luego se irán juntando con otros más abajo y por el cortijo del Pinar y ya formarán el arroyo Patas, el que veíamos aquel día cuando visitábamos la Cueva del Agua desde la aldea de Poyotello.

La altura que por aquí tengo, roza los mil quinientos metros. Muchos pinos y una gran pradera de pasto. Con el calor del verano, la hierba ya se ha secado. Cruza este arroyuelo y gira pero enseguida descubro que la pista la han metido por completo por el mismo surco del arroyo que nace.

Es pura roca todo lo que por el suelo me encuentro aunque muy desmoronada por algunos sitios.

Gira, dejando la hondonada del arroyo, para la izquierda y al remontar un morro, la gran casa de la Fuente del Chorro. Por entre los dos edificios pasa la pista y en la sombra de los pinos me ladran unos perros. Paro, por detrás y me acerco a la entrada. Llamo creyendo que algún pastor habrá por aquí y por una de las puertas, se asoma una mujer. La saludo, le pregunto si voy bien por la pista que llevo y me dice:
- Algo más adelante, se divide para la izquierda pero usted siga siempre por la del centro. La han arreglado este verano y el camino está bien. Cabeza Gorda la verá por detrás de un cerro grande y mirando al río Madera.

Le doy las gracias y continúo. Una hondonada y luego remonta. Otro cortijo o tinada, medio rota. Hay mucho pasto por la tierra. Al terminar de remontar, se viene para otra cañada y por aquí sí está bien. Se ve que la han arreglado no hace mucho. Remonta de nuevo, baja a una nueva hondonada por donde atraviesa una altura mala. Se me presenta un nuevo collado y descubro la desviación. Por la izquierda se va un ramal de la pista para río Madera y al frente, o algo a la derecha, sigue el principal buscando el río Segura.

Remonta ahora y un cruce de tres pistas. Sigo por la del centro porque creo es la que me llevará a la aldea que busco. Mejora mucho por entre unos pinares y con tierra suelta. Remonta una larga cuesta y ahora compruebo que me encuentro en todo lo alto de un monte muy elevado. Estas alturas son las que conforman el gran cerro de Cabeza Gorda. No es sólo un pico sino un conjunto muy quebrado y por donde se abren llanuras, collados y dolinas.

Me digo que ojalá, no se complique. Durante un trayecto, avanza por lo más alto sin dejar de girar en pequeñas curvas para un lado y otro. Un cerro con la tierra blanca. Estoy metido en las curvas de nivel que van por encimas de los mil cuatrocientos metros. Y de pronto, al otro lado del gran surco del río Segura, se me presentan las blancas casas de una aldea. Las reconozco. Son las de Poyotello. En línea recta desde aquí, son unos tres kilómetros y medio.

Una pendiente que se inclina mucho y como la pista es pura tierra suelta y además muy estrecha, el miedo se apodera de mí. Sé que estoy recorriendo una complicadísima ladera que discurre por una altura bastante considerable. Al no conocer el terreno, me impresiona más. Avanzo casi a paso de tortuga y voy pidiendo a Dios que me acompañe.

Termino de caer de la fuerte pendiente y un arroyo. Remonta un poco ahora en la dirección del río Madera y sigue estando bien pero con muchos badenes que se los han hecho para que al correr, las aguas de las tormentas, no la rompan demasiado. En los arroyuelos no hoy ninguna alcantarilla. Atravieso un cauce que ahora sé que se llama precisamente de Cabeza Gorda y ya estoy cerca de las casas de la aldea. Me la encuentro metida en un barranco, parece y no es verdad.

Descubro que esta bonita aldea, se encuentra sostenida justo en la ladera que cae del monte Cabeza Gorda, en el lado que mira al río Madera, por encima de Huelga Utrera. Llego a las casas y la pista se termina. No entra por las calles porque no puede. Un pequeño rellano donde justo se puede dar la vuelta sino hay otros coches y me pongo a seguir la senda que a partir de este punto, hay.

Entra por una de las calles, ni siquiera es calle y además no tiene compañeras porque es la única. Rozo una casa que no hace mucho han remodelado. Siento a gente dentro pero se nota que están como celebrando algo. No son serranos y eso enseguida lo noto. Quisiera llamar a la puerta y preguntar pero sigo. Avanzo algo más, rozo la puerta de varias casas y cuando acuerdo, se me ha terminado la aldea.

Ya no hay nada más que campo, ladera que cae desde el pico que me queda al frente y por la derecha, la hondura del río Madera. Doce o catorce casas es lo que tiene esta aldea. Me vuelvo para atrás y al rozar la puerta de una vivienda muy sencilla, como la veo abierta, llamo. Me contesta enseguida y al salir, una señora, le pido que me confirme si estoy o no en la aldea que creo. Me dice que sí y me invita a pasar.

Con gusto entro y saludo a una mujer mucho más mayor y a un hombre. Les digo que vengo por aquí sólo intentando conocer algo los lugares y enseguida me entierran de sus cosas.
- Pues nosotros, ahora mismo estamos celebrando los años de mi madre. Cumple noventa y tres y aquí la tiene usted tan alegre.
La miro, sentada frente a la chimenea que hoy no tiene lumbre y al preguntarle me dice que se llama Sofía del Río García.

- ¿Y te acuerdas de los vecinos que había aquí?
- ¿Los que vivían en este cortijo?
- Sí.
- Pues voy a empezar por el hermano Miguel. Son la "tringolá" de los viejos, viejos. En la tringolá que yo he nacido, porque la otra, ya están muertos, que eran mis abuelos y los padres de mis abuelos. Esos son ya distintos. Voy a partir desde el

abuelo Miguel y la abuela Maximina. Sigo por ahí y tenemos Antón María y Cecilia, el Pepi y la Ciriaca. Estos eran los más viejos que había. Porque los otros, eran más viejos aún.

Y como se ha olvidado de algunos, la hija le ayuda diciendo:

- Madre Ventura y Madre Malena.

Y ella:

- Eso y el hermano Félix y la hermana Victoria, la hermana Ignacia y el tío Pablo.

Y al parar, añado:

- ¡Pues sí había vecinos aquí!

Y ella:

- Veintidós estábamos. Todos estos que hemos nombrado, ya han muerto.

- Y ahora, ¿cuántos estáis?

- Sólo cuatro continuos y dos que vienen alguna vez que otra. Pero otra cosa son los que ahora aparecen por aquí con esto de las casas rurales.

Durante un rato más, sigo escuchando sus palabras. Me dice que esta misma mañana ha estado regando el huerto y que cuando era joven, trotaba con las cabras por estas laderas con la agilidad de una gacela. Luego me cuenta que cuando el invierno pasado se puso mala, la tuvieron que sacar de la

aldea subida en un mulo porque el taxista no quería entrar por el carril de tierra que acabo de recorrer. Y me cuenta que ella ha tenido nueve hijos y a todos los ha criado en esta aldea.
- Y como dicen que cada vez que se tiene un hijo se renueva la sangre, pues será por eso por lo que yo estoy todavía tan joven. Nueve veces se me ha renovado a mí la sangre en la vida.

Me dice luego que a los maestros que por aquellos tiempos venían a estos cortijos a enseñar a leer y escribir a los niños, se le llamaban ruleros.
- Por aquello de estar rulando de un lado a otro siempre. Paraban en los cortijos y a cambio de la comida, daban las clases. Unos días con unas familias y otros, con otras y así.

Y ya los despido. Salgo fuera y me vuelvo por la senda en busca del coche. A la salida de esta aldea, veo a los lavaderos de aquellos tiempos y de los de ahora. Le entra un chorrillo de agua por un tubo de plástico. Por este lado de abajo, quedan los huertos. Se les ven ahí, espesos de sombras de encinas y fresnos y tupidos de verde. Es por donde brotan los manantiales. Que por eso y, la tierra buena de la hondonada, es por lo que ellos vinieron a levantar su aldea a este rincón.

Y ahora que me voy y la conozco vestida con su traje de noventa años, no puedo sustraerme de la visión de ella cavando la tierra de estos huertos, con su azada acuestas, con sus pies llenos de barro, con su cara tostada por el sol, con sus manos arrugadas y sin parar de labrar la tierra para que el agua empape y dé vida a los tomates, pimientos, habichuelas y otras hortalizas.

Y me digo que como cuando la vi en mis sueños, junto al cortijo blanco y al llegar el día de aquella primavera y, mientras por la otra tierra, se iba el padre, ella metida por la tierra del huerto y toda tiznada e impregnada del perfume de los tomates y pimientos. O como cuando la vi en mi otro sueño, sentada en la piedra y frente a la acequia y, mientras el agua corría empapando, ella descansaba un rato y a la vez que vigilaba, se iba con el viento y sin saberlo, meditaba y besaba, al Dios que le da la vida con el lindo juego que traza por los barrancos, las fuentes y los almendros.

Bonita es la aldea esta. Le da el sol de la tarde y como se le nota tan perdida en las montañas de la sierra, tengo la sensación de estar dentro de un sueño.

Sigo con la ruta de hoy por lo alto de la cumbre y ahora la carretera vuelca para la vertiente del río Guadalquivir. Por la

izquierda y muy en lo hondo, se ve el gran embalse del Embalse del Tranco. Aunque hoy es un día de mucha calima porque hace gran calor, la visión es bonita. No me cruzo con nadie y por eso tengo la sensación que la sierra se encuentra en su soledad más grande. Noventa y cuatro setecientos y una recta bastante buena y larga. La arreglaron no hace muchos años. Acompañan los pinos laricios por ambos lados. Son gruesos y de belleza grande.

Como son las cuatro y media de la tarde, cae el sol mudamente pero aplastante y quemando con fuerza. Sólo se oye el canto de las cigarras y el crujido de las piñas al abrirse. Por los Campos de Hernán Pelea hacía mucho viento esta mañana pero ahora, todo en calma. Noventa y seis doscientos y desde cualquiera de estos puntos, remontando un poco por el lado izquierdo, hay unas buenas vistas hacia el valle que cubren las aguas del Pantano del Tranco.

Un pequeño collado y una vista preciosa hacia el pantano y las laderas que le rebosan. La vegetación de pinos laricios a un lado y otro, se espesa. Por el suelo la tierra se ve muy cubierta de hierba. En otras ocasiones, por estas tierras he visto muchas ovejas pastando. Hoy no se ven ningunas. Noventa y nueve ochocientos y sigue recorriendo la cumbre pero ahora

por la vertiente del Guadalquivir sin dejar de bajar hacia el collado de la Cumbre.

Kilómetro ciento uno y aquí tengo el cruce de la Cumbre. Río Madera, la Toba, campamentos juveniles, Hornos de Segura, el Yelmo y Siles. Por la izquierda sigo yo y con la carretera, empiezo a descender hacia Hornos. En toda la cumbre que acabo de recorrer y comienzo a bajar, es donde se acumulan las nieves en invierno y dejan incomunicados a las personas que viven en las muchas aldeas.

Comienza la bajada, muy pronunciada para recorrer todo este barranco hacia el pueblo de Hornos. El arroyo de la Garganta es como se llama y tiene su nacimiento justo en el puerto que acabo de atravesar. Una curva muy cerrada para la derecha y kilómetro ciento dos trescientos. Se aproxima por primera vez al arroyo para cruzarlo entre un bosque espeso de pinos. Y la hierba, pues muy verde. Este barranco es un rincón que siempre se presenta con mucha humedad. Queda casi todo en umbría y por eso el bosque es muy espeso y la humedad se concentra.

Un buen agujero en el asfalto de la carretera, álamos y una curva hacia la izquierda. Y por el lado de la izquierda, según ahora bajo, se retira la carretera del arroyo. Por aquí vuelve a

trazar muchas curvas hasta que de nuevo gire otra vez, cruce el arroyo y ya se va para la derecha. Chirrían las cigarras pero el bosque se muestra verde aunque quieto como si ni existiera la vida. Si no hubiera sido por las lluvias intensas que han caído este año, estaría el campo achicharraito.

Ciento tres novecientos y otra curva cerrada hacia la derecha. Voy bajando por la vertiente del Yelmo Chico. Al frente, el macizo de todo este monte y las rocas coronando entre la espesa vegetación de pinos. Son bonitas las figuras que muestran estas rocas. Siempre que por el lugar paso, me llaman la atención y más aún por lo majestuosas y bien modeladas que los vientos las tienen. Ciento cuatro trescientos y aquí cruza el arroyo. Gira a la izquierda y ahora sigue bajando con el cauce.

Por la izquierda y por la derecha, me quedan las vaguadas de dos o tres arroyuelos que caen y se les ven repletos de hierba. Por la izquierda y al otro lado del arroyo, las ruinas de otra bonita aldea. Lo fue porque ahora está por completo abandonada y todas su casas derruidas. Sólo algún pastor se refugia entre sus paredes y no todo el año.

Jugando, con los niños serranos,
mil tardes tengo yo sembradas de dulces sensaciones,

por entre los pinos, carrascas y romeros
de las ruinas que me duelen tanto.
Y entre estas mil tardes pequeñas,
pero redondas de puros matices bellos,
otros mil latidos de mi corazón
tengo enganchados
entre las zarzas que ahora crecen
en la tierra que fueron huertos
y por entre ellas, sus moras gordas,
el perfume de los almendros
y los chorrillos de los veneros claros,
un millón más tengo,
de sonrisas de aquellos niños serranos
que jugaban y se hacían viento
ajenos ellos a las ruinas de la aldea
y a la ausencia de tantos
en esta bonita y ancha sierra.
Y por aquello y esto,
a los alegres niños serranos,
no los he perdido del todo
sino que en la distancia y soledad,
puramente aún los amo.

Voy por el kilómetro ciento seis cien. Por la derecha me saluda un bloque de rocas que muestran casi la misma figura que las que presentan las montañas de Montserrat.

En la misma ladera en que se desmorona la aldea de la Garganta, mucho olivos clavados todavía en su tierra. Kilómetro ciento siete trescientos y aldea de la Capellanía en una desviación para la derecha. En este puñado de casas sí viven todavía algunas familias y varias de ellas, son amigos míos. Gira para la derecha y vuelve a meterse otra vez en el surco del arroyo. Lo cruza y ahora ya se viene por este lado y aquí mismo crecen unos álamos y una cascada. La conozco porque en invierno la he visto muchas veces helada. La tengo recogida en fotos desde aquel invierno del frío.

Acabo de cruzar la curva de nivel que va por los mil cien metros. Ciento ocho trescientos y por la izquierda me queda la construcción de un cortijo. Es el de Barranco Cano y bien que lo conozco por sus higueras de higos negros y la soledad que le envuelve a lo largo de todo el año. Cruza un arroyuelo y al frente se ve Peña Rubia, un puntal rocoso que sobresale desde los pies de la aldea de la Capellanía. Donde todavía hay huertos que dan melocotones y al caer las tardes, las ovejas balan.

En el arroyuelo que ahora estoy cruzando, se encuentra la vieja casa forestal o control. Corre un hilo de agua que sale de un tubo de plástico por el lado de la izquierda y las tierras llanas por la derecha donde celebran fiestas los del pueblo de Hornos. Remontadas en la otra ladera, las casas blancas de la aldea de la Capellanía.

En los dulces tiempos en que los niños serranos jugaban libres por las veredas y arroyos de su tierra, de los huesos de los melocotones, ellos sacaban silbatos que llamaban pitos. Limando o con una navaja afilada, les hacían un pequeño agujero, le vaciaban la pulpa de dentro y al soplar, el sonido que salía del silbato, se parecía al de los ruiseñores. Cuando ellos jugaban, si hacían sonar su silbato en las mañanas claras o las tardes de primavera, el trino de los ruiseñores se mezclaba con las notas de aquellas flautas construidas con los huesos de los melocotones.

Ciento nueve seiscientos y es aquí donde está la casa del control. Por completo sin tejado y un coche parado. Gira para remontar y separarse ya del cauce de este arroyo. Mientras va recorriendo esta ladera para alejarse y volcar a la vertiente del arroyo de la Cuesta de la Escalera, pues los pinos y el romero, arropan y dan compañía. Ciento once cien y vuelca por el collado de Hontonares. Por el lado izquierda me queda una

pista de tierra que lleva hasta las ruinas de las casas de Hoya Redonda.

El rincón de ensueño donde nace parte del arroyo Cuesta de la Escalera. La casa ya casi está hundida y lo único que por el paraíso tiene vida es el caño de agua que alimenta a los tornajos, las viejas encinas, algunas manadas de cabras del último pastor y ya, la soledad del barranco y los caminos rotos.

Traza una curva muy cerrada. Ciento once trescientos y gira para la derecha. Frente me queda el Cerro de Hornos y por la solana de este cerro, se mete la carretera mirando al Embalse del Tranco y buscando el pueblo de la roca. De la mitad del cerro para abajo, olivares y de la otra mitad para arriba, pinares espesos. A la izquierda y muy al fondo, las aguas del pantano. Por esta solana el sol calienta mucho más que por las cumbres y lo que voy atravesando, son olivares.

Ciento doce setecientos y por aquí se clava en la ladera del cerro Hornos. Un barranco de donde han arrancado tierra para el arreglo de la carretera. En estos pinos carrascos es donde las cigarras se lo pasan bien. Ciento trece quinientos, sube una breve cuesta, a la izquierda quedan las instalaciones de la piscina del pueblo, el mirador de las Celadillas y ya

aparecen las casas del pueblo de Hornos. Y en el cruce, mi coche marcha el kilómetro ciento catorce.

Por la izquierda, se me ha quedado otra vez el nombre de Camarillas. Ahora y en este punto de la sierra, lo lleva puesto un limpio manantial. Es la Fuente de Camarillas, los viejos lavaderos, de este bonito pueblo de Hornos. Así que ya sé que Camarillas, además del cortijo corazón de los Campos, lo tiene esta fuente, manantial de vida. Un par de rincones más, dentro de las sierras de este parque natural, se adornan con este nombre.

Y entre estos sitios, ahora recuerdo el precioso y, extraño por su salvajismo, de la Cueva del Torno. Se encuentra esta cueva unos kilómetros más abajo de donde nace el río Aguasmulas. Y la cueva, se abre en un enorme bloque de tobas que en su día cayeron desde los voladeros de las Banderillas. Varias covachas se abren entre los bloques de estas tobas y una de ellas, la más grande, es la que lleva el nombre del Torno. Por encima, se hunde otra algo más pequeña que servía para encerrar animales y le pusieron el nombre de la Camarica. La Covacha de la Camarica. Fíjate qué bonico y en uno de los rincones más profundos de la sierra.

De este tan bonito pueblo, sí tendría mucho que decir y lo tengo dicho y recogido en varios libros escritos por mí. “En las aguas del Pantano del Tranco”, “Ocho rutas históricas literarias por el Embalse del Tranco” y “Hornos mi pueblo querido”, son los tres libricos que yo tengo escritos de este rincón y donde recojo lo más bello que mis ojos han visto y mi alma ha gustado de todos estos paisajes y personas. Hay otro libro muy extenso e inédito que se llama “Embalse del Tranco”, donde se recogen muchas más cosas y un quinto que se titula “El Charco del Aceite”, donde completo las vivencias y bellezas que mi corazón ha captados de este hermosísimo rincón. Donde tantas ruinas y ausencias palpitan vivas.

El pueblo de Hornos, esta tarde parece dormir en su profundo silencio. Lo rozo con la carretera y no me paro. Hoy tengo otro manjar. Saliendo de Hornos por la derecha, la panadería y por la izquierda, construcciones nuevas. Por este lado llegaba el camino que entraba por la puerta de la Villa. Se recoge en los libros que ya he dicho.

La carretera sigue cayendo, escoltada de olivos y ahora con buen firme. El sol de la tarde que cae picando fuerte y en la primer curva antes de girar, veo el Yelmo y toda su gran ladera. Y justo en esta curva es por donde salen unas pistas que llevan

a la piscina natural del arroyo de la Garganta y a la Alcoba Vieja. Ciento quince quinientos.

Baja casi en picado y como si buscara el sol de la tarde que monótono cae. Al frente y mientras se acerca a la segunda curva, se ve el castillo del pueblo y las casas que cuelgan por el adarve. Curva para la derecha y la carretera que se hunde en el surco del arroyo de la Garganta, por aquí llamado del las Aceitunas. Varios molinos hubo junto a este cauce en otros tiempos.

Por la derecha y por la izquierda me quedan huertas con muchos árboles frutales. Granados y parras que escoltan a la carretera. Ciento diecisiete ochocientos, atraviesa un arroyuelo y remonta para volcar ya hacia el cruce con la aldea de cortijos Nuevos. El pueblo de Hornos me queda remontado en su roca dorada. Baja un poco y "A 317, veintitrés kilómetros". A Puente Génave. Y mi coche, pues aquí en el cruce mismo marca ciento dieciocho setecientos. Varias direcciones y doy por concluida la ruta que hoy arranqué en el Empalme del Valle por la carretera que baja desde el nacimiento del Guadalquivir y llega desde Cazorla.

Y ahora me pregunto: ¿de dónde vengo? Y a mí mismo me respondo diciendo que vengo del mundo donde ellos y, los

pastores como centro, todavía existen y entre sus raíces hondas y su cultura genuina, siguen teniendo sus luchas y, repleto de ilusiones y amor, el corazón.

Y entre otras cosas, he descubierto
que a ellos les siguen perteneciendo
las tierras y los paisajes y las aldeas y los cortijos,
junto con las fuentes y los nombres y los caminos.

Y siguen siendo suyas porque nadie tiene por aquí raíces más hondas, cultura más propia y también la nieve y el frío y el perfume de los campos y la caricia del viento y por eso ahora sí me puedo preguntar que al pasar por aquí como de visita ¿con qué derecho yo debo ignorarlos e ir a lo mío si el mundo que recorro y gusto, les pertenece desde lo más hondo y noble?

Por el lugar, yo soy como otros muchos, el que llega de fuera y de ahí que lo primero es ofrecerles mi respeto y a sus cosas y también me digo que me gustaría que, tanto como ahora y por estas sierras, nace y avanza de espaldas a ellos y hasta en contra suya, no debería tampoco ser así. Porque si en la tierra de los pastores, por excelencia y desde siempre, ellos no son centro, la verdad, cultura y belleza, se destruye y así, aunque lo que venga sea nuevo, nunca podrá tener el mismo valor ni ser, en el fondo, tan bueno.

"Porque en los tiempos de ahora, casi nadie se acuerda de nosotros y menos, tenemos ni apoyo ni ayuda. Pero es que si además, llegan y montan industrias de espaldas a nuestras vidas y hasta ignorándonos ¿dime tú a dónde lleva el futuro?"

Y yo les digo,
que ya que otra cosa no puedo,
para ellos mi cariño
y mi respeto sincero
porque el mundo que hoy he pisado,
es sólo suyo y desde dentro.
Y gracias por haberme permitido rozarlos
y empaparme de lo mejor
que en sus corazones tienen,
y que es como la luz más limpia
y el más limpio azul de cielo
que nunca soñar pude
y mis ojos nunca vieron.

El último pastor

La tienda la hemos montado al borde mismo del agua, por la parte de arriba de la aldea y el cauce que por aquí corre es precisamente ese: El del río Segura. Nace un poco más arriba y aunque es pleno verano, ya por aquí, por donde tenemos la

tienda y la aldea existe, baja muy crecido. El agua de este río así como la de todos los ríos, arroyos y manantiales del parque, siempre está fría. Y es que el agua que ahora en verano mana de estos campos, cuando desde las nubes en inviernos cae sobre ellos, casi siempre lo hace en forma de nieve.

Si esto es así por las cumbres de este parque, por aquí, por la Sierra de Segura y más aún por los Campos de Hernán Pelea, las nevadas son abundantes a lo largo de casi todo el invierno. Más de un ochenta por ciento de las aguas de este río, proviene de las nieves caídas en este gran altiplano.

Nosotros, esta noche, con nuestra tienda instalada al borde mimo del Río Segura, hemos tenido una experiencia singular: De un sólo tirón hemos dormido toda la noche. Ellos se han sorprendido y por eso les digo que es el aire, el silencio y sobre todo la música de la corriente, la que logra efectos tan naturales y limpios. De aquí que los que viven en esta aldea sean tan afortunados. Además de ser dueños y señores de silencios, cumbres, manantiales y valles, poseen lo que todos los humanos sueñan: La corriente de un río limpio que les arrulle por la noche para que duerman.

Hoy nos hemos levantado temprano porque hemos proyectado ir hasta la cueva que hay por encima de Cañá la Cruz. El pastor que vive en la aldea, nos acompañará. Mientras desayunamos, de entre los pinares de la ladera de enfrente, vemos salir las ovejas. Son las del pastor que vive por las praderas del Collado de las Rocas. Al verlas recuerdo estas praderas y como la imagen que de ellas tengo en mi alma, es una imagen dulce y bella, por mi corazón corre el deseo de irme a visitar el lugar.

Decido que hoy no puede ser porque ya el sol casi se oculta por las cumbres de la cordillera pero me digo que tengo que ir a ver este rincón del parque cualquier día de estos. Es un rincón tan original, donde hay tanta paz, tanto silencio, tantas llanuras verdes, tantos manantiales y tanta eternidad derramada entre los pinos y el azul del cielo de las cumbres, que aquí sólo se respira placer. Ese placer sencillo que se cuela en el alma sin sentirlo pero que es tan puro que ensancha y ensancha y casi da la muerte de gozo. Tengo que ir un día de estos a las Praderas del Collado de las Rocas.

Ahora caigo en la cuenta que son para mí como otras tantas cosas de estas sierras: Bocanadas de aire limpio que mi corazón necesita para seguir viviendo. Las ovejas y el pastor que salen de entre los pinos y se van por el río hacia las

llanuras valle, me lo han recordado. Tantas veces he visto este rebaño pastando en las Praderas, que ya las llanuras verdes de las cumbres son también manadas de ovejas desparramadas silenciosas entre rocas y arroyuelos.

La fragancia eterna

Cuando ya el sol brilla casi en la mitad del cielo, entramos por las calles del pequeño pueblo y como la mañana y al momento se le siente suspendido esperando su llegada, en la puerta la madre lo saluda y lo besa y luego nos vamos al huerto que es donde ella anda trabajando y durante un rato más, regamos las tierras con el agua fresca y clara que viene de la fuente y ya que medio me he empapado, en unión del suelo, del perfume sobre el que ellos tienen montados sus sueños y sus luchas, rincón humilde pero grandioso de los hermanos buenos, regreso.

Surco el valle que lleva al reino de las tierras profundas que son llanuras por las soledades de los pinos gruesos y las rocas que como granadas se abren y remonto a la vertiente por donde surgen los veneros del río blanco y en cuanto ya estoy otra vez en el reino del silencio que atraviesa la corriente clara, rozando las paredes de las cuatro casas y por eso es espejo de ellos plenos y de las ovejas que en la riveras pacen y las gallinas y los perros, nos ponemos en camino y en el otro

rincón sereno que se recoge entre las blancas casas del pueblo bello y tiembla al borde del río que salta alegre y corre en su empeño, ya tenemos lo que el pastor tanto sueña y anuncia desde lo más sincero:

- He aquí las mesas preparadas y el cordero asado y el aire, ya lo están notando: oliendo a gloria bendita y a salsa de tomillo y romero, así que a sentarse y comer que hoy soy yo el que quiere y quiero tener el gusto de invitarles.

Y ahora recuerdo, como recuerdo tantos otros muchos momentos y sueños de estas sierras amadas, que aquel día fue más que grandioso, destello de fina sonrisa porque lo que más se celebraba allí era el sincero encuentro de un grupo de hermanos serranos que ofrecían, como en tantos otros momentos, lo mejor de su trabajo junto con lo más puro de sus corazones, a otro grupo de amigos que venían de fuera para que comprendieran y se empaparan algo más, del calor que mana de esta tierra junto con el amor que llevan dentro, las personas que las pueblan en los momentos de mañanas calladas y de las horas inciertas de primaveras preñadas.

Y luego, la excursión que no fue tal y el encuentro que sí fue sincero, alrededor del plato exquisito y adornado con esmero, con el día se fue terminando pero como todas las cosas limpias que tocan y vienen de ellos, quedó temblando en

la luz de las montañas excelsas que rodean al río al nacer y en los cientos de tallos de la hierba que pisan y no pisan y el azul del cielo, abrazados con sus corazones en la transparencia inmaculada que les hace eternidad en forma de dulzor inmenso.

Y claro que aquello no fue sólo una comida para alimentar al cuerpo, sino también un gran banquete que sació a la inmortal alma con la fragancia de un beso y de aquí que cuando ya regresaba, me dije, para mí sólo y desde la caricia del viento:

"¡Qué hermanos, estos serranos,
con tan gran tesoro dentro
que hoy, he creído que soñaba
lo que ahora mismo creo, es sueño!
Así, que gracias por vuestra amistad
y que Dios os lo pague triplicado
cuando, llegue el gran momento".

DE UTILIDAD POR LA ZONA

Al recorrer la ruta que en este librico se describe, nos puede ser útil saber dónde encontrar una fuente para beber o coger agua, tener hospedaje para dormir si lo necesitamos, comer en caso que nos apetezca, echar gasolina o alguna necesidad más que pueda surgir. Las fuentes naturales, a lo largo de la ruta, son:

Fuentes

Fuente en el Empalme del Valle, Fuente del Perdi, al pasar el puente del Guadalquivir y por la derecha en la carretera que lleva al nacimiento, Fuente de la Garganta antes de la Nava de San Pedro, fuente en Collado Bermejo, en el Collado de la Zarca, a la izquierda y junto a las ruinas de la casa de Nava de Paulo, en el refugio de Rambla Seca, en el de Monterilla, en don Domingo, Fuente del Muso, Fuente del Berral, entre la aldea de los Teatinos y la Matea, Tornajos y fuente al coronar Cañada Hermosa, por la derecha y sobre la cumbre, Fuente del Engarbo por la izquierda saliendo de la cañada hacia Pontones, Fuente del nacimiento del Segura, la que mana en el collado de la Hoya del Cambrón, fuente del control en Barranco Cano, frente a la aldea de la Capellanía y la bellísima de la Alcoba vieja, al salir del pueblo de Hornos y por la derecha.

Pequeño diccionario

aposta
acarradas
acina
aguarines
arredrar
arreguillao
asustaico
bichujos
cambroná
cerrico
charquete
chuscarrón
covacho
covarrón
cucón
desacarradas
enebriza
enfrentico
escopetajo
fuentezuela
garpiles
granillar
hazailla
hornico
lomica
losilla
nevascazo
paerones
perrucha
piazo
pinailla
pitojo
pocete
portacho
rastillo
redruejo
regolaero
rendijillos
rompizos
torcos
tornajera
tringulá
zaque

AGRADECIMIENTO

A Gaspar Alguacil de Pontón Alto y a toda su familia, mujer e hijos, Francisco y Cándida. A Narciso de Pontón Alto. Familia Ojeda Palomares, Juanjo, la hermana Anica, Francisco y otros de Fuente Segura de Arriba. A los jóvenes de la aldea de Poyotello, Manuel, Francisco, Juani y Maribí. A Miguel de Pontón Bajo. Miguel de la Rosa González, el Molinero de Bujaraiza, Juan Fernández Mandoza, también de este mimas aldea y a Juan Paco, de Pontones pero que vivió en Bujaraiza, en los cortijos de Solana de Padilla y en Villacarrillo. Familia Toribio López por su interés en leer los primeros. Vítor López por su acogida calurosa desde el primer momento. Domingo

García del Río, José Adán Martínez, Ángel Marín Fuentes, Encarnación Cumbreras, Antonio Escalera, Tomás, el joven guardia municipal e Isabel Peña Román. Las familias Flores Tauste, Sánchez Nieto, Ojeda Palomares, Muñoz Cruz, Alguacil, Nicomedes Ojeda, Toribio López, Mendoza, del Río García, Morcillo Palomares de la Matea y a otros que me ayudaron mucho. A todos, gracias y este librico en su honor. Y a otros que sin nombrarlos, tengo muy presentes. Para todos mil gracias y quede este sencillo testimonio para que su memoria no se pierda en la tierra que tanto aman.